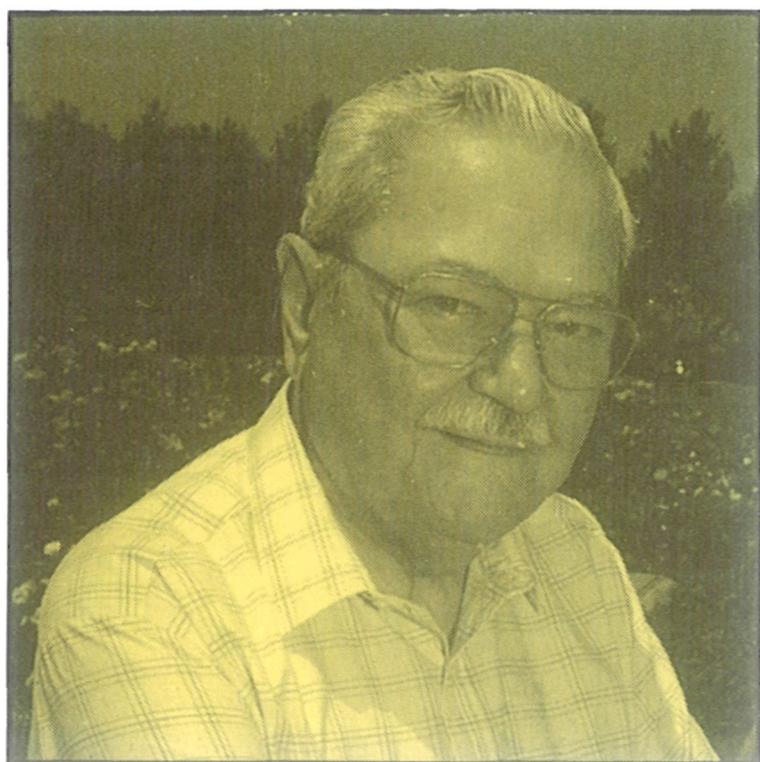


HERNAN POBLETE VARAS

Alberto Blest Gana y su Obra



pehuén



Hernán Poblete Varas, crítico, ensayista, escritor y periodista, sus innumerables aportes en el campo de las letras le han validado el ser miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado tres novelas -*Juego de sangre*, *El voltiche de la revolpita* y *La sombra del victimario*- más numerosos ensayos sobre las letras nacionales y algunas de sus más importantes figuras. También, es autor de la primera antología poética de Oscar Castro, reiteradamente citada. Su exhaustivo afán investigativo, sumado a una fina sensibilidad literaria, lo hacen erigirse actualmente como una firme figura de las letras nacionales, tanto a nivel crítico como narrativo.

**Alberto Blest Gana
y su Obra**



colección
testimonio

© Hernán Poblete Varas
© Pehuén Editores, 1995
Antonio Varas 1476, Santiago
Inscripción N° 62.075, año 1985
ISBN 956-16-0285-7

Fotografía de Portada: Delegación Chilena al Congreso Panamericano de México (1901). Sentados: Joaquín Walker, Alberto Blest Gana, Augusto Matte, Emilio Bello Codecido. De pie: Marcial Martínez de Ferrari, José Luis Santa María, Enrique Balmaceda y Alejandro Alvarez. (Foto Archivo Universidad de Chile)

Edición al cuidado de María Magdalena Browne
Primera Edición de 1.000 ejemplares
Noviembre de 1995

Composición: Raimy Gráfica
Impreso en los talleres de
Gráfica Andes
Santo Domingo 4593, Santiago.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

HERNÁN POBLETE VARAS

Alberto Blest Gana y su Obra



pehuén

INDICE

LA FUNDACION ALBERTO BLEST GANA	7
CAPITULO 1 Los primeros años	9
CAPITULO 2 Las novelas de juventud y el periodismo	41
CAPITULO 3 El concurso de la Universidad de Chile: triumfo de <i>La aritmética en el amor</i>	69
CAPITULO 4 <i>Martín Rivas</i> : la provincia que llega a Santiago	97
CAPITULO 5 <i>El ideal de un calavera</i> : el éxito opacado por una tragedia	135
CAPITULO 6 La catalepsia del escritor	161
CAPITULO 7 La actividad diplomática: Londres y París	171
CAPITULO 8 <i>Durante la Reconquista</i> y <i>Los trasplantados</i>	211
CAPITULO 9 <i>El loco Estero</i> : la infancia revivida	235
CAPITULO 10 El año final	251
CAPITULO 11 Blest Gana, el fundador	255
NOTA Dos fechas vitales	261
BIBLIOGRAFIA DE ALBERTO BLEST GANA	263
REFERENCIAS	265



La Fundación Alberto Blest Gana

*N*acida para honrar la memoria y perpetuar el recuerdo del «Padre de la Patria de la literatura chilena», la Fundación Alberto Blest Gana tiene en sus orígenes dos rasgos de generosidad que honran a sus forjadores. El primero de ellos viene de don Enrique Nariño Blest, nieto del ilustre escritor, quien decidió legar a su primo y albacea, el Dr. Adolfo Bascuñán Eastman, una importante suma en acciones bancarias. El segundo procede de este último, que rechazó el ofrecimiento y, en cambio, instó al Sr. Nariño Blest a crear con esos bienes la Fundación que hoy conocemos.

Fue, pues, el desprendimiento y el impulso de ambos lo que finalmente dio forma a la disposición testamentaria del Sr. Nariño, que define la labor encomendada a la Fundación: «tendrá por objeto discernir anualmente un premio a la mejor obra literaria chilena», según lo resuelva el Consejo Administrativo de aquélla.

De este modo, los escritores y —por cierto— los lectores del presente y del futuro tienen la oportunidad de rendir su tributo de admiración y gratitud al hombre

que consagró parte importantísima de su vida a una obra literaria profundamente vinculada a la historia patria.

La iniciativa, hija de la devoción hacia el gran maestro de las letras nacionales, ha dado importantes frutos, entre los que destaca la publicación del epistolario diplomático de don Alberto Blest Gana.

Asimismo, a la Fundación Alberto Blest Gana se debe la publicación del libro que usted tiene ahora en sus manos, y el autor deja aquí su testimonio de gratitud hacia ella.

Es justo recordar a los primeros integrantes del Consejo Administrativo de la Fundación: Hernán Díaz Arrieta, Fernando Durán Villarreal, José Miguel Prado Valdés, Hernán Pacheco Wicks y Abel Valdés Acuña.

Hoy día, el Directorio de la Fundación está integrado por D. Vicente Larrain Izquierdo, como Presidente-Tesorero y los señores Fernando Campos Harriet, Luis Lira Montt, Cristóbal Valdés Sáenz y Felipe Larrain Bascuñán.

LOS PRIMEROS AÑOS

*M*il ochocientos treinta. Chile despierta. Desde la abdicación de O'Higgins, hace ya siete años, vive una larga pesadilla. Se suceden los gobiernos, los motines, los golpes militares, el griterío de la «fronda aristocrática» que procura –y consigue, a veces– dominar, pero que no sabe qué hacer con el dominio. Lo que ocurre es algo peor que la anarquía soñada por los teóricos; es el descabezamiento, la imposibilidad de gobernar, más que por el estado de convulsión permanente, por este terrible no saber qué hacer con el gobierno.

La revolución de la independencia fue hecha por románticos, por soñadores, por los líricos de la libertad. Pasada la euforia de las batallas y del triunfo, nada hay que sostenga el edificio recién inaugurado de la República. O'Higgins es enérgico, es valiente; lo mismo supo ser héroe en el desastroso sitio de Rancagua –que puso fin a la primera tentativa libertaria– que en la batalla de Chacabuco, que dio comienzo a la liberación definitiva. Pero gobernar, ese juego de astucia e inteligencia, de capacidad para manejar una realidad presente sin perder la perspectiva del futuro, y de imaginación para estrujar los hechos y ponerlos de la propia parte, es arte que O'Higgins desconoce. Cae, pues, a manos de otros tanto o más ignorantes del nuevo arte que es preciso estrenar en la república recién instaurada, pero desprovistos de casi todas las otras

virtudes que el Director Supremo tuvo a raudales. 1823 inicia una agonía; el país padece y está como a punto de morir en manos de los sucesivos salvadores. El caos estremece a las pequeñas grandes ciudades, todavía coloniales: Santiago, Concepción, La Serena. El resto del país duerme bajo el peso de la noche.

Siete años dura la pesadilla. Al cabo de ellos, el Presidente Ovalle se tambalea en su sillón presidencial. Nuevos motivos –pronunciamientos, diríamos hoy– amenazan el equilibrio, ya no inestable sino casual, del Ejecutivo. En los cónclaves nocturnos, los principales debaten el asunto público, tan rodeado de oscuros presagios. ¿Quién habrá que haga frente a la crisis, ya endémica, que estremece a la política nacional?

Un hombre pequeño, de agudas facciones y ojos chispeantes en los que vibra lo mismo la cólera que la ironía o el buen humor, prorrumpe en una frase indignada, que llega a frase histórica:

– ¡Si nadie quiere ser ministro, yo estoy dispuesto a aceptar hasta el nombramiento de ministro salteador!

Le toman casi al pie de la letra sus palabras. El podría ser. Y el hombre, seguramente murmurando herejías y chilenadas, acepta. Es Diego Portales. Su «sí» tiene un efecto «matrimonial»: la situación está consolidada.

Increíble. Portales es odiado por muchos. Los que no lo odian, lo desprecian y hacen escarnio de él. Los que lo admiran son muy pocos y no se cuenta entre ellos al Presidente Ovalle, que lo puede tildar –no sin razones– de inepto para el negocio público. El ministro recién elegido tiene un pasado poco favorable. Se convenció, siendo muy joven, de que era un hombre de negocios y ha fracasado en todos lo que empren-

de. Salvo los peor intencionados, nadie puede dudar de su honradez, pero tampoco de su inepticia.

El estanco del tabaco, impuesto por el gobierno y entregado a la firma Portales, Cea y Cía., terminó en el fracaso. El socio más notorio afrontó los compromisos como gran señor, pero nada de eso oculta la verdad matemática de sus finanzas. Y así, la mayor parte de sus empresas. ¿Hombre de tal laya podrá administrar el país?

En los corrillos opositores santiaguinos se duda. Pero el país, por un raro fenómeno carismático, es conquistado. A la voz del nombramiento de don Diego Portales, las aguas de la revuelta se arremansan. Un soplo de confianza y también de temor, ante el hombre enigmático y resuelto, inclina las volubles cabezas de la multitud en favor del gobierno. Este se convierte, por el milagro de la sola presencia de Portales, en Autoridad. Queda todavía un fuerte grupo armado de rebeldes que trae la revolución en manos de un ejército aventurero y un general díscolo hacia la capital. Aquí hay un Ejecutivo resuelto, que esta vez no se dejará torcer la mano. El 15 de abril, sólo nueve días después del advenimiento de Portales, las tropas gobiernistas dan la batalla de Lircay y sus armas ponen fin a la anarquía.

Durante siete años y dos meses, con variados interludios propios de su espíritu vehemente y su insobornable independencia, Portales imprimirá su sello a Chile; lo modelará hasta hacer de él un Estado con plena conciencia de sí mismo; organizará las finanzas, bajo la inteligente dirección de su amigo Rengifo; preparará el fracaso de la intentona imperialista de Santa Cruz, y dejará firmemente asentadas las bases sobre las cuales se levantará un país ejemplar.

1830. Año de buenos presagios. Allí se echa la simiente de un Chile próspero y audaz, cuyos barcos navegarán repletos de aventureros a California y de trigo a Australia. Allí comenzará a desarrollarse, en un rápido proceso de maduración, el grupo de intelectuales que más tarde será conocido como la Generación de 1842. Allí se inicia la tradición democrática, que haciendo realidad «el asilo contra la opresión» cantado por el Himno Nacional, prestará amparo y dará hogar a los fugitivos de Rosas, a los peregrinos de la convulsa Bolivia, a un perseguido de Polonia –el sabio Domeyko– y que convertirá en apetecible a los extranjeros ilustres –Bello, Monvoisin, Rugendas, Gay– la estada en esta tierra pobre y semidespoblada.

Allí nace, el 14 de Junio, don Alberto Blest Gana.

Fue el tercer hijo de una larga familia, entroncada, por la línea materna, con la aristocracia. Su padre poseía otros valores: era irlandés de origen y médico de profesión, graduado en las aulas de la Academia Jacobo IV, Universidad de Edimburgo. La perspectiva que el Nuevo Mundo, en la aurora de su libertad, ofrecía a los europeos y, tal vez, el hecho de ver muy ligados a la historia, todavía breve de Chile, los nombres de otros irlandeses como él (O'Higgins, O'Brien, por ejemplo) impulsaron al joven médico Guillermo Cunningham Blest a endilgar sus pasos hacia este rincón del Pacífico. Seguramente pesó en sus decisiones el consejo de un hermano mayor que lo antecedió en el viaje y desarrolló actividades comerciales en Valparaíso. Dentro del conjunto de perspectivas ofrecidas por la América española, los informes de Chile eran buenos: clima, naturaleza, hospitalarias costumbres, afanes de progreso y relativa estabilidad eran razones para escoger como segunda patria esta tierra que ya daba con qué vivir a otro Blest.

No se sabe con precisión la época de su llegada, que debió ocurrir a fines de 1823 o a comienzos del año siguiente. Se conoce, en cambio, que entró con buen pie, se distinguió como médico y que sus servicios fueron premiados con profusas designaciones, que aumentaron sus responsabilidades y sus títulos, aunque no tanto sus beneficios pecuniarios. El historial del doctor Blest en la medicina chilena es importante: apenas a tres años de su arribo se le entrega la dirección de la Inspección General de Medicina, creada por Decreto Supremo del 6 de abril de 1827; meses más tarde, es presidente de la Sociedad Médica; en 1830, es presidente del Tribunal del Protomedicato; al crearse, en 1832, la Junta Central de Beneficencia, el doctor Blest es uno de los directores; influye decisivamente en la creación de la Escuela de Medicina, puesta en marcha en 1833, y en el mismo año es jefe del Instituto de Anatomía que se funda en el Hospital San Juan de Dios. En 1853 abandona los cargos funcionarios para dedicarse al libre ejercicio de su profesión, lo que no impide que sea frecuentemente llamado por el gobierno para dar su consejo y asesoría en asuntos de salud.

Sin perjuicio de estos trabajos, que daban para consumir la vida de un hombre, ni de su origen extranjero, el doctor Blest participó activamente en la política nacional y fue miembro del Congreso, primero como diputado y luego como senador. Sus opiniones eran avanzadas para el tiempo, y se le acusó, en una revuelta época, de vitorear a Francisco Bilbao, colérico de esos años y predicante de revoluciones a la manera francesa de 1848.

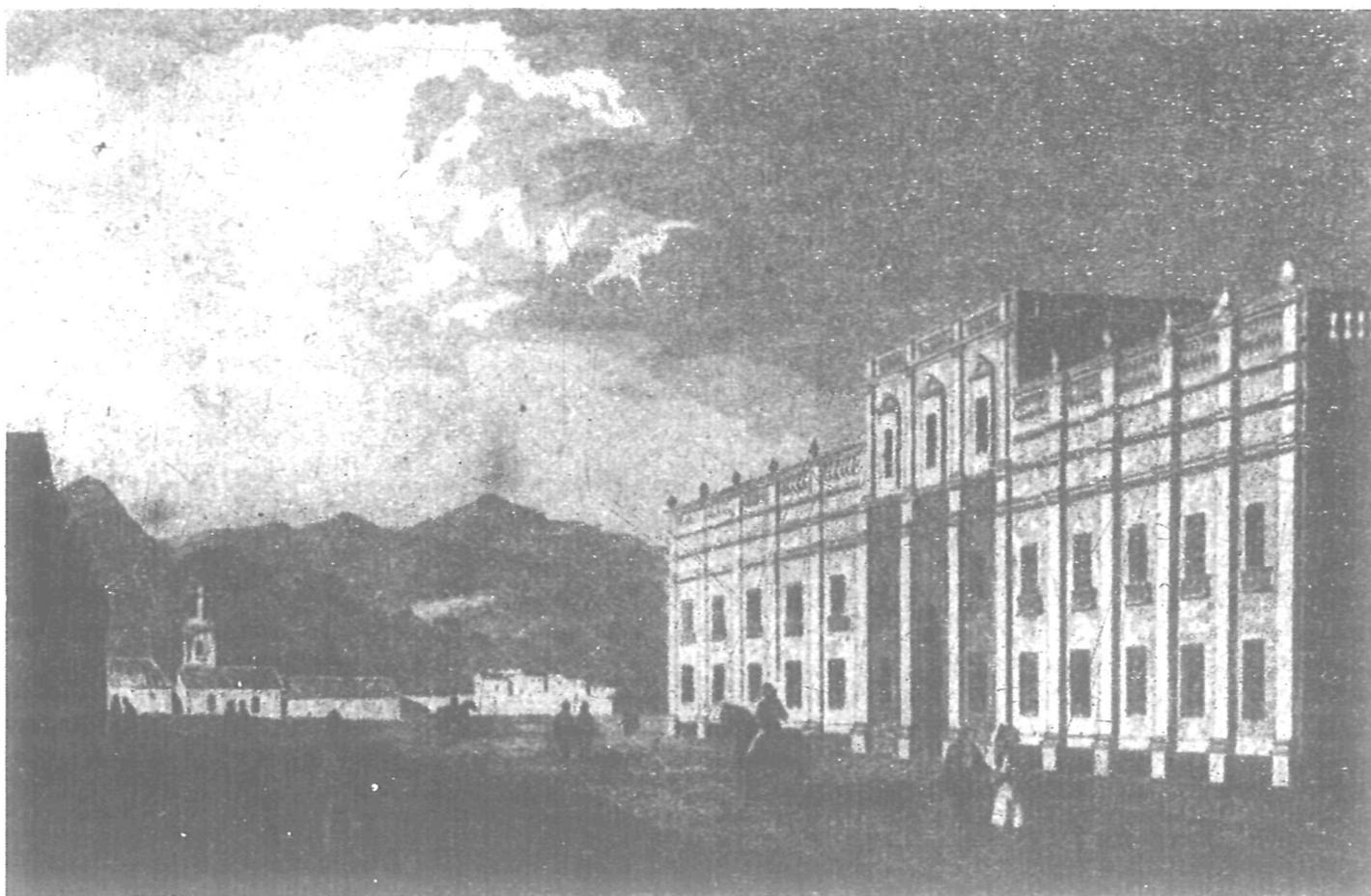
Sus prestigios, tan desarrollados desde el primer momento, le permitieron abrirse camino en la sociedad santiaguina, tradicionalista y provinciana, pero no desconfiada de los elemen-

tos foráneos que se introducían en sus salones, menos abiertos a los ingenios que las aulas y los cargos de gobierno. El 21 de marzo de 1827, tres años apenas después de su arribo, contrajo matrimonio con doña María de la Luz Gana y López, cuñada del almirante Blanco y distinguida por su prosapia y su belleza. La unión Blest–Gana fue prolífica. No eran aquellos tiempos de «explosión demográfica» y las breves familias de los nuestros habrían sido motivo de vergüenza. Doña María de la Luz fue madre once veces, y siete de sus vástagos llegaron a edad adulta. Tres dejaron huellas de su paso en la historia. Uno fue el novelista, don Alberto, cuya existencia trataremos de seguir en estas páginas; otro, don Guillermo, que dio a la poesía chilena páginas de un romanticismo al que se agrega el sello de su personalidad viril y adusta. Poesía aparte, don Guillermo anduvo largamente en la política y de manera especial en la diplomacia. En este ejercicio le debe Chile favores muy notables, debidos a su perspicaz talento. Contribuyó muchísimo a mantener el equilibrio indispensable en los difíciles días de la Guerra del Pacífico (1879–1882), procurando felizmente que la Argentina permaneciera al margen del conflicto y pospusiera sus problemas limítrofes con Chile para ocasión más propicia. Don Joaquín, por último, tuvo una actuación política que lo llevó repetidamente al Parlamento y a los ministerios. ¡Admirable gente, estos Blest Gana, tan adentrados en todo lo chileno, ya fuera la administración nacional, ya los negocios extranjeros o las artes de las letras!

El matrimonio Blest–Gana estableció su residencia en el extremo sudeste de La Cañada, algo retirado del centro santiaguino de esos días. Esta ubicación hogareña y los sucesivos cambios hasta el establecimiento veraniego en la próxima



El doctor Guillermo C. Blest, padre del novelista.



El viejo Santiago: Casa de Moneda.



El viejo Santiago: la Plaza de Armas. Nótese que la catedral no tiene aún las torres que hoy conocemos.

localidad de San Bernardo demuestran que, a pesar de los títulos y la fama, el doctor Blest no fue hombre de gran fortuna y menos un sujeto apegado a la geografía social que dictaba la moda. El extremo de La Cañada en que eligió vivienda era el menos favorecido en el conjunto muy modesto del corazón capitalino. Las actividades políticas y de gobierno se desenvolvían en torno a la Plaza de Armas, donde se alzaba la Iglesia Catedral y la Casa de Gobierno.

La gente bien –o «gente gente», al decir de algunos conspicuos– tenía sus hogares, mitad casonas coloniales y mitad quintas, en los alrededores de la Plaza, que se estiraban hacia el poniente y limitaban con el sector de La Cañada desde la iglesia de San Francisco abajo. La residencia de los Blest Gana enfrentaba al cerro Santa Lucía (entonces lugar de un precario fortín de artillería y asilo predilecto de merodeadores y vagabundos). A su izquierda –y siempre al frente– estaba el Cuartel de Artillería, en lo que es hoy la Plaza Vicuña Mackenna, lugar histórico que sirve de escenario a uno de los capítulos culminantes de *Martín Rivas*.

El edificio colonial en que vivieron los Blest Gana desapareció bajo «la picota del progreso», para ser sustituido por un palacete con pretensiones francesas. Se componía de dos casas. La más grande, la ocupaban los Blest Gana, y otra, más modesta, estaba habitada por los propietarios del conjunto: una familia Otero, que dio tema, muchísimos años después, a la novela *El loco Estero*.

Allí transcurrió la infancia del novelista, llenándolo de recuerdos que los años no borraron. A los setenta y nueve de su edad, don Alberto evocó aquellos días con minuciosa precisión, entremezclando las reminiscencias de la niñez con el

oscuro drama que vivían sus vecinos y con el paisaje urbano y las costumbres populares. Los Otero, convertidos en Estero, constituyen el motivo central de su novela, pero alrededor de su historia –que parece cogida de una torva leyenda del medioevo– desarrolla las imágenes de la infancia: tiempo de volantines y travesuras, vividas en la épica del huerto donde florece todo un mundo aventurero. Y entre la flor y la rama, por debajo del juego de los grandes volantines, las «estrellas» y los «cometas» que el Ñato Díaz encumbra con singular arte, la presencia misteriosa del loco cuya figura apenas se divisa detrás de las rejas y cuyos lamentos dan a su prisión de adobe las dimensiones trágicas de una mazmorra. Además de toda esa magia –flores, volantines, ayes del prisionero, fresca risa de la joven y hermosa vecina (¡cómo no había de existir una joven y hermosa vecina!), gravedad paterna, aire de vacaciones– el momento sin duda imborrable para estos niños gloriosamente imaginativos: el regreso triunfal del ejército chileno, encabezado por el mítico general Bulnes, vencedor de la Confederación Peruano–Boliviana. La conmoción santiaguina ante el acontecimiento está admirablemente contada, a pesar de los setenta años ya corridos.

En las ventanas, en los balcones, en las severas puertas de las viejas casas solariegas, en los tejados de las humildes moradas, en lo alto de los edificios públicos, allá a lo lejos, en el pajizo techo de los ranchos suburbanos, el glorioso tricolor batía sus pliegues, cantando su canción de victoria y arrancando al potente pecho del pueblo ese grito electrizador de ¡Viva Chile!, que redobla sus bríos en los momentos de peligros y su formidable sed de «chicha baya» en los días de regocijo nacional.

El ñato gritaba también ¡Viva Chile!, en medio del piélago humano, a través del cual, diestramente, con el vigor de sus codos y la flexibilidad de todo su cuerpo, se iba abriendo paso.

En aquel tiempo, todos los árboles de la Cañada eran álamos. La arboricultura en ciernes no había llegado entonces a ser una industria oficial. Las magnificencias de la Quinta Normal, que han engalanado con profusión de variados árboles el hermoso paseo de la metrópoli, no habían sido creadas todavía. Pero la disposición de las líneas que marcaban las tres avenidas de la Alameda, destinadas a la gente de a pie, era la misma que ahora. Díaz había conseguido avanzar hasta la primera línea de álamos del lado Norte, cuando una oleada de concurrentes, comprimida por el empuje de los que más adelante se encontraban, lo hizo detenerse. Con la intervención de la policía, las dos avenidas laterales y la ancha avenida del centro habían sido despejadas.

Una falange de hombres, caminando a orillas de las acequias, armados de grandes cántaros que llenaban en la corriente, regaba el suelo del paseo, haciendo subir el olor del polvo humedecido como un perfume peculiar de día de fiesta. Eran los aguadores de la ciudad, llamados «aguateros» por el pueblo, que pagaban al Cabildo el uso del agua con la gabela de tener que regar en los días festivos el piso de la Alameda. La turba, dispuesta a divertirse con todo, cediendo a la corriente eléctrica del contagio espontáneo de las grandes masas, aplaudía a los aguadores, alentándolos en su tarea. El ñato aplaudía también maquinalmente, pero renunciando a abrirse paso y poder atravesar la Alameda, buscaba su camino saliendo de la apretura por la parte de la calle destinada a los carruajes.

En medio del inmenso gentío, el calor abrasaba. Al encontrar más espacio, Díaz trató de apresurar el paso, mientras el polvo, penetrándole en la garganta, le doblaba la intensa sed con una oleada de fuego, al pasar por sus fauces enardecidas. En variadas formas la tentación de calmar el furioso deseo con algún refrigerante le salió al encuentro a poco andar. Un vendedor, deteniéndose, le ofrecía un «buen medio de mote con huesillos». Más allá, los heladeros, los vendedores de horchata «con malicia», los de aloja «garrapiñada», le pregonaban con empeño las virtudes refrescantes de su mercancía.

Al lado de esos calmantes, los bolleros, los vendedores de tortas, de alfajores y de alfeñique llegaban a estimularle el apetito, avivado por la marcha en su robusto estómago de veinte años. Insinadoras ofertas de empanadas «caldúas» y de chancho arrollado, a las que oponía una negativa indecisa, le salían al encuentro, haciendo vacilar su voluntad de llegar sin demora al término de su angustiada excursión.

Al fin, resistiendo a tan apremiantes ofertas, pudo atravesar la Alameda. Mirando a la izquierda, a lo largo de la fila exterior de los elevados álamos, alcanzó a ver, en una rápida ojeada, que la gente de a caballo formaba ya dos o tres compactas filas. Sobre briosos corceles, enjaezados algunos lujosamente, ensillados con el «avío» de pellones, los jinetes, vestidos de gala con mantas de vistosos colores, con enormes espuelas de plata, con botas de campo tejidas de fina lana, rivalizaban en donaire y en juvenil entereza. El ñato los veía estrecharse estimulando a sus caballos hasta conquistar en tremendas topadas los mejores puestos de la primera fila. Entusiasta por todo juego de destreza o de pujanza, Díaz hubiera querido detenerse a contemplar esa justa de atre-

vidos «pechadores». Pero el tiempo se le hacía escaso y le fue forzoso seguir su marcha, internándose por la calle Gálvez hacia el Sur.

Pocos datos tenemos de la infancia del escritor, pero es fácil suponer que no escaparon a sus ojos observadores y a su memoria fotográfica los acontecimientos históricos que rodearon sus años mozos, así como retuvo de tan vívida manera las escenas de regocijo y excitación popular provocadas por el regreso del Ejército Restaurador y reproducidas en las páginas que acabamos de citar.

Puede decirse que esas escenas son la culminación de un proceso, iniciado en el país el mismo año en que vio la luz el futuro escritor.

Testigo todavía inconsciente de los acontecimientos nacionales, Blest Gana vivió su infancia en un período de decisiones, que pesó favorablemente por muchos años en el desarrollo nacional.

La estabilización política y económica, lograda por el país bajo la dura mano de Portales, creó un ambiente propicio al desarrollo intelectual y científico y a la transformación de las estructuras del poder en las de un Estado impersonal, severo y con ejecutoria: un «Estado en forma», según el concepto de la sociología política de años posteriores. En 1833, Chile aprobaba la reforma constitucional que introducía mejoras a la Carta de 1828 y centraba el poder en un Ejecutivo que, por vez primera, merecía tal nombre. En 1834 se instaló en Chile el pintor y dibujante alemán Juan Mauricio Rugendas, que dejó en sus obras un completísimo historial de las gentes, las costumbres y los paisajes de esta tierra. En 1836, Portales –cuya visión de

la política exterior no parece haber sido igualada en mucho tiempo— desafiaba los amenazadores planes del general Santa Cruz, que unía bajo su mando las repúblicas de Bolivia y el Perú y pretendía recrear el Virreinato de Lima, con el consiguiente sometimiento de Chile. Esas tendencias hegemónicas eran el peligro más inmediato, pero no el único, que el ministro advertía: la clara visión portaliana asombra hoy día, y parecen casi intuición milagrosa sus vaticinios sobre el advenimiento del águila norteamericana, cuya sombra amenazaba a las jóvenes repúblicas del Sur:

Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El presidente de la Federación de Norteamérica, Mr. Monroe, ha dicho: «Se reconoce que la América es para éstos». ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada; he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar ministros, delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de antemano; y ése sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento.¹

Estas preocupaciones sobre el espíritu secreto del monroísmo, que le embargaban desde tantos años antes, no le impedían estar atento a la política más directa de Chile con sus vecinos. Comprendió que sólo anticipándose a la acción de Santa Cruz podía conjurar el peligro de dominación, que sería inevitable si al general boliviano se le daba tiempo de consolidar su situación. Al plantear la necesidad de la guerra, le observaron, con razón, que Chile no poseía escuadra. «Pero ellos sí», respondió el ministro. Y, poco más tarde, en un golpe de mano digno de Cochrane, los marinos chilenos se apoderaron de los buques adversarios en la rada de El Callao. Entretanto, bajo la inspiración portaliana, el gobierno crea el Ministerio de Culto e Instrucción Pública. ¡Nada escapaba a la previsión del ministro!

Nada, sino el atentado de que le harían víctima algunos militares que le juraran fidelidad. El 6 de junio de 1837, Diego Portales fue asesinado, en las proximidades de Valparaíso, por un grupo de insurrectos, pronto vencidos por las armas del gobierno. ¿Llegó ingenuamente a tal fin el perspicaz ministro? ¿O vio en su muerte violenta la culminación de su obra? Es difícil suponer que hombre tan agudo y conocedor de las flaquezas humanas cayera inocentemente en la trampa de los amotinados. Como fuere, su muerte galvanizó a Chile, dio fuerza definitiva a su visión del Estado y procuró, en cortos años, la victoria a los ejércitos chilenos, en una guerra que el país pudo sostener con sus propios recursos, financiada con el presupuesto ordinario de la nación.

El término de la guerra trajo a Chile un apogeo económico y cultural. Muy pocos años más tarde, la corriente de exiliados y las eficaces gestiones de los agentes chilenos acarrearán hacia el

país un puñado de talentos que ayudarán a la fecundación del espíritu nacional. Llega de Inglaterra el venezolano Andrés Bello, que consumirá sus días al servicio de Chile: rector universitario, creador de códigos, inspirador de juventudes. Desde la Argentina arriban, en busca de refugio, Alberdi, Rodríguez Peña, Sarmiento, Mitre; de Bolivia, Olañeta y Ballivián. Moinvoisin (Raymond Auguste Quinzac), pintor francés, instala su taller en Santiago y en sus telas quedarán estampados los hábitos nacionales y los rostros de la sociedad capitalina. Un grupo de jóvenes intelectuales –entre ellos Lastarria, el inimitable José Joaquín Vallejo, el futuro ministro Antonio Varas– funda la Sociedad de Literatura, cuyos debates animarán el pequeño mundo de las inquietudes espirituales. Los científicos europeos Domeyko, Gay y Pissis inician la investigación y la formación profesional que harán de Chile –años más tarde– una sede de la ciencia universitaria y una república exportadora de técnicos.

Niño de trece años, Alberto Blest Gana ingresa en el Instituto Nacional. Pero no dura mucho tiempo en el prestigioso establecimiento, fundado en los orígenes mismos de la república, desaparecido durante el período de la reconquista española y reabierto tan pronto como se afianzó la independencia, lugar donde se educaban las mejores gentes y donde germinó la Universidad de Chile, puesta en marcha ese mismo año de 1843. El prestigio de las armas, muy poderoso entonces, apartó a los pocos meses al joven Blest de las disciplinas humanistas para llevarlo a la Escuela Militar, que regentaba en aquellos días su tío Francisco Gana. El tío pronunció, en la oportunidad, una frase histórica, que el futuro novelista se encargó de desmentir en pocos años: «Si es Gana, tiene que ser

buen militar». No lo fue, a fin de cuentas, ni tenía vocación alguna para serlo. Se ha supuesto que el muchacho dio en la Escuela Militar por influencia paterna, lo que es dudoso si se consideran las inclinaciones científicas del doctor Blest y el incansable ejercicio de su pluma en materias de su profesión. El asunto está aclarado por el propio don Alberto en carta a José Victorino Lastarria:

No fue mi padre, como usted se imagina, quien me hizo abrazar la carrera militar, que usted se alegra que yo haya abandonado por la de las letras. Fue un engaño de niño, del que más tarde el peso enorme de una ciega subordinación me hizo despertar.

Y esto sí que es creíble, pues no podía olvidar el niño de trece años las escenas gloriosas que recordaría el anciano escritor de *El loco Estero*. ¿Podría darse imagen más seductora, para una creatura imaginativa, dotada de tan prodigiosa capacidad de atesorar recuerdos, que la triunfal entrada del Ejército Restaurador, y la figura del general Bulnes, caracoleando en su caballo blanco, mientras de los arcos de triunfo caía sobre él una cascada de pétalos de flores? El triunfador así glorificado transformóse, seguramente, en figura mítica, en símbolo, en meta, para el muchachito que lo admiraba desde el tablado familiar, a la sombra de los álamos de La Cañada. Más tarde, el embrujo desapareció, aventado por la realidad de la vida militar, en que no todo y –casi nada– es honores y apoteosis. Pero, con esa tenacidad, con esa frialdad tan poco irlandesa y a despecho de su origen, que señala toda su vida, se adhirió largo tiempo si no al entusiasmo, por lo menos al deber que le imponía el uniforme. Así lo encontramos, el 19 de enero de

1847, con sus primeras jinetas de oficial, dirigiéndose a Francia, con un grupo de oficiales, para completar sus estudios militares.

Terminaba allí el período de su vida hogareña a la vera de los padres. Ya no volverían esas largas veladas en que leía a Walter Scott y comenzaba a apreciar los «enredos» característicos de la novela romántica, trasladados más tarde a la acción de sus propias creaciones literarias. Era un joven de diecisiete años, con un mundo por delante –como todos lo tenemos a esa edad– que partía, no sin un desgarramiento doloroso, hacia la Europa mágica, tan atractiva para los rastacueros de aquel tiempo, de hoy y de siempre, y que no debía serlo menos para el adolescente curioso y observador que viajaba al servicio de las armas.

Es su primer período francés, oculto –como casi todo su universo privado– por ese afán impersonal que mantuvo hasta la muerte. ¿Qué le ocurrió, qué vio, qué experimentó en sus días franceses? Poco nos dicen los testimonios directos, pero sí su obra. Leyó a Balzac. Extrajo de él una vocación: el retrato directo del mundo de su época. Fue testigo de la revolución del 48, cuyas oleadas se prolongaron hasta Chile. Tomó detenida nota de las costumbres de la sociedad francesa. Contempló la decadencia de la monarquía y el surgimiento de la medianía social. Fue testigo del cosmopolitismo parisiense, ante el cual no resistía comparación la existencia provinciana de Santiago. Adquirió un modelo: Stendhal.

Poco menos de cinco años duró su experiencia, pero bastó para marcar con trazos definitivos la primera etapa de su obra literaria. Entretanto, la vida nacional y la vida familiar se llenaban, también, de acontecimientos: el 21 de noviembre de

1851, Alberto Blest Gana partió de vuelta a Chile. Ocho meses antes moría doña María de la Luz, su madre. El adusto silencio que rodeó todo lo personal del novelista nos impide conocer sus reacciones frente a esta muerte, cuya arista más dura era la ausencia. Doña María de la Luz fue mujer ejemplar, tiernamente dedicada al cuidado de su vasta progenie. Entre estos cuidados, el del hijo ausente debió serle doloroso. Tiempo más tarde, en una carta dirigida a su hermana Luz, es posible atisbar la huella que dejó en el escritor aquella pérdida:

Con muy vivo placer leí tu carta última, y me apresuro a darte infinitas gracias por la fe de bautismo. ¡Qué entristecedor documento! En un irresistible impulso de la memoria cruzó, al leer esas descarnadas líneas, toda mi existencia por mi entristecido espíritu. El recuerdo de mi despedida cuando salí en mi primer viaje a Europa de dieciséis a diecisiete años, me ha enternecido. Después he pensado muchas veces en lo que sufriría nuestra pobre madre al abrazarme. ¿Por qué mal entendida pena no me contaron ustedes nada de ella, cuando regresé a Chile, cinco años después? ¡Mil veces he pensado con tristeza en esas cosas, con mi sentimental defecto de vivir siempre en el pasado!²

Para el doctor Guillermo C. Blest, la muerte de doña María de la Luz también estuvo marcada por la ausencia: falleció lejos de su hogar, cuando buscaba alguna mejoría para su deteriorada salud en el balneario de Constitución.

Testigo de sus últimas horas fue Carmen Arriagada de Gutike, que narra así lo sucedido en carta del 9 de junio de 1851 a su adorado «Moro», el pintor Mauricio Rugendas:

Ahora tengo otros amigos que me ha procurado una triste circunstancia. La Luz Gana de Blest vino el verano a tomar el temperamento de Constitución y fue conmigo y uno de sus hijos. Allí se empeoró y murió, no teniendo otra persona que la asistiera que yo. Como ella me quería como una hermana y yo encontraba en ella una amiga fina y sincera, la cuidé con todo esmero y no me separé de su cadáver hasta haberlo depositado en el ataúd. Blest y sus hijos me han «voué» una amistad y un reconocimiento de que me dan pruebas inequívocas.

Tal vez la mejor de las pruebas es la carta que el doliente viudo dirigió a la bella y buena amiga:

Sra. Carmen Arriagada de Gutike, Viñas perdidas, marzo 11, de 1851. Mi mui respetada i venerada amiga: Para evitar los embarazos anexos al papel de doliente q. tendría que representar si fuese a Talca, delante de algunas personas talvés, cuia cortesía solamente les llevaría a visitarme, me he determinado pasar sin parar en ese pueblo, i de arrastrar el dolor de regresar a Santiago sin despedirme de U., de U. q. ha hecho todos cuantos esfuerzos humanos y sentimientos angélicos podrían executar para mí, para impedir la tremenda desgracia q. yo i mi familia acabamos de experimentar. Pero confío en los generosos sentimientos de U. i en el juicio recto y caritativo (¿) que formará sobre este paso. Me despido, pues de U. mi cara amiga, asegurando a U. al mismo tiempo q. cualquiera q. sean mi situación i mis circunstancias futuras, me acordaré de U. con los sentimientos del más profundo agradecimiento i bendeciré a U. por los extraordinarios y tiernos empeños q. U. tan generosamente consagró a la asistencia de mi idolatrada Luz,

hasta el último momento de su vida. Dígnese recibir estas líneas como una débil expresión de mi agradecimiento i del lugar venerado y privilegiado q. U. tendrá siempre en el respeto i cariño de su mui sincero i reconocido amigo i atento servidor Q.S.P.B. Guill^o C. Blest.

La vida nacional también tiene sus duelos por esos días. Pero volvamos un poco atrás, para situar algunos hechos que Blest Gana convertirá algo más tarde en páginas de novela.

Los prestigios alcanzados en la guerra por el general Manuel Bulnes le abrieron fácil camino hacia la Presidencia de la República, que asumió el 18 de setiembre de 1841, después de un holgado triunfo electoral. De acuerdo con la Constitución vigente, el mandato presidencial era por cinco años y estaba admitida la reelección. Siguiendo la tradición instaurada por su antecesor, Bulnes aspiró a ella y la obtuvo por la unanimidad de los electores – 161 –, según el sistema de voto indirecto. En los diez años de su gobierno, el general desafió tenaces oposiciones y algún complot extinguido antes de nacer. Hacia los últimos años de su mandato se sumaba la inquietud social a la inquietud política. Criticado el gobierno por duro y arbitrario, criticado Bulnes por su nepotismo, tras los aparentes resultados favorables de las elecciones parlamentarias había un mar de fondo que acabaría en tempestad.

Los principales agitadores de este mar se inspiraban en la revolución francesa de 1848. Animado por el espíritu de las barricadas parisienses, un grupo de románticos intelectuales y de obreros fundó en Santiago la Sociedad de la Igualdad. Fueron sus primeros componentes el orador Francisco Bilbao; el bohemio Santiago Arcos, hombre de gran talento y muchí-

simo sentido de la aventura; el músico José Zapiola, autor de la *Canción de Yungay* con que Chile recibió a Bulnes el vencedor, de algunas zamacuecas y otros aires criollos que todavía permanecen frescos, y de un admirable libro de memorias: *Recuerdos de treinta años*; Eusebio Lillo, poeta y autor de la letra del Himno Nacional, con excepción del coro, que conservó el texto original de Vera y Pintado; Manuel Recabarren, político también; un sombrerero, un zapatero y dos sastres. Se advierte en esta confusa mezclanza la intención pedagógica de la sociedad igualitaria: se unían, en un solo haz, hombres de acción, intelectuales y obreros. Seguramente fueron estos últimos los que peor lo pasaron en las aventuras societarias, pues aunque los sometieran a cárceles y a exilios, los otros se protegían con la influencia y la pública notoriedad.

Las reuniones de la Sociedad comenzaban con discursos y terminaban con desfiles. Su órgano de expresión era *El Amigo del Pueblo*, periódico que redactaba Eusebio Lillo, y existía también un himno, *La Igualitaria*, con letra del mismo Lillo y música de Zapiola. «Naciste, patria amada –gritando libertad», cantaban los igualitarios en su política suicida de oponer «estrofas contra balas», según el decir de Vicuña Mackenna. Si la canción debió ser armoniosa, los discursos, en cambio, eran incendiarios. El orador magno era Francisco Bilbao, hombre de grandes ademanes, pulcra vestimenta, seguidor de Lamartine en modas y gesto. Francisco Bilbao, que tenía también sus años de Francia, participó en las barricadas de 1848 y luchó codo a codo con Quinet. «Su carácter seco y reservado se transfiguraba delante de las multitudes. La sangre aflucía a sus mejillas, pálidas de ordinario como la muerte; sus facciones delicadas ganaban relieve y de sus labios finos partían los acentos de una

voz poderosa y admirablemente timbrada. La vestimenta exótica, los largos cabellos ondulados y los ojos azules, iluminados por el delirio, penetraban como efluvio en el auditorio, electrizándolo»³.

Sus arrestos libertarios lo llevaron una vez a los tribunales de justicia. El motivo: un ensayo más bien mediocre titulado «La sociabilidad chilena», que los jueces consideraron más digno de ser ventilado ante el estrado judicial que ante el público lector. Bilbao, en otro gesto romántico, rehusó la defensa. Alegó él mismo, con su tremendo estilo adjetivador. Los jueces, impasibles, lo absolvieron del cargo de sedición, pero lo condenaron por blasfemo e inmoral, a una multa de mil doscientos pesos que el público recolectó y pagó de inmediato. La multitud, delirante, levantó a Bilbao en sus brazos y éste –románticamente– se desmayó en ellos. «La sociabilidad chilena» da una exacta idea de la oratoria de nuestro Demóstenes:

«Rayo eléctrico, centella divina, la libertad agita su cabeza; golpea la tierra, el universo tiembla, el siglo XVIII se levanta... ¡Mortales, hincad las rodillas...!».

Quién sabe qué recónditas fibras del alma popular estremecían estos párrafos afiebrados, que a los ojos de nuestra época más adusta –supongamos que las épocas tienen ojos, y que la nuestra es más adusta o, por lo menos, más apegada a un vivir que no admite la proliferación de adjetivos, tan seductores al oído de nuestros antepasados– parecen sólo la expresión de una demagogia con aires intelectuales, pero el hecho es que la gente se ponía a vibrar y era capaz de seguir al bien vestido líder en todas sus acometidas contra el seco y burgués gobierno de Bulnes.

Muchas fueron las aventuras del tribuno, y casi todas seguidas con especial dedicación por la fuerza policial. Sus incendiarias palabras, como veremos, se tradujeron en hechos y los hechos en persecuciones. Estas y las prisiones no disminuyeron su celo, y su situación de trashumante y perseguido continuó hasta después de su muerte, en la estatuaria. En efecto, reproducido en bronce y de cuerpo entero, conoció en la ciudad de Valparaíso el más extraño peregrinaje de que haya sido objeto estatua alguna. La de Bilbao lo representa de paños que le dan aire romano, con un brazo alzado un poco más allá de la altura de los hombros, como señalando a la multitud que sabía mover con su iluminada oratoria. Por muchos años, la efigie de Bilbao anduvo de plaza en plaza y de parque en parque por Valparaíso, sometida a un destino errático, ausente de reposo. Los colegiales de esa época nos preguntábamos dónde aparecería Bilbao la próxima semana y, a veces, el próximo día. De uno a otro extremo de la ciudad vagaba en busca de pedestal y, apenas lo alcanzaba, se hacía presente la autoridad edilicia para juzgar que estaría mejor en otro sitio. Y por ahí iba, enorme, hueco, bronceo, en los camiones municipales. Entre los azares de estas mudanzas hubo un tiempo en que reposó de espaldas, en la árida plazoleta de la Aduana, indicando hacia el cielo porteño con su inmóvil brazo de tribuno. Por último lo instalaron en algún lugar, donde no estorbara mucho el tránsito, y su extremidad enhiesta sirve de reposo a las gaviotas que padecen de una rara afición por las estatuas.

Las críticas contra el gobierno de Bulnes alcanzaron acera-do tono en los últimos meses de su mandato, cuando había que buscar el sucesor y podía suponerse que éste sería Manuel Montt, hombre de confianza del general y ministro suyo por

largos años. Modesto profesor nacido en un pueblo rural de la provincia de Aconcagua, era Manuel Montt un político sabio, enérgico y resuelto. Era de suponer que con él seguiría la política férrea, implantada ya por dos gobiernos y, hasta cierto punto, heredera del espíritu portaliano. Los grupos opositores no estaban dispuestos a soportar otro de estos gobiernos severos, arbitrarios –seguramente–, pero eficaces y tremendamente celosos del orden público. La conspiración ató dos cabos: el coronel Urriola, que tenía ambiciones de mando supremo, y la Sociedad de la Igualdad, a la que se presumía capaz de movilizar al pueblo. Urriola aportaba un fragmento del ejército: el Regimiento Valdivia, con asiento en el antiguo claustro de los jesuitas.

El 20 de abril de 1833, muy de mañana, estalló el motín. Urriola, con sus fuerzas, rodeó la plaza. Un destacamento partió con la intención de tomar el cuartel de la Guardia Cívica, pero un sargento de espíritu gobiernista despachó de un tiro al teniente que lo mandaba y se dio a las fuerzas leales. Urriola desplegó su gente en La Cañada, con la intención de tomar el Cuartel de Artillería, situado enfrente de la casona que habitaban los Blest Gana. Allí fue la principal batalla.

Entretanto, la Sociedad de la Igualdad, que se había comprometido a alzar cinco mil «igualitarios», concurrió con quince. Bulnes, sabedor del motín, montó a caballo, se desayunó con «mote con huesillos» y comenzó a operar con el buen sentido táctico y la admirable fortuna que rodearon todos sus actos militares.

Mientras los soldados insurrectos practicaban numerosos y estériles asaltos al Cuartel de Artillería, los «igualitarios» lograban satisfacer una de sus más grandes ambiciones: revo-

lución sin barricadas no es revolución. Así, pues, levantaron una, por donde fuera. Pero quiso su mala estrella y el apuro de la acción que, para construirla, ocuparan los sacos rellenos que provenían de un almacén situado al alcance de los amotinados. Los sacos contenían nueces.

El pueblo de Santiago, que suele concurrir con su presencia complacida de mirón a todos los acontecimientos que turban la paz callejera, contempló el hermoso esfuerzo de los quince igualitarios. Cuando la barricada estuvo hecha, el pueblo anónimo se dio cuenta de la naturaleza de las defensas. Se acercó a ellas, las palpó, las cató. Eran nueces. Acompañadas con pan, buen desayuno. En pocos minutos, los sacos de las barricadas estaban vacíos y eran incapaces de detener ni a un veterano de la independencia.

Fue el síntoma incruento de la derrota. Entretanto, se batían los militares insurrectos con los defensores del Cuartel de Artillería. Las tropas del gobierno, ágilmente reforzadas, los aventaron. Una bala loca alcanzó al coronel Urriola. Murió en el acto.

El gobierno lanzó una proclama: «¡Ciudadanos! El motín está concluido. El orden público está asegurado: el gobierno y el pueblo velan por la seguridad del Estado. Viva la república. Manuel Bulnes». Eran las once de la mañana.

Muchos revolucionarios escaparon. Otros fueron detenidos. A todos se les condenó a muerte. Ninguno fue ejecutado. Entre ellos –los condenados que se salvaron– hay un personaje de ficción: Martín Rivas.

La novela de Blest Gana da cuenta de cómo el joven provinciano se metió en la peligrosa aventura, arrastrado más por el despecho y la camaradería que por una fiel intención

revolucionaria. En la trabazón de la novela, el motín del 20 de abril pudo omitirse, pero Blest Gana era un detenido y cuidadoso seguidor de la historia. Casi no hay obra suya en que no aparezca algún «momento estelar». Así puso a Martín Rivas en la encrucijada salvadora, que había de revelar a su amada las verdaderas inclinaciones del corazón y serviría al autor para trazar un vivo cuadro de la batalla:

Dejamos a la columna revolucionaria en marcha para el cuartel de artillería, bajando hacia la Alameda por la calle del Estado.

San Luis marchaba al frente de su tropa, cuyas filas se habían engrosado notablemente en aquel tránsito, bien que muchos de los que llegaban carecían de armas de fuego.

Martín, sereno, como si marchase en una parada, se empeñaba en conservar el orden entre los suyos, exhortándolos a observar la formación militar.

La gente, apiñada ya en la Alameda y en las veredas de la calle, vitoreaba a los revolucionarios, que desembocaron en el mejor orden y contando con un triunfo fácil en el cuartel de artillería.

Pero antes de llegar a éste, divisaron los revolucionarios varios piquetes del batallón de línea Chacabuco, apostados en diversos puntos del vecino cerro de Santa Lucía. Dominando éste con sus fuertes el cuartel que se proyectaba atacar, era preciso desalojar primero a los del Chacabuco de sus posiciones, a fin de prevenir un ataque por ese lado. Lanzáronse con esta mira los revolucionarios a escalar el cerro; pero los de aquel punto, en vez de oponer resistencia, abandonaron sus posiciones y bajaron precipitadamente hacia La Cañada por el lado del

fuerte del Sur, entrando con celeridad en el cuartel de artillería, que les abrió sus puertas y aumentó con este nuevo refuerzo el reducido número de los defensores del cuartel.

A pesar de su ligereza, la tropa revolucionaria no pudo frustrar el éxito de aquel rápido movimiento, y llegó a las inmediaciones del cuartel cuando la puerta de éste se cerraba sobre los soldados del Chacabuco.

El jefe revolucionario dio entonces la orden de atacar el cuartel, y la tropa se puso en movimiento, dando principio al ataque en medio del clamoreo del pueblo, cuya mayor parte observaba impasible aquella escena, absteiniéndose de tomar parte en ella, acaso por falta de armas y jefes, sin los cuales nuestras masas casi nunca se deciden por la iniciativa, por esperar la voz de los caballeros que, a pesar de las propagandas igualitarias, miran siempre como a sus naturales superiores.

Rafael San Luis dirigió su gente al costado del cuartel, mientras que por el frente embestían los del Valdivia. El combate se hizo entonces general, bien que los sitiados economizaban sus tiros por no tener puntos adecuados para dirigirlos con certeza. Mientras que la tropa veterana hacía un nutrido fuego sobre puertas y ventanas, los de San Luis y demás jefes populares arrojaban piedras sobre los techos y trabajaban por derribar la puerta principal, abriendo un forado cerca del umbral. En medio del más vivo fuego, una partida de hombres, capitaneada por Martín Rivas, logró echar al suelo una de las puertas que daban sobre la calle de las Recogidas. —¡Adelante, muchachos! —gritó Martín, blandiendo la espada en una mano y en la otra una pistola.

Y esto diciendo, trató de penetrar en el cuartel seguido de los suyos; pero los recibió tan mortífero fuego de

adentro, que casi todos los que seguían a Rivas volvieron la espalda. En vano los alentó éste con el ejemplo y la palabra, pues en ese momento se oyeron los primeros disparos de una pieza de artillería que un capitán de los sitiados había puesto en la calle de atraveso. Un vivísimo tiroteo trabóse entonces, atronando los ámbitos de la población el ruido incesante de la fusilería y los repetidos tiros de cañón, que barrían la calle diezmando las filas revolucionarias.

El ruido de estas descargas era el que había hecho bajar del balcón a las familias de don Dámaso y de don Fidel. En el momento en que Leonor invocaba la piedad del cielo para Martín, éste, como los antiguos caballeros, se lanzaba a lo más crudo de la pelea, llevando en su pecho la imagen y en sus labios el nombre de Leonor.

A pesar de su denuedo, veíanse ya en gran aprieto los sitiados con el fuego sostenido y el bravo empuje de los sitiadores, cuando apareció por la bocacalle de las Agustinas una columna con el coronel García a la cabeza, dice la relación citada. Esta columna, compuesta de la guardia nacional que los del gobierno habían podido reunir, avanzó llenando la calle y se vio a poco tomada entre dos fuegos por un destacamento del Valdivia, que el jefe revolucionario envió a atacar por su retaguardia, y el resto de los amotinados, que rompieron sus fuegos al mismo tiempo contra su frente. El estruendo del combate fue tan terrible en aquellos instantes y rivalizaban en temerario coraje los revolucionarios con los jefes y oficiales de los del gobierno, que veían por todas partes llover sobre ellos una granizada de balas.

Rivas y San Luis parecían querer también rivalizar en arrojo y sangre fría, pues, no contentos con animar a los suyos, apoderándose cada cual de un fusil dejaron colgar

la espada de la cintura e hicieron fuego, como soldados, sobre el enemigo. Las voces de los jefes, ahogadas por el ruido de las detonaciones, se confundían con las de los que caían heridos, y las imprecaciones de los que retrocedían después de avanzar se perdían entre las mortíferas descargas del enemigo.

En lo más reñido del combate, una bala derribó al coronel Urriola, jefe de los revolucionarios, el que cayó diciendo: «¡Me han engañado!». Palabras que ha recogido la historia como una prueba de que los revolucionarios no contaban con la obstinada resistencia que encontraron.

La noticia de la muerte del jefe cundió luego por las filas de los sublevados, y pronto su influjo moral hízose sentir en el combate, pues, calmando el fuego y pasando de agresores a agredidos, se replegaron todos hacia La Cañada, frente a la puerta principal del cuartel atacado. Reunidos en una masa compacta, los revolucionarios rompieron allí de nuevo casi con más ardor que antes sus fuegos, haciéndose la lucha más encarnizada en esos momentos, pues se abrió la puerta del cuartel para dar paso a dos piezas de artillería que lanzaron un vivo fuego contra los enemigos.

(...) Aquel fue, sin duda, el momento más crudo de tan encarnizado combate. Los beligerantes, colocados a pocos pasos los unos de los otros, desafiándose con el gesto y la voz, podían dirigir con certeza sus tiros y hasta ver el efecto de ellos sobre los contrarios. El ruido era atronador y los hombres caían de ambos lados en horrorosa abundancia. Los curiosos, que desde el alba llenaban los alrededores, se habían dispersado ante tan peligroso espectáculo, para dejar disputarse la victoria a los combatientes que, con encarnizada enemistad, pare-

cían haber olvidado que cada tiro regaba el suelo chileno con la generosa sangre de alguno de sus hijos. Temerario arrojo en presencia del peligro, porfiada tenacidad para la defensa y el ataque simultáneos, ardor incontrastable a la par de heroica sangre fría, fueron prendas del carácter nacional que brillaron en ambos campos en aquel instante. Las dos piezas de artillería, sobre las cuales Rivas, San Luis y los suyos hacían un fuego mortífero desde la bocacalle de San Isidro, disminuían, poco a poco, la frecuencia de los disparos, porque la granizada de balas que sobre ellas caía había puesto fuera de combate a dos oficiales que sucesivamente las habían mandado y a la mayor parte de la tropa que las servía. El jefe del cuartel había reemplazado en el mando de esas piezas a los dos oficiales gravemente heridos al pie de ellas, y de los cuales uno era su propio hijo. Pero a la llegada del jefe, una furiosa descarga derribó a casi todos los artilleros que aún quedaban en pie, y avanzando los revolucionarios tras el humo de esa descarga, lograron apoderarse de los dos cañones que la muerte dejaba sin defensores. Martín y Rafael llegaron juntos y fueron los primeros que pusieron sus manos sobre las piezas que tantos estragos habían causado en las filas de los suyos.

—¡Victoria, victoria!— gritó San Luis.

Y esta voz la repitieron todos arrastrando los cañones al punto que ellos ocupaban. Mas no bien había cesado el clamoreo de los que clamaban victoria, cuando la puerta principal del cuartel se abrió de nuevo y una horrible descarga de fusilería envió sobre los revolucionarios una nube de balas que hizo entre ellos espantosa matanza. San Luis se asió con fuerza del brazo de Martín, que se hallaba a su lado, y gritó a los suyos:

—¡Fuego! ¡El enemigo está en agonía!

Palabras que el ruido de nuevas descargas ahogaron, mientras que el joven que acababa de pronunciarlas echó sus dos brazos al cuello de Rivas, diciéndole:

–Me han herido y no puedo tenerme en pie.

(...) Cuando Martín llegó al lugar del combate, reinaba allí la mayor confusión. La fuerza revolucionaria se desorganizaba en esos momentos. Uno de los oficiales del Chacabuco, hecho prisionero en la guardia principal, aprovechándose del desorden que le rodeaba, emprendió la fuga hacia el cuartel de artillería y varios soldados siguieron su ejemplo, comunicándose el contagio a los demás que allí había. Con esto el fuego de los revolucionarios cesó poco a poco, y cuando Rivas llegó al frente del cuartel, todos entraban creyéndose victoriosos y caían allí en poder de los sitiados.

Triste fin para tan sangriento episodio. Descontados los personajes ficticios –Martín Rivas y Rafael San Luis– que Blest Gana pone en el corazón de los sucesos, el relato de éstos puede estimarse absolutamente fidedigno, y el propio autor se encarga de señalar más adelante que lo ha escrito tratando de ceñirse «a los partes oficiales de aquella jornada» y a una narración testimonial, que cita a menudo.

Blest Gana debió recibir noticias del «motín de Urriola» mientras se encontraba en Francia y le habrá emocionado pensar en toda esa violencia desatada junto a la casa en que vivió su niñez. Si hubiera estado en Chile, habría sido observador directo de los hechos y muy posible que tomara parte en ellos, como oficial del ejército. Pero sólo nueve meses más tarde embarcó para su patria, el 21 de noviembre de 1851.

El 5 de febrero del año siguiente recibió el grado de teniente

de Ingenieros, y casi inmediatamente fue designado profesor de la Escuela Militar y obtuvo de la universidad el título de agrimensor. ¿Está lejos, todavía, el novelista, de este muchacho de veintidós años, rodeado de un prestigio que no palidecerá en su futura acción política?

Entre sus clases de geometría elemental y de topografía, Blest Gana halla un lugar para cultivar la poesía. Es, casi, un poeta secreto, no muy seguro de las dotes poéticas que ya brillaban en su hermano Guillermo. La mayor parte de sus versos morirán como sus recuerdos personales: sepultados en el silencio o destruidos por el fuego en un «auto de fe».

Otra cosa lo anima, bajo la influencia de Balzac: la pintura de costumbres.

NOTAS AL CAPITULO I

- 1 Carta de Diego Portales a su amigo y socio José Manuel Cea, fechada en Lima en marzo de 1822.
- 2 Citada por Raúl Silva Castro en *Alberto Blest Gana, estudio biográfico y crítico*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1941.
- 3 **Leopoldo Castedo**, *Resumen de la historia de Chile de Francisco A. Encina*, t. II, Santiago, Empresa Editora Zig Zag, 1954.



Don Alberto Blest Gana, en quizás la única fotografía en que luce barba. (Original propiedad de la familia García Blest)

LAS NOVELAS DE JUVENTUD Y EL PERIODISMO

*E*l joven profesor de la Escuela Militar, que frecuentaba en sus momentos de libertad los salones santiaguinos, era un hombre bien puesto, atrayente, de figura marcial y de fácil palabra, prestigiada por los años pasados en Francia: vivir un lustro en Europa, entre los diecisiete y los veintidós años, ¡qué mundo, Señor, para provocar la admiración entre las bellezas lánguidas del recatado Santiago: El teniente Blest Gana «bailaba a la perfección», «sabía conversar amablemente con las mujeres y discretamente con los hombres», según el testimonio de Domingo Arteaga Alemparte.

Ni la geometría ni la topografía ni los salones cautivaban por completo el espíritu del aventajado muchacho. Escribía versos. Versos en los cuarteles, lo que no es raro dentro de «las grandezas y servidumbres de la vida militar». Guardaba sus poemas recatadamente, aunque acaso los comentara con su hermano Guillermo, que era el vate oficial de la familia. La vida militar le era antipática; el mundo de los salones lo atraía, porque era joven y allí se encontraban los jóvenes de su tiempo con las beldades puestas en el mercado matrimonial y porque era el campo de batalla de sus vocaciones secretas: allí observaba «las costumbres». Ejercitaba lo aprendido en las obras de Balzac: la contemplación de las modas y los modos de actuar

de las gentes, traducibles, más tarde, en la pintura de la realidad mundana.

Todavía no estaba claro el camino. Era necesario un prudente ejercicio antes de emprender, definitivamente, lo que se insinuaba como una vocación. Si ya poseía entonces, como lo demostró más tarde, toda la imaginación que atribuimos al pueblo irlandés del que descendía por la línea paterna, tuvo cuidado de que no perturbara el desarrollo normal de sus actividades hasta no tener una certeza de sus condiciones. Se desempeñó fielmente en el ejército, cumpliendo sus tareas de instructor en el plantel militar con la más pulcra disciplina. Pero la pluma ya comenzaba a moverse.

En 1853, don Diego Barros Arana inició en Santiago la publicación de un periódico de efímera existencia, al que puso por nombre *El Museo*, acompañado de un subtítulo pomposo: «periódico literario y científico». Este último calificativo representa muy bien el gusto del tiempo: los descubrimientos científicos, que comenzaban a conmover a media humanidad, sobrecogían a nuestros antepasados y las alusiones de este orden eran frecuentes. Podría hacerse una larga cuenta de las veces que los asuntos científicos se mencionan en las obras literarias de esos años. En las novelas de Blest Gana la comparación de las súbitas emociones con la electricidad –fluido misterioso que maravillaba a sus contemporáneos– es, más que frecuente, habitual. La ciencia, impetrada en el subtítular, daba una dimensión de misterio y modernidad a la revista. *El Museo* tuvo una cantidad de colaboradores eximios, con mayor o menor prestigio literario, y entre ellos uno que hacía sus primeras armas: un oficial de ejército, de linaje honorable, que publicaba por entregas su novela primogénita: *Una escena social*.

La obra es poco más que una escena: la historia de una bella muchacha impelida por una violación a vivir con un amante detestado, del cual tiene un hijo. Alfredo –el protagonista, que cuenta la historia en primera persona– la conoce y se enamora. Ella, coqueta e indecisa, alienta ese amor sin ir más allá de un epistolario apasionado. El amante, arruinado en sus negocios, se suicida. Todo parece preparado para el happy end, pero Blest Gana es un observador pesimista: agobiada ella por todos los pesares de su existencia, contrae una fiebre maligna y muere. Alfredo se hace cargo de la educación del niño, que es apenas una criatura de dos años.

En nuestros días, el tema de esta novela primeriza nos parecería trivial, pero en los de su aparición provocó escándalo: que alguien tuviera el desparpajo de hablar de violaciones, amantes, pasiones extra-matrimoniales –tal es la apariencia que da el comienzo de la historia, aunque luego se resuelva en una situación que no parece ofender a la moral matrimonial, puesto que no hubo matrimonio–, era un campanazo en la quietud santiaguina. Así se lo hizo ver al autor otra publicación de la época, la *Revista Católica*, que le dedicó un violento artículo:

(...) hoy nos cabe el sentimiento de denunciar a las gentes sensatas dos composiciones en prosa que han visto la luz pública en las columnas de *El Museo* y que son en nuestro concepto una verdadera lección de inmoralidad. *Una escena social* se titula una «novela original» escrita por don Alberto Blest Gana, infestada del fatalismo, preñada de incidentes amorosos, de lances provocativos, de impúdicas pinturas muy a propósito para exaltar la fantasía y despertar en el corazón de la inexperta juventud

la pasión más peligrosa y seductora que en él puede albergarse. (...) Es a la verdad sensible que *El Museo*, periódico destinado al cultivo de la amena literatura y a propagar el buen gusto literario, ensucie sus páginas con semejantes producciones. ¿Qué efecto podrán producir en la inocente juventud y en las castas doncellas que leen ese periódico? ¡Ah! ¡Ojalá que pasaran desapercibidos los inmundos conceptos con que plumas venenosas pretenden recrear su imaginación, por no decir extraviar su inteligencia y corromper su corazón!

«Semejantes producciones» hoy día nos parecen bastante aguadas, y *Una escena social* no conmovería a ninguna casta doncella, si es que pasa de aburrirla. ¡*Così va il mondo!*

Blest Gana resistió el embate con ánimo militar, a pie junto y pluma en ristre. La novela, olvidable en muchos sentidos, queda como un documento, no de época, sino de historia del propio autor; es su pimer intento, pero ya tiene el germen de lo que será el futuro cronista de las costumbres de su tierra: rígido analista, que no logra sacudirse el romanticismo que suele condenar en sus escritos, descriptor fotográfico –entonces daguerrotípico– de la escena que observaba y enamorado del género femenino al que dedica sus más amenos párrafos:

Carolina era una de esas mujeres pálidas y de hermosos ojos que llaman la atención al primer golpe de vista, eclipsando con su belleza a las que sólo se cuentan entre las bonitas. Una de esas mujeres de larga juventud, sobre las cuales el tiempo pasa embelleciéndolas, que pierden tal vez la encarnada frescura de los quince años adquiriendo, en cambio, la pomposa hermosura y la arrogante ostentación de un completo desarrollo. La rica profu-

sión de sus cabellos negros y lucientes, envueltos en numerosos contornos por una parte y desplegados en hermosas bandas por otra, daba a su cabeza una belleza encantadora. Su frente pequeña, tersa, de extremada blancura; sus labios delgados, húmedos y ligeramente rosados; sus cejas finas y perdidas hacia las sienas, todo en su rostro se reunía para darle una de esas bellezas peculiares donde respira la aristocracia de las formas. Nada de más acabado y perfecto que su cuello blanco, majestuoso y sereno, uno de esos cuellos que fijan las miradas de un inteligente y engendran en su fantasía mil delirantes locuras. La fresca juventud de sus formas, su cintura delgada, flexible y elegante, realzaban la delicada armonía de su rostro. Las manos, pequeñas y suaves, hacían resaltar su extremada blancura, cuando pasaba sus dedos sobre el pelo. Su porte esbelto y el refinado gusto de su traje daban, en fin, a toda su persona la exquisita gracia de una elegancia innata y cultivada con esmero.

¡Como para espantar al crítico de la *Revista Católica*!

Una escena social se publicó en los números 13 al 20 de *El Museo*, y no es la única muestra de la actividad de Blest Gana en el periódico de don Diego Barros. En estas y otras ediciones figuran artículos de costumbres firmados por «Abejé», que subrayan las intenciones del autor: la observación y consiguiente retrato de la vida social. Pero en el número 14 encontramos una colaboración que escapa a sus líneas habituales: es un poema, uno de los pocos que dio a conocer, uno de los sobrevivientes del «auto de fe» que puso punto final a las inclinaciones poéticas de este glosador de las costumbres. No representan, esos versos, innovación alguna del arte poético

practicado en su tiempo. Lo persigue el tono sentimental de Musset, posiblemente a través de su hermano Guillermo, que leía al poeta francés y tradujo *Nuit de Mai*. Y aunque el fraterno vate sostuviera que

Yo no soy de esos Byron de quince años
que, salidos ayer de las escuelas,
hablan ya de dolor y desengaños,

el recién estrenado novelista sucumbía a los encantos del *spleen* y a esa «sobremaduración» que hizo exclamar a Núñez de Arce:

¡Treinta años! Quién diría
que tuviese, al cabo de ellos,
si no blancos los cabellos,
el alma apagada y fría.

Si a los treinta años ya se le había enfriado el alma a Núñez de Arce, don Alberto Blest Gana confesaba a los veintitrés que su corazón era débil, falto de alegría, cansado, sin vida y sin amor. ¡Fenómenos patológicos de la inspiración poética, desmentidos en una existencia que duró noventa años y que no conoció reposo, sino en sus horas finales!

Leamos esos versos, testimonios de una inquietud que duró un instante y que fue felizmente consumida por la vocación del novelista.

Al corazón

Tú, corazón, tan débil, ya falto de alegría,
tan joven y cansado, sin vida y sin amor;
tú, que agotaste el cáliz de la creencia mía,
despacio, no palpites, mi pobre corazón.

Si huyeron presurosos los tiempos encantados,
llevándose por siempre tu fuerza y tu vigor,
deja que el llanto moje los párpados cansados,
mas no palpites tanto, mi pobre corazón.

Si buscas los ensueños que tu niñez mecieron
tus blancas ilusiones en su primera flor,
la gala que las penas voraces destruyeron,
en balde no te agites, mi pobre corazón.

¿Qué quieres? ¿Un sonido que calme tus pesares?
¿La voz a cuyo influjo latías con ardor?
¿Los goces que en tu seno vertían a millares?...
¡Despacio, más despacio, mi pobre corazón!

No invoques los recuerdos de tiempos bendecidos,
no evoques la memoria de un sueño bienhechor;
si llamas los placeres por nuestro mal perdidos,
en lágrimas se cambian, mi pobre corazón.

Los rayos más templados de triste indiferencia,
la calma del olvido, la ausencia del dolor,
traerán más gratas horas, calmando tu impaciencia,
y así latirás menos, mi pobre corazón.

Esta versificada interpretación de la taquicardia tiene su encanto, aunque se halle a muy larga distancia del nuevo «gay-

trinar». A pesar de ese destructor «en balde» de la tercera estrofa, los versos siguen un ritmo interior, una modulación que –por lo menos– corresponden a los melancólicos sentimientos que expresan.

¿Fue la vista del poema impreso lo que decidió a Alberto Blest Gana a abandonar definitivamente las musas poéticas? ¿Fue la comparación, inevitable, con las obras de su hermano? Once años después de la publicación de la poesía que transcribimos, dejó en una carta a Benjamín Vicuña Mackenna un documento categórico de su resoluciones literarias:

«Desde un día en que, leyendo a Balzac, hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones».

Juró y cumplió su juramento, salvo en lo que se refiere a esa ineludible obligación de llenar páginas de álbumes a que está sometido el maltratado gremio de los escritores que alcanzan fama. Y no es extremado suponer que las crónicas costumbristas publicadas en diversas revistas literarias fueran sólo ejercicios que contribuían a perfeccionar su pluma, en la prolija actividad de pintar con palabras el mundo en que vivía.

En *El Museo*, que fue partida de nacimiento de su carrera de escritor, publicó dos «artículos de costumbres» –término este último que acompañaría muchas de sus obras posteriores–: «Las manías» y «Un baile en Santiago», en las que «Abejé» manifiesta un humor muy distinto del que hacía padecer al cardíaco poeta. Es un humor un poco agrio y displicente, que condena con una sonrisa no benévola a los actores en cuya observación se entretiene. Esa observación es la de un hombre

que se coloca sobre los problemas (*au dessus de la mêlée*, habría dicho con Rolland años más tarde), no en actitud jupiteriana, pero sí en la que señaló con mucho acierto Ricardo Latcham: «Blest Gana se acomodó en un rincón burocrático y abandonó cualquier postura militante, a pesar de que suele interesarse por todo lo que le rodea y expresa más tarde su desencanto de la nueva realidad en que se ha instalado».¹

En «Las manías» hace la crítica de algunas muy comunes a todo el género humano y se detiene, luego, a comentar los contrasentidos de la vida cultural santiaguina: mientras los adolescentes se sienten poetas a todo trance, la gente madura padece de una ignorancia a toda prueba.

En un extremo, «... un Petrarca de doce años comienza las hostilidades con su vecina lanzándole un soneto quemante como una ascua...; allá un Zorrilla imberbe, con una cabellera abundante como las ilusiones de su edad, declama una elegía lacrimosa sobre la tumba del perro de la casa, fallecido por excesos gastronómicos; éste lee a su prima, de quien está enamorado, unas quintillas furibundas contra la falsía y versatilidad del bello sexo...»

Y en el otro, «... hay la manía del que no lee versos so pretexto de buen gusto y que los versos están hechos en Chile; éstos son el hacendado civilizado y el comerciante que gira con grandes capitales.

Preguntad a uno de ellos: ¿Ha leído usted tales versos? El hacendado os responderá: Hombre, yo nunca leo los versos de aquí; sonseras de muchachos.

El comerciante sin responderos os mirará como a una razón social que le inspira profundo desprecio.

El hacendado es el antípoda del poeta en la esfera social.

Para el comerciante, el poeta es un capital muerto que nunca producirá un interés real, pues está gravado con la hipoteca del idealismo.

En «Un baile en Santiago», «la orquesta preludia una polca, las parejas se levantan y principian a pasearse. Un galán pasa delante de mí con una niña del brazo, mirándose las botas en busca de una frase que se le escapa a cada instante; allí va otro sonriéndose sin haber dicho nada y cuando le han contestado, menos; allá un principiante sigue con la cabeza el compás de la música para no estar desprevenido; uno permanece parado con los ojos fijos en la alfombra, cual si estuviese agobiado de melancolía; acá un amante anuda su conversación interrumpida en la última danza... Todos se pasean, hablan, se miran y se pavonean por el estrado. La música empieza; las parejas se lanzan, corren, se paran, chocan, dan mil vueltas, van, vuelven, saltan, caen, ríen, pierden el compás, se pisotean, se dan furiosos codazos y desatinados empellones, los peinados se desaliñan, los vestidos se rompen».

De tanto ir a los salones y observar los bailes, Blest Gana encontró su pareja. Se llamaba Carmen Bascuñán Valledor y pertenecía al mejor mundo santiaguino. Se casaron en la Parroquia del Sagrario, el 12 de octubre de 1854, buen día para iniciar descubrimientos.

A comienzos de ese año había abandonado la Escuela Militar y prestaba servicios como jefe de la Sección Ejército en el Ministerio de la Guerra, al que solicitó permiso para su matrimonio.

Los recién casados se instalaron en casa de los padres de la novia, gente de fortuna y muy buen vivir social.

La pareja tuvo cinco hijos: Teresa Margarita del Carmen, nacida en 1855 y muerta en plena infancia; Alberto Francisco (1856); María Carmen Luz (1863); Blanca Teresa del Rosario (1866) y Guillermo, cuya fecha de nacimiento se desconoce.

Alberto Francisco heredó, aunque menguada, la vocación paterna. Escribió versos y fue un buen autor de crónicas periodísticas, que publicaba en *La Epoca* con el seudónimo de «Ito». Feble y enfermizo, contrajo el vicio de la morfina. Todo esto añadido a su contumaz bohemia nocherniega, terminó rápidamente con él. Murió el 5 de mayo de 1888 en el Hospital de San Vicente de Paul y fue sepultado modestamente.

Pocas oportunidades tendremos, en las páginas que siguen, de encontrarnos con doña Carmen Bascuñán de Blest. Bueno es, por esto, evocarla aquí antes de que su silenciosa figura se nos pierda en el bosque de la producción novelesca a que tan fielmente contribuyó. Fue compañera del escritor durante cincuenta y siete años, y no sólo en la categoría de esposa abnegada y buena madre sino en la de secretaria, consejera y confidente. Las obras de Blest Gana fueron escritas, en parte muy importante, por su mano, bajo el dictado del novelista. Durante los últimos años de su vida destinó una hora cada día a esta labor de amanuense en la que no faltaba el buen consejo y la oportuna anotación de tal o cual detalle captado al pasar. El viejo autor de *Durante la Reconquista* le rinde homenaje en una dedicatoria traspasada de ternura, y el viudo corrector de pruebas de *Gladys Fairfield* recuerda con dolor que bajo los cuidados de la esposa redactó ésa su última novela. Desaparecida la admirable compañera en que él apoyaba sus vacilaciones de anciano, negóse a escribir: ya las manos eran incapaces de seguir el ritmo todavía joven de su imaginación y le faltaban las

de doña Carmen para tomar el cuidadoso dictado. Aunque le sobrevivió nueve años, con la esposa murió el novelista.

Lejos estaban todavía estos dolores de la mente del joven oficial que el 12 de julio de 1855 obtuvo su retiro definitivo del ejército, aunque continuó sirviendo durante un tiempo en el ministerio. Más libre, más dueño de sí, podía concentrarse con mayor ahínco en su jurada vocación. Ese mismo año publicó dos novelas, como folletín de la *Revista de Santiago: Engaños y desengaños* y *Los desposados*. Estas obras, más *La fascinación*, componen lo que podríamos llamar ciclo francés dentro de la primera etapa de su carrera de escritor. Pertenecen, también, a una época de tanteo, superada con amplitud años más tarde. Se manifiestan en ellas las dotes creadoras del novelista, pero todavía en germen, en boceto. Sería fácil olvidarlas, si no fuera por esos embriones.

Es indudable que los años de Francia impregnaron el espíritu del escritor. No era sólo la inevitable comparación entre la modesta existencia de Santiago y el tumultuoso ritmo de la capital europea, que ya bastaba para conmover a cualquier inteligencia abierta: los hábitos diferentes, la libertad –comparativa– de la sociedad parisiense, el desenfado de las costumbres, el refinamiento de las gentes con las que se rozó el oficial chileno, la belleza plástica de la ciudad, que no alcanzaba todavía el esplendor del último imperio, pero que ya mostraba los grandes monumentos y las hermosas avenidas que las transformaciones napoleónicas habían iniciado cincuenta años antes. Al milagro urbanístico y a la desenvuelta actitud de los salones se sumaban el espectáculo de la revolución del 48 y las nuevas formas del arte literario, que influyeron definitivamente en Blest Gana, impuestas por un hombre poseedor de una

verdadera magia para penetrar en el alma de la sociedad burguesa. Blest Gana leyó a Balzac; más que eso: lo convirtió en su evangelio de novelista, se lo propuso como modelo y ya no lo abandonaría, aunque jamás logró calar tan hondo como él en la tarea de desentrañar el mundo que les servía de escenario.

Si su influjo lo llevó a quemar sus poemas y a desechar definitiva y provechosamente la idea de ser poeta, también a su influjo y protegido por su sombra comenzó a novelar. Podría verse en estas novelas francesas como un homenaje al maestro, y no sólo el puro intento de contar la vida contemplada durante cinco años. ¿Le podría rendir homenaje más claro?

Aparte de esta fidelidad al maestro, los temas ideados corresponden con exactitud a los fines que se proponía como literato: la descripción minuciosa de los ambientes sociales y la inclusión de los detalles históricos que añadieran fuerza documental a la pura creación novelesca.

Engaños y desengaños posee una brevísima nervatura argumental y sólo se extiende a las proporciones de una novela mediante la inclusión de escenas y de largas reflexiones que el autor se pudo economizar. Gran parte de la acción discurre en lugares provincianos del país. Ismael, el protagonista, se enamora de una joven viuda, créese víctima de una traición y huye desengañado. Los padres lo envían a Europa: forma corriente en esos años, de curar *spleens* y amores desgraciados. Ismael lleva en Francia una vida opulenta y disipada, que da oportunidad al autor para describir la existencia frívola del *monde-monde* parisiense y de los latinoamericanos ricos que se incorporan a él. Vuelto al terruño, Ismael descubre la verdad de aquel supuesto engaño, recobra la fe en la amada y contrae

matrimonio con ella. Para evitar un final totalmente rosado, Blest Gana elige una víctima propiciatoria en la persona de otra enamorada de Ismael, que tercia para deshacer el enredo y termina monja en el Convento del Carmen Bajo.

La novela ofrece cierto interés, considerada en el conjunto de los trabajos de Blest Gana, como un primer atisbo de lo que más tarde fue una de sus obras más vastas: *Los trasplantados*. La vida de Ismael en París puede haber sido un antecedente o, por lo menos, una manifestación del atractivo que el tema de los sudamericanos avecindados en la capital gala ofrecía a nuestro autor. También significa –en el mismo sentido– la página inicial de una temática reincidente en la literatura patria: la tendencia, muy enraizada en la psicología del chileno, a emigrar, a rodar tierras, a cumplir el destino que el pueblo definió con un término muy gráfico: «pat'e perro».

En *Los desposados* no hay chilenos. La escena es francesa por completo y tiene por centro las aventuras sentimentales de dos enamorados en pleno clima revolucionario de 1848. Los enamorados terminan suicidándose en el Sena, pero le han dado a Blest Gana la oportunidad de evocar la Morgue de París, los arrabales, la lucha de las barricadas. Como anota Latcham: «Todavía no hay ímpetu descriptivo en Blest Gana, y sus pinturas de las barricadas revolucionarias tienen algo de cromolitográfico, de accesorio folletinesco»². Esto y el ingenuo sentimentalismo a la manera de Feuillet son los rasgos principales de esta breve historia.

La fascinación, «más pasatiempo que novela», según Raúl Silva Castro, nos traslada a otros extremos del París de 1850, entre la bohemia de Murger y las exquisiteces aristócratas. Está mejor armada que las anteriores, y Blest Gana arriesga en sus

páginas sus primeros intentos de describir acontecimientos del gran mundo, como un baile en la Opera y las tertulias en la elegante casa de Adelaida de Farcy. Completa el contrapunto la vida airada de los artistas con su «reina», Julia Gualdini, devoradora de galanes. Esta representa el mal, la otra el bien, que termina por triunfar después de numerosos incidentes entre los cuales hay un duelo con todas sus solemnidades. Camilo Ventour, la principal figura masculina, es un preludeo de Martín Rivas: joven, pobre, inteligente y hermoso, enamorado de imposibles que logra transformar en realidad.

A este conjunto novelesco implicado de parisismo se suma *El primer amor*, publicada poco antes de *La fascinación* como folletín en la *Revista del Pacífico*. Ya vemos que el folletín era la moneda de curso corriente en las publicaciones literarias del tiempo. Prudente sistema, que permitía valorar los favores del público antes de dar a las obras la forma definitiva del libro. Hasta aquí, la producción de Blest Gana va apareciendo en folletín, sea en *El Museo* o en la *Revista de Santiago* o en la ya citada *Revista del Pacífico*, y lo mismo ocurrirá con todas las novelas de esta primera etapa de su carrera.

Cuando se mira este conjunto folletinesco, poco o nada parece decirnos el escritor que apenas contaba veintiocho años por los días en que conocía el público su quinta novela. No debemos juzgar esta tarea creadora con los cartabones actuales; puestas en comparación con las producciones novelescas de años posteriores —y hay que incluir aquí las demás obras de Blest Gana—, las cinco de este primer período nos parecerán poca cosa; pero si cambiamos el ángulo y las observamos con relación a lo que Chile había dado hasta entonces en esta materia artística, comprendemos el enorme significado de sus

esbozos todavía vacilantes. Blest Gana introducía, prácticamente, un género; demostraba –hasta entonces único en las letras patrias– un oficio, seguido con fidelidad y talento. El público de sus años se admiró con razón; aparecía un hombre dotado de condiciones no conocidas, un novelista. Era romántico, era ingenuo, era a veces torpe en las descripciones y en el trazado de la psicología de sus personajes, pero *era*. Quienes lo leían podían intuir en él lo que el cateador ante la veta mineral: si no cabía aquilatar todavía la riqueza intrínseca, por lo menos allí estaba el filón.

Para lograr este aluvión de creaciones literarias, el escritor había ya abandonado sus funciones en el ministerio de Guerra. Era un hombre consagrado a su oficio el que, en el breve período que va de 1855 a 1858, publica cuatro de los cinco libros citados. No se detiene allí, sin embargo, esta labor aplastante. En el curso de 1858 entrega al público la novela corta *Juan de Aria*, que *El Ferrocarril* obsequia a sus lectores en un suplemento especial. Y todavía tiene tiempo de aventurarse en el teatro con una obra costumbrista –el tema nunca abandonado–, que sólo conocerá dos ediciones: la de *El Correo Literario* y, noventa y ocho años más tarde, la que Raúl Silva Castro recogerá, junto con sus artículos periodísticos y sus crónicas de viaje. Es *El jefe de la familia*.

El balance de estos cinco años es asombroso: seis novelas, un drama y varios artículos sueltos, además del poema ya citado. Se diría que Blest Gana está quemando, intencionadamente, sus ímpetus juveniles, tal como hizo –físicamente– con sus poemas en la chimenea del «auto de fe». Está soltando lastre para elevarse, ensayándolo todo para tener la seguridad de su próximas obras. Liberándose, en una palabra, de las

pesadeces del estilo, de la reincidencia de los temas, de las aficiones mozas. De la prueba durísima saldrá el novelista hecho y derecho. Hasta aquí sólo es el ensayo general, la medición de fuerzas.

Este es un rasgo muy suyo, que impresiona y ha impresionado a todos sus críticos: la tenacidad, la constancia, el ejercicio que perfeccionará las condiciones dadas. Blest Gana es como un robot: puesto a caminar, nada lo detiene. Por ahora es escritor y vencerá todos los obstáculos.

Más tarde, una oscilación de su destino lo alejará de esa vía, y nuevamente estará toda su fuerza, su dedicación y su talento al servicio de la causa que abrazó libremente.

Los entusiastas de la etnología aplicada suponen que en este que podríamos llamar fenómeno Blest Gana, es la fusión de las sangre irlandesa y castellano-vasca la que hizo el milagro. Alianza de la fantasía y del realismo falto de imaginación, de la dura tozudez montañesa y del ágil espíritu celta, capaz de producir un creador con hábitos de labriego, apegado igualmente al sueño y al sistemático trabajo artesanal. Lo que fuere, Blest Gana nos da la impresión de un obrero de taller, absolutamente ajeno a las desdichas de la fabricación en serie, entregado a su tarea por encima de toda consecuencia y con una tremenda confianza en su eficacia.

En 1859, Blest Gana se da un aparente respiro. Los hermanos Arteaga Alemparte inician la publicación de una nueva revista literaria, que reúne a la más granada intelectualidad santiaguina, con una gran libertad en materia de credos artísticos y políticos. El siempre quejoso y acomplexado don José Victorino Lastarria la saluda como «un acontecimiento tan feliz como inesperado». No podía parecerle otra cosa, puesto que él

estaba entre los colaboradores, junto con Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Grez, Abdón Cifuentes, Eduardo de la Barra, Zorobabel Rodríguez y otros próceres intelectuales.

Allí va también nuestro novelista a prestar colaboración, a veces oculto bajo el seudónimo de «Nadie», a veces con su propio nombre, si se trata de obras de más vuelo. Es el momento de las declaraciones de principios, y Alberto Blest Gana las formula en un hermoso artículo, publicado el 11 de junio de 1859, que es un testimonio de justa valoración de las letras de su tiempo y —por tanto— de sus propios esfuerzos:

Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa originalidad, es exigir la agilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre. Aspirar a obtener esa originalidad antes que el estudio haya madurado las dotes naturales de la inteligencia, es presumir muy alto, sin razones para ello, y olvidarse de que todo ha menester de un principio para alcanzar después el perfeccionamiento deseado. La marcha progresiva de la civilización, a través de los tiempos y de las naciones, nos manifiesta que cada pueblo ha recibido de otro las primeras bases de su futuro progreso y que esa civilización, en su paso, ha ido enriqueciéndose con lo que cada raza ha podido legarle después de recibirla de otros climas (...) Nosotros, al recibirla de Europa, no debemos desmayar porque parezca haber llegado a su apogeo; tal vez la América está llamada a enriquecerla, siguiendo la ley que la historia puede atribuir a la naturaleza. La originalidad, además, no es obra de unos cuantos años ni de una sola generación; siendo una expresión del perfeccionamiento general, debe formarse de los adelantos progresivos de las

generaciones que van sucediéndose, las que buscarán su inspiración en su clima, sus costumbres y su suelo, dándose necesariamente la nueva forma que ha de constituir su ser con la marcha de los tiempos.

¡Extraordinaria muestra de realismo y de conocimiento de las propias fuerzas! No se conoce antes, en la historia literaria de Chile, escritor que asiente su obra en postulados, por vagos que sean. Es que, probablemente, tampoco ha existido antes un escritor vocacional, hecho para el oficio de escribir, absolutamente convencido de su destino, apegado a su causa, y tal vez esta sea la prodigiosa fuerza que admiramos en Blest Gana.

Sus colaboraciones acompañaron al periódico *La Semana*, de los Arteaga Alemparte, hasta abril de 1860. Casi todas ellas llevan por subtítulo «Estudio de costumbres»: no se despega el cronista de su cuerda, ni se entrega sin segunda intención a las disciplinas del periodismo. En efecto, cada uno de sus artículos es una práctica en la observación social y en el manejo del diálogo, que ya ejerce con soltura y gracia maestras. El tono es alegre y revela al humorista que florecerá en las páginas de sus próximas novelas. Ya comienzan también a aparecer en estas crónicas sus retratos de tipos populares, de los que se ha de desprender más tarde el inolvidable «roto» Cámara, de *Durante la Reconquista*. Veamos, como ejemplo de todo esto, una página de su artículo «Contrastes, lo de antes y lo de ahora», publicado en *La Semana* del 27 de agosto de 1859:

Preparábase en una casa una comida o un sarao y al punto se destacaba a las vecinas una de las criadas más expertas para dar recados, de las cuales cada familia poseía por lo menos un ejemplar de la conocida raza

de las mulatas. Esta llegaba golpeando con cautela la puerta, y después de responder «yo soy» a las de adentro, con lo cual quedan siempre los que preguntan tan enterados como antes, la mulata avanzaba dos o tres pasos en la estancia y empezaba la siguiente invariable relación:

—Manda decir mi señorita que cómo está, que se alegrará mucho de que su merced lo pase bien, que cómo está el caballero y los niñitos, que está con muchas ganas de verla y que todavía le está gustando el ratito que pasó con su merced el otro día y que espera que esté sin novedad. Aquí la mulata hacía una pausa para respirar, habiendo dicho su recado de un resuello. Durante esta pausa, la dueña de casa podía tomar la palabra.

—Y por allá, ¿cómo están? —preguntaba.

—Todos buenos, señorita, para que su merced los mande —continuaba la del recado—; mandaba decir mi señorita qué es de su hijita, y que le haga el favor de prestarle los moldes para hacer budín y la pailita para hacer dulce, y los candelabros de plata, y el servicio para la mesa, y los platillos para helados y el cubo grande, si su merced no lo tiene ocupado.

(...) No eran únicamente las solemnidades de una casa las que daban lugar a esta clase de características escenas, que muestran el grado de cordialidad que por entonces reinaba entre amigos, pues una necesidad imprevista, como una enfermedad, verbigracia, era motivo suficiente para que la mulata o el «chino», que era el muchacho sacado de los Huérfanos o «dado» a la señora por alguna madre desprendida, fuesen a la casa vecina y pidiesen yerbas medicinales y aun varios instrumentos de uso doméstico que no es del caso nombrar. En estas ocasiones, solía entablarse el siguiente diálogo, que no deja de

dar alguna luz sobre el estado intelectual de aquella época.

–¿Qué es lo que tiene tu patrón? –preguntaba la señora.

–Si creo, señorita, que está con cólico –decía la mulata.

–¿Y lo vio el médico?

–Ha ido dos veces y ha dicho que le...

–Bueno, bueno, dile a la Fulanita que no les haga caso a los médicos, que yo le iré a hacer a don Fulano un remedio que lo ha de aliviar.

Y la señora abandonaba su casa por la de la amiga, en donde ponía en práctica los conocimientos de la terapéutica casera.

Como se ve, amén del ejercicio humorístico y del hábil empleo del diálogo, no perdía ocasión nuestro escritor en señalar la desleal competencia que a la ciencia médica de aquellos años –no tan médica– le hacía el curanderismo profesional u hogareño. Justo homenaje al padre ilustre que hizo dar importantes trancos a la medicina seria en su país de adopción. El asunto de la medicina casera y de los tratos de hechicería aparece con insistencia en *Blest Gana*, como para acentuar que no sólo en el pueblo sino en los círculos presumiblemente más cultos el desprestigio de los médicos era casi tan grande como el aura supersticiosa que rodeaba al curandero. Escenas como ésta se repiten en *La aritmética en el amor* y en *El ideal de un calavera*, donde hay, además, el retrato admirable de una «meica».

El humor es también la nota predominante en su artículo «Viaje a los baños de Chillán», que «Nadie» dio a luz en tres números de *La Semana*, en el mes de marzo de 1860. La peregrinación en busca de salud, que muchos santiaguinos

solían emprender hasta la rústica estación termal situada en plena cordillera andina y frente al Nevado de Chillán, tenía muchísimo de aventura en los tiempos de Blest Gana. Se viajaba en ferrocarril hasta Rancagua; tras un horrendo almuerzo disfrazado con nombres franceses, se proseguía en diligencias hasta Talca, donde se pasaba la primera noche de la esforzada excursión; el próximo tranco, de varias horas, conducía a Chillán, y se puede decir que, hasta ahí, el asunto era una delicia. Venía luego la aventura propiamente tal: dos días de camino por los senderos de la montaña que fuera campos de actividades de los bandidos Pincheira. A mitad del trayecto se pernoctaba en una posada y se abandonaba la diligencia para seguir la marcha a caballo, los señores, y en carreta tirada por bueyes, las damas. El espectáculo de la naturaleza, aunque sobrecogedor, era de sobra sepultado por las incomodidades que la misma naturaleza prodigaba: «pero la belleza salvaje de aquellos sitios, la magnificencia de la creación manifestada en tan colosales proporciones, los recuerdos de Pincheira y la pintoresca vegetación de las quebradas y laderas, todo, todo desaparece ante un enemigo de esos lugares, implacable, sofocador, porfiado, que se burla de la más evangélica resignación y hace que los menos pacientes agoten mil veces el vocabulario entero de las imprecaciones y juramentos. Ese enemigo es el «trumao». Nombradlo delante de alguno que haya estado en los baños y lo veréis enrojecerse como atacado por una súbita sofocación. El trumao es un polvo sutil y espantosamente abundante que nace del suelo vegetal de aquellas montañas, se alza en inmensas nubes, rodea al paciente por todas partes, penetra el través de los vidrios, y ofende la respiración y la vista en términos de dar al viajero el más

lastimoso aspecto que fisonomía humana puede revestir. Ante el trumao todos son iguales como ante las constituciones democráticas. El trumao no reconoce casta ni sexo privilegiado. El semblante más alegre y risueño toma a su influjo una expresión lacrimosa de penitente arrepentido. Las delicadas líneas del rostro femenino, como la varonil majestad del mancebo, se transforman en caricaturas increíbles capaces de desesperar a Cham y a Gabarni. Romeo, Abelardo, Werther, todos los amantes reales e imaginarios se habrían reído a carcajadas de sus queridas, cubiertas del espantoso trumao.»

Por fin, las termas comparecen y el corazón del viajero se llena de gozo al divisar el cabo de tan azarosa travesía. Pero «la alegría de la llegada se anubla un tanto con la necesidad de desfilar en extrañas fachas por frente de los habitantes del lugar. Estos, agrupados en distintos corrillos, fijan todos con tenacidad sus miradas sobre los nuevos huéspedes, que se resignan a esta curiosidad con la esperanza de que sea ella el fin de sus percances; bien que sientan en su interior esa inexplicable humillación que experimenta el hombre de las ciudades al verse cubierto de polvo entre gentes limpias y bien vestidas, tal vez por una instintiva repugnancia que le infunde aquella predicción: polvo eres y en polvo te has de tornar. Tanto más cuanto que el que llega no sólo cree que se ha de convertir en polvo sino que ya se ha consumado el hecho gracias a la solicitud del trumao.»

Así, toda la crónica vuela con la levedad de la humorada. Los «criollistas» de años posteriores habrían aprovechado la espléndida oportunidad para describir minuciosamente la abigarrada naturaleza que se ofrecía a los ojos del viajero, pero ya entonces Blest Gana era un miope frente al paisaje, y le parecían

bastantes algunos adjetivos para anotarlo al paso, mientras su atención se iba directamente a los humanos, cuyas maneras de ser y de actuar son el motivo de toda su obra. El humor, derramado generosamente en las crónicas, penetra también el aire de algunas de sus novelas, pero se irá enrareciendo lentamente hasta reducirse a la descripción irónica, como si en su espíritu, junto con el pasar de la juventud y los trabajos de la vida, la sal primeriza se concentrara y, sin alcanzar nunca las amarguras de la hiel, se hiciera escéptica y dolida.

Un año antes de la crónica citada, esto es, en 1859, el periódico de los Arteaga Alemparte sirvió también de vehículo a la publicación de otra novela corta, *Un drama en el campo*, que poco más tarde el autor integró en una trilogía.

Aquí, podríamos decir, se cierra el primer ciclo de la producción literaria de Blest Gana. Ya es un hombre de treinta años, con una experiencia creadora que muy pocos han logrado a edad tan temprana. Es padre de dos hijos, que alegran un hogar feliz. Disfruta de gran prestigio, es respetado. Se lo considera, ya, un renovador, si no el fundador de la novelística nacional. Todo está hecho para que desarrolle, en toda su potencia, esas facultades que le han permitido llenar, con su presencia, siete años de la vida intelectual del pacífico Santiago.

La prosperidad y el prestigio de Alberto Blest Gana corrían a parejas con los de su patria. El fracasado motín de los igualitarios, del 20 de abril de 1851, con sus doscientos o más muertos, sólo sirvió para afianzar los últimos pasos del gobierno del general Bulnes y hacer más claro el camino de su sucesor, Manuel Montt, que triunfó en las elecciones del 25 de julio del mismo año y asumió su cargo el 18 de septiembre. No todo era paz octaviana en la fecha: cinco días antes estalló un nuevo

levantamiento, ahora en Concepción, precedido por otro en La Serena. Pero los revolucionarios no estaban de acuerdo: mientras los del Norte pertenecían al bando «pipiolo» e igualitarista, los del Sur eran conservadores y regionalistas. Tanta euforia revolucionaria provocó la sublevación de dos regimientos en Santiago, pero Bulnes ya era perito en estas lides y acabó de tal manera con el problema que «los batallones fugitivos entraron en Santiago el 18 de septiembre, en curiosa coincidencia con las salvas que anunciaban la toma de posesión de la presidencia por don Manuel Montt.»³

Montt organizó su gobierno y eligió ministro del Interior a don Antonio Varas, que sería para él lo que el propio Montt para Bulnes.

Su primera tarea fue combatir las dos rebeliones simultáneas, que amenazaban al gobierno desde los extremos del país y desde los extremos políticos de su tiempo. Para desafiar la insurrección del Sur, Manuel Montt entregó el mando de las tropas al general que acababa de dejar la Presidencia. Este rasgo da una muestra de la sagacidad del nuevo mandatario, que aprovechaba el enorme prestigio militar de Bulnes y sus condiciones indiscutidas de estratega. Y da también una idea de la madurez alcanzada por las instituciones democráticas del país, en los veinte años que van desde el advenimiento portaliano hasta los hechos de 1851: difícilmente podía darse el caso, en la mayoría de los pueblos latinoamericanos, de un presidente que dejara el mando del ejército en manos de quien abandonaba el poder, sin correr el riesgo de que procurara recuperarlo por la vía de las armas.

Bulnes instaló su base de operaciones en Talca y tres meses más tarde enfrentaba a los revolucionarios en la batalla de

Loncomilla, donde estuvo a punto de perder la vida y escapó sólo porque manejaba la espada con tanta habilidad como la estrategia. El combate fue una carnicería por ambas partes, pero las tropas gobiernistas salieron en mejor estado, mientras su enemigo aumentaba las bajas por las deserciones en masa. El 16 de diciembre de 1851, un tratado puso fin a la lucha fratricida.

La revolución del Norte fue todavía más larga y dio lugar a terribles escenas en el sitio de la ciudad de La Serena, una de las pocas plazas retenidas por los sublevados después de las primeras escaramuzas. Incendios, saqueos, asesinatos y «guerra a muerte» fueron los trágicos interludios hasta la caída de la ciudad sitiada, el 31 de diciembre, y la inmediata ocupación del otro punto fuerte que todavía subsistía en poder de los revolucionarios: Copiapó.

La crueldad y la violencia de la guerra civil no impedían los sucesos pintorescos que dan clara muestra de la «afición» golpista más que de la severa preparación revolucionaria. En el caso de las provincias del Norte, el triste papel correspondió a un joven estudiante, cuyo nombre habría de ser célebre: Benjamín Vicuña Mackenna. Locuaz, entusiasta, desordenado... y de veinte años, Vicuña Mackenna recibió de los revolucionarios el encargo de defensor de la plaza de Illapel contra los gobiernistas. Se entregó con euforia a su misión y logró reclutar una montonera de 170 hombres para la defensa. Todo estaba pronto, salvo un insignificante detalle que don Benjamín echó al olvido: las municiones. El gobierno ocupó la plaza sin pérdidas de ningún orden, mientras los desarmados montoneros huían despavoridos al escuchar los primeros balazos.

Aunque la insurrección quedaba dominada, no era ésta la mejor forma de iniciar el gobierno. Los políticos miraban con escepticismo el destino del mandatario que comenzaba su período bajo auspicios tan funestos. Pero Montt era un hombre sereno, tenaz. Se entregó, primero, a la pacificación de los ánimos, a reconstruir las bases de la comunidad nacional, violentamente resentida por estas acciones guerreras, cuya secuela de muertos, heridos y condenados traía naturalmente, nuevos odios y resentimientos. Dominó la situación y ejerció un gobierno progresista que puso gran énfasis en la instrucción pública, que favoreció mediante una ley especial.

Los diez años de su gobierno –pues fue reelegido al cumplirse los cinco que contemplaba la Constitución– trajeron enormes progresos al país: en 1852 funciona el telégrafo, construido por el norteamericano Guillermo Wheelwright, entre Santiago y Valparaíso; Matías Cousiño comienza la explotación de las minas de carbón en Lota. En 1853 se constituye la primera compañía nacional de seguros; Vicente Pérez Rosales funda Puerto Montt, dentro de su programa de colonización alemana. En 1855 ya está construido el primer tramo del ferrocarril entre la capital y Valparaíso. En 1857 se inaugura el primer Teatro Municipal, destruido en 1870 por un incendio, y se funda el primer observatorio astronómico del país. En 1858 se crea la Caja de Ahorros de Empleados Públicos. En 1860 se promulga la ley de instrucción pública, ya mencionada, por la cual se establece que habrá una escuela de niños y otra de niñas por cada dos mil habitantes, y escuelas superiores en las sedes departamentales.

El trabajo no es fácil: una gran crisis económica afecta al país en 1857, agravada por las malas cosechas de dos años, hasta el

extremo de paralizar las actividades comerciales en el primer puerto chileno. Y en 1859, Montt debe desafiar, con felicidad, un nuevo intento revolucionario, que es dominado, también, por las armas.

Al término del período se le presenta el problema de la sucesión. Como Bulnes lo señaló a él, Manuel Montt postula a su ministro Antonio Varas. Tal nombre es un desafío a los perpetuos revolucionarios: Antonio Varas prefiere la reconciliación de su pueblo a los honores de una presidencia y renuncia a ser candidato en favor del senador José Joaquín Pérez, que es elegido sin contendores en agosto de 1861.

NOTAS AL CAPITULO 2

- 1 Ricardo A. Latcham, «Blest Gana y la novela realista», *Anales de la Universidad de Chile*, año CXVI, N° 112, 1958 (recogido por Alfonso Calderón y Pedro Lastra en la antología *Crónica de varia lección*, Empresa Editora Zig Zag, Santiago, 1965).
- 2 Ricardo A. Latcham, «Blest Gana y París», crónica publicada en *El Diario Ilustrado*, 31 de julio de 1955, recogida por Lastra y Calderón, *op. cit.*
- 3 Leopoldo Castedo, *op. cit.*

**EL CONCURSO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE:
TRIUNFO DE «LA ARITMETICA EN EL AMOR»**

*L*a ingente labor literaria desarrollada desde 1853 es la gran preparación, el ensayo general, en que ha probado todos sus recursos el Blest Gana con que nos encontramos en 1860. Su decisión de ser novelista o abandonar las letras ya puede traducirse en obras de mayor calado que las publicadas hasta la fecha. El escritor tiene treinta años, vividos dentro de los usos y costumbres de una familia «respetable, pero honrada», en el decir chestertoniano. De aquella familia, de los días juveniles vividos frente al cerro pedregoso y mal reputado y al histórico cuartel de artillería, guarda –en su vocación literaria– el recuerdo de las tranquilas tardes en la biblioteca paterna, donde leía con pasión las obras venidas desde una tierra de niebla y romance, nacidas de un escritor en el que se maridaban las inclinaciones históricas y el ardiente soplo del romanticismo recién nacido: Walter Scott. El niño que jugó a los volantines en la huerta de la casona, mientras suspiraba al lado el cautivo «loco Estero», el adolescente que cursó por un breve tiempo las clases del Instituto y vistió luego el prestigioso uniforme militar, no podía olvidar esas veladas del hogar paterno, ese mundo de magia y movimiento que le abría la lectura. Poco después, muy poco después, Francia lo iniciaba en sus misterios, y la enseñanza de Balzac ponía en su espíritu la primera y más sólida piedra de su «métier» literario: el realismo, el

retrato de las costumbres, el testimonio social en que habría de desenvolver el total de sus trabajos novelescos.

Era muy niño, cuando el impulso de un grupo de intelectuales santiaguinos dio vida y luz a la Sociedad de Literatura, pero los ecos de las discusiones sostenidas en ese primer embrión de los cenáculos de las letras patrias alcanzaron hasta él y contribuyeron a formar su tenaz conciencia de escritor.

La Sociedad de Literatura, éste era su nombre, comenzó a formarse a mediados de febrero, al abrirse las clases de 1842, es decir, en los días inmediatos al Miércoles de Ceniza (según las prácticas de entonces), que ese año ocurrió el 9 de febrero. La Sociedad se reunía en una sala de la casa en que estaba establecida la imprenta La Opinión, de propiedad de Ramón Rengifo, y que éste prestaba generosamente. Los asociados, que pasaban de treinta, recaudaron entre ellos mismos algunos fondos, que sirvieron, principalmente, para hacer una esmerada edición del discurso de Lastarria, que fue ejecutada en Valparaíso por la imprenta de don Manuel Rivadeneira. Esta edición, que hace honor a la tipografía chilena de esa época, es ahora muy rara; pero Lastarria reprodujo este discurso en sus *Recuerdos literarios*, página 96 y siguientes, al consignar sobre aquella Sociedad algunas noticias, que no están exentas de errores de detalle. Los socios presentaban y leían composiciones en prosa y verso, que no siempre pudieron publicar...¹

Este discurso de José Victorino Lastarria, que la Sociedad de Literatura se encargó de editar tan pulcramente y que reprodujo años más tarde el propio autor en la obra citada por Barros Arana, constituyó el tema de incorporación del caprichoso

escritor y político a la entusiasta asociación de poetas, novelistas, dramaturgos, el 3 de mayo de 1842. Lastarria era discípulo del español José Joaquín de Mora, de quien fue alumno en el Liceo de Chile y cuyas lecciones permanecieron vivas en las concepciones intelectuales de aquél. Fue, pues, neoclásico, aunque no escapó del torrente romántico que hacía presa del siglo, a pesar de las oposiciones de cuantos lo interpretaban como una forma del caos o por lo menos el desorden, traspasado al universo espiritual. Más aún, Lastarria, neoclásico de las letras, fue un romántico en la acción y se colocó, en la vida pública, en el bando de los innovadores que no toleraban la política seca, espartana, de los que ejercían el poder. El histórico discurso superaba muy lejos los matices, más bien extranjeros, de romanticismo a la manera de Larra o neoclasicismo a la manera de los decadentes españoles del tiempo. Por antipático que nos sea el personaje, por repelente que nos resulten la soberbia y susceptibilidad de su díscolo carácter, lo cierto es que Lastarria en esa pieza oratoria de gran brillo interpretó con acierto la crisis intelectual de esos días, recalcó la incapacidad para superar los moldes foráneos que comprimían –y siguieron comprimiendo– las letras nacionales, y propuso un programa de acción capaz de dar un espíritu propio, fundamentado en la realidad chilena, a los intentos literarios del país.

«Fuerza es que seamos originales –clamaba Lastarria–; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras

sea más popular. Es preciso que la literatura no sea exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas».

No es sólo cuestión, para Lastarria, de atenerse al mundo inmediatamente aparente de la realidad social, de los elementos que constituyen la esencia y el ser de la nacionalidad; también está la naturaleza, esta pródiga naturaleza americana, tan diferente de la que pueden pintar con sus palabras las letras foráneas, naturaleza que «permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda».

Esto es: un universo propio, en las gentes, la atmósfera y el paisaje. Todo el magnífico ropaje exterior de las letras venidas del Viejo Continente, ¿qué valor tienen aquí, donde el hombre es nuevo y la naturaleza parece recién nacida? Sobre lo propio americano, lo propio nacional; el contexto de los valores patrios –mentalidad, psicología, hábitos sociales– enclavado en el Nuevo Mundo todavía no descubierto para los escritores que seguían los modelos y las maneras venidos de afuera, en una renunciación intelectual a la libertad conquistada por los emancipadores políticos. Un hermoso programa, en suma, para los que se atrevieran a hacerlo suyo.

Alberto Blest Gana lo suscribió, por lo menos en aquella parte que más llamaba su atención, nutrida por la devoción balzaciana: lo social. Para él quedaba afuera el paisaje, que nunca supo interpretar, que jamás sintió verdaderamente y sólo podía traducir en algunos adjetivos y vagos delineamientos, destinados solamente a dar marco a la acción humana y nunca valorados por sí mismos. Habría que esperar mucho tiempo antes

de que la naturaleza americana penetrara con plenitud –como en Ciro Alegría, Eustasio Rivera, Gallegos o Güiraldes– en la novela. Las proposiciones de Lastarria confluían con exactitud a la línea de su propio pensamiento, que daba una importancia fundamental a la descripción fiel de la sociedad chilena, aun en los menores detalles costumbristas; fidelidad que llegaba hasta copiar directamente de la vida real tanto las escenas como los personajes. No puede dudarse, pues, de la influencia que el documento Lastarria tuvo en la formación del novelista. Ella lo encaminó a transplantar la «fisiología literaria» de Balzac a la esfera de lo nacional, en la que oficiaría de testigo admirablemente exacto.

Si los años de ensayo general llevaron a fortalecer la pluma de Blest Gana para la enorme tarea que le ocuparía hasta que los negocios públicos y la función diplomática detuvieran su carrera de novelista, pueden considerarse sin embargo como los más débiles en el conjunto de su producción. No nos permiten olvidar, sin embargo, que el escritor se encontraba prácticamente solo ante ella. Aparte de los innumerables modelos extranjeros, poco o nada de tradición novelística tenía en qué afirmarse el autor de *Una escena social*. Y aquellos modelos, por cautivadores que fueran Scott o Dickens en la adolescencia, Stendhal y Balzac en la juventud, no podían señalarle un camino nacional, dentro de la concepción de Lastarria. ¿Podía buscar modelos o líneas de tradición remontándose a Ercilla, a Oña o a otros épicos criollos de la lucha con Arauco? Antecesor poético de la novela, en Chile el poema épico tuvo rapsodas notables, en versos «que valían bien su prosa», pero el traspaso de la epopeya a la novela no había ocurrido todavía en el Reino de Chile y sus consecuencias. Ciertamente es que, como

apunta Ricardo A. Latcham, «antes hubo dos predecesores en el género, pero que apenas interesan: don Bernabé de la Barra, autor de *Emma y Carlos* o *Los dos juramentos* que se publicó en Valparaíso en 1848; y don Wenceslao Vial Guzmán, que insertó en *El Progreso*, en 1846, como folletín, un relato novelesco intitulado *La vida de un amigo* o *Un primer amor*»², pero «la primera narración no se desarrolla en ambiente chileno, y la segunda carece de relieve y de toda calidad artística».

Descontados estos anticipos, ignorables desde el punto de vista estrictamente literario, no quedaba más que *El inquisidor mayor*, novela publicada en Lima en 1852 por Manuel Bilbao, hermano del declamante e igualitario Francisco. Escasa es la diferencia cronológica entre esta novela y la primera de Blest Gana y no podemos deducir influencia alguna de una obra a otra, tan próximas en el tiempo como lejanas en todo lo demás. Manuel Bilbao fue, como muchos otros hombres de su época, un ciudadano de la América Hispana más que un hijo de alguna de las patrias encasilladas por la emancipación. Vivió en el Perú y la Argentina y, aparte de su juventud, fue solo un transeúnte en Chile. Su novela se desarrolla en la Lima colonial, a la que aplica toda la truculencia del folletín y el anticlericalismo característico de los cultores franceses del género, y muy especial de Eugene Sue, que ya se hacía notable por ambas cualidades. «Naturalmente –nos dice Latcham– que Bilbao no manejaba los matices y, como otros escritores románticos, manipulaba creaturas de una pieza, sin complicaciones psicológicas. En esta obra, ilustre antecedente de la posterior y torrencial tendencia folletinesca de la novela chilena, los contrastes son violentos, y tanto los personajes masculinos como los femeninos corresponden a preocupaciones de la época».³

Blest Gana, pues, estaba solo y sin otra compañía que las que lo inclinaron a su «auto de fe» y las doctrinas de Lastarria sobre una literatura nacional. De esa soledad partió para construir el mundo de sus creaciones y dar, con ellas, verdadero origen a la novela chilena. Muy bien aplicada le está, por tanto, la ingeniosa frase de Hernán Díaz Arrieta: «Blest Gana es en nuestra historia un Padre de la Patria».⁴

Era joven este padre de la patria de las letras cuando la Universidad de Chile decidió convocar a un certamen para contribuir al desarrollo de la novela nacional, el año 1860. La Universidad designó un jurado de gran prestigio para decidir entre las obras que se presentaran al concurso: José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui, que debieron elegir entre tres producciones. Las tres, de hecho, eran sólo dos, pues una de las concursantes, doña Rosario Orrego de Uribe, no completó nunca su novela *Alberto el jugador*, a pesar de los plazos de gracia concedidos por los jueces. Se enfrentaban, por tanto, *Judith* –cuyo autor se desconoce hasta ahora– y *La aritmética en el amor*, de Alberto Blest Gana.

El fallo se proclamó el 2 de noviembre de 1860, declarando vencedor a Blest Gana, porque «si la novela *Judith* es una esperanza en flor de lo que será un joven escritor que hace un buen estreno, la novela titulada *La aritmética en el amor* es un fruto sazonado de un escritor ya veterano, que presenta, no su primer ensayo literario, sino una obra bien meditada y bien ejecutada, que descubre una larga práctica en el difícil arte de escribir».

El 13 de noviembre, un decreto supremo puso a disposición del triunfador el premio asignado al concurso, consistente en doscientos pesos. La suma, para aquellos años, era fuerte. No

lo eran menos los elogios que se tributaban a su novela, comenzando por el acta del jurado que reconocía en ella precisamente los objetivos de fondo que Blest Gana se había propuesto: «El gran mérito de esta composición es el ser completamente chilena (...) Los personajes son chilenos y se parecen mucho a las personas a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos».

Y más adelante: «Nos complacemos en decirlo: el autor ha conseguido plenamente su objeto; ha hecho resaltar la fealdad del egoísmo y la belleza de la virtud, haciendo pasar delante de sus lectores un cierto número de personajes que simbolizan la degradación o la elevación moral».

Este juicio ético no correspondía por entero a las proposiciones del autor, pues nunca buscó éste la creación de personajes-símbolo, sino la pintura realista de tipos humanos. De tales retratos podía desprenderse, como anotaban los jueces del concurso, la belleza de la virtud o la fealdad del egoísmo, pero no en el carácter de símbolos o de arquetipos. Es notable la contradicción en que incurren los autores del informe, pues entre las personas «a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos» no vamos a encontrar vicios ni virtudes encarnados. Ni los hallaremos en *La aritmética en el amor*, cuyos personajes reflejan las flaquezas humanas hasta el punto de la caricatura, pero no más que eso.

La aritmética en el amor tiene un subtítulo que ya se nos ha hecho familiar: «Novela de costumbres». Las escenas se desarrollan en la capital, salvo un breve interludio provinciano, intercalado más por razones costumbristas que por necesidades de la acción novelesca. Es una obra de largo, larguísimo aliento, que sobrepasa las quinientas páginas en las ediciones

modernas y llega a las 576 en la primera publicación, hecha por la Imprenta y Librería del Mercurio, de Santos Tornero (Valparaíso, 7 de agosto de 1860).

Blest Gana se inicia con ella en los usos novelescos que serán comunes a casi todas sus obras posteriores: desenvolver una acción principal entrelazada por diversas acciones secundarias y mover a una gran cantidad de personajes relacionados entre ellos. Un recuento muy superficial eleva a más de veinte su número; de éstos, no menos de seis son principales, otros tantos de inmediata importancia y sólo una reducida cantidad podría calificarse de comparsas. El autor no descuida a ninguno.

Aunque el asunto novelesco puede reducirse a la caza de fortuna mediante el matrimonio, los incidentes presentan un vasto cuadro de la vida santiaguina y un colorido boceto de la provincia, animados por la descripción de salones, paseos campestres, mesas de juego y festejos localistas un tanto rudos. Las cazas de dotes se desarrollan en diferentes planos: jóvenes «sin blanca», que pretenden la mano de doncellas adineradas o de solteronas privadas ya de futuro matrimonial; viuda pobre que busca un buen pasar en el matrimonio con un viejo y enriquecido célibe; padres que negocian el casamiento provechoso de sus vástagos, y, por último, parentela «venida a menos» (según la feliz expresión de Rafael Maluenda) que sueña con la herencia del tío rico. Esta es la «aritmética en el amor»: el cálculo interesado que reemplaza idilios, pasiones y devociones familiares, señal del escepticismo con que Blest Gana juzga al mundo de su tiempo, en el cual sólo observa un juego de intereses carente de toda nobleza. Apenas en algunos corazones femeninos anidan la generosidad y la honradez de cuerpo y alma.

Humor, ironía y sarcasmo dan el tono a los primeros capítulos. Se advierte que el novelista no ha perdido el sentido de lo cómico que ejercitó largamente en sus crónicas periodísticas: el mismo humor optimista ilumina esos capítulos, pero lentamente las imágenes se ensombrecen, hasta adquirir matices de tragedia, hacia las páginas finales. A pesar del feliz epílogo de las aventuras amorosas y pecuniarias del personaje central, persiste la atmósfera dolorosa de traiciones y abandono. El sarcasmo y la caricatura comienzan por los nombres de las figuras principales: el protagonista –joven, pobre y acompañado por una feliz suerte– se llama Fortunato Esperanzano; el tío rico y bondadoso es Anselmo Rocaleal; el fraile hedonista y glotón es Ciriaco Ayunales; el comerciante arruinado recibió por nombre de pila el de Cándido, etcétera.

La novela se inicia con alegre ritmo y se precipita al intrín-gulis argumental sin preámbulos:

Entraré en materia advirtiéndole al lector que los sucesos siguientes acaecieron en el año de gracia de 1858.

Fortunato salía de su casa como salen muchos: sumidas ambas manos en los bolsillos del pantalón y con el cigarrillo de hoja de Talca humeante en los labios. Llegado al umbral de la puerta de calle, detúvole un espectáculo delicioso, de esos que hacen latir el corazón de un joven con una fuerza motriz de muchos caballos: una mujer de negra basquiña y de más negro mantón, inclinada con indecible gracia, apoyaba un pequeño y bien calzado pie sobre una piedra y con sus blancas manos arreglaba el cordón de su botín. Fortunato no era un libertino ni pertenecía a esa clase de hombres que, a causa de su admiración acalorada por el bello sexo, se

llaman «enamorados». Era un buen muchacho de veintitrés años, sencillo como un seminarista, que rezaba una Salve al acostarse y en sus primeros años ayudaba la misa al cura de su parroquia. Pero la sangre se le agolpó al cerebro como la ola que azota el costado de un buque, sus pobres ojos vieron prodigios, y sin dar cabida a la reflexión se arrojó de rodillas y tomó entre sus manos el pie de la desconocida en ademán de acomodarle el cordón. Ella dio un grito agudo y se alzó llena de majestad, arrojando sobre el joven una mirada de espanto. Mas el buen Fortunato sólo vio que aquella mujer era joven, notablemente bella, y que las proporciones de todo su cuerpo parecían en armonía con la aristocrática elegancia del pie. En una sola mirada ideó todo un poema, él, mozo prosaico y positivo, que siempre había vivido libre del dominio fatal de la imaginación. ¡Ah, mujer! ¿En qué consiste tu misteriosa fascinación? Muchos se reirán al leer esta pregunta, cuando el autor se siente al hacerla más serio que un juez que pronuncia una sentencia. Pienso que el más obstinado ateo sentirá la fuerza de un ser superior a todo lo humano si considera su destino respecto de la mujer. No admito como réplica el ejemplo de tal o cual individuo que las desprecia o hace alarde de indiferencia, como tampoco el de los monstruos que las maltratan; y aun el voto que nuestra religión exige de los que se consagran a su ministerio no tiene, ante mi juicio, fuerza ninguna para convencerme de nuestra pretendida superioridad. Vivimos para ellas, nuestros únicos y legítimos señores.

Fortunato experimentó la fuerza de esta verdad, al sentir el fuego de los ojos de la desconocida.

—Caballero —dijo ella— no sé con qué derecho...

—Con ninguno, señorita —dijo tímidamente el mozo—,

fue un deseo involuntario de ahorrarle el trabajo de arreglar el botín.

En seis breves y rápidos capítulos nos enteramos de que la bella joven es la viudita Julia Valverde, que pretende atrapar a don Anselmo Rocaleal, tío del desaprensivo Fortunato; conocemos los modestos orígenes provincianos de éste y la sencilla personalidad de su padre don Cándido Esperanzano. Aquí y allá, el ágil tranco de la novela es interrumpido por reflexiones entre líricas, humoradas y realistas:

Jóvenes que corréis tras la felicidad con el ahínco de un comerciante tras el despacho de sus pólizas; vosotros para quienes la vida sin amor, o a lo menos sin mujer, es como una taza de té sin azúcar; mozos que aún conserváis la dulce fe del alma, intacta y reverenciada, como una niña pura conserva la primera flor de su primer amante: ¿qué habríais hecho en la posición de nuestro héroe?

Seguirla, es claro, y así van a dar, uno en pos de otro y movidos por distintos afanes, a la casa del rico don Anselmo.

Lector, ¿has vivido en la provincia?

Allí cesan la agitación y los cuidados con que en grandes poblaciones la dura necesidad nos espolea; más plácido es allí el aire que se respira, más barata la comida que se coloca bajo el diente, más sencillos los amores de los jóvenes y más francamente viejas las señoras que pasan de los cincuenta.

Los perfumados besos de la brisa y el humo consolador de una buena sopa, puestos en comparación ante un

espíritu serio, no creo que harían vacilar su decisión por largo tiempo, y en cuanto a los dorados sueños de las bellas criaturas, en cuanto al amor... mi opinión es que uno de los placeres más cabales que en esta tierra nos es dado disfrutar, es el de sentarse con quien se ama a una mesa bien servida.

Pocos capítulos más le bastan para presentar a la facción más importante de sus personajes, cuyos rasgos físicos y espirituales son descritos en un tono casi epigramático:

Rayaba el buen hombre en los sesenta, bien que el cuidado que en acicalarse gastaba le hacía aparecer con diez años menos de los que en realidad había vivido: era, pues, un viejo bastante verde, de buena estatura y de no poco abultadas dimensiones; amante de la buena mesa y apreciador de las seducciones del bello sexo, cerca del cual sus pretensiones, lejos de disminuir con los años, como natural parece, habían aumentado en progresión inversa de la pérdida de sus ventajas físicas, mientras él se empeñaba en creerlas en su resplandeciente apogeo.

Así es don Anselmo Rocaleal.

Pocas líneas nos hacen apreciar la prosa libre de toda imaginación de don Cándido Esperanzano:

Transcurridos nueve meses... término fatal en los fastos matrimoniales, doña Bárbara anunció a su señor los primeros dolores de su primera maternidad.

—Hola —dijo don Cándido, con una previsión digna de elogio—, esos dolores, Bárbara, son el anuncio del parto.

Fray Ciriaco Ayunales merece párrafo más amplio:

... no era de esos hombres que han pasado los diez primeros lustros de su vida y llegado a la plácida bonanza de esa edad en que se espera vivir mucho aún en la plenitud del goce que todos deben experimentar al verse libres de las tempestuosas exigencias de nuestra organización. Tenía cincuenta y seis años, una salud de solterón y las dimensiones físicas correspondientes a su estado. Sobre sus mejillas brillaban aún los rosados tintes de la niñez, el círculo de su cara descansaba sobre una doble barba que muchos tomaban a primera vista por un coto y, salvo su principio de obesidad y cierto sonido gutural que lo preservaba de cólicos, fray Ciriaco podía pasar por un hombre fino y de escogida sociedad. Un movimiento nervioso le hacía cerrar el ojo derecho siempre que alguna pasión agitaba su cerebro, gesto que Ayunales creía disimular colocando su mano sobre la ceja a guisa de visera y que cualquiera creía más bien el ademán que hace un hombre para mirar cuando los rayos del sol hieren su vista. Su estatura era de cinco pies, siete pulgadas, estilo de filiación; su pelo crespo, sus cejas abultadas y sus labios gruesos.

Fray Ciriaco oficiaba de confesor de don Anselmo y, por los caminos penitenciales, lo dirigía hacia la santa intención de legarle parte de sus riquezas, en lo que contaba con la alianza de los parientes pobres –doña Petronila Rocaleal, su marido Tiburcio Rostroalbo, modesto empleado público, y sus solteronas hijas– que esperaban compartir con el fraile la succulenta herencia. De tan rosado porvenir, sólo los separaban la admirable salud del caballero y, luego, la entrada a escena de la hermosa viudita.

La familia Rostroalbo-Rocaleal y su amigo fray Ayunales ingresan en la novela en una escena de conjunto, con aire de zarzuela o de «género chico», en la que muestra Blest Gana su habilidad para manejar el diálogo.

–Mi padre –dijo–, ¿nos hará el favor de acompañarnos a comer?

–Mil gracias, me esperan unos amigos –contestó Ayunales, que quería hacerse rogar.

–Pero por esta vez, padre –dijo la señora–, sus amigos lo tendrán otro día; tenemos un chanchito asado que debe estar muy bueno.

–Vaya, cedo a sus instancias, mi señora –contestó fray Ciriaco, en quien el nombre del chanchito parecía haber producido una alegría verdadera.

–El padre es tan bueno –exclamó don Tiburcio, estornudando con estrépito.

–Dios le ayude –dijo el padre.

–Mil gracias –contestó don Tiburcio, estornudando de nuevo.

–Siempre con romadizo, mi amigo –dijo Ayunales a Rostroalbo, que se había sentado respetuosamente al lado suyo.

–Qué quiere usted, mi padre, ¡hachí, hachí! el aire es tan dañino.

–Toma un poco de polvillo, Tiburcio –dijo doña Petronila.

–Gracias, poco, ¡hachí! me aprovecha, ¿y las niñas?

–No tardan en llegar: fueron aquí cerca –contestó la señora impacientada con los estornudos del marido que no dejaban anudar la conversación.

–¿Y el aumento de sueldos, don Tiburcio? –preguntó Ayunales.

- Creo, padre, que en poco tiempo...
- Sí, duérmete en esa confianza –dijo doña Petronila– y te despertarás poderoso.
- Pero hija...
- Aquí le estaba diciendo lo mismo que usted va a decir
- repuso Fray Ciriaco, sacando del apuro al empleado que no hallaba cómo continuar–; la paciencia es la primera virtud cristiana.
- La paciencia es virtud de tontos, con perdón de usted, padre –exclamó doña Petronila, que se exasperaba siempre que se trataba del sueldo de su marido.
- Y de santos también, hermana –replicó el padre.
- Pero hija –añadió don Tiburcio con su voz de tiple y sonándose con gran ruido.
- Mi padre, Dios le guarde –dijeron Raimunda y Feliciana, que entraron desprendiéndose el mantón de la cabeza.
- ¿Cómo están, pichonas? –dijo Ayunales saludándolas amistosamente.
- Mamá, adivine lo que hemos visto esta mañana –exclamaron las dos hermanas con voz chillona.
- Buena pregunta –contestó la madre–, habrán visto tantas cosas.
- Habrán visto tantas cosas –replicó don Tiburcio, con su tono suplicante y sacando precipitadamente el pañuelo.
- Veamos primero por dónde han andado –dijo Ayunales.
- Por la calle de las Capuchinas –dijo Feliciana, arrebatando la contestación a su hermana, cuando ésta doblaba su mantón.
- Por la calle de las Capuchinas habrán visto el pilón –dijo don Tiburcio con los ojos llenos de lágrimas, esperando un estornudo.
- Suénese no más –dijeron las niñas.

La madre y Ayunales se echaron a reír de la agudeza de las niñas, hilaridad a la que el buen don Tiburcio tomó parte como pudo.

–Habrán visto a su tío Anselmo –observó doña Petronila cuando la risa se hubo calmado.

–Por ahí va –dijo Raimunda.

–¿Quién? –preguntó don Tiburcio con inocencia.

–El burro –contestó riéndose Feliciano.

Nueva risa general, en la que el empleado llevaba el tiple, fray Ciriaco el contrabajo y las tres mujeres los intermedios.

–Este mi papá que se hace el tonto –dijo Raimunda–, ¡las cosas que pregunta!

–Te aseguro, hijita, que no oí bien –contestó don Tiburcio.

–¿Se lo decimos? –se preguntaron picarescamente las dos hermanas.

–Hemos visto –exclamaron a un tiempo las dos con acento tan agudo, que el buen Ayunales se tapó las orejas.

–Vamos por partes, pichonas –dijo– cuente una sola para que nos entendamos.

–Hemos visto a Fortunato –dijo Raimunda.

–Gran cosa –interrumpió doña Petronila, estirando el labio inferior.

–Con una niña muy donosa –replicó Feliciano, aprovechándose de la interrupción hecha a su hermana.

–¡Hola! ¿Con una buena moza? –preguntó Ayunales.

–¿Con Amelia, la hija de don Diego Almiro?

–No –contestaron las niñas.

–¿Con quién entonces? –preguntaron todos.

–Con una niña muy buena moza, con Julia Valverde –respondió Raimunda.

–¿La viudita? –preguntó Ayunales.
–Sí, la misma.
–Bueno, ¿y qué más? –dijo la madre, que hasta allí no encontraba nada de muy curioso.
–Estaban en la puerta de la casa de mi tío Anselmo.
–¡Ah! ¡Ah! –exclamó doña Petronila–, ¿qué le parece, mi padre?
–Digo que se habrán equivocado ustedes.
–No, no, tenemos muy buenos ojos.
–No veo nada de raro en que... –observó tímidamente don Tiburcio.
–Y tú, cuándo ves nada –le contestó su mujer, torciéndole la cabeza.
–Pero hija... –dijo el empleado.
–Piénsenlo ustedes –dijo fray Ciriaco–, porque si es cierto...
–Tan cierto que les vimos entrar juntos en casa de mi tío...
–¡Ah! ¡Ah! –exclamó don Tiburcio como volviendo en sí de desmayo.
–Ves ahora –le dijo su esposa.
El empleado contestó con un estornudo afirmativo.
–Esto es más serio de lo que creíamos –dijo a doña Petronila fray Ciriaco.
–Ya está la comida –dijo una de las niñas.
Las cinco personas se dirigieron al comedor, cerrando el paso don Tiburcio que en calidad de amo era el que obedecía a los demás.

Y por ahí va, como dice Raimunda. La escena que hemos copiado empieza a configurar el tema, que pronto se enlazará con otros temas secundarios hasta constituir la tragicomedia, en cuyo fondo, como protagonista general, observamos el

cálculo interesado, la aritmética de estos amores del siglo XIX. Blest Gana no nos permite conservar la festiva imagen de los primeros capítulos. Las sordideces de la vida social santiaguina, la puja por el dinero y la figuración aflorarán caudalosamente, y en especial representados por Anastasio Bermúdez, ángel malo de Fortunato y bien dibujada estampa de calavera santiaguino. Al tono festivo se agregan las observaciones desnudas sobre estos sujetos materialistas que buscan, en los salones, afianzar sus dudosas economías personales. Blest Gana es descarado, casi, en estas pinturas y bien poco queda de favorable en el examen del mundo social en el que Fortunato se precipitará con ceguera de mariposa.

El propio Fortunato es «individuo prosaico y común, incapaz de las violentas pasiones que de ordinario adornan a todos los héroes de novelas, un representante, en esto, de la mayoría de los de su sexo» y solo aspira a «ser rico, escalar ese templo de vellocino de oro y tratar de igual a igual con los venturosos elegidos de la fortuna». Su amigo e inspirador Anastasio Bermúdez es un cínico que valoriza muy bien las inversiones necesarias para ese escalamiento:

–Te repito que eres un inocente, porque puedes vestirte sin necesidad de pagar.

–¿Cómo?

–No pagando al sastre.

–¿Y después?

–Después, si te casas, pagas y quedas rico.

El bien vestir abre la puerta de los salones; en los salones se pueden encontrar niñas con una buena dote; el matrimonio permitirá pagar las deudas contraídas para vestir bien. La lógica

de Bermúdez es absoluta: si las cosas no terminan en matrimonio, peor para el sastre. De todas maneras, el «roce social» habrá dejado un dividendo de relaciones poderosas.

Que el buen Fortunato con todo y sus Salve nocturnas caiga en este juego utilitario, que –aún más– falsifique un documento, por muy buenas que sean sus intenciones, suena a incongruencia del escritor. Como también el triunfo final del protagonista, premiado con un amor sincero y una herencia abundante. Pero la vida tiene sus incongruencias, todavía mayores, y no podemos extrañarnos demasiado del interés que la naturaleza espontánea y generosa de Fortunato obtiene del pragmatismo de la sociedad tan realista que Blest Gana procura describir con acuciosa fidelidad.

La novela tuvo, en el tiempo de su publicación, un gran éxito de público, y la crítica le fue igualmente favorable, partiendo desde el informe del jurado –que redactó Lastarria– hasta los comentarios periodísticos y epistolares.

Comentando la novela y aquel informe, Eleodoro Astorquiza apuntó con razón: «Lo que Lastarria y Amunátegui omitieron decir era que estaban en presencia de un gran hecho histórico: el nacimiento de la novela chilena. Era la primera tentativa feliz hecha entre nosotros para reproducir la vida»⁵.

El examen de los jueces anotaba, además, que «no escasean tampoco las observaciones morales, bien hechas y exactas, que constituyen el gran provecho de la novela», pero agrega que «habríamos querido encontrar en el lenguaje de *La aritmética en el amor* esa corrección elegante, esa gracia peculiar de los buenos hablistas castellanos».

El reproche puede extenderse a todas las obras de Blest Gana: escribía de una manera suelta, sin grandes preocu-

paciones de estilo. Pocas veces son felices sus frases. Abundan las repeticiones y las formas desmadejadas, un correr de la pluma atento más a la fidelidad temática que a la gallardía de la expresión. Le apasiona la investigación psicológica y en sus aras descuida la belleza del lenguaje, pero no logra tampoco la profundidad que pudiera haber hecho de sus retratos un estudio de almas. ¿Qué materia es la que hace, entonces, tan atractivos aún hoy día estas novelas, viejas ya de un siglo? Fernando Alegría, en una breve síntesis, ha logrado concentrar esa materia, que da su «peso específico» a las obras blestganianas:

Para quien no es chileno, Blest Gana sufre de un defecto grave que es, paradójicamente, el factor que le garantiza la admiración de sus compatriotas: su concienzuda y empecinada devoción a una especie de épico localismo, rico en materia histórica, observación de costumbres, caracterización de tipos autóctonos y diálogo regional; localismo que, concebido ante el ejemplo de los titanes del realismo francés, Stendhal y Balzac, en manos de un escritor de limitada penetración psicológica, como Blest Gana, puede asumir proporciones monstruosas. El lector chileno entra en las novelas de Blest Gana como en un museo histórico donde las figuras, al verse reconocidas, comienzan a agitarse en la sombra y a revivir una curiosa parodia de gestos y actitudes que aún pueden identificarse en el Chile de hoy. Para el lector extranjero, en cambio, esas figuras no llegan a romper la rigidez de la cera.

El mundo de las novelas de Blest Gana, sin ser del todo una fabricación literaria, parece flotar en una realidad desprovista de graves conflictos humanos. Hay algo en

sus dramas sociales, un cierto desapego que protege a los caracteres de caer en desesperaciones irremediabiles, una medianía en la ambición de los héroes, en la caída de las víctimas, en las intrigas de los villanos, que equivale a un salvoconducto espiritual. No hay lugar allí para la locura sublime. Se dijera una sociedad cuyas raíces cuelgan sin que lleguemos a saber el sitio donde se produjo el desgarramiento.⁶

Ricardo A. Latcham, que ha consagrado algunos cortos y precisos estudios a las obras de don Alberto, situándolas en su medio y relacionándolas, a la vez, con los modelos franceses, apunta que «Blest Gana se mantuvo dentro de la objetividad del viejo realismo y no pudo o no quiso nunca sobrepasar sus tradicionales fronteras. Tuvo, como pocos, el sentido del detalle local, del estudio minucioso del medio tanto de la clase alta, entrevista en *Martín Rivas* y en *La aritmética en el amor*, como del medio pelo o siutiquería, que ridiculizó con gracejo e ironía de buena ley. Podríamos hablar, sin hacer paradojas, del realismo doméstico de Blest Gana...»⁷.

Retratista, pues, de un mundo, de su mundo, constituido por el pueblo de Santiago, que comenzaba a desperezarse del largo sueño colonial, era ya invadido por los hijos de la provincia que se incorporaban a su seno con el propósito, unos, de ganarse la vida con mayor facilidad y amplitud, y otros, de rozarse con la gente fina y sacar lustre a los opacos apellidos de la medianía. Un mundo que empezaba a enojarse, que pretendía vivir a la europea, importando del Viejo Continente las telas, los mobiliarios, las costumbres y los prejuicios. La capital era una nueva rica, que gozaba el tesoro de la libertad y el bienestar producido por la buena administración pública,

el comercio exterior y las nuevas explotaciones mineras, tanto más rendidoras que la pesada agricultura tradicional.

Por los años en que Blest Gana componía *La aritmética en el amor* se había inaugurado ya el Teatro Municipal, cuya construcción costó seiscientos mil pesos de plata, y en el que podían acomodarse 1.848 personas: lo más grande de su tiempo en el Nuevo Mundo. Hasta el año 1870, en que fue consumido por un incendio, el Teatro Municipal fue un centro de la vida santiaguina, artística y social. Allí eran los grandes bailes oficiales, desarrollados con todo el esplendor posible. El solo anuncio de esos imponentes saraos conmovía a la juventud elegante: «El sábado próximo da la Empresa del teatro un baile extraordinario, con motivo de la aproximación del aniversario de la patria. Los preparativos que se hacen para este baile no pueden menos de alarmar a la juventud elegante de Santiago, porque ciertamente son espléndidos. El patio de la izquierda del teatro se va a empavesar totalmente para que sirva a los hombres, porque van a adornarse para las señoras todos los salones disponibles. El gran salón del segundo piso que mira a la plazuela y que recientemente se concluye, se va a estrenar esa noche con el ambigú. Este salón vestido al estilo europeo es de un efecto magnífico por su capacidad y elegancia».⁸

Bailes aparte, al magnífico Teatro Municipal llegaban compañías de ópera y de teatro. Los santiaguinos elegantes no se perdían espectáculo. El maestro Rossini era el dios de la música, y los festivos aires de *El Barbero de Sevilla* se habían hecho familiares.

Las imprentas publicaban las obras más populares de Europa y muy especialmente de Francia. Víctor Hugo y Alejandro Dumas eran los autores más leídos, aunque no faltaba el genio

romántico inglés, encarnado en Lord Byron, ni el apasionado canto del español Espronceda. *Macías*, el enamorado, de Mariano José de Larra; *El trovador*, de García Gutiérrez; *La locura de amor*, de Tamayo y Baus, arrancaban lágrimas a los sentimentales lectores y lectoras.

Se cenaba temprano, y las largas horas iniciales de las templadas noches santiaguinas eran ocupadas por las tertulias familiares, en las que se hacía música, se hacía baile –si la ocasión era importante–, se intercambiaban miradas, suspiros y billetitos apasionados. Toda familia buena y respetable tenía su salón, al que concurría el cortejo de la parentela, los amigos y los pretendientes. Los grupos se dividían, como la charla: de un lado los caballeros, hablando de política y arreglando el mundo; de otro, las señoras con el ojo puesto en las evoluciones de las hijas; en algún rincón, el piano, que daba oportunidad para confidencias más íntimas, mientras la niña deslizaba sus dedos sobre el teclado y el admirador joven y elegante daba vueltas las páginas de la composición.

La rígida custodia de las hijas (y la ausencia del teléfono...) dio enorme importancia al género epistolar: ¡ay de aquel o aquella incapaz de escribir una bien adjetivada carta, o desposeído del amigo o la sirvienta de confianza que pudiera llevar la misiva a manos del corresponsal! Si la epístola trabó en las sombras gran número de romances, de casorios o de fugas, el anónimo, por su parte, hizo lo suyo. «Un amigo que se interesa en su felicidad...» y venía luego el derrame de hiel y de insidias, las acusaciones, la revelación de secretos escondidos en la sombra nocturna, la bien tramada intriga para deshacer tal o cual idilio, o para inclinar los ánimos de modo favorable.

La tertulia era para los conocidos, pero no faltaba la

oportunidad en que se deslizaba en su privado seno, por la vía del amigo introductor o de la protección de un poderoso, el nuevo elemento provinciano que comenzaba a buscar roce social en los salones. Así ingresa en el de los Monteverde nuestro amigo Fortunato Esperanzano y –más tarde– Martín Rivas en el de los Encina. Las señoras no miraban con simpatía a estos «parvenus» que no reemplazaban con dinero el brillo de los apellidos. Los caballeros observaban con despectiva curiosidad, y los jóvenes no perdían ocasión de hacerles sentir la desdicha de su medianía.

La noche sin faroles, la temprana recogida tras el rosario vespertino y la tertulia nocturna se prestaban para citas clandestinas en la españolísima reja. Peor todavía si era en la puerta trasera del huerto. La cita se reducía, casi siempre, al intercambio de unas cuantas apresuradas frases, dichas con voz temblorosa ante el temor de ser sorprendidos. El más audaz galán lograba estrujar la mano de su enamorada a través de los barrotes. Un beso en esa mano provocaba emocionadas quejas. Pero no faltaron los casos en que se pasó de la palabra a la acción, y la cita nocturna terminó en rapto.

Este es el universo en que se esmera la pluma de Blest Gana. Lo observa, como ya se ha dicho, desde una elevada posición, con un dejo escéptico en sus gestos, al borde del desprecio. Su origen social y la firmeza de los principios morales recibidos como principal herencia lo hacen juzgar despectivamente a la jungla de los salones, donde una fauna de muy diversos órdenes y coloridos se entredévora sin piedad. Aunque nunca le interesó la política, es un liberal en quien el espíritu tradicionalista mata en germen toda audacia. Tiene un sentido muy claro de la importancia de la clase alta, a la cual pertenece por

cultura y por sangre, y, como casi toda la gente de su tiempo, considera naturalmente dividida la sociedad en dos estratos bien determinados: la sociedad blanca y europea, y los otros.

Aún quedan en nuestro suelo feliz muchos vestigios de la sangre noble que, entre tantas cosas buenas que nos vinieron de la patria de Valdivia, se sirvieron importar directamente algunos ilustres varones de aquella tierra de hidalgos. Nuestra forma republicana, que ha borrado muchos defectos del coloniaje, para crear, es cierto, varios otros, no ha conseguido aún destruir enteramente los grandes recuerdos de aristocráticos abuelos, que de generación en generación van transmitiéndose a los dignos herederos de tan preciado legado. La Constitución abolió los títulos, mas no pudo abolir la nobleza, por dicha nuestra, sin la cual nos veríamos en la dura precisión de no encontrar un solo «caballero» a quien dar la mano por esas calles de Dios. Y bien que muchos pretendan que no es la ilustración y brillo intelectual lo que esas familias nobles se han encargado de perpetuar, puede a los tales respondérseles que en cambio han conservado la pureza de la raza, lo que es una base de progreso de todo país sensato, y van transmitiendo también a sus herederos la blancura del cutis, sin la cual cualquiera podría tomarnos por verdaderos indios, sin que nos quedase el derecho de ofendernos por tan insultante equivocación.

¿Podríamos tildar de reaccionario al autor de estas líneas que, no obstante ellas, cantó en varios libros el advenimiento de la clase media, el feliz arribo a esta estricta y exclusiva sociedad, de los Fortunato Esperanzano, los Martín Rivas y los Manríquez?

Aunque sólo pretendiera describir lo que estaba ocurriendo en las costumbres de una sociedad de la cual él se hacía testigo y observador fríamente imparcial, lo cierto es que Blest Gana mira con simpatía en sus obras esos ascensos sociales tan admirablemente encarnados, en especial en Martín Rivas. No era por entero indiferente, pues, al acontecimiento de que tomaba cuidadosa nota. Como fue creador en la novela, pudo ser también un innovador en la realidad social de su época, y tal vez sólo se lo impidió el enorme peso de las tradiciones familiares y del círculo social en el que se desarrolló su corta vida de santiaguino. Veamos qué nos dice sobre esto el erudito Raúl Silva Castro, que ha examinado la vida y la obra de Blest Gana con minuciosa prolijidad:

La filiación liberal de don Alberto se muestra en muchos trozos de sus novelas, sea al hacer la crítica, a veces mordaz, de los personajes reaccionarios que dibuja, sea al tratar, siempre con notable simpatía, aquellas escenas de la historia que le permitirían pronunciarse. También se observa que colabora de preferencia en las revistas y diarios liberales, donde tiene como compañeros a los más progresistas de aquel tiempo, como Barros Arana, Guillermo y Manuel Antonio Matta, Vicuña Mackenna, Domingo y Justo Arteaga Alemparte, Miguel Luis Amunátegui, Domingo Santa María... Por su condición de empleado público debe guardar silencio y lo guarda. Su temperamento, además, no lo lleva ni al mítin ni a la asamblea, y sólo se permite mostrar simpatías platónicas por el partido liberal que incuba los grandes movimientos de opinión de más tarde. Del gobierno templado y conciliador de Pérez recibe el nombramiento de intendente de Colchagua, y la misma administración lo

envía a Estados Unidos como Encargado de Negocios. Las que se suceden respetan sus méritos y lo mantienen en sus cargos.⁹

El mordaz observador de la sociedad santiaguina recibía, a los treinta años, una consagración definitiva, con el triunfo en el concurso universitario y la popularidad que alcanzó la novela premiada. *La aritmética en el amor* es señal de precisa madurez. Será superada, más tarde, por otras obras en el continuo perfeccionamiento del autor en su tarea de documentar la vida nacional. El paso más importante está dado: Blest Gana probó con este libro su enorme capacidad de novelar, de mover con soltura una multitud que recorre con incansable ánimo las páginas de su obra.

NOTAS AL CAPITULO 3

- 1 **Diego Barros Arana**, «Un decenio de la historia de Chile», citado por Raúl Silva Castro en *Panorama Literario de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago 1961.
- 2 **Ricardo A. Latcham**, «El centenario de la novela chilena: *El inquisidor mayor*, de Manuel Bilbao», diario *La Nación*, Santiago, 13 de abril de 1952, recogido por Alfonso Calderón y Pedro Lastra, *op. cit.*
- 3 Id.
- 4 **Hernán Díaz Arrieta (Alone)**, *Historia personal de la literatura chilena*, Empresa Editora Zig-Zag, 2ª ed., Santiago, 1962.
- 5 **Eleodoro Astorquiza** en *Revista Chilena*, 1920, citado por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 6 **Fernando Alegría**, *Historia de la novela hispanoamericana*, Ediciones de Andrea, México, 1965.
- 7 **Ricardo A. Latcham**, «Blest Gana y la novela realista», artículo citado.
- 8 «Crónica de José Antonio Torres» en *El Correo Literario* del 28 de agosto de 1858. Citado por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 9 **Raúl Silva Castro**, *op. cit.*

**MARTIN RIVAS: LA PROVINCIA
QUE LLEGA A SANTIAGO**

*E*l año 1860 termina con otro acontecimiento feliz, que aumenta el prestigio del escritor y lo rodea de una fama, reservada, por lo general, a dómines literatos o académicos de mayor edad: la designación como miembro de número de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, en reemplazo de Juan Bello, fallecido ese mismo año.

Juan Bello, hijo de don Andrés, poeta lírico y épico, traductor de Eugène Sue, dramaturgo adolescente y animador, a los diecisiete años, de una o dos reuniones de la Sociedad de Literatura, había sido honrado también en plena juventud por la Universidad y apenas sobrepasaba en cinco años al novelista que le seguía en esas dignidades.

El nombramiento ocurrió el 6 de diciembre de 1860. Acucioso, concienzudo, Alberto Blest Gana no dilató la incorporación oficial. Antes del mes, el día 3 de enero de 1861, fue recibido por la Facultad, a la que saludó con una disertación sobre literatura chilena, documento que constituye —descontado el célebre discurso de Lastarria— uno de los primeros ensayos de interpretación de las letras nacionales. La pieza comenzaba, como es de precepto en estos casos, con un elogio del antecesor, cuyas dotes de buen prosista y brillante orador celebra, sin ocultar sus dudas sobre los méritos poéticos que Juan Bello puso en juego en largos poemas narrativos. Se

duele, en los párrafos iniciales, de que «el ameno campo de las letras no ha contado entre nosotros con muy decididos cultivadores»; de «la falta de estímulo que hasta el día han encontrado las letras», y de «lo reducido de la parte ilustrada de nuestra población».

Expone, luego, su propia doctrina literaria: «Quisiéramos ver que la poesía y la novela revistiesen el ropaje de la originalidad, al propio tiempo que buscasen su inspiración en el estudio de numerosos y acabados modelos que la literatura antigua y moderna de la Europa nos ofrece». Considera necesario beber a raudales en las fuentes clásicas y de la actualidad europea, para extraer de este vivificante contacto una literatura ecléctica, endilgada por los caminos de la filosofía, «única base segura para afianzar la duración de toda tarea intelectual».

«Las letras –agrega– deben llenar con escrupulosidad su tarea civilizadora», y en seguida parece retratarse a sí mismo y a todos sus propósitos de novelista: «El estudio del corazón humano es reputado como un manantial inagotable de provechosa observación y como fuente de saludables lecciones, que el escritor concienzudo puede transmitir a sus lectores, ya sea por medio de la pintura de cuadros históricos, elegidos con juicioso tino, ya por el auxilio de la ficción que fácilmente se presta al servicio de las buenas ideas».

Estudio del corazón humano, pintura de cuadros históricos; esto es: *Blest Gana*.

Aplicadas estas premisas a la poesía de su tiempo, no puede desprenderse sino una consideración, y la de don Alberto es categórica: «La poesía chilena ha sido hasta hoy esencialmente sentimental: ha buscado su principal inspiración en los dolores del alma que, si es cierto que abundan en la Tierra, no

constituyen el estado normal del hombre; ha vertido demasiadas lágrimas para que la expresión de una melancolía perenne pueda conmover; ha tocado con demasiada frecuencia las fibras del corazón para que haya podido conservar la exquisita sensibilidad de sus sentimientos».

Después de leído este párrafo, se entiende muchísimo mejor aquel «auto de fe» que convirtió en cenizas las intentonas poéticas de quien estaba hecho, sin duda, para la prosa novelesca, tal como él la entendía.

No le satisface tampoco, y con razón, el campo de la novela: no se la cultiva, y aun la novela histórica, que parece tan gratamente abierta a los lectores, «revestida de poéticas galas por Walter Scott, ha sufrido desde entonces notables pero poco acertadas modificaciones en manos de los escritores del día». Hay toda una multitud que «necesita de la lectura para descansar del trabajo; que muchas veces recibe en sus gustos y pasiones muy directa influencia de esa lectura». ¿Cómo llenar ese vacío? «Sin disputa, la novela de costumbres es la más adecuada. Por la pintura de cuadros sociales llamará la atención de todos los lectores; por sus observaciones y la filosofía de su estudio adquirirá las simpatías de los pensadores, y por las combinaciones infinitas que caben en su extenso cuadro despertará el interés de los numerosos amigos del movimiento y de la intriga».

Aquí está, nuevamente, Blest Gana de cuerpo entero, y es de admirar la honradez con que el novelista se ha ceñido a las normas del preceptista que disertaba ante la docta Facultad de Humanidades. Blest Gana no se ha apartado ni una línea, en su enorme tarea de escritor, de los principios estéticos y morales enunciados en esta exposición. Concibió así la novela, y así la

aplicó. Pero el novelista de costumbres se ve a menudo turbado por las complicaciones éticas en que puede precipitarlo la pintura de la realidad social en que se esmerará su pluma. ¿Cómo escapar del problema moral de las «escenas sin decoro», de «ciertos extravíos humanos, que no pueden dejar de figurar en obras destinadas a la descripción social?». El mismo recibió una fuerte crítica a causa de su primera obra y, aunque en ese momento pareció indiferente a la condenación disparada desde la *Revista Católica*, aprovecha ahora la oportunidad para poner serenamente las cosas en su sitio y reprochar a «algunos críticos» que «comprenden bajo un mismo anatema» la licenciosa pintura de esas escenas sin decoro y la necesidad de dejar constancia, en la obra costumbrista, de las flaquezas humanas: «El deber del novelista, en este caso, no creemos que consista en evitar la mención de esos extravíos, sino en retratarlos de modo que no hieran a la moral. Si por un temor irreflexivo se ciñese a lo primero, no habría pintado las costumbres, porque no existe sociedad humana en la que no corran parejas los vicios y las virtudes confundidos; en hacer resaltar la fealdad de aquéllos está el deber y no en callarlos, y para esto las segundas ofrecen un poderoso auxiliar».

Delicado matiz el que separa la utilidad del peligro en tal pintura, y más todavía en los años de Blest Gana.

La designación de Blest Gana fue recibida con aplauso en los escasos círculos que se preocupaban de tales hechos, tan alejados de la esfera del comentario político y de la novedad más incitante. Un redactor de *El Mosaico*, que firmaba El Duende, comenta el nombramiento días después de ocurrido: «Si habéis leído *El Mercurio* sabréis ya que después de haber propuesto a todos los jóvenes de Santiago (se entiende callan-

do a los que no son del pelo del gobierno) salió elegido el señor don Alberto Blest Gana. En esto ciertamente no hay nada que decir, pues el señor Blest hace tiempo que es conocido en las letras por sus trabajos literarios y por el constante empeño que ha mostrado en el estudio».¹

A pesar de que considera a Blest Gana entre los adictos al gobierno, este Duende opositor no le desconoce méritos: tan sólida era la posición conquistada por el novelista. Aparte del prestigio profesional, ganado con sus años del ejército y su magisterio en la Escuela Militar, amén de su silenciosa y cuidadosa labor en el Ministerio de la Guerra y de los honores que se le tributaban en cuanto a escritor, Blest Gana era bien mirado y celebrado en los salones santiaguinos y no empañaban su singular imagen de triunfador las veleidades de la política, a la cual era ajeno, indiferente. Mientras sus dos hermanos militaban en la política activa, don Alberto se mantenía en una posición aislada, que convenía, en muchos aspectos, a la situación de observador de la realidad social chilena en la que se había colocado desde el momento mismo en que asumió su tarea de escritor.

Entonces, como ahora, los triunfos y los honores literarios no se traducían en riquezas ni en bienestar. Hombre tan enérgico y acertado crítico como don Manuel Blanco Cuartín, que iniciaba sus actividades literarias en el primer número del periódico *El Mosaico*, no duda en señalar que el oficio de las letras no da dinero ni da honores. Se equivoca en lo último, porque ya vemos cómo a Blest Gana no le faltaron éstos, pero «¿Blest Gana, Torres y hasta los mismos Lastarria y Sanfuentes han ganado un solo real con sus obras, con su talento literario, con su laboriosidad? Pero al paso de esto el peluquero Dumirail,

el sastre Puyó y tantos hombres de oficios se han vuelto a sus hogares llevando bien atestadas de oro sus gavetas y proclamando, sin duda, que vale mucho más ser en Chile sastre, peluquero, zapatero, a vivir cabalgando en el Pegaso o perdiendo el tiempo y buen humor en compaginar ideas para el público».²

Y muy cierto es. Mientras los artífices de la moda santiaguina ganaban buenos pesos fuertes empeñados en aderezar cabezas femeninas o en bien vestir a los elegantes del tiempo, los escritores solo olían el mínimo incienso que el aplauso público quemaba ante sus obras.

El propio Blest Gana lo afirma en unos días en que ya conocía el público las mejores novelas de su primera época: *La aritmética en el amor*, *Martín Rivas* y *El ideal de un calavera*. Su crítica indignada, hecha en la confidencia del epistolario, llega dolorosamente hasta nosotros:

Que Chile lea mis novelas sin cuidarse del estado de mi bolsillo es cosa triste para el que carga este último vacío; pero que un gobierno de los «nuestros» no se acuerde, para mejorar mi suerte, de once años de servicio constante, me parece más triste todavía... Mientras mis conciudadanos del porvenir me preparan la corona de la fama, algunos del presente, como sastres y boteros, por ejemplo, me tienen preparada su cuenta al fin de cada semestre y me temo que no admitiesen como moneda corriente mis novelas.

Triste verdad, que no corresponde sólo a los años de 1860, sino a todos los tiempos. Y muchos Lastarria de diversas épocas han recibido iguales confidencias de los afligidos escritores,

como recibió don José Victorino las del «laureado» pero arruinado autor. Son desaprensivos los gobiernos con el extraño género de los artistas, que no pesan en los grandes rubros económicos ni son –por su independencia a menudo un tanto díscola– ni siquiera un buen vehículo de propaganda. Y cuando los gobiernos se empeñan en ejercer el mecenazgo, no es raro que caigan en la dominación, y tanto más progresa el artista cuanto mejor cante las glorias del mandatario que acomete el favor de sacarlo de las oscuras filas del anonimato económico. Como suele ocurrir con los canarios, se comete la crueldad de cegarlos para que canten mejor...

En carta a Vicuña Mackenna, la queja adquiere formas todavía más dramáticas: «Estoy arruinado: las quiebras, ajenas se entiende, han disminuido mis entradas al grado de privarme de todo lo que no sea indispensable».

Este es el estado en que se debate el académico de la universidad, el novelista leído en folletines por la gran mayoría de los que dominan el arte de leer. Poco más tarde, el Estado extenderá su mano protectora y le brindará cargos públicos de alcurnia. Entonces la honestidad funcionaria de Blest Gana le provocará el exilio de la vida literaria. Pero nos estamos adelantando. Volvamos a 1861.

Incansable, don Alberto publica ese año –el siguiente de su triunfo con *La aritmética en el amor*– una breve novela por entregas: *El pago de las deudas*. Es una pequeña obra, reflejo todavía de las observaciones vertidas en *La aritmética en el amor*, con un final trágico que concentra una moraleja: el mal término de las ambiciones y las calaveradas de los que corren tras los placeres de la vida y vuelven la espalda al mundo feliz del hogar, cimentado en la lealtad. Que esta última no es

moneda de curso corriente en el encopetado mundo social de su tiempo, Blest Gana lo sabe y lo dice.

Al finalizar el año y en fecha muy propicia para el caso –28 de diciembre de 1861, Día de los Inocentes– ocurre en Chile un acontecimiento que, años más tarde, había de quitar el sueño al agente diplomático chileno ante el gobierno francés: un loco aventurero, llamado Aurélie-Antonie, se proclama Rey de la Araucanía.

Aurélie –u Orélie-Antonie de Tounens– arribó en esa fecha al pueblo de Nacimiento, se hizo conducir ante el cacique Gentecol y anunció su decisión de «ayudarles a defender sus derechos; que sólo les pedía que lo proclamasen por rey de la Araucanía; que no llevaba interés alguno y que sólo quería que el gobierno chileno respetase las propiedades de los indígenas y hacerle a éste conocer que no tenía derecho alguno para establecer poblaciones al otro lado del Bío-Bío, pues que ésta es la línea de fronteras que sus mayores les legaron».

Orélie-Antoine era loco, pero no tonto: explotaba hábilmente una situación de crisis arrastrada por más de tres siglos. El pueblo araucano, que resistió, con valor inigualado en América, la conquista española, todavía no se entregaba por completo en aquellos días en que la república contaba ya más de cuarenta años. La colonización de «la frontera», esto es del Chile de ultra el río Bío-Bío, era un punto de permanente conflicto entre el gobierno y las tribus del Mapu, todavía muy conscientes de sus derechos sobre la tierra y de la usurpación del blanco. Orélie se presentaba como el salvador: proclamado rey de la Araucanía, él daría lo suyo –en sentido figurado– a los chilenos y en sentido concreto a los araucanos. Efímero fue el reinado del aventurero francés: en enero de 1862 lo sorprendió

un piquete policíaco y lo hizo prisionero, a orillas del río Malleco. Juzgado, el rey se defendió con tremenda astucia y puso en aprietos a sus jueces, que terminaron por declararlo loco. Orélie fue a dar al manicomio, de donde lo extrajo el representante de Francia ante el gobierno chileno, para expedirlo rápidamente a su tierra de origen. La manía, o la ambición, de Orélie era reincidente y, en cuanto pudo, volvió a las andadas, provocando un conflicto internacional entre Francia y Chile, felizmente resuelto por la gestión diplomática de Blest Gana. Ya lo veremos cuando nos encontremos con el novelista convertido en embajador.

El tema de Orélie-Antonie, que ha dado muchas páginas a la literatura aventurera, no interesó, en su tiempo, a Blest Gana. Si hubiera sabido que más tarde se vería envuelto en el pintoresco caso, tal vez le provocara, pero en aquellos años lo ignoró, sin imaginarse la perspectiva histórica y novelesca del curioso personaje.

Las dificultades económicas y el cuidado del hogar que ya adornan los dos primeros hijos no impiden la actividad del novelista, que participa con entusiasmo en las limitadas manifestaciones literarias de la capital. Como un eco remoto de la Sociedad de Literatura del 42, Lastarria animó la creación del Círculo de Amigos de las Letras, que inició sus trabajos en 1859. El Círculo fue sumamente activo durante varios años y por su tribuna pasaron escritores, políticos y científicos chilenos y extranjeros, que ilustraron, desde ella, las inquietudes intelectuales de la batalladora juventud del medio-siglo ochocentista. Allí estuvieron los hermanos Amunátegui, cuya fraternal unión los hacía aparecer juntos en todas partes y hasta en la estatua que les dedicaron sus conciudadanos; Marcial

González –chilenísimo nombre– que analizó las teorías de M. Courcelle-Seneuil, economista francés que asesoraba al gobierno; el político Guillermo Matta, padre del Partido Radical; el historiador Barros Arana, hombre frondoso en palabras y barba; don Abdón Cifuentes, prócer conservador y paladín de la Iglesia Católica en el laico ambiente de su tiempo; Blanco Cuartín, joven que se iniciaba fogosamente en la crítica; un puñado de extranjeros acogidos al «asilo contra la opresión» que se lee en los versos del Himno Nacional y, por cierto, los hermanos Blest Gana, poeta don Guillermo y costumbrista el otro, que dio a conocer en este medio su regocijante artículo «Santiago en Cuaresma», recogido en la edición de *La Semana* del 10 de abril de 1860.

Produce asombro la capacidad de trabajo de don Alberto: tras las cinco obras primerizas, tras ese salto hacia la madurez técnica que es *La aritmética en el amor*, tras el «encore» que representa *El pago de las deudas* y además de las crónicas que desparrama en revistas, repite en folletín, ahora en *La Voz de Chile*, su cuento largo o novela corta *Un drama en el campo*, al que agrega *La venganza*, relato limeño con profundo aire tradicional, y *Mariluán*, una complicada y tenebrosa historia que tiene por héroe a un joven cacique araucano. La desigual trilogía de relatos fue recogida luego en la biblioteca que mantenía aquel periódico, y, aunque no añade nada nuevo a las condiciones de novelista ya desarrolladas, subraya, otra vez, la fidelidad temática del autor que explora siempre en el campo de la vida social o de la historia.

No hay cuadernos de apuntes ni datos epistolares que hagan posible establecer los métodos de trabajo de Blest Gana, que le permitían, junto con esta proliferación de obras menores en

la narrativa y la crónica periodística, desarrollar sus amplias novelas. Piénsese que en 1862, esto es, apenas dos años después de la publicación de *La aritmética en el amor*, voluminosa obra concebida en un período de enorme actividad dispersa, el folletín acoge estas obras breves y –con escasa diferencia– otra novela de vasta riqueza temática y gran frondosidad: *Martín Rivas*.

Un recuento, basado en las ediciones originales, nos dice que entre los treinta y los treinta y dos años de edad, Blest Gana publicó obras novelescas que suman en total más de mil cien páginas, y esto sin contar su labor periodística y los trabajos profesionales que, seguramente, le procuraban el difícil sustento de su hogar. Ciertamente es, como ya anotamos, que escribía exactamente al correr de la pluma y sólo se cuidó de revisiones cuando ya sus funciones oficiales lo habían apartado de la tarea literaria. Con todo, ésta es enorme y da la impresión de que quien la realizaba estaba muy consciente de la necesidad de dar cabo a una labor que habría de ser interrumpida muy pronto. Lo impulsaba el propósito de ser novelista o abandonar las disciplinas literarias: estaba dispuesto a probar su capacidad de creador, y si corría apresurada la pluma sobre el papel, era, en cambio, prolija su labor de imaginar la intriga novelesca y montar sistemáticamente la acción sin abandonar en cabos sueltos a uno solo de sus personajes.

La aparición de *Martín Rivas* fue saludada con aplausos. La fama del escritor predisponía el ánimo del público: no podía ser sino una obra muy entretenida, cautivante, la que siguiera a los anteriores éxitos. Todavía más: muchísimos lectores se sentían identificados con el joven pobre y provinciano, capaz de vencer con su gracia y su talento las barreras sociales impuestas

por la exclusiva alta sociedad santiaguina. En *Martín Rivas* se veía al vindicador de los fracasos provincianos; era el triunfo de la medianía social sobre los prejuicios del dinero y la alcurnia. No podía ser sino un personaje simpático a la masa de los lectores, este Martín Rivas tan desprovisto de blasones como de fortunas al que el éxito coronaba por la vía del amor puro y constante.

El brillo optimista y el humor caricaturizante de los primeros capítulos de *La aritmética en el amor* están muy lejos de la nueva obra. Aunque las notas jocosas y las descripciones satíricas asomen en algunas páginas su rostro de comedia, el tono general de *Martín Rivas* es serio y meditativo. Los personajes están envueltos en un nimbo romántico, que se refleja no sólo en los modos sino en las facciones. Así, Martín «era un joven de regular estatura y bien proporcionadas formas. Sus ojos negros, sin ser grandes, llamaban la atención por el aire de melancolía que comunicaban a su rostro. Eran dos ojos de mirar apagado y pensativo, sombreados por grandes ojeras, que guardaban armonía con la palidez de las mejillas». Páginas más adelante, dos hermosas jóvenes santiaguinas conversan acerca del enamorado de una de ellas y fraterno amigo de Martín. Hablan de Rafael San Luis, cuya amada dice: «A veces lo he encontrado en la calle; está pálido y buen mozo como siempre». Algo después, Blest Gana insiste en el tipo de Rafael: «Era un joven de veintitrés a veinticuatro años, de pálido semblante y de facciones de una finura casi femenil, que ponían en relieve la fina curva de un bigote negro y lustroso. Una abundante cabellera, dividida en la mitad de la frente, realzaba la majestad de ésta...».

Imágenes románticas, sin duda, la de estos dos héroes;

imagen romántica muy adecuada a la índole de la novela y a las aventuras que los protagonistas correrán a lo largo de sus páginas, llenas de movimiento, de pasión, de sentimentalismo, de renunciaciones y heroicidades.

Martín Rivas es la provincia, la provincia que llega a Santiago viajando desde Copiapó «sobre la cubierta del vapor», porque no hay dinero para mejores acomodaciones. Es la provincia que llega, limpia de vanidades y complicaciones propias de señoritos bien. Cuando va por la calle, Martín Rivas siente clavadas las santiaguinas miradas en la espalda: no viste a la moda, se le advierte la provincia en el corte del chaqué, en los botines, hasta en el modo de caminar del hombre que va hacia alguna parte y no pasea. Es la provincia que penetra en los salones, bajo el alero protector del huésped enriquecido y bien relacionado. Es la provincia que se siente atraída y luego rechazada por el ambiente de las diversiones de los jóvenes capitalinos. Es la provincia que se enamora con furiosa fidelidad de la bella muchacha elegante, sin darle lugar al vano coqueteo de los salones ni a los desfogues burdamente sensuales de la chingana. Es la provincia que viene a tantear un camino, en la universidad o en el trabajo. El hombre de la capital se ríe del provinciano, tan inepto, tan desconocedor de las finezas sociales. Pero el de la provincia se introduce, avanza, triunfa. Hoy día, la capital está repleta de provincianos que, a fin de cuentas, mandan, gobiernan. Pero en 1850, cuando Martín Rivas golpeaba a la puerta de don Dámaso Encina, muy diferente era la situación. Del Norte Chico y minero venía el joven Martín con el propósito de estudiar la carrera de las leyes. En su lecho de muerte, el padre le entregó cartas para don Dámaso Encina, que brilla con luz propia en las constelaciones

sociales santiaguinas. El viejo copiapino que se aproxima a la muerte con la angustia de dejar tras sí una familia numerosa y pobre ha resuelto llamar a la bondad –si no al compromiso de retribuir– de este don Dámaso, que fue su socio en antiguas aventuras mineras, se enriqueció a costillas de él y terminó convertido en prócer elegante, mientras el anónimo Rivas de Copiapó vegetaba en el olvido: «Durante un año la mina costeó sus gastos y don Dámaso compró poco a poco a Rivas toda su parte, quedando éste en calidad de administrador. Seis meses después de comprada la última barra sobrevino un gran alcance, y pocos años más tarde don Dámaso Encina compraba un valioso fundo de campo cerca de Santiago y la casa en que le hemos visto recibir al hijo del hombre a quien debía su fortuna».

Blest Gana aplica aquí un principio de justicia conmutativa: Dámaso Encina se ha hecho rico a costillas, en gran parte, de su ex-socio Rivas; el hijo de éste se enamora de la hija de aquél y, por la vía matrimonial, la fortuna de los Encina habrá de pasar, en gran parte, a las manos de Rivas que conquistó Santiago junto con el corazón de la arrogante heredera.

El tema del administrador defraudado no es nuevo en Blest Gana: igual figura emplea en *La aritmética en el amor*, en la cual el padre de Fortunato Esperanzano se ha arruinado al servicio de su pariente Anselmo Rocaleal, quien, como Dámaso Encina, extiende su brazo protector sobre el retoño de la víctima de sus talentos financieros. «Todo tiende a su fin», escribiría Andrés Bello, glosando a Víctor Hugo: también la fortuna de estos próceres económico-sociales que, a la vuelta de los años, va a dar a las manos de los hijos de aquellos que la hicieron posible.

Así, pues, Martín Rivas llega a la casa santiaguina de don Dámaso y golpea la puerta. Don Dámaso la abre generosamente. Martín se introduce con timidez. El hogar de los Encina tiene todos los elementos necesarios para retratar el mundo social de Santiago: un salón que acoge a los parientes y amigos en la tertulia nocturna, una hermosa hija, un hijo que ha estado en París con el consiguiente olvido del idioma nativo y su parodia de la mal aprendida lengua gala, y una señora madre que se preocupa de sus achaques de salud —es «bien visto» padecer algunos males no muy graves— y del destino de su hija.

De Leonor Encina se enamoraría cualquiera, y es natural que Martín Rivas vaya a dar a lo mismo:

Magnífico cuadro formaba aquel lujo a la belleza de Leonor, la hija predilecta de don Dámaso y de doña Engracia. Cualquiera que hubiese visto a aquella niña de diecinueve años en una pobre habitación habría acusado de caprichosa a la suerte por no haber dado a tanta hermosura un marco correspondiente. Así es que al verla reclinada sobre un magnífico sofá forrado en brocatel celeste, al mirar reproducida su imagen en un lindo espejo al estilo de la Edad Media, y al observar su pie, de una pequeñez admirable, rozarse descuidado sobre una alfombra finísima, el mismo observador habría admirado la prodigalidad de la naturaleza en tan feliz acuerdo con los favores del destino. Leonor resplandecía rodeada de ese lujo como un brillante entre el oro y pedrerías de un rico aderezo. El color un poco moreno de su cutis y la fuerza de expresión de sus grandes ojos verdes, guarnecidos de largas pestañas; los labios húmedos y rosados; la frente pequeña, limitada por abundantes y bien plantados cabellos negros; las arqueadas cejas, y los

dientes, para los cuales parecía hecha a propósito la comparación tan usada con las perlas; todas sus facciones, en fin, con el óvalo delicado del rostro, formaban en su conjunto una belleza ideal, de las que hacen bullir la imaginación de los jóvenes y revivir el cuadro de pasadas dichas en la de los viejos.

¿Qué podría esperar a Martín sino el desprecio de semejante hembra de diecinueve años? La condescendiente simpatía de los primeros encuentros no podía llegar a más, y como la joven, además de bella era inteligente, no dejaba de notar la pasión desencadenada del recién llegado. Con esa crueldad femenina que los escritores del diecinueve subrayaban con deleite, Leonor animaba y contrastaba, alternativamente, los tímidos avances del joven provinciano, que no podía soñar, siquiera, en inspirar amor a mujer tan lejana de él por alcurnia, bienes y belleza. Martín hacía las cosas con seriedad y su amor, desdichado por naturaleza, se vuelca en sufrimiento y desesperanza. No puede desconocer la bondad de la familia, que lo acoge con sencillez, ni menos la del afrancesado hermano, que le tributa una espontánea amistad prontamente vertida en confidencias. Pero el abismo entre los aristócratas Encina y un simple Rivas de Copiapó persiste y lo arrastra a la amargura, mientras en su derredor resplandece la pompa de la vida social santiaguina.

Apenas introducido Martín en la casa de su protector e iniciada su convivencia con la familia Encina, la novela toma un ritmo de comedia de enredos, a la que no faltan los ingredientes propios del género y los que el autor extrae de las costumbres y la historia de la época. Los materiales manejados por Blest Gana son amplísimos y se entrecruzan e influyen mutuamente con gran movilidad. A simple vista, y sin profundizar

mayormente en el tejido de la novela, se advierten las siguientes líneas argumentales:

El amor desesperanzado –y triunfante al fin– de Martín Rivas por Leonor Encina.

El amor despreciado de Rafael San Luis por Matilde y los anteriores líos entre el romántico revolucionario y una muchacha de estirpe popular, que son el origen de aquel desprecio.

Los enredos de Agustín Encina –joven afrancesado, frívolo y dispendioso– con una moza mediopelo; subsiguiente farsa matrimonial, feliz intervención de Martín y desenlace favorable a «todas las partes».

La tragicomedia de los Cordero, modesta y acogedora familia, donde los jóvenes Rivas, San Luis y Encina concurren a divertirse en forma bastante popular.

El celoso amor de un policía por una de las «niñas» Cordero.

La conspiración igualitaria contra el gobierno de Bulnes.

Ni una sola de estas líneas vive por sí misma y aislada: se entrecruzan, se entremezclan, para formar la trama general de una novela riquísima en circunstancias, a las que se añaden los cuadros descriptivos de la alta sociedad, los ambientes populares, la política de salón y la acción revolucionaria. Recordemos el museo de cera de que nos habla Fernando Alegría: aquí, el museo se abre repleto de figuras de todos los estilos. De un capítulo a otro vamos del aristócrata al hijo del pueblo, del mediopelo al nuevo rico, de la soberbia ama de casa a la sirvienta y a la rústica belleza popular. Los tipos visten, bailan, se mueven, en su manera natural. Si Blest Gana se siente un poco incómodo cuando describe la existencia de los elegantes, su pluma, en cambio, es ágil y volandera cuando su modelo es el pueblo.

Hernán Díaz Arrieta anotó que «la vida del escritor no corresponde a su obra, no la explica, reproduce o comenta, como en Pérez Rosales, inseparable de su libro; pero hay algo más: en vez de explicarla, más bien la complica; porque una y otra giran en planos diferentes. Blest Gana vivió siempre en la clase alta, a la que pertenecía por todos lados, y respiró hasta protocolarmente el aire de los salones entre gente distinguida. Pues bien, sus personajes adquieren mayor vitalidad a medida que bajan socialmente, y la pierden de un modo visible en cuanto suben. O sea, ocurre todo lo contrario de lo que, en apariencia, debería ocurrir».³

Muy cierto. ¿La razón? Tal vez una simpatía profunda por esos tipos populares que parecen la más clara expresión de la nacionalidad; tal vez su natural repulsión hacia la desagradable tarea de pintar con tintas exactas una sociedad a la cual pertenecía, pero cuyos defectos apreciaba justamente. ¡Cómo no le habría gustado describir tipos áticos o espartanos, o personajes refinados a la manera de aquellos que conoció en sus días franceses! Pero la realidad le exigía un sometimiento doloroso: en los salones de los Encina, de los Monteverde, y demás, proliferan los pavos reales, las vanas y cloqueantes señoras, los petimetres sinvergüenzas e inútiles. Esto veía y esto condenaba: «Entre nosotros el dinero ha hecho desaparecer más preocupaciones de familia que en las viejas sociedades europeas. En éstas hay lo que llaman aristocracia del dinero, que jamás alcanza con su poder y su fausto a hacer olvidar enteramente la oscuridad de la cuna, al paso que en Chile vemos que todo va cediendo su puesto a la riqueza, la que ha hecho palidecer con su brillo el orgulloso desdén con que antes eran tratados los advenedizos sociales. Dudamos mucho de

que éste sea un paso hacia la democracia, porque los que cifran su vanidad en los favores ciegos de la fortuna afectan ordinariamente una insolencia con la que creen ocultar su nulidad, que les hace mirar con menosprecio a los que no pueden, como ellos, comprar la consideración con el lujo o con la fama de sus caudales».

Cuando imita el lenguaje popular, es pintoresco; cuando imita el amaneramiento afrancesado de los jóvenes bien, es cruelmente realista. Esas diferencias, esos desiguales ritmos de la vitalidad, que suben o descienden en sentido inverso de la escala social, pueden ser sólo el fruto del espíritu crítico que Blest Gana, como descriptor de las costumbres de su tiempo, se impuso.

Sus primeros pasos santiaguinos llevan a Martín Rivas hacia las aulas del Instituto para estudiar Derecho. Allí conoce a Rafael San Luis, que lo condujo por los recovecos de la noche santiaguina y de la política subversiva de la Sociedad de la Igualdad. Una amistad fraterna traban los dos estudiantes. Pronto son mutuamente confidentes, y Martín, con una generosidad que está entre sus sellos más característicos, procurará resolver las cuitas del amor desgraciado que impone una marca de tristeza en el idealista San Luis. Rafael, por su parte, lo lleva a un mundo desconocido: las bailadas y alegres diversiones del mediopelo santiaguino.

Te diré, pues, que te voy a presentar en una casa donde hay niñas y que vas a asistir a lo que en términos técnicos se llama un “picholeo”. Si conoces la significación de esta palabra, inferirás que no es al seno de la aristocracia de Santiago, a donde vas a penetrar. Las personas que te

recibirán pertenecen a las que otra palabra social chilena llama gentes de «mediopelo».

El equívoco de «una casa donde hay niñas» es rápidamente resuelto por San Luis: se trata del humilde y regocijado hogar de doña Bernarda Cordero de Molina, de sus hijas Adelaida y Edelmira y del burdo Amador, único ejemplar masculino de la familia.

El bullicio que reinaba en aquella reunión cuando Rivas y San Luis se detuvieron en el patio cesó repentinamente apenas ellos entraron. En medio de este silencio se oyó una voz sonora de mujer que lo interrumpió con estas palabras:

—Ei es, ya se quedaron como muertos, como si nunca hubieran visto gente.

Era la voz de doña Bernarda que, puesta en jarra en medio del salón, animaba con el gesto a los tertulianos. Las niñas se sonrieron bajando la vista y los jóvenes parecieron volver en sí con tan elocuente exhortación.

—Dice bien misiá Bernardita —exclamó uno—, vamos bailando cuadrillas, pues.

—Cuadrillas, cuadrillas —repitieron los demás, siguiendo el ejemplo de éste.

Un amigo de la casa se acercó al piano, que él mismo había hecho llevar allí por la mañana, y comenzó a tocar unas cuadrillas, mientras se ponían de pie las parejas que iban a bailarlas. Entre éstas no había distinción de edades ni condiciones, hallándose una madre que rayaba en los cincuenta frente a la hija de catorce años que hacía esfuerzos por alargarse el vestido y parecer «grande» a riesgo de romper la pretina.

—Anda, rómpete el vestido con tanto tirón —le decía la

primera, causando la desesperación de su compañero, que afectaba las maneras del buen tono en presencia de Rivas y su amigo.

En otro punto, un joven hacía requiebros en voz alta a su compañera para manifestar que no tenía vergüenza delante de los recién llegados.

—Señorita —le decía—, le digo que es ladrona porque usted anda robando corazones.

A lo que ella contestaba en voz baja y con el rubor en las mejillas:

—Favor que usted me hace, caballero.

Doña Bernarda recorría, como dueña de casa, el espacio encerrado por las parejas, diciendo a su manera un cumplido a cada cual. Al llegar frente a la mamá que hacía vis a vis con su hija, principió a mirarla, meneando la cabeza con aire de malicia.

—¡Mira la vieja cómo se anima también! —exclamó—; ¡y con un buen mozo, además! ¡Eso es, hijita, no hay que recular!

—Por supuesto, pues —contestó ésta—; ¿qué las niñas no más se han de divertir?

Amador se agitaba en todas direcciones, buscando una pareja que le faltaba.

—Y usted, señorita —dijo a una niña, después de haber recibido las excusas de otras— ¿no me hará el merecimiento de acompañarme?

—No he bailado nunca cuadrillas —respondió ella con voz chillona, ¿si quiere polca?

—Sale no más, Mariquita —le dijo doña Bernarda—; aquí te enseñarán, ¿no pensís que es tan rudo?

Al cabo de algunas instancias, Mariquita se decidió a bailar, y la cuadrilla dio principio al compás de los desacordados sonidos del piano, sobre cuyo pedal el

tocador hacía esfuerzos inauditos, agitándose en el banquillo, que con tales movimientos sonaba casi tanto como el instrumento.

No contribuía poco también la algazara de los danzantes y espectadores a sofocar los apagados sonidos del piano, porque Mariquita y la niña de catorce años se equivocaban a cada instante en las figuras y recibían lecciones de tres o cuatro a un tiempo.

–Por aquí, Mariquita –decía uno.

–Eso es, ahora un saludo –añadía otro.

–Por acá, por acá –gritaba una voz.

–Míreme a mí y haga lo mismo –le decía Amador, contoneándose al hacer adelante y atrás con su vis a vis.

–No griten tanto, pues –vociferaba el del piano–, así no se oye la música...(…)

–¿Y realmente te diviertes? –le preguntó Martín.

–Real o fingido, poco importa –contestó San Luis con cierta exaltación–, lo principal es aturdirse.

Y se alejó después de estas palabras, dejando a Rivas en el mismo lugar. Iba éste a salir a la pieza contigua, cuando se halló frente a frente con Agustín Encina, que llegaba deslumbrante de elegancia. Los dos jóvenes se miraron un momento indecisos, y un ligero encarnado cubrió sus rostros al mismo tiempo.

–¡Usted por aquí, amigo Rivas! –exclamó el elegante.

–Ya lo ve usted –contestó Martín–, y no adivino por qué se admira, cuando usted frecuenta la casa.

–Admirarme, eso no; lo decía porque como usted es hombre tan retirado... Yo vengo porque esto me recuerda algo las grisetas de París, y luego en Santiago no hay «amuzamientos» para los jóvenes.

Agustín se fue, después de esto, a saludar a la dueña de casa que, por mostrarle su amabilidad, le señaló

tres dientes que le quedaban de sus perdidos encantos.(...)

Resonó en esto la alegre música de la zamacueca bajo los dedos de Amador, y se lanzó la pareja en las vueltas y movimientos de este baile, junto con la voz del hijo de doña Bernarda, que cantó, elevando sus ojos al techo, el siguiente verso, tan viejo, tal vez, como la invención de este baile:

Anoche soñé un sueño
que dos negros me mataban,
y eran tus hermosos ojos
que enojados me miraban.

Seguían muchos de los espectadores, palmoteando, el compás del baile y animando otros a las parejas con descomunales voces.

—¡Ay, morena! —gritaba una voz, haciendo un largo suspiro en la primera palabra.

—¡Ah, aah! —decía otra al mismo tiempo.

—¡Ofrécele, chico!

—¡No la dejes parar!

—¡Bornéale el pañuelo!

—¡Echale más guara, oficialito!

Eran voces que se sucedían y repetían, mientras que Amador cantaba:

A dos niñas bonitas
queriendo me hallo
si feliz es el hombre,
más lo es el gallo.

Al terminar la repetición de estas palabras, un «bravo»

general acogió la vieja galantería que usó el oficial, poniéndose de rodillas delante de su compañera al terminar la última vuelta.

(...) Agustín se decidió con aquel consejo y solicitó de Adelaida una zamacueca.

Un «bravo» acogió la aparición de la nueva pareja; Rafael puso la guitarra en manos de Amador, que cantó, improvisando, con voz que la mistela había puesto más sonora:

Sufriendo estoy, vida mía,
de mi suerte los rigores,
mientras que, ingrata, tirana,
tú ríes de mis amores.

Agustín, animado por San Luis, se lanzó desde las primeras palabras del canto con tal ímpetu, que dio un traspié y se tambaleó por algunos segundos a las plantas de Adelaida. Gritaron entonces todos los que palmoteaban, dirigiendo cada cual su chuscada al malhadado elegante.

—¡Allá va el pinganilla!

—¡Venga, hijito, para levantarlo!

—¡No se asuste, que cae en blando!

—Pásenle la balanza que está en la cuerda!

Enderezóse, sin embargo, Agustín y continuó su baile, haciendo tales cabriolas y moviendo el cuerpo, que la grita aumentaba lejos de disminuir, y Amador, fingiendo voz de tiple, cantaba, con gran regocijo de los oyentes:

Al saltar una acequia
dijo una coja:
agárrenme la pata
que se me moja.

Repitiendo todos estas últimas palabras, hasta que el elegante creyó que las voces que oía las arrancaba el entusiasmo, cayó de rodillas a los pies de su compañera, para imitar a los que le habían precedido.

Adelaida recibió aquella muestra de galantería con una franca carcajada, corriendo hacia su asiento, y los demás repitieron los ecos de su risa, al ver al joven que había quedado de rodillas en medio de la pieza.

En el otro extremo de la escala social no hay zamacuecas ni mistelas. Los preocupados caballeros hablan de política, y tratan de husmear en el aire el olor de la violencia que se avecina. El gobierno ha hecho frente a la Sociedad de la Igualdad, y nada bueno puede salir de esta pugna entre los igualitarios de Bilbao y Arcos y la cazurra energía de Bulnes. Los aristócratas y los parvenidos (como diría Agustín) siempre vacilan en estos casos y su voluntad se inclina en favor de uno u otro bando en pugna, según de qué lado esté la ventaja. Así, don Dámaso, que pasa de liberal a gobiernista conforme el vaivén de los acontecimientos y la presión de los amigos que forman su círculo familiar.

—El gobierno debía tomar esta medida cuanto antes
—dijo don Fidel Elías, el padre de Matilde.

—Sería una ridiculez —replicó su mujer.

—Francisca —contestó exaltado don Fidel—. ¿Hasta cuándo te repetiré, hija, que las mujeres no entienden de política?

—Me parece que la de Chile no es tan oscura para que no pueda entenderla.

—Vea, comadre —le dijo don Simón, que era padrino de Matilde—, mi compadre tiene razón: usted no puede

entender lo que es estado de sitio, porque es necesario para eso haber estudiado la Constitución.

Este caballero, considerado como un hombre de capacidad en la familia, por lo dogmático de sus frases y la elocuencia de su silencio, decidía en general sobre las discusiones frecuentes que doña Francisca trataba con su marido.

—Por supuesto —repuso don Fidel—, y la Constitución es la carta fundamental, de modo que sin ella no puede haber razón de fundamento.

Don Dámaso, mientras tanto, no se atrevía a salir en defensa de su hermana porque sus amigos le habían hecho inclinarse al gobierno con el temor de una revolución.

—Tú podrías defenderme —le dijo doña Francisca—; ¡ah!, bien dice Jorge Sand que la mujer es una esclava.

—Pero, hija, si hay temor de revolución yo creo que sería prudente...

—Don Jorge Sand puede decir lo que le parezca —repuso don Fidel, consultando la aprobación de su compadre—; pero lo cierto del caso es que, sin estado de sitio, los liberales se nos vienen encima, ¿No es así, compadre?

—Parece, por lo que ustedes les temen —exclamó doña Francisca—, que esos pobres liberales fueran como los bárbaros del Norte de la Edad Media.

—Peores son que las siete plagas de Egipto —dijo con tono doctoral don Simón.

—Yo no sé a la verdad lo que temería más —exclamó don Fidel—, si a los liberales o a los bárbaros araucanos, porque la Francisca se está equivocando cuando dice que son del Norte.

—He dicho que son los bárbaros de la Edad Media —replicó la señora, enfadada con la petulante ignorancia de su marido.

–No, no –dijo don Fidel–, yo no hablo de edades, y entre los araucanos habrá viejos y niños como entre los liberales; pero todos son buenos pillos; y si yo fuese gobierno les plantaría el estado de sitio.

–El estado de sitio es la base de la tranquilidad doméstica, amigo don Dámaso –dijo don Simón, viendo que el dueño de casa no se decidía francamente.

–Eso sí, yo estoy por los gobiernos que nos aseguren la tranquilidad –dijo don Dámaso.

–Pero, señor –exclamó Clemente Valencia, mordiendo su bastón de puño dorado–, nos quieren dar la tranquilidad a palos.

–«A golpes de bastones» –dijo Agustín.

–Así debe ser –replicó Emilio Mendoza, que, como dijimos, pertenecía a los autoritarios–; es preciso que el gobierno se muestre enérgico.

–Y si no, mañana atropellan la Constitución –dijo don Fidel.

–Pero yo creo que la Constitución no habla de palos –observó doña Francisca, que no podía resistir a la tentación de replicar a su marido.

–¡Mujer, mujer! –exclamó don Fidel–: ya te he dicho que...

–Pero compadre –dijo don Simón, interrumpiéndole–, la Constitución tiene sus leyes suplementarias, y una de ellas es la ordenanza militar y la ordenanza habla de palos.

–¿No ves?, ¿qué te decía yo? –repuso don Fidel–. ¿Has leído la ordenanza?

–Pero la ordenanza es para los militares –objetó doña Francisca.

–Todo conato de oposición a la autoridad –dijo en tono dogmático don Simón– debe ser considerado como

delito militar; porque para resistir a la autoridad tienen necesidad de armas, y en este caso los que resisten están constituidos en militares.

–¿No ves? –dijo don Fidel, pasmado con la lógica de su compadre.

Doña Francisca se volvió hacia doña Engracia, que acariciaba a Diamela.

–Disputar con estos políticos es para acalorarse no más –le dijo.

–Así es, hija, ya están principiando los calores –contestó doña Engracia, que, como antes dijimos, padecía de sofocaciones.

–Digo que estas disputas acaloran –replicó doña Francisca, maldiciendo en su interior contra la estupidez de su cuñada.

–Y yo, pues, hija –añadió ésta– que sin disputar paso el día con la cabeza caliente y los pies como nieve.

Doña Francisca se puso, para calmarse, a hojear el álbum de Leonor.

No es muy elevada, como se ve, la idea que Blest Gana tenía de los tertulianos comentaristas de la política nacional de aquel tiempo. Los retrata con dureza: cuadrados, temerosos, ignorantes, egoístas. Para ellos todo gira en torno de la propia tranquilidad. En este mundo de personajes que no duda en calificar de estúpidos, sobresale una que otra mujer. Y éste es otro rasgo muy notable en el novelista: en la mayoría de las parejas matrimoniales que figuran de comparsas en sus obras, los maridos son de una irritante vulgaridad cuando no rematadamente tontos; las mujeres, en cambio, son sagaces, felinas, diestras. Puede que sean malvadas, puede que tengan alma de víbora, pero su ingenio vuela muy por encima de sus

pedestres consortes. Lo hemos visto en *La aritmética en el amor* y lo veremos en *El loco Estero*, como lo vemos en la escena de *Martín Rivas* recién leída. El matrimonio formado por doña Francisca y don Fidel padece de una desigualdad intelectual que el autor se encarga de subrayar con deleite.

Se ha dicho que el realismo de Blest Gana lo inclinaba a copiar directamente del natural sus escenas y a calcar sus personajes de otros de carne y hueso, encontrados en su larga y experimentada vida social.

Según el sagaz ensayista don Alberto Edwards, tal es el caso de la mencionada pareja, que el novelista habría modelado sobre dos conocidas figuras de su tiempo: el modelo de doña Francisca «fue nuestra ilustre poetisa doña Mercedes Marín y el de don Fidel, su esposo, don José María Solar. Todavía no se han olvidado en Santiago los mil cuentos que corrían por aquellos años sobre el divertido contraste que hacía aquel señor, nada ilustrado, con su esposa literata»⁴.

Doña Mercedes Marín fue gran poetisa y mujer de mucha cultura y refinado espíritu. Así la vemos, también, cuando Blest Gana la convierte en Doña Francisca Encina. Si el paralelismo se prolonga en el marido, poca duda cabe respecto de la especie de rústico a que pertenecía. Para los lectores contemporáneos de *Martín Rivas*, el encuentro con la pareja convertida en elemento complementario de la novela debió ser de asombroso regocijo.

De la tertulia elegante al «picholeo», ¿qué es de nuestro romántico héroe? Se comporta según su carácter: altivo y melancólico, con el muy íntimo dolor que le provoca su condición de allegado a la rica familia de su protector y la

desesperanzada pasión por Leonor. En el «picholeo» se aburre; en la tertulia busca en los ojos de la amada alguna chispa que le dé lugar a la ilusión que su espíritu aunque concreto y realista, no deja de alentar. Los desconcertados amores de su amigo San Luis le permiten recibir y entregar confidencias a la bella heredera. Ambos son los correos sentimentales que tercián entre Rafael y su amada Matilde, pero el lazo que esta colaboración establece es demasiado circunstancial y frágil: bien sabe Martín Rivas que, aparte de la ocasión de cambiar unas palabras y mirar de cerca al objeto de su amor, nada más puede salir de estas relaciones con vistas a terceros.

Ni podrá obtener sino prestigio personal y una simpatía casi fraterna por su intervención en los líos del frívolo Agustín, solucionados felizmente.

El enredo novelesco se complica capítulo tras capítulo, conducido con extrema habilidad hacia el clímax general que coincide con un acontecimiento histórico: el motín de Urriola del 20 de abril de 1851.⁵

El acontecimiento político-revolucionario da una solución a las angustias amorosas de Martín. El novelista no se contenta con resolver el caso de su protagonista: una a una, bien o mal, todas las intrigas planteadas a lo largo de la novela tienen su cabo y final. Con paternal devoción, el autor acompaña a cada uno de sus personajes hasta dejar concluida su aventura, casi siempre de manera feliz. En toda novela de buen corte romántico es necesaria una víctima. En el caso de *Martín Rivas*, también la encuentra Blest Gana, y el sacrificio heroico aunque inútil de Rafael San Luis no hace sino aumentar las simpatías por este humano actor de la novela, cuyo destino de tal manera había cerrado Blest Gana que difícilmente cabía

mejor salida de la que encuentra en el frustrado asalto al Cuartel de Artillería.

El entusiasmo con que el público acogió esta novela fue correspondido por el comentario crítico. Llovieron las alabanzas y todavía no paran. Destino singular el de *Martín Rivas*: hace más de cien años lo leyeron con entusiasmo; hoy es texto de lectura obligada en la educación media de Chile. Sobrepasa la veintena de ediciones. Es una interesante experiencia releerlo, tras el forzado conocimiento escolar: está vivo. Museo de cera o no: está vivo. Sus páginas invitan. Se lo lee de un tirón. Observamos, es claro, todas las debilidades inherentes al estilo del autor. Ni delicias de la forma, ni gran profundidad en el análisis psicológico de los personajes. Pero ahí está, como una parte de nosotros mismos, como una gran confesión de nuestra nacionalidad, como una estampa –verdadera– del pasado, al que adherimos por su intermedio. El que quiera conocer el Chile íntimo de los salones y la vida popular de hace un siglo y poco más, antes de recurrir a los copiosos historiadores debe allegarse a esta aventura urbana y capitalina. Lo acogerá su tumulto, su ruidosa invitación. Puede que el fenómeno sea exclusivamente nacional, como afirma Fernando Alegría, y que el despliegue costumbrista localizado no despierte mayormente el interés del lector foráneo, que no tiene por qué conocer este pasado que *Martín Rivas* nos relata y, por tanto, puede seguir sordo a las evocaciones carentes de sentido para él. Tal vez. Pero no habrá modo más directo, para ese lector, de contemplar el rostro del Chile ochocentista que estas páginas fieles a los encantos y miserias de la época.

Aparte de este retrato directo de la vida nacional de 1850 (no olvidemos que, en el subtítulo de esta novela, reitera Blest

Gana su concreta intención descriptiva: «Novela de costumbres político-sociales»), es evidente que el autor ha querido anotar un proceso social: el ascenso de la clase media y provinciana a los círculos aristocráticos y de la burguesía elevada. En ese sentido podríamos atribuir un carácter simbólico a Martín Rivas, conquistador –por méritos– de una posición social que le era enteramente extraña por su origen. Raúl Silva Castro, en su estudio tantas veces mencionado, señala el paralelo entre Martín Rivas y Julián Sorel, el protagonista de *Rojo y negro*, de Stendhal: ambos personajes proceden de círculos modestos; ambos ocupan una posición subalterna en los hogares de sus respectivos protectores; ambos conquistan a la mujer amada. Allí se detiene la semejanza: muy diferente es el final de los dos héroes y muy distintos también los procedimientos empleados en el ascenso sentimental y social. Aunque Sorel y Rivas son muy conscientes de sus valores personales –talento, belleza, atractivo personal–, al primero lo mueve la ambición, mientras que el otro afronta con altivez su destino mediocre. Dicho en otros términos, hay en Martín Rivas un ingenuo triunfo de la virtud, en tanto que el personaje francés va a dar en la tragedia a manos de sus desorbitadas pasiones. Es muy probable que Blest Gana leyera la novela de Stendhal durante sus años de estudios en Francia. Ya anotamos que Henry Beyle fue uno de sus maestros; seguramente conoció a fondo *Rojo y negro* y extrajo de ahí una circunstancia en el proceso social y un personaje que adaptó más tarde a la psicología y la realidad santiaguinas. Los resultados de uno y otro autor están a la altura de sus condiciones: Beyle fue universal, mientras Blest Gana permanecía en el reducto patrio.

Resulta curioso, sin embargo, anotar cómo un crítico europeo –J.W. Beach– extiende el paralelo, seguramente sin quererlo, a los autores de una y otra obra, pues atribuye a Stendhal los mismos defectos que se señalan, por lo general, en Blest Gana: «Uno de los motivos por los cuales Stendhal puede pasar con tanta desenvoltura de una conciencia a otra, es que nunca ha penetrado muy a fondo en ninguna de ellas, no ha logrado nunca, con ninguna de ellas, tener plena intimidad».

Volvamos a nuestro mundo, al mundo de Blest Gana y su conocido personaje. En un hermoso ensayo, Domingo Melfi apuntó los rasgos más notables de esta obra; para él, *Martín Rivas* «expresa la síntesis de un estado social que novelistas posteriores han estudiado en algunos aspectos. Pero es preciso comprender lo que entonces encerraba una audaz concepción semejante...». «Fijaba en el héroe, desde luego, la cifra y el sello de una clase en formación. Su pupila sagaz había penetrado en la médula de una porción social que estaba destinada, por la evolución histórica, a ser la base de la nacionalidad futura. (...) Era el símbolo de miles de jóvenes que en la política, en la cátedra o en las profesiones debían transformar más tarde la fisonomía rígida de la sociedad chilena. Recogió, pues, este héroe las aspiraciones y las esperanzas de los espíritus juveniles que, en cierto modo, se oponían al hermético círculo del peluconismo. La época de luchas en que vivió Blest Gana, de tanteos y heroísmos, de nacimiento de ideas democráticas, de batallas contra la aristocracia conservadora, movió su pluma para dar vida a este héroe perseverante, tenaz, modesto, que no tenía más arma que su talento personal y que debía vencer los prejuicios de una casta y abrir el hermético corazón de una joven de orgullosa estirpe.

«Blest Gana no ignoraba que ese triunfo era un desafío a las ideas reinantes, a los prejuicios que entonces eran más duros y más espesos que hoy. Por primera vez un escritor chileno, un novelista, hacía la apología de un hombre humilde y lo llevaba, después de sucesivos obstáculos y de luchas con el medio, al logro de sus ambiciones. El tipo era una excepción singularísima, colocado en ese medio de cerrazón aristocrática, y su triunfo debía constituir un estímulo poderoso para los innumerables soñadores de provincia que se aprestaban a la lucha por la vida»⁶.

Años más tarde, Ricardo A. Latcham analiza el *Martín Rivas* con parecida admiración. «La empresa de *Martín Rivas* corre peligro de transformarse en algo insulso. No hay ningún rasgo de audacia que sobrepase los linderos de la corrección en el provinciano que lucha con las dificultades opuestas por Santiago, ciudad que bautizó Arteaga Alemparte como ‘el gran charco’. En manos menos expertas, el relato se habría convertido en algo insípido. En contraste con la medianía de la mayoría de los retratos psicológicos, de escasa vida interior, emerge una acción movida, rica, sustanciosa, que deja muy atrás, como lo entrevió Astorquiza, las anteriores divagaciones morales del autor. Desde el punto de vista técnico, Blest Gana sabe dominarse y domina, también, a los lectores con su magia descriptiva. El realismo es aquí una de sus más efectivas victorias, aunque el asunto puede prestarse a interpretaciones sociológicas que han dado pretexto a muchas fantasías críticas.»⁷

Estas «fantasías críticas» no son tan fantásticas, en la opinión de Fernando Alegría, pues es evidente que el realismo blestganiano se aplicó a describir el fenómeno del tránsito clasista simbolizado en *Martín Rivas*, aunque no lograra

convertir el hecho sociológico en la esencia misma de su novela. «En la figura de Martín Rivas pudo Blest Gana simbolizar este nacer de una nueva fuerza social en Chile. No lo hizo del todo. Lo sugiere, pero descarta pronto el tema político y, en su lugar, prefiere dar relieve al conflicto doméstico y sentimental que, a la postre, se soluciona con la victoria romántica del joven provinciano. De novela social, entonces, Martín Rivas sólo tiene rudimentos; es, como lo quiso su autor, novela de ambiente, pero sobre todo una historia de amor al estilo de *La novela de un joven pobre*, de Feuillet, y de *Rojo y negro*, de Stendhal, como ha indicado Silva Castro. Personajes, incidentes, ideas, recursos técnicos, todo en esta obra cae dentro de una tradición literaria europea, pero esta tradición aparece recortada a la medida del ambiente chileno de fin de siglo. Blest Gana ‘crea’ el tipo de novela chilena que va a constituir la moda durante años. *Martín Rivas*, con todo, y siendo una obra de escuela, desborda espontaneidad. En ella, más que en ninguna otra de sus novelas, Blest Gana logró dar vena a un ímpetu de creación, a un aliento de humanidad que, siendo genuinamente romántico, es también expresión directa de un pueblo joven y del escritor que es su intérprete. De ahí su simpático vuelo y amenidad, de ahí el ritmo de apasionante interés que adquiere el idilio entre Martín y Leonor, y de ahí también el significado dramático que asume la narración de los tumultos políticos ocurridos en 1851, en los cuales, dicho sea de paso, Blest Gana muestra apenas un recatado liberalismo. El aliento romántico que transforma el amor de un provinciano por una joven de clase privilegiada en casi símbolo de una época y de una crisis social, le da a *Martín Rivas* la fascinación que aún posee. Menos honda tal vez en su aspecto psicológico

que *Amalia*, la novela de Blest Gana supera a la de Mármol en fuerza descriptiva, en dinamismo y sabor local. Es incuestionablemente una de las historias más bellas del romanticismo hispanoamericano.»⁸

No es difícil conciliar los juicios de Melfi y Alegría sobre el aspecto sociológico de esta novela medular en el conjunto de las obras de Blest Gana. Indudablemente, el retratista de las costumbres de su tiempo no pretendió penetrar en las honduras de las transformaciones sociales. Se contentó con insinuarlas, con dejar constancia del hecho. Pero, equilibrando sus potencias con sus intenciones, dejó indicado el asunto para dedicarse a lo que le era propio, bajo la férula palpable del romanticismo bebido en Europa.

El éxito de *Martín Rivas* queda en claro al examinar los juicios críticos de estos escritores, situados a tanta distancia en el tiempo y en la evolución de las disciplinas literarias. Hoy día, casi no hay chileno de mediana cultura que no lo haya leído —y, con frecuencia, releído— con la agradable sensación de estar conviviendo en una época que se observa con la curiosidad de todo mundo desvanecido. La turbamulta actual de los *Martín Rivas* ya no preocupa ni puede alcanzar la calidad de símbolo de una transformación, como ocurrió con el protagonista de la novela. Lo cual no impide que, retrotrayéndose en el curso de la historia social, veamos en el héroe de Blest Gana la encarnación de un impulso que transformó la existencia nacional.

Salvo algunos folletines de resonancia popular y una que otra obra de excepción, *Martín Rivas* es todavía la novela que más se lee en Chile. Las ediciones se agotan una tras otra, y Blest Gana constituye un excelente negocio editorial. Aún más, logró en una ocasión trasponer las fronteras de la novela

y convertirse en obra de teatro, en una excelente adaptación del periodista y dramaturgo Santiago del Campo. Era tarea muy difícil trasladar el complicado mundo novelesco a la escena, y quien la emprendió tuvo que desafiar los límites impuestos por el espacio teatral y el tiempo, convirtiéndose el drama en una muestra del vasto contenido de la novela. Presentarla fue un golpe de audacia llevado a cabo por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. El público celebró con entusiasmo la hazaña y aplaudió la fina encarnación de *Martín Rivas* lograda por un hombre múltiple y de frustrado destino: el médico, dramaturgo, novelista y cuentista Luis Alberto Heiremans, cuya estampa concordaba a maravillas con la imagen de viril y romántica belleza del personaje. Según nuestras informaciones, no volvió a incursionar Luis Alberto Heiremans por las tablas, aunque sí desarrolló una vasta labor de escritor dramático, interrumpida por una prematura y dolorosa muerte.

Un novelista que no fuera Blest Gana habría podido reposar largamente tras esta creación tan celebrada en su tiempo como cien años más tarde. Pero don Alberto no cedía a la tentación de la fama. Todavía en pleno ascenso su *Martín Rivas*, ya estaba empeñado en una nueva obra que habría de completar la trilogía de grandes novelas de su primera época.

NOTAS AL CAPITULO 4

- 1 **Raúl Silva Castro**, *op.cit.*
- 2 **Ibidem**
- 3 **Hernán Díaz Arrieta**, *op. cit.*
- 4 **Alberto Edwards**, «Una excursión por Santiago antiguo », crónica publicada en la revista *Pacífico Magazine* en febrero de 1916, recogida por Silva Castro, *op.cit.*
- 5 Véase p. 33, descripción del asalto al Cuartel de Artillería, según Blest Gana en *Martín Rivas*.
- 6 **Domingo Melfi**, «Blest Gana y la sociedad chilena», en *Estudios de Literatura Chilena*, primera serie, Nascimento, Santiago, 1938.
- 7 **Ricardo A. Latcham**, crónica citada.
- 8 **Fernando Alegría**, *op.cit.*

CAPÍTULO 5:

«EL IDEAL DE UN CALAVERA»: EL EXITO OPACADO POR UNA TRAGEDIA

*M*artín Rivasse publicó en folletín en el diario santiaguino *La Voz de Chile*, entre el 7 de mayo y el 18 de julio de 1862, y por un tiempo le hicieron compañía, en el mismo periódico, las «Conversaciones del Sábado», que Blest Gana sostuvo durante cuatro meses. En ellas, el cronista jocoso continuaba el hábito de contemplar con profundo buen humor las costumbres y las novedades del día. Aunque alguna vez se pusiera serio, la sátira es la nota dominante en estos comentarios coloquiales en que ridiculiza las modas, los acontecimientos políticos y los sucesos de actualidad. En las «Conversaciones» aparece la única referencia del novelista al famoso Orélie-Antoine, en una verdadera parodia de sus aventuras y de las gestiones de sus recién adquiridos súbditos araucanos. Otra publicación de Santiago –*El Correo del Domingo*– recoge también una crónica humorística que satiriza una nueva costumbre adquirida por los santiaguinos: la de retratarse y regalar a las amistades tales prodigios del arte iconográfico.

Ayer, paseándome por la Alameda, encontré a uno de mis amigos a quien desde algún tiempo no veía.

–Hombre –le dije al apretarle la mano–, me tienes que dar tu retrato.

—Con mucho gusto —contestóme—; apenas me los entreguen, te mandaré uno.

—¿Que no te habías retratado el otro día? —le pregunté.

—Ah... sí —me dijo—, éstos se me acabaron: ahora me he mandado hacer otras veinte docenas.

—¡Veinte docenas! —exclamé para mí con asombro.

Adviértase que mi amigo es feo, a punto de que ni su madre se atreve a negarlo.

El que ha recibido del cielo el precioso don de la hermosura y quiere satisfacer los pedidos de retratos necesita ser un capitalista de primera nota, uno de esos que miran toda cesión de bienes como un crimen, por la sencilla razón de que se creen a cubierto de cualquier quebranto pecuniario.

Regla general: el que no se retrate en tarjeta es más que un antropófago: es un siútico.

En julio de 1862 se interrumpe la labor periodística de Alberto Blest Gana. La razón está a la vista: prepara la publicación de una vasta novela que completará —como anotamos— la trilogía característica de este primer ciclo de su creación literaria. El 12 de agosto de 1863 comienza la entrega de *El ideal de un calavera* en las páginas de *La Voz de Chile*, para terminar en diciembre del mismo año.

La trilogía corresponde no sólo al volumen y la importancia de las obras: pertenece también a su contenido. En *La aritmética en el amor* ha descrito los espíritus trepadores que buscan en la caza de dotes o de herencia la prosperidad futura. Es el mundo del más oscuro materialismo, ese capaz de disfrazarse bajo mil formas sociales con tal de conseguir el objetivo propuesto, que no es sino el de enriquecerse sin más esfuerzo que la conquista de un buen partido matrimonial o de un

tierno testador. En *Martín Rivas* manifestó, a su manera, el avance de la clase media y provinciana en los ámbitos de la aristocracia tradicional. Ahora es la ocasión de retratar el otro rostro de este Jano triforme de la juventud chilena: el calavera, el gozador, inmoralista de hecho, cuyo único destino en este mundo parece ser la bien amada juerga. Fortunato Esperanzano, Martín Rivas y Abelardo Manríquez forman una sola entidad y representan los diversos caminos ideales que se proponían los jóvenes ochocentistas, tal como los veía Blest Gana. Pero el autor no podía menos que sucumbir a su propia tendencia idealista, que se oponía a concentrar en un solo tipo –haciéndolo símbolo– todas las virtudes o todos los defectos. Así, pues, su Calavera tampoco es un símbolo, tampoco es la esencia del calaverismo, como lo habrían querido los jurados que otorgaron aquel premio universitario a *La aritmética en el amor*. Es un ser humano, vacilante entre las pasiones desenfrenadas y un sentido de decoro capaz de traducirse en un amor absorbente y superior a toda otra causa. Por este efecto de vaivén y de resaca, por esta –casi diríamos– indecisión para fijar los caracteres de su personaje, Abelardo Manríquez es el menos definido de los que hasta aquí le conocemos. ¿Calavera, el hombre que muere gritando su amor desesperado? ¿Amante desesperado, este traidor consuetudinario? ¿Qué es Abelardo Manríquez? ¿Un hedonista consumado que muere víctima de sus pasiones? ¿El amante ideal? ¿O sólo un pobre hombre cuyo tumulto interior lo arrastra, de manera incontrolable, a todos los extremos y a todas las volubilidades?

Hojarasca en el torbellino de sus propias pasiones, Manríquez no sabe a dónde va ni qué es lo que desea. Flota, simplemente, en la cumbre de una ola que terminará por sepultarlo, víctima

de una fatal coincidencia. Es un hermoso animal, lleno de bríos. Su destino está sellado desde los primeros capítulos del libro.

«El carácter del personaje, sus aspiraciones, su envoltura donjuanesca y su destino sentimental pertenecen a la época byroniana del novelista y constituyen un rebrote del romanticismo inicial, que Blest Gana abandonó del todo. Manríquez, joven oficial de hermosa figura y ojos irresistibles, atraviesa la obra en una atmósfera sombría. Se divierte, va, viene, conquista; las mujeres se lo disputan y los hombres buscan su compañía animadora. El, por dentro, alienta un ideal imposible, el ideal del amor perfecto, del amor que no deja vacíos, del que satisface la ternura íntima y la vanidad externa, la sensualidad grosera y los refinamientos del espíritu, el amor suave y violento, imposible de hallar. Por eso en el fondo sufre de tristeza.»¹

La novela comienza por el final: «¡Adiós, amor, única ambición de mi alma!», clama Manríquez ante el pelotón de fusileros que pondrá fin a su vida. Juzga la gente de diversa manera esta explosión del último minuto. Pero, ante tanta belleza y tanto estoicismo, muchos exclaman –y entre ellos el autor–: «¡Pobre Manríquez!».

De niño y colegial, Manríquez fue un bellaco «de petulante arrogancia». Ganábase copas de agua ardiente fingiendo dolores de muelas, e incursionaba en un monjil colegio para procurarse un encuentro con la niña de sus amores. «Naturaleza turbulenta –anota Blest Gana–, de esas que provocan en el espíritu de los hombres sensatos sombríos vaticinios».

A los veinte años, los juegos de la fortuna lo han confinado en la hacienda paterna de El Maitén. Vecina es otra posesión

agrícola, El Trébol, donde ha llegado a instalarse un matrimonio con dos hijas en plena juventud; «la una es bonita y la otra feucona», según el informe campesino.

De allá es Manríquez. Penetra en la ajena heredad por medios clandestinos: otro signo de su naturaleza. La muchacha bonita es bonita de veras. Y coqueta. Inicia los tratos de buena vecindad para darse la ocasión de contemplar a esta hermosa Inés Arboleda, de la cual se ha enamorado definitivamente. Se dedica a la conquista. «Los hombres organizados como Abelardo Manríquez son esclavos de un señor imperioso que manda con la ley antojadiza del capricho: ese señor despótico es el corazón. Desde el día siguiente, Manríquez creyó con ingenuidad que el objeto de su vida era acercarse a Inés por todos los medios posibles.»

¿Cómo penetra un hombre impetuoso en el alma de una muchacha bella y coqueta, ennoviada, por añadidura?

Manríquez se presenta ante la familia. Y Blest Gana aprovecha la oportunidad para describir minuciosamente un salón de campo, en el que se mezclan el rústico ambiente y los refinamientos de una familia adinerada:

Manríquez rindió el tributo de una admiración involuntaria al cuadro lleno de plácida tranquilidad que formaba la familia de don Calixto Arboleda, porque sentía, sin darse de ello cuenta, que allá en lo recóndito de su pecho las pasiones se alimentaban y crecían, como la familia del león en las cuevas de nuestras serranías salvajes.

Era una vasta pieza, alumbrada por la escasa luz de dos velas de sebo, la que ocupaba la familia. En la distribución de las habitaciones esa pieza servía de sala y de

comedor a un tiempo. Veamos el fondo del cuadro antes de fijar la vista en los personajes. La pieza tenía cuatro puertas: una al patio exterior, otra al interior, la tercera dando entrada a las habitaciones de la derecha, y a las de la izquierda la cuarta. Las puertas que daban a los patios, colocadas frente por frente y a la extremidad de la izquierda, mirando con el frente al primer patio, servían de pasadizo. El amoblado y su distribución tenían algo de característico. Una estera de trenzas de totora se extendía sobre el piso, y la mitad de esta superficie, en sentido longitudinal, estaba cubierta por una alfombra de las que la industria nacional tejía entonces al telar. Por este método de manufactura análogo al de las mantas, las alfombras eran todas de franjas o listones a lo largo y a lo ancho. El ingenio del fabricante debía circunscribirse a la combinación, más o menos feliz, de esos listones. Los de la alfombra de don Calixto eran verdes, amarillos, colorados y negros, dispuestos en este orden de derecha a izquierda. La parte alfombrada era la sala, y la que solo tenía estera, el comedor. En éste había una mesa de tres varas de largo, con una carpeta igual a la alfombra. En derredor de la mesa, sillas con asientos de paja, respaldo de madera de roble sin pintar y patas torneadas, como los barrotes de las ventanas que antes describimos. Dos vasos con flores colocados sobre esta mesa habrían atestiguado la presencia de mujeres en la casa si no se las hubiese visto al entrar: la mujer, que tiene siempre algo de primaveral en sus gustos, hace de las flores un atributo de su existencia.

La parte de la pieza que servía de sala era la que nos hizo llamar característico al amoblado. Alineados delante de la pared, que estaba, como todas las casas, blanqueada con cal, se veían ocho taburetes de roble con el asiento

y el respaldo de cuero, con guirnaldas de relieve. Aquellos taburetes parecían hablar de los tiempos aristocráticos del coloniaje, y habían formado evidentemente parte del amoblado de algún marqués. El espíritu innovador de la moda los había desterrado de algún salón de la capital a las casas de aquella hacienda. La imaginación colocaba en esas sillas a las damas de blanca peluca, de faldas abultadas y de zapatos con tacón, que representaban algunos dibujos del siglo pasado. Frente a esa respetable hilera de orgullosos taburetes había otra de sillas iguales a las colocadas junto a la mesa del comedor, alineadas sobre un listón de la alfombra. En la parte opuesta al pasadizo había, cerca de la pared, una mesa, sobre la cual se veía una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, en mala litografía, toscamente iluminada. Tenía la Virgen el corazón traspasado de siete dagas, las manos juntas en señal de oración y le caían de los ojos gruesas lágrimas, a las que el artista había dado la forma de cierta clase de uvas blancas a las que se hubiese quitado el hollejo. Al lado de esta imagen había un azucarero, un mate con su bombilla y algunas espigas de trigo, muestra sin duda de la pasada cosecha.

Los párrafos citados, con su minuciosa descripción —que llega hasta el detalle de las lágrimas de Nuestra Señora de los Dolores en la mala litografía—, revelan hasta qué punto Blest Gana se ceñía a la realidad más estricta: no puede ser ésta una sala imaginada, sino copia fiel y fotográfica de alguna que el autor conoció en las señoriales casonas del campo chileno. La observación se remite aun al destino de los viejos muebles coloniales, desterrados por la moda de los salones santiaguinos para adornar, como cosa preterida y sin valor, el hogar de los

señores campesinos. En nuestros días, Blest Gana habría descrito el tránsito a la inversa de los pocos muebles que van quedando de tan viejos tiempos: de los rincones provincianos más olvidados retornan a la capital para convertirse en objetos de lujo.

La escena, tenuemente iluminada por dos velas de cera, recuerda los «interiores» de Le Nain o los pintores flamencos. En un extremo de la mesa del comedor, Andrea y su madre leen *El camino del cielo*, mientras cose la hermosa Inés; sentado en un taburete, don Calixto –el pater familias– saca sus cuentas mentales. Tal es el cuadro que presencia el fogoso Abelardo Manríquez en su primera entrada oficial en la hospitalaria casa de los Arboleda. Contemplar a esa Inés «de una hermosura desesperante» fue como un relámpago en la penumbra de la sala. Pero ha de atender a la cháchara agrícola de don Calixto, que Blest Gana reproduce para fijar desde luego su opinión sobre los hacendados chilenos:

–¿Cómo paga usted a sus peones? –había dicho éste.
–Como todos, señor, en plata –contestó Abelardo.
–¡Ah, ahí está lo malo! –replicó el dueño de casa–; vea usted mi sistema. Tengo un bodegón; por consiguiente, lo que yo pago debe volver a mi bolsillo. Si pago en plata, los peones se van donde quieren. No, señor, ¿sabe lo que hago? Yo tengo mucha cicuta y con la ceniza hago jabón. Esta es mi plata; les pago en jabón. Así tienen que comprar en el bodegón y aprenden también a asearse, porque siempre les queda algún pan. El que quiere plata sufre un descuento. El jabón lo voy mandando después a la ciudad ¿Qué le parece?
Don Calixto desarrolló en estas confusas frases su siste-

ma de pagos con el entusiasmo de un alquimista que hubiese encontrado un método para hacer oro. Sus ojos brillaban con la satisfacción del genio que ha resuelto un problema. Con igual fuego explicó a Manríquez su sistema de venta, las reglas impuestas a los inquilinos con despótica exigencia, su plan general, en fin, de expoliación de los infelices huasos, a quienes los patronos se han creído siempre con indisputable derecho de hostilizar y esquilmar.

Se ha dicho que Blest Gana fue apenas un tibio liberal, en el sentido que en esos días se atribuía al término. Tal vez no pasara en materias políticas de semejante tibieza, pero la objetividad de sus opiniones sobre la conducta patronal de los agricultores no puede tacharse de blanda ni de débil. Con poco más o poco menos que hoy día se diga en esta materia, los diarios se llenan de «remitidos» defendiendo la acrisolada honradez y el espíritu de empresa y de justicia de nuestros agricultores ricos. En los días de *El ideal de un calavera*, las frases lapidarias de Blest Gana habrán congestionado de indignación el rostro de más de algún patriarca agrícola.

Pero todo depende del cristal. En esa época, para pasar por avanzado quizá sería preciso seguir los románticos gestos de Bilbao y hacer barricadas en las calles, aunque fuera con sacos de nueces. Los hacendados de antiguo cuño, como este don Calixto que dispara sus metafísicas economistas a la luz de un velón, tenían una muy clara idea de su misión en el mundo; eran una raza privilegiada, a la que le fue concedida la administración de la multitud agraria, y cumplían su papel a la altura: con una mezcla extraña de derecho divino y paternal solicitud hacia la pobre gente que la Providencia había puesto bajo su

férula. Las cosas cambiaron, desde entonces: se acabó, junto con la suprema potestad, el paternalismo. Si la empresa agrícola progresó con el cambio, no mejoró sustancialmente la condición de la peonada.

Dejemos las digresiones sociales para volver a nuestro Abelardo Manríquez, cuya viril estampa causaba imprecisas emociones a Inés Arboleda.

¿Cómo penetra un joven sin más valimiento que la bella presencia y la innata audacia hasta el corazón de una heredera coqueta? Manríquez la acompaña en largas cabalgatas. A la comparsa se une el pretendiente oficial, flaco, enclenque y santiaguino «bien». La pasión de Abelardo adquiere los perfiles de la cólera. Es preciso vencer a este pisaverde en su terreno: demostrando la diferencia entre el viril arrojo y la feble condición del señorito aristocrático. Un rodeo proporciona a Manríquez la oportunidad para tal demostración y a Blest Gana la de describirlo. Ahí va Manríquez, dispuesto a vencer en la justa criolla, donde no se triunfa sin arrojo y fortaleza.

La operación de la «aparta» se efectúa en un rodeo por la gente de a caballo. Parte de ésta se coloca en las puertas que dan paso de un corral a otro, y la restante es la que desempeña la ocupación activa del trabajo. Para esto rodean los de a caballo a un grupo de animales, y el vaquero encargado de presidir la faena designa uno o varios de ese grupo para ser apartados. Al instante, dos o tres jinetes hienden el grupo que entre todos han arrinconado en algún ángulo del corralón: colocan sus cabalgaduras rozándose con un costado del animal que, por huir del que se acerca, se abre paso entre los otros y emprende una veloz carrera en que el jinete lo sigue,

animándolo con la voz y sin apartársele una línea hasta dejarlo en otro corral, cuya puerta despejan los que la ocupan para dar paso al animal, volviendo a cerrarla inmediatamente. Pero, muchas veces, el animal designado retrocede con velocidad en su carrera, da precipitadas vueltas y «saca lances» imprevistos para liberarse de la obstinada persecución del que lo sigue. Hay, pues, un gran peligro en seguir al animal en estas diversas evoluciones caprichosas, que ponen en dura prueba la destreza de los jinetes y el vigor y maestría de los caballos. Para los huasos, el rodeo es un campo de batalla en que el deber les manda desafiar los peligros: las caídas de algunos y aun la muerte que suelen encontrar en esas caídas no interrumpen ni modifican el curso de la faena. El herido es transportado por los de a pie fuera del campo, y los demás continúan el trabajo, sin arredrarse ante las probabilidades numerosas de correr igual suerte.

El afán informativo de Blest Gana convierte esta página en un documento muy fiel sobre esa operación transformada en deporte, aunque nada nos comunique de su dramatismo. Más bien lo evita, al parecer, para consagrarse a la apuntación exacta, más propia del cronista que del novelador. Ya hemos visto que éste es uno de los rasgos más propios de la singular pluma del autor, tan muerta en esta clase de anotaciones como viva cuando mueve personajes y admirable cuando agita multitudes.

Abelardo interviene en el rodeo de acuerdo con su carácter: impetuosa, avasalladoramente, sin medir riesgos. Debe manifestarse ante su «prenda» con todo el furioso empeño del conquistador. Más fogoso el jinete que la bestia, el caballo no resiste el esfuerzo del apasionado Manríquez.

De repente, se vio desaparecer al caballo y al jinete, alzarse una nube de polvo y al mismo tiempo se oyó un grito unísono de los que guardaban la puerta a que debía llegar Manríquez.

Toda la gente de a caballo corrió entonces hasta el punto en que el joven había desaparecido, y en el mismo instante circularon en torno de Inés y los de su familia esas voces de siniestras conjeturas con que la gente del pueblo anuncia las catástrofes antes de conocerlas.

—¡Se mató! —decía uno corriendo.

—¡Pobrecito! —exclamaba una mujer, corriendo también en la misma dirección a satisfacer la curiosidad.

—Lo aplastó el caballo —añadía un tercero.

—Lo estaba viendo que se había de caer —decía uno de aquellos que en toda reunión gustan de profetizar los hechos consumados.

Y esas voces se repetían y comentaban, ora en tono de interrogación, ora de afirmativa, ora de duda, aumentando los temores que el suceso desconocido había arrojado en el espíritu de Inés y de los que la rodeaban.

El accidente constituye una premonición, un símbolo; todo en la tumultuosa existencia de Manríquez obedece a igual sino: embiste, con furia, con arrogante ardor, y cae. La última caída será de mortales resultados.

Entretanto, ¡bendito accidente, que le permite estar recluido —y simulando mayores daños que los producidos por la caída— en la casa de Inés, donde lo conducen los acongojados espectadores! En cama y bajo el techo de los Arboleda, Manríquez discurre los próximos pasos de su aventura, mientras lo cuida una médica —o méica, en el habla popular— cuyas artimañas Abelardo desenmascara con facilidad. Es una oca-

sión propicia para el hijo del doctor Blest: descubrir ante el mundo la ralea de los curanderos y magos profesionales que esquilman al pueblo y entorpecen el conocimiento de la ciencia verdadera.

Ña Margarita encendió las dos velas, colocándolas a los pies de la cama y en medio de ellas la palangana llena de agua cristalina.

Hecho esto, tomó una rama de hierba seca de las que había traído e hizo con ella distintas figuras sobre la palangana. Las criadas la contemplaban atónitas.

Al cabo de algunos minutos acercó a la palangana las dos velas, cuyas luces se reflejaron en el cristal pulido del agua, que estaba ya perfectamente tranquila.

—No veo nada —dijo tras algunos momentos de observación—. A ver ustedes si ven algo —añadió dirigiéndose a las criadas.

Estas miraron temblando la palangana, y después fijaron sus inquietos ojos en la vieja.

—No se ven más que las dos luces, ¿no es cierto? —preguntóles Ña Margarita.

—No más —contestaron ellas.

—Malo —añadió la vieja.

Y se dirigió a la mesa, en donde eligió una rama de otra hierba, rezando siempre entre dientes.

Con esta rama repitió la misma operación que con la anterior y volvió a menear la cabeza con aire de reprobación.

—Miren ustedes —dijo con tono imperativo a las criadas.

Las dos mujeres tornaron a mirar, temblando, y sólo vieron en el agua el inmóvil reflejo de las luces.

—¿Qué se irá a morir? —se preguntó la «médica» en voz alta, mirando al joven que continuaba en su fingido desmayo.

–¡Pobrecito! –dijo suspirando la más joven de las dos criadas.

–¡Ah! –exclamó la vieja, después de un momento de reflexión–, ya sé por qué no vemos nada.

–¿Por qué, Ña Margarita? –preguntó con respeto la criada menos joven.

–Ustedes mismas lo van a decir si responden la verdad. La vieja fijó alternativamente en cada una de ellas una mirada escrutadora y les dijo:

–¿Alguna de ustedes está en pecado mortal?

Las dos infelices se pusieron a temblar convulsivamente.

–Yo no, Ña Margarita –contestaron casi a un tiempo, con los rostros lívidos y descompuestos.

Abelardo contenía la respiración para no perder palabra de tan curiosa y característica escena.

–Bueno, pues –repuso la vieja–, si no están en pecado mortal, hemos de saber si el enfermo se muere o no, porque el «maldito» lo ha de decir en la palangana.

Tales ceremonias cavernícolas tienen sin cuidado a Manríquez, que pone en descubierto a la comediente «médica» y le ofrece su silencio a cambio de colaboración en el asalto que pretende dar a la fortaleza de su amada.

El capítulo final de esta primera parte –que Blest Gana titula «Escena del campo»– nos muestra a Abelardo Manríquez tan impetuoso como en el rodeo, forzando inconvenientes para penetrar en la alcoba donde duerme la hermosa Inés, tras un dilatado cultivo del género epistolar en que hizo de correo la vieja Margarita. El apasionado impulso del galán no remata en una escena romántica a gran orquesta, sino en un ridículo incidente.

—¡Escóndase, por Dios! ¡Allí, en ese canasto! —contestóle Inés, temblando de pavor.

Le mostraba uno de aquellos deformes canastones de junco, como un paralelepípedo recto, que todavía se usan en algunas casas para guardar la ropa.

De un salto entró Manríquez en el canasto y cerró la tapa sobre su cabeza.

Era tiempo ya, porque don Calixto salía a la sazón de su cuarto y se dirigía al de Inés.

Fijado está, en esta larga primera parte, el carácter del personaje. No corresponde al del burlador feminoide que corre tras la gloria de conquistar mujeres; no es un Don Juan, sino un temperamento avasallador, incapaz de reconocer obstáculos: se precipita sobre ellos seguro de destrozarlos con el solo ímpetu de su resolución. Qué ocurrió tras el episodio del canasto no lo vamos a saber hasta muy avanzada la novela, pero de la aventura nocturna no salió incólume el espíritu de Abelardo Manríquez. Cuando lo volvemos a encontrar, viste el uniforme de húsares y a su carácter violento se han sumado otras condiciones que definen al calavera, según la vieja descripción de Larra: «El “talento natural”, pues, y la “poca aprensión” son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da calavera. Un tonto, un timorato del qué dirán no lo serán jamás. Será tiempo perdido».

Conquistador, juerguista, Manríquez ahoga en una falsa alegría la sensación de fracaso que le ha quedado desde su episodio campesino. Se ha sumado a dos camaradas que pertenecen a la esencia del calaverismo: Timoleón Francisco Miraflores y Felipe Solama. La vida de aventuras de los tres socios dan para largas y divertidas páginas en la novela de Blest

Gana: por momentos, los posee un infantil ánimo de travesuras, y queman cohetes y espantan viejas fingiendo temblores, y hacen víctimas de sus jugarretas a cuantos se ponen a su alcance y en especial al viejo verde don Lino Alcunza; por momentos, su afán de divertirse y pasarlo bien los arrastra a intrigas amorosas cuyas víctimas han de ser dos muchachas de «medio pelo» y admirable físico.

Siguiéndolos, Blest Gana –que ya describió la vida rural en la primera parte de su obra– nos lleva nuevamente a los salones de la clase media santiaguina, como los que conocimos en *Martín Rivas*; nos hace presenciar una función de teatro, con un público ferozmente popular y amigo de divertirse; nos muestra un Nacimiento, típico espectáculo de la época; nos conduce a los tradicionales paseos campestres, con cazuela de gallina y mozas que cantan y tocan guitarra. Por todas estas escenas discurre esa corriente bravía que es Abelardo Manríquez, empeñado ahora en vencer las resistencias de otra hembra digna de sus amores: Candelaria Basquiñuelas.

No le cuesta mucho trabajo vencerlas: Candelaria se ha enamorado del hermoso oficial, que procede de una clase más alta, que tiene el don de la palabra, que no admite –por lo demás– vacilaciones ni temores.

Pero si el amor más hondo y más dispuesto a la entrega impulsó a Candelaria a la fuga y a la deshonrosa condición de amante del oficial de húsares, a éste sólo lo movían la pasión, el capricho, el deseo de vencer y de satisfacer, siquiera por «interpósita persona», el fuego que arrebatara su corazón y cuya fuente es Inés. Pronto, demasiado pronto, Abelardo Manríquez se cansa de la bella muchacha que comparte ahora su casa y su lecho. Vuelve a las calaveradas. Es ambicioso, quiere trepar,

sabe que su uniforme le abre muchas puertas, y una de éstas es la de un salón santiaguino en el cual vuelve a encontrarse con la no olvidada Inés Arboleda, casada ya con el partido que sus padres le asignaran. Es el encuentro con el Destino, pero la tejedora de ese Destino será la despechada Candelaria, maestra de la intriga. Si Abelardo no ha de pertenecerle, tampoco será de Inés: admirable movedora de hilos, Candelaria obtiene que el joven oficial sea enviado al Ejército Restaurador, que luego partirá desde Quillota a desafiar a las tropas de la Confederación tramada por el general Santa Cruz. Y aquí –como en *Martín Rivas*–, Blest Gana inserta el hecho histórico que servirá de remate a la trama novelesca: el motín de Quillota, seguido por el asesinato del ministro Portales y la ejecución de los oficiales complicados en el intento revolucionario, rápidamente sofocado por las tropas gobiernistas. La novela se cierra, completando un perfecto círculo: ante el pelotón de fusileros, Manríquez lanza el grito de despedida que dejará perpleja a la multitud de espectadores que ignoran la triste historia del oficial de húsares: «¡Adiós, amor, única ambición de mi alma!».

Blest Gana ha cumplido las finalidades propuestas a su vocación de novelista: el argumento de enredos, el retrato costumbrista, la inclusión de un hecho histórico que da el sello de veracidad a todo el conjunto novelesco. Algo más se propuso en esta ocasión: mostrar las intimidades del corazón viril contrastándolas, acaso, con el espíritu superficial del calavera. Así lo manifiesta, defendiendo a sus personajes, en una carta dirigida, poco después de la publicación de la obra, a José Victorino Lastarria:

«No sé por qué no le agrada Manríquez: todos llevamos en el pecho un grano de esa aspiración a que consagró su vida, y

el que no lo lleva puede ser fraile impunemente. Manríquez tiene irresistible el instinto que otros hombres de corazón moderan por conveniencia, por hipocresía o por moralidad; el instinto que el Querubín de Beaumarchais expresa con tan infantil sencillez cuando dice que quisiera abrazar a todas las mujeres en una sola. Yo le tengo cariño. Es un Werther que se habría reído de los escrúpulos de Carlota; tipo, si usted quiere, de la inmoralidad que en materia de amor profesan la mayor parte de los hombres, pero que lleva la chispa sagrada de esa necesidad de adoración que es el más poderoso móvil de todas las acciones humanas». ²

Si, como dijimos, Abelardo Manríquez es el menos definido de los personajes de Blest Gana –de los grandes personajes, por cierto– es, en cambio, el mejor dibujado. A través de la larga y entretenida novela, el autor marca, rasgo por rasgo, los ángulos característicos de este individuo contradictorio y desprovisto de toda firmeza que es Abelardo. Su arrebatador capricho no es signo de voluntad, como pudiera entenderse en una superficial observación. Por el contrario, es un símbolo de su flaqueza: todas las acciones en que se precipita –desde la nocturna e inconsecuente invasión del dormitorio de Inés Arboleda, hasta su participación, apenas provocada, en el Motín de Quillota– demuestran una volubilidad y una falta de firmeza que contrastan con su energía de joven potro. Todo esto lo hace enormemente real, visible. Escapa de la novela como un ser de carne y hueso que da la impresión de haber sido cogido –todo entero– por Blest Gana del mundo de su tiempo. Descoloridas son, por otra parte, las mujeres, como el mismo autor lo reconoció: ninguna de ellas es una Leonor Encina, ni se detiene el novelista en las enamoradas descripciones que

hemos leído en sus anteriores libros. Están empleadas sólo como los resortes que mueven las turbulentas acciones del protagonista. Entre los personajes de comparsas se destacan don Lino Alcunza –modelo de viejo enamorado y concupiscente– y los compañeros de calaveradas, en uno de los cuales, principalmente, se esmeró la pluma de Blest Gana: «Puse ese bocado (Felipe Solama) sazónándolo con cuanta salática me fue posible, para manjar exclusivo de las inteligencias delicadas. Nunca esperé verle popular; pero siempre conté con que a los que tienen en la inteligencia el acto del buen gusto, le tomarían amistosamente del brazo para escucharle su charla y hacer justicia a su corazón».³

El ideal de un calavera habría tenido –como sus compañeros de trilogía– una gran resonancia pública, a no ser por un trágico acontecimiento que no dejó tiempo ni oportunidad para celebrar hazañas literarias. La novela se terminó de publicar, como folletín en *La Voz de Chile*, el 11 de diciembre de 1863. Apenas unos días antes, el 8 de diciembre, Santiago había presenciado una escena que no podía imaginar ni el más fantástico de los novelistas.

La Fiesta de la Inmaculada Concepción es –hasta nuestros días– uno de los acontecimientos religiosos más importantes en el país. El culto a la Virgen María, y en especial bajo esta advocación, está muy hondamente asentado en el espíritu de los chilenos. El 8 de diciembre los templos se repletan; viejos y empedernidos pecadores se confiesan y comulgan en homenaje a la Madre de Jesús; las multitudes cantan, esperanzadas y jubilosas, los tradicionales himnos que celebran la pureza de la Inmaculada y el poderío de su intercesión. El acto de clausura del Mes de María eleva las emociones del día a la más

alta pompa: brillan los altares iluminados por cientos y miles de cirios que resaltan la blancura de las flores esparcidas al pie del trono virginal. Tenués y albos velos caen desde la techumbre de las iglesias, formando un adecuado palio a la imagen de María.

Así estaba también, llena de esplendores de cirios, de flores y de blancos cendales, repletada por una muchedumbre que aumentaba minuto a minuto, la iglesia de la Compañía de Jesús, situada en lo que después fue el Congreso Nacional. Ricos y pobres, jóvenes y viejos, centenares de primeros comulgantes, devotos venidos de todos los rincones de Santiago, celebraban a María y escuchaban a los predicadores. Siete mil luces y mil doscientos globos de color adornaban el templo, además de los velos de tul y lienzo que cubrían, prácticamente, las paredes y columnas.

Al pie de la Virgen, un gran candelabro, simulando una media luna, repleto de cirios. Las ventanas abiertas llevaban hasta la iglesia la suave brisa exterior, que se convertía en vientecillo, pasando de una a otra y esparciéndose por naves y columnas. La medialuna comenzó a temblar. La oscilación fue más y más fuerte. En el balanceo, uno de los cirios alcanzó los flecos de las flores –naturales y artificiales– que servían de adorno. Una pequeña llamarada se agitó en el aire. Un «oportuno» trató de extinguirla de un soplo. Surgieron chispas que se encaramaron hasta dar con los velos de tul. El «oportuno» procedió con mayor energía: ahora con la chaqueta golpeaba los crespones de fuego que empezaban a cundir. El soplo de viento, producido por el vaivén de la chaqueta, sirvió de atizador. Aumentaron las chispas; crecieron las diminutas llamas. En un instante, todos los adornos de gasa que

rodeaban el altar mayor ardían furiosamente.

«¡Incendio, incendio!». El clamor se extendió por todo el templo. Las gentes, guiadas por los gritos más que por el espectáculo del fuego –todavía fuera de su vista–, pretendieron huir, a pesar de las voces tranquilizadoras de los pocos que conservaban la serenidad. Inútil: una masa humana se lanzó hacia las puertas. Los que se apiñaban en ellas procurando entrar en la iglesia ya repleta, viendo que algunos la abandonaban trataron de ganar un sitio. Fue un absurdo encuentro entre los que pugnaban por huir y los que pugnaban por entrar. Nadie ganó; algunos cayeron; otros sobre ellos. En pocos momentos, una muralla de cuerpos humanos tapiaba todos los escapes. Adentro, el incendio progresaba. Tules, lienzos, adornos florales, vestidos, velos, todo ardía. De lo más alto se precipitaba sobre la muchedumbre presa del terror una lluvia, primero de chispas, luego de leños encendidos. ¿Salir? Imposible. Sordamente, como un horno bien asegurado, el templo inició su combustión interna.

Desde afuera nada se veía, salvo el muro de treinta cuerpos que cerraba el paso. A tirones, con lazo y caballos, los impotentes espectadores procuraron abrir una brecha: fragmentos de brazos, trozos de cuerpos eran arrancados al montón gimiente todavía. De pronto, una ancha llamarada superó la techumbre exterior y sus resplandores iluminaron el crepúsculo santiaguino. Cayó la torre, y con la torre la campana, sobre los infortunados que clamaban de dolor y angustia en el interior del templo. Algunas víctimas, superando a fuerza de pánico los obstáculos, lograban escapar por encima de las murallas, para caer –medio carbonizadas, medio cocidas– a la calle repleta de desesperados familiares. Adentro, las lámparas chorreaban aceite hirviendo

sobre los que todavía se debatían en medio del fuego.

Poco a poco, fue el silencio y la negrura de carbones. Más de dos mil víctimas enlutaban esa noche los hogares de todo Santiago. El inmenso holocausto apagó los aplausos que pudo recoger la novela de Blest Gana.

Hubo, sin embargo, un admirador que dedicó un largo artículo a *El ideal de un calavera*: don Benjamín Vicuña Mackenna, en el diario *El Mercurio*, a comienzos de 1864. El comentario sobrepasa muy lejos la crítica literaria, para volcarse en alabanzas al autor, en ese rumboso estilo característico del historiador. Después de anotar todo lo malo y lo difícil que resulta en Chile ser sabio, poeta o artista y el oscuro prestigio de que gozan en la sociedad los cultores de tan peligrosas disciplinas, deja caer el chaparrón de sus elogios en una sola e incontenida tirada: «Pues bien, en medio de esta sorda y tan antigua como arraigada prevención de todos los ánimos, en el centro de esta guerra de preocupaciones y de alfileres que manejan por lo común con rara habilidad dedos femeninos, un joven de indisputable talento, de bellísimo carácter, buen camarada, buen ciudadano, excelente padre, mejor esposo, hijo digno de su dignísimo padre, que vive de las modestas felicidades de su hogar, que pasa ocho horas del día dentro de las paredes de una clásica oficina; que redacta al año algunos millares de decretos y de notas mandando trastejar cuarteles y coser chaquetas a los soldados, un joven, por último, que oye, mira y guarda religiosamente todas las fiestas de guardar, ha tenido el singular coraje de lanzarse en medio de todos los enconos y de todos los oropeles que irritan o disfrazan a la sociedad, se ha acercado al lecho de dolor en que aquella yace enferma de supersticiones, y apartando a un lado de los

dolientes que la afiebran con sus lamentos y a los facultativos que la postran, le ha arrancado la venda de las heridas y le ha dicho...»

¡Basta! Piénsese que la crónica de Vicuña Mackenna ocupa más de cinco o seis páginas de este mismo tono, y se comprenderá que más vale no prolongar la demostrativa cita.

Blest Gana contestó el entusiasta comentario con una carta llena de sinceridad, que envuelve una confesión, ya citada anteriormente:

Querido Benjamín:

Sólo ayer llegó a mis manos *El Mercurio* del 4 del actual, en el que consagras un hermoso artículo al *Ideal de un calavera*. ¡Gracias por tus nobles palabras de simpatía; gracias por haber alumbrado mi nombre con los vivos resplandores de tu inteligencia!

Una de tus frases, acaso la que cayó más descuidadamente de tu pluma, me ha causado una grande impresión, porque tengo la conciencia de merecerla: Pero entre los que se fatigan como Rousseau o los que se exaltan como Byron, ha habido un obrero incansable y modesto que no se ha apartado un instante de la senda que se propuso recorrer.

Tienes razón: desde un día en que, leyendo a Balzac, hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones. Desde entonces he seguido, incansable como tú dices, mi propósito, sin desalentarme por la indiferencia, sin irritarme por la crítica, sin enorgullecerme tampoco por los aplausos con que el

público ha saludado mis últimas novelas. El secreto de mi constancia está en que escribo no por culto a la gloria, que no existe ni aun con oropeles entre nosotros; no por ambición pecuniaria, porque sólo últimamente mis trabajos empiezan a producirme algún dinero, sino por necesidad del alma, por afición irresistible, por ese algo inmaterial, en fin, que nos lleva a apartarnos de los cuidados enfadosos de la vida, lanzando la imaginación a un campo en que nadie puede vedarnos los dulces frutos de la satisfacción intelectual. En una palabra, escribo, como creo habértelo dicho alguna vez, porque tengo la manía de escribir.

Después de esta confidencia a que me ha convidado la efusión sincera de tu artículo, sólo puedo repetirte mis agradecimientos por los elogios que me prodigas, señalando entre los que prefiero aquéllos que dedicas al amigo más bien que al novelista.

El amigo te da nuevamente las gracias por ellos, y te abraza con cariño, rogándote le conserves en tu corazón el aprecio que tan generosamente le has manifestado.⁴

Hermosa carta, sin duda, cuyo sincero tono general nos obliga a no descubrir en su penúltimo párrafo una pequeña ironía del escritor que se sintió más interpretado como amigo que como novelista.

Abramos aquí un pequeño paréntesis actual: en 1980 el Teatro Nacional (ex-Teatro Experimental de la Universidad de Chile) llevó a la escena *El Ideal de un Calavera* en una adaptación sin duda difícil, si se considera la magnitud de la obra y la necesidad de ceñirse al tiempo compatible con el espectáculo. Los críticos han señalado que uno de los aciertos de la versión teatral es la gracia juvenil que ella da a la obra. Para

facilitar la puesta en escena se optó por suprimir decorados, moblaje y detalles domésticos de la época y se conservó –en cambio– el vestuario propio de aquel tiempo. Al comentar esta verdadera aventura, Luis Merino Reyes ha señalado el anacronismo de la aparición de «un marido viajero con un maletín de mano con cierre relámpago, prodigiosa invención de nuestros días».

Con todo, la actuación de intérpretes como Jaime Azócar, Soledad Pérez, Margarita Barón, más la música incidental y la presencia del viejo folklore lograron una evocación de los tiempos que narra Blest Gana en su novela.

El año 1863 terminó, pues, con un silencioso éxito para Blest Gana y con una tragedia que ponía luto general sobre Santiago.

El conciliador gobierno del Presidente Pérez condujo al país hacia una paz política que permitió desarrollar planes de progreso económico y social: en 1862 Fermín Vivaceta funda la «Unión de Artesanos», uno de los primeros gérmenes sindicalistas (gremialistas, en aquella época) que prosperaron en Chile; en enero del 63 comienza el plan de pacificación de la Araucanía, concebido por el coronel Cornelio Saavedra y que dio como primeros frutos la construcción de Mulchén y del fuerte de Angol; el 14 de septiembre del mismo año empieza a correr el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, extraordinaria obra de ingeniería, realizada bajo la dirección del californiano Enrique Meiggs.

Las amenazas venían de fuera: primero fue la absurda intentona de Orèlie Antoine, que desembocaría años más tarde en un conflicto diplomático entre Francia y Chile. Y, luego, en los primeros meses de 1864, la amenaza española, cuya escua-

dra ocupó las islas Chincha, de propiedad del Perú, lo que provocó la inmediata solidaridad del gobierno chileno, tradicionalmente americanista.

Blest Gana sigue trabajando: colabora en *El Independiente*, diario fundado por el político Manuel José Irarrázaval, donde vierte nuevos artículos humorísticos y una mediocre novela breve: *La flor de la higuera*, anterior, según se puede juzgar por la calidad estilística, a su *Ideal de un calavera*.

No es todo; tiene entre manos un gran proyecto, según lo anuncia a su amigo Lastarria: «Esta vez abandono los cuadros de costumbres y lanzo mi imaginación en el estudio de las pasiones inspiradas por ciertos hechos históricos, tratando, por supuesto, de enlazar este estudio con una vasta y complicada intriga que espero será abundante y sabroso pasto para los aficionados a las emociones de una trama enredada sin ser inverosímil ni estupenda, como ya no puede admitirse en sana literatura».

Es su obra más amplia, su obra maestra: *Durante la Reconquista*. Pero no ha de verla concluida ni publicada antes de muchísimo tiempo. Está a punto de sumergirse en lo que Alone (Hernán Díaz Arrieta) ha llamado su «período cataléptico»: treinta y tres años de mudez literaria.

NOTAS AL CAPITULO 5

- 1 Hernán Díaz Arrieta (Alone), prólogo a la 6ª edición de *El ideal de un calavera*, Santiago, 1964.
- 2 Citado por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 3 «Carta a J.V. Lastarria», en Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 4 Recogido por Raúl Silva Castro: *Cartas Chilenas*, Publicaciones de la Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1954.

LA CATALEPSIA DEL ESCRITOR

«**S**i tuviese que romper mi pluma de novelista, rompería también con la poca alegría que me queda en el alma...»

Así escribía el autor de *Martín Rivas* a su amigo José Antonio Donoso, apenas publicada aquella obra; esto es, en 1862. Han pasado dos años, los años del florecimiento, de la fama, del prestigio literario; otro vástago ha venido al mundo: la segunda de sus hijas, cuyo nombre recordará, con alguna variante, el de la madre del escritor: Juana María Carmen Luz. La situación económica siempre es precaria. No dan las letras para vivir y el empleo ministerial no contribuirá sino a agudizar el tedio del novelista vocacional que sólo cuenta con sus horas libres para entregarse al mundo de sus fantasías. Respetado y escuchado en la sociedad santiaguina, a pesar de que sólo tiene treinta y cuatro años y el relumbro de bohemio, atribuible –como dice Vicuña Mackenna en su apasionado artículo– a todos los que cultivan alguna forma de las artes, Alberto Blest Gana decide asomarse a la política: se presenta a las elecciones municipales de Santiago... y es elegido el 18 de abril de 1864.

Asume su cargo el 1° de mayo y se entrega a sus nuevas ocupaciones con esa fría devoción que pone en todo. Apenas mes y medio más tarde, la corporación municipal comienza a discutir un proyecto suyo destinado a superar el déficit que afectaba a la institución edilicia de la capital. Pero no le queda

demasiado tiempo para defender sus ideas: el 4 de julio, el gobierno de José Joaquín Pérez cursa su nombramiento de intendente de Colchagua.

«Si tuviese que romper mi pluma de novelista ...»

No la rompe: la guarda cuidadosamente, y emigra de la capital hacía la provincia rural cuya custodia el gobierno le encomienda. Dentro del régimen unitario del Estado chileno, el intendente representa al presidente de la república en la provincia de su jurisdicción. Es el jefe de gobierno interior en el territorio que le asigna la ley. Amplia es su responsabilidad y grande su poder. Un buen intendente es la gloria de una provincia, pero serlo bueno es cosa que no depende sólo del talento y la intención; también depende del presupuesto. Y Chile, país en endémica crisis (antes no se hablaba de países subdesarrollados; para el caso es lo mismo), no da facilidades en este sentido.

¿Qué antecedentes poseía el gobierno para designarlo? Una carrera funcionaria con diez años de antigüedad en el ministerio de la Guerra, cumplida en forma decorosa y eficaz; un gran prestigio social y literario; ningún historial político, salvo el que, por reflejo le comunicaran sus hermanos Guillermo y Joaquín. Pero la elección estaba bien hecha: el presidente Pérez confió en el talento y la formidable capacidad de trabajo del novelista y funcionario, y en los tres años de gobierno provincial, Blest Gana probó que en esto, como en todo, era capaz de interpretar la realidad en que vivía y de alcanzar el éxito.

El anónimo «Duende» de *El Independiente*, que tenía sincera admiración por el escritor, como ya vimos con motivo de su nombramiento en la Facultad de Humanidades, celebró

la designación a despecho de su calidad de opositor: «El nombramiento de intendente de Colchagua en la persona del conocido novelista don Alberto Blest Gana ha sido aprobado generalmente por todos los que desean que al frente de los destinos públicos se vaya colocando la inteligencia».¹

Lo que no dijo «El Duende» es que con este nombramiento se le hacía a Blest Gana y al país una injusticia típica de los gobiernos que deciden favorecer a sus artistas: se le entregaba una responsabilidad pública, con honores y pasable renta, pero se le sustraía a sus verdaderas labores, a su más auténtica misión: la de escribir. Pues la intendencia de Colchagua y los sucesivos cargos diplomáticos que Blest Gana ocupó no fueron una canonjía ni una forma de mecenazgo. Lo sacaron, lisa y llanamente, de sus trabajos literarios para emplearlo en los intereses del país. Si esto último no estaba mal –y la prueba es que Blest Gana contribuyó brillantemente a todas las causas de Chile–, lo cierto es que la decisión gubernativa privó por muchos años a la literatura chilena del hombre que, en esos días, era su principal valor.

Trasladóse, pues, don Alberto a San Fernando, capital de la provincia, y su ánimo –acostumbrado a la continua actividad– no se sometió a la beatífica paz del pueblo semirrural.

«En donde quiera que me encuentre empleado –escribiré, años más tarde– no solo trabajaré por obligación, sino para satisfacer una exigencia imperiosa de mi carácter que tiene horror al ocio ...»

El «horror al ocio» se manifiesta en las innumerables empresas acometidas durante la administración provincial. En poco tiempo proponía un reglamento para ordenar el municipio de San Fernando, y no se demora mucho más en obtener

alumbrado público para esta ciudad y la vecina Curicó. Aquello era un adelanto sensacional en las adormiladas villas provincianas, y el prestigio del escritor convertido en intendente debió iluminar su figura mucho más que las magras lámparas municipales.

Entretanto, aconsejaba al gobierno y lo impulsaba hacia una política caminera que denota su espíritu práctico y su infinita fe en el progreso. En aquellos años estaba por terminarse el ferrocarril entre San Fernando y Curicó, fragmento muy limitado, todavía, del futuro longitudinal que une Santiago a Puerto Montt a través del extenso y rico territorio agrícola del Valle Central, situado entre las dos cordilleras que flanquean casi de extremo a extremo nuestro largo país. Para el adelantado pensamiento de Blest Gana, esa línea debía constituir el nervio de un sistema de comunicaciones cuya utilidad se limitaría muchísimo si no se abrían, cuanto antes, caminos transversales que permitieran volcar la producción agrícola del interior y de la zona costera hacia la arteria ferroviaria.

Mientras el intendente se afana en el progreso de su provincia agrícola, el incidente de las islas Chincha comienza a convertirse en un conflicto internacional de graves consecuencias para Chile.

La ocupación que hizo España de esas islas guaneras, de propiedad del Perú, produjo –como dijimos– la inmediata solidaridad de Chile. El espíritu americanista estaba vivo, y no faltaban los que sostenían –como Lastarria– que todo lo malo venía de Europa y todo lo bueno de América. Ocupar las Chincha era revivir la guerra de Independencia, aunque España hubiera reconocido la de los pueblos de sus antiguas colonias sudamericanas. La exaltación popular fue enorme y

hubo reuniones de pobladas en Valparaíso y asambleas, más conspicuas aunque no menos violentas, en el Teatro Municipal de Santiago. Entretanto, la víctima de la agresión parecía más dispuesta a negociar el problema que a pasar a las vías de hecho. Pero Chile había asumido el papel de campeón de la libertad. El gobierno despachó una circular a todos sus colegas latinoamericanos en la que pedía la solidaridad continental ante el atropello español que, evidentemente, significaba un peligro para las repúblicas todavía en plena infancia. Las respuestas, en general, fueron muy diplomáticas: la Argentina, Bolivia, Ecuador, las repúblicas centroamericanas y Brasil aprobaban la enérgica conducta de Chile, pero no daban un paso más allá. Las gestiones personales de Lastarria, amigo íntimo de Mitre, no lograron mejorar el resultado de la circular en cuanto al principal vecino, que estaba resuelto a mantenerse al margen del conflicto. Tal vez no habrían pasado las cosas más allá de algunas violentas escaramuzas diplomáticas si el mando de la escuadra española del Pacífico no hubiera caído –por renuncia del conciliador almirante Pinzón– en manos de un resentido enemigo de Chile: el almirante Pareja.

Este caballero, orgulloso por naturaleza y cultor de un sentido de dignidad que lo llevó hasta el suicidio, no podía olvidar que su padre había muerto en Chile, luchando contra las tropas de la Independencia en el año 1813. Aunque tenía instrucciones de su gobierno en el sentido de mantener el conflicto, hasta donde fuera posible, entre Perú y España, evitando su propagación hacia los demás países, Pareja se las ingenió para que la crisis se agudizara. Hasta ese momento, el embajador Tavira, que representaba a España ante el gobierno chileno, había seguido una política conciliadora, pero un

cambio de gabinete en la península provocó su destitución y el nombramiento del almirante, en su reemplazo, como plenipotenciario.

En un gesto digno de su tacto, el almirante Pareja presentó a las autoridades chilenas una nota «que equivalía a un ultimátum» en la fecha menos oportuna: el 18 de setiembre, fiesta nacional de la Independencia. Si los ánimos chilenos estaban exacerbados, el incalificable gesto de Pareja los llevó al último grado: el 24 de setiembre de 1865 Chile declaró la guerra a España.

Las condiciones de los adversarios no podían ser más desiguales. La escuadra española, instalada desde el 17 de setiembre en Valparaíso, contaba con «cinco fragatas, dos goletas y varios transportes. La fragata blindada *Numancia* era uno de los buques a la sazón más poderosos del mundo (7.500 toneladas, 40 cañones de 68, máquinas de 1.000 caballos, 13 millas horarias y blindaje de 13 centímetros)».²

Por su parte, la escuadra chilena comandada por el almirante Williams Rebolledo se componía de... dos barcos: la fragata *Esmeralda*, que hacía agua, y el vapor *Maipo*. Con mucha prudencia, el gobierno chileno los había hecho refugiarse en los difíciles canales de Chiloé.

Pero si las condiciones numéricas eran deplorables para los chilenos, no ocurría lo mismo con la audacia y el conocimiento de las costas nacionales. En un golpe digno de los herederos navales de Lord Cochrane, el almirante Williams Rebolledo se apoderó de la goleta española *Covadonga* que vigilaba el bloqueo de Coquimbo.

Pareja supo la infausta nueva dos días más tarde. Sin una palabra se encerró en su cámara. Un instante después, sus

oficiales escucharon un disparo. El violento marino español había puesto fin por sus manos a la vergüenza que le causara el incidente.

Desde su sede en San Fernando, Alberto Blest Gana seguía con inquietud los acontecimientos, prestando su adhesión y su concurso al gobierno nacional. Son muchos los viajes a Santiago que se le registran en aquellos días, seguramente provocados por el interés de estar al cabo de cuanto ocurría y de colaborar con su empeño personal en la organización de la precaria defensa. Mientras tanto, una novedad feliz ilumina su hogar: el nacimiento del cuarto de sus hijos —y tercera mujer—, Blanca Teresa del Rosario, el día 11 de enero de 1866. La nueva criatura era un providencial reemplazo, pues, según puede deducirse aunque no haya mayor precisión de fechas, por entonces ya había muerto la hija primogénita, Teresa Margarita del Carmen, nacida en 1855. No hay documentos que manifiesten las sensaciones del escritor en este duro juego de dar y recibir. Blest Gana era muy silencioso cuando se trataba de sí mismo, y las confidencias dejadas en cartas y papeles íntimos se refieren casi siempre a sus inquietudes literarias y a sus preocupaciones de funcionario y diplomático: se ignora e ignora a los suyos con espartana dignidad.

La escuadra española no perdía su tiempo: había que vengar la deshonra que costara la vida de Pareja. Partió hacia el Sur en busca de la flota fantasma de Williams Rebolledo, cuyas dos débiles naves recibieron el refuerzo de cuatro barcos peruanos. Las flotas españolas y aliadas se encontraron en Abtao, rada muy bien elegida por el comandante chileno y que ofrecía magnífica protección en sus navíos. Cambiaron inútiles disparos por ambos lados: era imposible sacar a los barcos aliados de

los meandros costeros. Los españoles volvieron al Norte.

Harían cumplir el ultimátum de Pareja, que exigía una indemnización de tres millones de reales, saludo de 21 cañonazos a la bandera española y envío de un diplomático a Madrid para dar explicaciones. Si Chile no cedía a estas pretensiones —y no había de ceder—, se le castigaría destruyendo por bombardeo las instalaciones carboníferas de Lota o el puerto de Valparaíso. Era una monstruosidad, pero el almirante Méndez Núñez, sucesor de Pareja, estaba dispuesto a cometerla, a pesar de las gestiones de conciliación y los ruegos del cuerpo diplomático residente en Santiago. Ante la alternativa, Méndez Núñez optó por lo más cruel y desvergonzado: el bombardeo del inerme Valparaíso.

El 31 de marzo de 1866, tras dar aviso para que la población tuviera tiempo de ponerse a cubierto, los barcos españoles abrieron el fuego. Durante tres horas dispararon contra las instalaciones del puerto y los edificios de la ciudad, que no estaba en condiciones de contestar. A mediodía, los edificios y 151 bodegas fiscales, repletas de mercaderías, ardían furiosamente. Las víctimas fueron escasas: apenas dos muertos y unos pocos heridos. Pero las dos mil seiscientas bombas y granadas que disparó el heroico Méndez Núñez dejaron un saldo de catorce millones de pesos en pérdidas. Trágico despropósito de esta bellaquería naval: de los doce millones de pesos que se perdieron en mercaderías, más de los dos tercios pertenecían a extranjeros.

La guerra dejaba un saldo trágico para ambas partes: Chile sufría enormes daños en su economía, derivados del bombardeo y del sostenimiento del conflicto, y ganaba un barco conquistado a viva fuerza; España, por su lado, perdió un barco

y a un almirante de legendario prestigio y –más que eso– «perdió la cara», según el refrán chino. Esto es, salió de la aventura con su prestigio bastante mal parado.

Como perenne recuerdo de esta hazaña infamante, quedó el reloj de la intendencia de Valparaíso detenido por una bala de cañón a las 9.20. Aún se conserva, con todo y bala, en el Museo Histórico Nacional.

El gobierno de Chile ahorró a su pueblo una venganza que habría sido no menos indigna que el acto que la provocara: conocido el bombardeo del principal puerto del país y sus resultados, la gente se lanzó a las calles en persecución de cuanto español encontraba a mano. Antonio Varas, entonces ministro de Gobierno, optó por lo más cuerdo: los encarceló a todos, salvándolos mediante este expediente de la furia popular.

Ocho meses más tarde –el 24 de noviembre de 1866–, Blest Gana dejaba la intendencia de Colchagua, al término del período fijado por la Constitución. Con la misma fecha, el gobierno cursó su nombramiento de Ministro Encargado de Negocios en Estados Unidos.

La intendencia colchagüina fue un breve episodio en la vida tan extensa y variada del novelista por entonces «cataléptico». No pesaría en su historia, si no fuera porque su fugaz gestión es otro testimonio de su admirable capacidad de trabajo, y de esa suerte de silencioso furor con que se entregaba a sus obligaciones.

También fue su último episodio en suelo patrio. Ya no volvería al país, ni siquiera muerto, como otros próceres de la historia y las letras nacionales. Su exilio diplomático –y, luego, voluntario– duró por todo el resto de su vida y se prolonga aún

en el hecho físico de que sus huesos reposen en tierra extraña y en que no falten quienes lo acusan, a pesar de los servicios prestados a la nación, de extranjero voluntario.

NOTAS AL CAPITULO 6

- 1 Citado por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 2 Leopoldo Castedo, *op. cit.*

CAPÍTULO 7:

LA ACTIVIDAD DIPLOMATICA: LONDRES Y PARIS

Las preocupaciones económicas que siempre lo aquejaron lo asaltan también con motivo de esta misión: no es lo mismo ser un funcionario de modesto pasar en Chile, que agente diplomático desprovisto de dinero en Washington. Interroga a su amigo Vicuña Mackenna:

«¿Cuánto cuesta, poco más o menos, por persona, la traslación desde Santiago a Nueva York? ¿Puede vivirse en Washington con una renta de seis mil pesos con la decencia y desahogo correspondientes a un encargado de negocios?»

No es ése su único problema; el viaje es difícil: hay larga navegación que ha de hacerse por el Estrecho de Magallanes, con todos los peligros de los mares australes, o por Panamá, lo que significa cruzar el Caribe y sus tormentas tropicales y enfrentarse luego con el Atlántico del norte norteamericano, generalmente airado. Inquieta: «¿Presentan comodidad los vapores de este y del otro mar, para viajar con una familia en la que se llevan tres niños, de los cuales el menor es de pecho?»

¡Problemas, problemas!: ¿Es Alberto Blest Gana un hombre pusilánime, que enfrenta los desafíos de vivir invadido por temores de todo orden? ¿O le ocurre como en los versos de la Araucana:

«el miedo es natural en el prudente; el saberlo vencer, es ser valiente?». Pesa en su ánimo, también, la idea del desarraigo.

Cuando muchacho se trasladó a París en una grata misión, de estudios –feliz adolescente que vestía un uniforme gallardo y prestigiado–, todo aparecía sencillo y luminoso. Envidiable porvenir, el del joven que se trasladaba a la capital del mundo sin responsabilidades hogareñas, sin compromisos, libre para entregarse a la aventura de ver y conocer. Ahora es un hombre maduro; tiene mujer y tres hijos. Como el caracol, lleva una casa auestas. Debe alejarse de un mundo en el que penetró hondamente en su tarea de novelista. Un mundo que ha juzgado a veces acremente y otras con risueña ironía, pero que le es propio, connatural. En su anterior ausencia perdió a su madre; ¿volverá a tiempo para ver nuevamente a su padre, a sus hermanos? Este viaje, ¿no encarna un desarraigo total, definitivo? El anterior fue una radiante aventura; éste es una responsabilidad.

No es hombre que muestre vacilaciones. Con sus problemas reservados a su silencio interior, parte el 17 de diciembre de 1866 en el vapor *Chile*. Treinta y tres días más tarde desembarca en Nueva York, y a fines de enero asume sus funciones ante la Casa Blanca.

Las circunstancias diplomáticas en que debería iniciar su misión también son para preocupar. Engolfado en la liquidación de la Guerra de Secesión, Estados Unidos no parece dar importancia alguna a las repúblicas latinoamericanas, a despecho de las pomposas declaraciones de Monroe. Durante el lamentable conflicto con España, Estados Unidos –aparente campeón del americanismo– estuvo ausente y mudo. La presencia de navíos de guerra estadounidenses no logró impedir el brutal bombardeo de Valparaíso.

La tarea de atraer el interés de Estados Unidos hacia Chile

es parte fundamental de la misión encomendada a Blest Gana, en cuyo talento –a falta de experiencia diplomática– confiaba el gobierno.

No lo consigue. No despierta simpatías en Estados Unidos ni éste las despierta en él. Es un solitario en la multitud, tan diferente y tan dedicada a su conflicto doméstico. En gran medida debió limitarse a informar sobre la situación política interna y sobre la revolución de Juárez que amenazaba poner término a la aventura imperialista de los franceses en el vecino México. Atento siempre a la posibilidad de servir a su país, comunica que es fácil alentar el interés de los sureños –desencantados y atemorizados por el triunfo de Lincoln– por emigrar hacia Chile y establecer colonias. Sigue paso a paso la revuelta mexicana, y el 10 de julio de 1867 logra confirmar a su gobierno los rumores sobre el fusilamiento de Maximiliano en Querétaro.

Los seis mil pesos de renta constituyen otra fuente de desencanto: no bastan para vivir con el «desahogo correspondiente a un encargado de negocios». Chile, por ese tiempo, es sumamente parco en materia de representaciones en el exterior. Le costará muchos años convencerse de que es necesario el diálogo entre las naciones y el mutuo conocimiento, y de que sus servidores diplomáticos deben vivir en condiciones que no los hagan desmerecer a los ojos de los pueblos huéspedes y de sus colegas. Las aflicciones son serias y clama a sus amigos de Santiago: ¿no lo podrán sacar del brillante agujero que es Washington?

Mientras espera el acontecimiento favorable, Blest Gana cumple con la obligada peregrinación turística a las cataratas del Niágara. Sus impresiones, traducidas en una larga crónica,

llegan a Chile y aparecen en edición de la Imprenta Nacional de Santiago, en 1867.

Ya hemos visto que Blest Gana no era un cultor del paisaje, y que los espectáculos de la naturaleza lo dejaban más bien impasible. Su pluma, tan esmerada en el detalle costumbrista de tipos, vestimentas, ambientes y muebles, se embota cuando trata de describirla. Lo mismo ocurre con el minucioso relato de su viaje de Nueva York al Niágara, en el que la multitud turística y las costumbres estadounidenses son los protagonistas esenciales. Sin embargo, el espectáculo de las gigantescas cataratas lo conmueve profundamente, lo obliga a detenerse para darnos una impresión como de soslayo de la grandeza que presencié. No la penetra: la circunda; la rodea sin demorarse en el detalle descriptivo. Es el hombre el centro del paisaje, y si —como en este caso— el hombre es un humorado observador, el resultado es una historia gozosa.

Su relato sigue con precisión el itinerario desde Nueva York hasta las cataratas y —en el ámbito de éstas— los diferentes paseos que rematan en una excursión al lado canadiense del célebre salto fronterizo. Blest Gana no pierde oportunidad para apuntar los hábitos de vida estadounidenses y el enjambre comercial que zumba alrededor del pingüe negocio turístico.

«Ver el Niágara es una especie de bautismo que todo viajero debe apresurarse a recibir, so pena de violar de un modo chocante las leyes de la moda. Un norteamericano puede dispensarse de hacer esa peregrinación; pero un extranjero ¡nunca!».

Parece que al diplomático chileno la experiencia no le interesaba mayormente, pero en cumplimiento de esas leyes se lanza a la fatigosa y larga aventura de redescubrir —bajo el amparo del turismo— el grandioso espectáculo que viera por

primera vez el padre Louis Hennepin en 1678. Como el recorrido es largo y se hace en ferrocarril y vapor, Blest Gana aprovecha la ocasión para mostrar a los lectores chilenos algo de la psicología estadounidense y otro poco de su poderío científico. Así, conversa sobre la libertad de las costumbres y el barco de vapor ideado por Fulton, meditando, de paso, sobre los curiosos nombres clásicos que llevan los pequeños y pintorescos pueblos situados sobre el camino.

Veis a Roma, en la que por mucho que se estire el pescuezo, no se alcanza a divisar ni el Coliseo ni la majestuosa cúpula de San Pedro.

Pasáis por Siracusa, que no conserva, al parecer, ningún rastro de las tiranías de Dionisio, porque todos los transeúntes van y vienen, gozando de perfecta libertad. Y el tren os detiene algunos momentos en Utica, donde en vez de la sombra de Catón, muriendo por la libertad, veis a los ciudadanos del día, que mascan tabaco, gozando plenamente de los beneficios de aquella diosa, por quien el gran romano sacrificó sus días.

Lo que no debió extrañarle a aquel chileno, pues en su patria se halla Corinto en las proximidades del río Maule y Turquía no muy lejos de Concepción.

La llegada al Niágara no sorprende, precisamente, por el estruendo de las cataratas:

Un concierto infernal de voces descompasadas os espera a los primeros pasos que dais fuera del carro. Los mayores o cocheros, puestos en una fila que la policía les impone, y de pie delante de sus carruajes, os dirigen

todos a un mismo tiempo, no diré la palabra, si no el grito, en forma de invitación, para que deis la preferencia al hotel que cada uno representa. Así es que de súbito os veis confundido con las voces...

–Cataract House, por aquí, aquí están los carruajes.

–Clifton House, señor, la más hermosa vista de la catarata, por acá, por acá.

–International Hotel, por aquí, señor, nada por la conducción, ¡nada, nada!

Por grande que sea el ruido de la catarata –me dije para mí–, nunca será tan tremendo como el de esta falange de cataratenses.

El bullicio comercial prosigue abarcándolo todo. No bien ha pasado el viajero por el puente de suspensión al territorio de Canadá, desde donde es posible admirar el conjunto de los saltos, el cochero que lo conduce se detiene...

mostrándome las dos cataratas; y ya empezaba yo a contemplarlas extasiado, cuando por la opuesta portezuela del coche aparecieron un fotógrafo, un tendero, un hotelero, algunos muchachos con canastas de manzanas y duraznos y qué sé yo cuántas personas más, que me dirigieron la palabra a un mismo tiempo.

–Señor, ¿quiere usted sacar su retrato con la vista de la catarata?

–Señor, bájese usted, pase usted acá, tendrá la más magnífica vista y sin que nada le cueste. (Este era el tendero).

–Almuerzo, refrescos, licores –decía el hotelero.

–Duraznos, duraznos –vociferaba un muchacho.

–Peras, manzanas, peras –decía el otro con empeño.

A pesar del ataque frontal de los comerciantes, la grandeza del Niágara asombra y conmueve a Blest Gana y le arranca trémulas reflexiones humanas y divinas. Tan profunda ha de haber sido esa impresión, que lo impulsó a escribir y enviar a la patria las páginas de su relato, únicas que rompen el silencio literario en el largo período de su carrera diplomática.

Entretanto, sus clamores han sido escuchados: el 16 de noviembre, esto es a los diez meses de su arribo, el gobierno chileno da por terminada su misión en Washington y lo traslada, con igual cargo, a Londres.

Nuevas angustias, nuevos preparativos; ahora hay que atravesar el Atlántico, en una larga navegación acompañada por recuerdos lúgubres: las tragedias marítimas en este turbulento océano forman nutrida historia. Entre bandazo y bandazo, entre mareo y mareo, llega a Inglaterra el 3 de febrero de 1868 y presenta credenciales a la Reina Victoria el 6 de marzo.

De ahí en adelante se precipita en un torbellino de actividades que no es fácil seguir sin sepultarse en el fárrago de los informes oficiales. Si Blest Gana le tenía horror al ocio, su misión europea no le dejaría tiempo de experimentarlo. Nada de esto le importa: ahora está a su gusto, en plena actividad, poniendo en juego su agudeza, demostrando unas condiciones diplomáticas difícilmente superadas, negociando con habilidad e imaginación.

«La primera negociación en que intervino el señor Blest Gana apenas llegado a Londres, fue continuar la iniciada por su antecesor para conseguir la salida de aguas inglesas con destino a Chile, de dos corbetas construidas en arsenales de Inglaterra para la escuadra de la República.» Aquella negociación, que recuerda don Ricardo Montaner Bello en sus estu-

dios sobre los trabajos diplomáticos del novelista, ofrecía enormes dificultades, contra las que se habían estrellado los esfuerzos de su antecesor. Inglaterra, celosa de su neutralidad, no permitía la salida de esas naves, por existir un estado de guerra entre las Repúblicas Aliadas del Pacífico y España. Chile seguía pagando las consecuencias de su generosa intervención en el asunto de las islas Chincha, que ya le había costado el bombardeo de su principal puerto.

«Hubo necesidad de recurrir –recuerda Montaner Bello– a la intervención de un expediente que satisficiera esta circunstancia, y que fue realmente muy original y tal vez el único que se conozca en la historia de las guerras internacionales. Consistió en que ambos beligerantes, es decir, España y Chile, solicitaran del gobierno inglés autorización para sacar de los puertos de Inglaterra elementos bélicos navales por valores equivalentes, dejando a salvo de ese modo la neutralidad del Reino Unido».

La originalidad de la solución sigue adelante, pues ocurría que España precisaba dos fragatas blindadas, mientras que Chile solo quería sus dos corbetas de madera, construidas hacía ya algún tiempo. Para mantener la equivalencia fue necesario extender los acuerdos a todos los aliados del Pacífico, hasta alcanzar igualdad de tonelaje con el pedido hispano. Así, pues, España retiraba al por mayor, mientras los otros lo hacían al menudeo, hasta igualar la cantidad.

Aunque en Chile se levantó una ola de protestas por esta negociación –nunca faltan los ingeniosos dispuestos a encontrarle varias patas de más al gato– y se habló de connivencia con el enemigo y otras beldades semejantes, el Parlamento terminó por aprobarla por inmensa mayoría, y el prestigio del gobierno

y de su representante en Londres quedó no solo a salvo –como dice la frase hecha– sino muy bien puesto.

El éxito de la gestión vino a complicar todavía más la vida de don Alberto, pues el gobierno chileno, al advertir la gran capacidad de su Encargado de Negocios, no vaciló en multiplicar su labor: el 1º de diciembre de 1869 se le nombra Jefe de la Legación Chilena en París, sin perjuicio de su misión en Inglaterra.

El 13 de marzo de 1870, Alberto Blest Gana presentaba sus credenciales a Napoleón III. Difícil momento: muy poco más tarde, el 15 de julio, estallaba la guerra franco-prusiana, poniendo fin a la pompa del último emperador de los franceses. Ante la amenaza de aislamiento que significaba el sitio de París, el ministro chileno decidió trasladar su recién instalada residencia a Boulogne-Sur-Mer. Desde allí informa a su gobierno sobre el desarrollo de los acontecimientos tanto guerreros como políticos que conmueven a Francia. El 15 de septiembre comunica la capitulación de Sedan y la formación del gobierno de defensa nacional, que reemplaza al cautivo emperador y es inspirado por Gambetta. En abril del año siguiente se traslada a Londres, desde donde continúa su permanente información. El 13 de julio vuelve a Francia. Por un momento, sus informes se apartan del seco lenguaje oficial y expresan al Ministro de Relaciones de Chile su horror ante el incendio de París y los saqueos provocados por la Commune:

Apenas si es posible no salvar los límites de la sobria sencillez de lenguaje que corresponde a un documento del género de esta nota, al referir los sucesos de que París ha sido a un tiempo teatro y víctima desde el 16 del que

rige, fecha de mi última comunicación sobre política general europea.

La más hermosa capital del mundo entregada a las llamas con deliberado propósito; los monumentos del arte y los palacios que el tiempo y las revoluciones habían respetado, destruidos ahora con premeditación; la ruina esparcida por todas partes, como una venganza y no como un medio de defensa; el incendio elevado a la categoría de arma política, practicado con método no sólo por los hombres sino por las mujeres y hasta por los niños de la población insurrecta; una ciudad, en fin, entregada a sangre y fuego en la agonía de una defensa insensata, son motivos harto poderosos para justificar un desbordamiento de indignación, aun en una pieza oficial como la presente.

La vuelta a la relativa normalidad, tras la firma del Tratado de Frankfort, no aligeró las ocupaciones del Encargado de Negocios. La guerra, el sitio, la revolución, todo lo habían embrollado y era necesario retomar el hilo de numerosas gestiones, recomenzar los trabajos ordinarios e iniciar los tratos con el gobierno republicano recién instaurado, que exigió una nueva presentación de credenciales a todo el cuerpo diplomático, esta vez ante el presidente de la Tercera República, el historiador Thiers.

Pero no eran estos afanes, propios de su misión, los que complicaban la existencia de Blest Gana, pues a ello se sumaban muchos otros encargos del gobierno de Santiago. Como anota Raúl Silva Castro, don Alberto «no era solo ministro en Londres y en París, sino también agente de colonización, inspector de los cónsules y agente de compras y de contrata-

ción del gobierno en todas las materias que es posible imaginar. Las notas de la legación están llenas, en efecto, de informaciones y despachos relativos a encargos de útiles de escritorio, de libros, de gabinetes para liceos, de uniformes, municiones y armas para el ejército, etcétera».

Tan asombrosa actividad no impedía que en Chile se lo atacara. Su decisión de abandonar París en los instantes en que se cerraba el cerco alemán sobre la capital fue definida como deserción. Los diarios opositores *El Progreso* y *La Libertad* disparaban todas sus baterías contra el diplomático, para herir en él al gobierno. Blest Gana contestó los ataques con una larga nota al Ministro de Relaciones Exteriores, en la cual, con no disimulada vehemencia, refuta uno por uno los cargos de deserción y todos los que se le hacen con motivo de sus actividades. Todos los diplomáticos latinoamericanos abandonaron París antes o durante el sitio, y era lo más cuerdo: ¿cómo se puede desempeñar una misión ante varios gobiernos, si se está encerrado en una ciudad que ya no tiene contacto alguno con el exterior? Sólo permaneció en la capital Francesa el ministro de Bolivia, y con razones: tenía un hijo gravemente enfermo y era más aconsejable desafiar el sitio que intentar un traslado que podría ser fatal. Se le acusa también de no haber permanecido junto al gobierno republicano que acababa de instaurarse y hacía los últimos esfuerzos para salvar la guerra perdida. «Es digno de notarse –contesta Blest Gana–, por lo que hace a la acusación que se quiere envolver con la palabra “republicano”, que yo salí de París, como a su tiempo informé a usted, antes de la caída del Imperio, y sin poder sospechar, por consiguiente, el advenimiento de la República».

Y agrega: «Usted sabe que entré en comunicación con M.

Favre tan luego como recibí noticia oficial del cambio de gobierno, que lo hice en la forma debida, guardándome de arrogarme la facultad de reconocer un nuevo orden de cosas sin las instrucciones necesarias, pero que me mostré dispuesto a tratar con él, como miembro de un gobierno de facto, las cuestiones que pudieran suscitarse».

Se le acusa, también, de que se entretiene en informar a la cancillería de los desórdenes e irregularidades que ocurren en Francia.

¡Vaya entretenimiento! El cargo parece aludir directamente a sus comentarios sobre la Commune, pero no son los únicos que ha hecho el ministro: allí está su «larga correspondencia sobre los sucesos de la guerra. Si en ella me he separado alguna vez de la fría imparcialidad con que debo presentar los sucesos al gobierno, no habrá sido sin dudas para deprimir lo que merezca encomios».

Y hay todavía otra frase como para terminar la cuestión: «He salido de París y me encuentro aquí en cumplimiento de mi deber, y no he sido el único que haya obrado de este modo».

Podemos imaginárnoslo escribiendo estas líneas con tal indignación:

«que donde pone la pluma
el delgado papel rasga».

Deja a un lado los ataques, para volver a su batalla. Ahora, los negocios del gobierno lo obligan a trasladarse al Vaticano para discutir con la hábil y cauta diplomacia papal la «abolición completa de los fueros especiales, afectando por consiguiente al fuero eclesiástico, bien entendido sólo en lo que concierne a las causas temporales»,¹ aboliciones que estaban contempla-

das en el proyecto de Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales. La tarea era delicada y exigía del Encargado de Negocios chileno un buen equilibrio de prudencia y energía para alcanzar los fines perseguidos por el gobierno sin herir los sentimientos religiosos del país ni malograr las relaciones con la Santa Sede. En un primer viaje, que duró del 20 de noviembre al 7 de diciembre de 1872, estableció contacto con la Secretaría de Estado vaticana y con el propio Pontífice, gran conecedor de Chile, donde fuera parte de la Legatura Apostólica, y obtuvo una aprobación inicial que se hizo definitiva en un siguiente viaje, el año 1873.

Entretanto, Blest Gana hacía a la vez de economista, y contrata dos empréstitos: uno con el banco de Morgan y Cía. para la construcción del ferrocarril de Chillán a Talcahuano, y otro para la prolongación de esta obra ferroviaria y la construcción de dos blindados. Con el episodio de los blindados se inicia una larga y fructífera etapa en la vida diplomática de Blest Gana cuyas providenciales intervenciones le valen –a juicio del notable escritor Enrique Bunster– el título honorífico de «Almirante». Las vidriosas situaciones fronterizas de Chile con todos sus vecinos y las extremadas dimensiones de su costa hacían imprescindible el mantenimiento de una escuadra capaz de sustentar con éxito la soberanía marítima nacional. Pero, como ya vimos al referirnos a la guerra con España, la fuerza naval chilena era prácticamente inexistente. Las negociaciones de don Alberto en Inglaterra dieron como resultado que se incorporaran a ella dos pequeñas naves de madera, que estaban muy lejos de constituir una solución. El gobierno decidió, presionado por la delicada situación exterior, encargarse la construcción de dos grandes barcos en astilleros ingleses. Para

esto se requirió el empréstito obtenido por el negociador chileno y comenzaron a nacer los blindados *Blancoy Cochrane*. Día a día se agravaba la situación internacional y empeoraban las relaciones con la Argentina por las cuestiones limítrofes de la Patagonia. Con razón, el ministro de Relaciones Exteriores clamaba: «¡Nuestros blindados representan nuestra salvación!» Blest Gana no era sordo a esta urgencia, y dedicó todo su empeño a apresurar la construcción de los barcos, sobre cuya marcha informaba semanalmente y en forma minuciosa al ministerio de Marina.

El trabajo fue rápido y no se esperó a terminar las partes menos esenciales del *Cochrane* para enviarlo al país. El 25 de diciembre de 1874 el blindado fondeaba en Valparaíso y dos años más tarde arriba el otro barco, que entonces llevaba el nombre del primer puerto chileno. Incorporado el *Valparaíso* a la flota, volvió el *Cochrane* a Inglaterra para completar sus terminaciones.

En 1876 asumió la presidencia de la república don Aníbal Pinto, quien se encontró ante una grave crisis económico-fiscal, complicada por la baja de precios de los productos de exportación. En medio de sus dificultades y contemplando con optimismo una mejoría de las relaciones con la Argentina, el gobierno resolvió vender los dos blindados y dio instrucciones en este sentido al ministro de Chile en Londres y París. Blest Gana recibió con reticencias las instrucciones y, sobre todo, el optimismo del presidente Pinto sobre la situación internacional, pero se entregó al doloroso trabajo de desprenderse de los barcos con la tenacidad que le era propia. Como primer paso trató de interesar al almirantazgo inglés en la compra del *Cochrane*, que permanecía en astilleros británicos: la buena

estrella de Chile quiso que la proposición fuera rechazada, pues el Reino Unido había adquirido recientemente tres acorazados turcos y una fragata brasileña. Blest Gana recurrió entonces a Rusia, y propuso la compra de los barcos al príncipe Orlov, embajador del Zar ante la República Francesa. La negociación, bien comenzada, terminó en un providencial fracaso. Chile no pudo deshacerse de sus barcos, los más modernos y mejor equipados de su escuadra. Apenas unos meses más tarde estallaba la guerra con Perú y Bolivia. Durante ella, el «almirante» Blest Gana debía invertir sus actividades y pasar de vendedor a comprador de equipos bélicos de todo orden.

Las largas negociaciones de los blindados no ahorran a Blest Gana otros dolores de cabeza. Aún no hacía su primer viaje hacia las costas chilenas el *Cochrane*, cuando el pintoresco Orélie-Antoine retornaba al escenario nacional —de donde saliera tras su apresamiento en el Malleco— y encontraba los medios para dar relieves internacionales a sus aventuras. Volvió a la Araucanía, vio que «no estaba el horno para bollos», regresó a Francia, publicó un libro, divulgó la idea de una expedición para fundar su reino, procuró levantar un empréstito público para financiarla, se trasladó al Vaticano para convencer a la Santa Sede sobre los beneficios de una evangelización masiva de araucanos teniendo como base y resorte su proyectado reino, habló con las autoridades francesas, cruzó el paso de Calais e hizo propaganda en Inglaterra en busca de financiación, pretendió agitar en Francia un movimiento nacional hacia la descabellada empresa, etcétera.

Aquellos eran los días del gran imperialismo. Los boys de la Reina Victoria conquistaban tierras y pueblos para la corona; los franceses hacían lo propio, y los alemanes —unidos y

poderosos a causa de la guerra del 70— comenzaban a conquistar las colonias que habrían de perder en 1914. Euforia colonizadora nada pacífica. El reinado del hombre blanco se extendía, a punta de bayonetas, de intrigas, de alcohol, en el Asia, Africa y Oceanía. ¡A nadie le vendría mal un pequeño imperio en el austro sudamericano! El momento era bueno: Chile y la Argentina se mostraban los dientes por la Patagonia, mientras los díscolos araucanos no reconocían señor y soñaban, en cambio, con la hora de su venganza. Nada raro, pues, que la cancillería de Francia extendiera la oreja hacia el absurdo canto de sirena de Orélie-Antoine.

Blest Gana se empleó a fondo. Conversó con el ministro de Relaciones francés, el duque de Decazes, y le hizo ver la locura del aventurero Tounens y la necesidad de desechar a los contagiados dordoñenses que solicitaban el apoyo oficial para las tentativas monárquicas del chiflado Orélie-Antoine.

«El señor duque pareció convencido de la justicia con que nuestras autoridades habían apresado a Tounens, y después de asegurarme que el gobierno de Chile no tenía motivo para recelar conflicto diplomático alguno con la Francia a este respecto, me instó a que impusiera de toda la cuestión al señor de Villefort, Jefe de la Sección de su Departamento, encargado de estudiar y de proponer la contestación a la presentación de los representantes de la Dordoña...»

Todo pareció volver a la calma, y Orélie-Antoine optó por morir en un manicomio. ¡Ay! ¡Tenía descendientes! Su hijo se tituló Rey Achille I y volvió a las andadas, agitando el pleito donde pudo y tratando de comprometer en sus «reivindicaciones» al Estado francés. Sólo muchos años más tarde, en 1884, el ministro chileno pudo comunicar a su gobierno que el

asunto del Rey de la Araucanía y su prole estaba definitivamente resuelto y enterrado.

El cúmulo de sus obligaciones y la atención simultánea de tan diversos asuntos repercutieron en su salud y se sabe, por lo menos, de un viaje al balneario termal de Kissingen, en Baviera, para tratar una «tenaz enfermedad de estómago». Breve viaje, realizado en 1872, con pronta vuelta a sus ocupaciones habituales.

Entretanto, el escritor está «dormido, mas no muerto» y encuentra el tiempo, en medio de sus innumerables quehaceres, para corregir sus novelas y publicarlas en Francia, en la imprenta de la familia Bouret. Así aparecen *El pago de las deudas*, *La aritmética en el amor* y *La fascinación*, en el año 1875 y con el sello de la Librería de A. Bouret e Hijo. En 1876, los mismos editores franceses le publican su trilogía *Un drama en el campo*, *La venganza* y *Mariluán*.

Un valiosísimo refuerzo había recibido la Legación en la persona de Carlos Morla Vicuña, que llegó a ser amigo entrañable de Blest Gana, además de ayudante, asesor y consejero. Carlos Morla Vicuña era un hombre con alma de investigador, muy hábil con la pluma, excelente polemista y dotado de una capacidad de acción digna de su jefe en el servicio diplomático. En el conflicto con la Argentina por la cuestión de la Patagonia, Morla Vicuña fue el gran hurgador en los archivos europeos y dio con inapreciable documentación histórica para sostener los derechos chilenos, trajinando en las bibliotecas sevillanas. A Morla Vicuña se le debe también el hallazgo del archivo de los jesuitas, cuya compra por Chile gestionó, con lo que pasó a formar parte de los más valiosos tesoros documentales que posee el Archivo Nacional del país. Toda esta labor de ambos socios diplomáticos no obtenía, sin

embargo, el respaldo más digno. Don Alberto debió afrontar la decisión de suprimir la Legación en París, acordada por un gobierno que se hallaba día a día más falto de recursos. El expediente salvador fue duro; al ministro se le rebajaron sus sueldos de nueve mil a seis mil pesos; Morla Vicuña se vio disminuido en su rango al de oficial de la Legación, y el funcionario que servía este último cargo –Carlos Zañartu– fue borrado de una plumada y siguió prestando sus servicios ad honores.

La trabazón forjada en el trabajo y la amistad personal entre Blest Gana y Morla Vicuña se extendió a circunstancias más pintorescas y dramáticas. Cierta noche de abril de 1879, momento de crisis decisiva para el país, el ministro y su consejero corrían en un coupé por las calles de París en demanda de una oficina telegráfica para despachar un mensaje urgente. «En el tránsito –cuenta don Alberto en oficio al ministerio de Relaciones Exteriores– el caballo tuvo un espanto y echó a correr desbocado, azotando el carruaje contra las veredas. A poco andar, el cochero, soltando las riendas, cayó o se dejó caer del pescante, y el señor Morla Vicuña, que hizo un movimiento creyendo poder agarrar las riendas, cayó al suelo por la puerta sobre la vereda. El caballo siguió entretanto arrastrándome en el carruaje en una velocísima carrera, hasta que se estrelló con otro carruaje que había estacionado en la calle. Con el terrible choque rodó el caballo al suelo y yo pude salir felizmente sin lesión alguna. Inmediatamente corrí al punto en que había caído el señor Morla y lo encontré de pie sostenido por dos personas, con el auxilio de las cuales lo conduje a una botica cercana. El médico, que por fortuna pudo hallarse pronto, declaró que tenía el brazo fracturado en varias

partes. Hoy el señor Morla se encuentra en cama, donde tendrá que permanecer algún tiempo todavía y, aunque en buen estado de curación, será imposible me parece que pueda prestar sus servicios por un mes a lo menos».

El accidente no podía ocurrir en peor momento: el 5 de abril, Chile declaraba la guerra al Perú y Bolivia, y el representante diplomático se veía arrastrado a un mar de actividades que ya no le dejarían un instante de reposo hasta el término feliz del conflicto.

La nueva guerra sorprendía a Chile en condiciones de notable desventaja, con sus arcas fiscales prácticamente vacías, un pequeño aunque bien entrenado ejército y una marina cuyas unidades eran, en su mayoría, reliquias venerables. Tampoco estaba el espíritu nacional preparado para la crisis bélica y, en los primeros meses, el ánimo del país se parecía muchísimo al de los franceses de 1939: meditaban *cette drôle de guerre*.

Desde ese minuto, la Legación de Londres y París se convertía en un puesto de combate, que el «almirante» Blest Gana manejaría con ingenio insuperable. Dos aspectos, por lo menos, tenía su tarea. Uno: servir con el máximo de velocidad los embarques de armas, municiones, uniformes y toda suerte de pertrechos para las fuerzas armadas chilenas; otro: entorpecer, con no menos dinamismo, los embarques del adversario. Era un combate de ingenio, de astucia, al mejor estilo de las novelas de espionaje. De pronto aparecía en un puerto europeo un ingenuo cargamento de pianos y otros instrumentos musicales destinados a la culta sociedad limeña. Blest Gana y sus agentes tenían que batirse con habilidad para descubrir su verdadera naturaleza. A menudo la suerte los acompañó, y ante

los sorprendidos ojos de las autoridades neutrales los pianos, los violines, las flautas y las arpas se convertían en fusiles, granadas y balas. Los chilenos hacían lo propio, y entonces el ingenio debía emplearse en que los representantes diplomáticos del adversario no tuvieran tiempo ni facilidades para penetrar en el misterioso contenido de los embarques militares, caratulados con los más pacíficos títulos.

La actividad era frenética: comprar barcos (como la *Belle*, que Lynch condujo a Chile donde fue rebautizada *Angamos*); arrendar barcos, fletar barcos y atiborrarlos de pertrechos en los más diversos puertos de Europa; asegurarse de su oportuno zarpe y controlar —a larga distancia— su navegación y su feliz ingreso a las radas chilenas. No faltaban los contrastes descorazonadores, como el incendio del *Almwich Castle* en el puerto de Hamburgo, con sus bodegas repletas de armamentos.

La situación de guerra con España, aún no resuelta, contribuía a agravar las cosas: si los aliados peruano-bolivianos la explotaban convenientemente, podrían encontrar en la Península el sitio ideal para adquirir armas y despachar buques sin problemas. Blest Gana empleó todas sus condiciones de diplomático, hasta arrancar al gobierno español una promesa de la más absoluta neutralidad, lo que cumplió cabalmente. El éxito de esta gestión fue reconocido por el gobierno y el pueblo de Chile y contribuyó muchísimo a levantar la moral nacional.

Había misiones todavía más duras, como la de comunicar a los gobiernos y a los tenedores de bonos de la deuda externa la suspensión de los pagos de amortizaciones, aunque Chile respetaba sus compromisos en cuanto a los intereses. Esta moratoria, en los momentos en que había que pedir refuerzos económicos en la forma de equipos militares, podía traer

desagradables consecuencias para el crédito chileno, pero Blest Gana supo despertar la confianza de los acreedores y asegurar una relativa paz en el frente financiero.

Ninguna de estas labores son de escritorio. El ministro viaja continuamente para asegurarse por sí mismo de la celeridad de los embarques, del cumplimiento de los pedidos, de la construcción de naves. Escucha, desde lejos, las críticas: nunca faltan, y han llegado hasta la bajeza de suponer que se está haciendo rico a costa del país, ahorrando hasta el centavo en su propio beneficio. «Es cierto –responde– que yo tengo una pobre oficina y que ando a pie cuando los agentes peruanos andan en soberbios carruajes; pero la plata que el gobierno me confía se emplea como le conviene al Estado y yo no escaseo mi trabajo aunque se me haya tratado con injusticia».

El trabajo es arduo, y le consume hasta dieciocho y veinte horas diarias. En cuanto a «la plata», siempre escasea, y debe pedir frecuentemente nuevas remesas para satisfacer las demandas de pertrechos. Entre tanta acción directa no descuida los peligros potenciales e informa copiosamente al gobierno sobre los preparativos bélicos de la Argentina, que puede –en cualquier momento– ser arrastrada al conflicto en virtud del tratado secreto que mantiene con Bolivia. «Noticias que creo fidedignas aseguran que dicha república ha comprado gran cantidad de armamentos para el ejército. Se sabe que tiene un gran blindado en construcción en el astillero de Samuda, y un transporte en el de los señores Laird. Ultimamente se me ha informado que está por despachar una flotilla de botes torpedos. También se me ha informado que ha contratado en Glasgow la construcción de una cañonera del tipo y fuerza de la que construye la casa Armstrong para nuestro gobierno». Más

tarde comunica la botadura del blindado Almirante Brown, muy superior en adelantos técnicos a sus pares chilenos.

El conjunto de hechos más sobresalientes en la misión diplomática de Blest Gana durante el conflicto podría ser llamado con justicia la «guerra naval de don Alberto», y fue determinante en el éxito de las armas chilenas. Contó, durante ellos, con la eficaz ayuda de Carlos Morla Vicuña y del capitán de marina Luis Alfredo Lynch, enviado por el gobierno de Chile para asesorar técnicamente al Legado en la adquisición de elementos navales. Fueron dos operaciones –usando la terminología de moda– que bien podrían rodearse del ambiente fantástico de las novelas de aventuras, sin que le falte ni siquiera el toque de exotismo.

Comencemos por la Operación Le Havre.

Como todas las grandes potencias, el gobierno francés pone periódicamente en venta algunas de sus unidades navales para reemplazarlas por otras más modernas. Así fue como, en los comienzos de la guerra entre Chile y los aliados peruano-bolivianos, entraron en el mercado de armamentos dos acorazados de modelo antiguo: *Le Solferino* y *La Gloire*, el segundo de mayor potencia que el primero. Pronto apareció un extraño comprador: el gobierno de Nicaragua. Que el pequeño país centroamericano se interesara por semejante barco llamó la atención del cónsul chileno en Le Havre, el señor Feuillet, que comunicó sus inquietudes a Blest Gana. Sin duda, Nicaragua sólo prestaba su nombre, y el poderoso acorazado iría a fortalecer la flota peruana. El ministro chileno puso los hechos en conocimiento del canciller francés, que llevaba el muy británico apellido Wadington, y la operación fue paralizada en nombre de la neutralidad de la Tercera República.

Apenas detenida esta gestión del adversario, en otro extremo de Europa se produjo la Operación Sublime Puerta. Poseía el imperio turco un acorazado, el *Felhz-Bolend*, de dos mil quinientas toneladas de desplazamiento, trece nudos de andar, buen blindaje de nueve pulgadas y considerable armamento. Se hallaba, a la sazón, al ancla en la bahía de Constantinopla y formando parte de la flota turca que comandaba el oficial inglés Hobbart, a cuyo apellido los turcos agregaban, por su celebridad y la importancia de su cargo, el título de Bajá. Hobbart Bajá amaba sus barcos y mantenía la flota de la Sublime Puerta en un alto grado de eficiencia, pero el imperio otomano, con todo su poderío naval, hacía agua en materias económicas. Como el presidente Pinto con el *Cochrane*, el sultán no halló mejor forma de financiar sus miserias presupuestarias que vendiendo el *Felhz-Bolend*. Compareció un interesado digno del tono oriental de esta historia: el Japón. Sí: el Imperio del Sol Naciente se interesaba por el barco, y actuaba de gestor en la operación un griego de apellido Yafiri, banquero del empobrecido monarca turco. El banquero sabía, mejor que todos, que el barco no era para el Japón: el acorazado partiría a Singapore —vía canal de Suez—, y cruzaría el Pacífico para llegar a Guayaquil, donde lo esperaba una tripulación peruana que lo llevaría hasta el campo de batalla. Para desesperación de Yafiri, el asunto tan bien arreglado tropezaba con la pertinacia de Hobbart Bajá que no quería desprenderse de barco tan valioso. Mientras todo este mundo cosmopolita ensayaba sus recursos para conducir a buen término la transacción, Blest Gana supo en París lo que se tramaba en Constantinopla. Un telegrama a «una persona» (discretamente, el historiador Gonzalo Bulnes a quien seguimos en esta narración, escribe

«una persona») permitió aclarar las cosas: la Operación Sublime Puerta quedaría en nada si se realizaba oportunamente «una acción financiera», fijada en tres mil libras esterlinas al contado y otras tantas seis meses más tarde.

Inmediatamente, Blest Gana despachó al capitán Lynch con las faltriqueras bien provistas en demanda de la Sublime Puerta. En Constantinopla, Lynch trabó contacto con Hobbart Bajá, «quien se encargó de desinteresar a los cómplices de Yafiri en la corte del sultán». El monarca turco estaba ausente de toda la intriga y, al enterarse de ella, ordenó impedir la venta.

El suspiro de alivio de los diplomáticos chilenos duró poco. Toda una serie de operaciones, ciertamente de menor magnitud, los acechaban y debieron emplear toda su agudeza para desbaratar, sucesivamente, la compra de una torpedera en el Reino Unido, la de otro barco en Dinamarca y la construcción de dos naves en Alemania.

El dinamismo de la actividad diplomática en Europa correspondía al ritmo que los hechos de guerra habían adquirido. Si al comienzo la opinión pública chilena no parecía sino a medias tibia frente al conflicto, un acontecimiento galvanizó en veinticuatro horas al país y puso en el espíritu nacional la decisión de triunfar a cualquier precio. Fue el combate naval de Iquique, cuyos ecos, en la Legación parisiense quedaron estampados en un emocionante documento.

No pretendemos narrar aquí la historia mil veces contada del heroísmo de los marinos chilenos y la nobleza de su adversario, al almirante peruano Miguel Grau. Pertenecen ya a la tradición naval, no sólo del país. Sin embargo, es preciso bosquejar siquiera el hecho para explicarnos las horas de zozobra

vividas en París por Blest Gana, sus colaboradores y familiares.

Se encomendó el bloqueo de Iquique –entonces en manos peruanas– a dos viejos barcos de la armada chilena: *Esmeralda* y *Covadonga*, naves de madera, apenas armadas, con pésima maquinaria. El 21 de mayo de 1879 cayeron sobre ellas los dos modernos monitores peruanos: el *Huáscar* y el *Independencia*, bajo el mando del almirante Grau.

El capitán Arturo Prat, comandante chileno de los buques bloqueadores, se aprestó a una lucha que sólo podía terminar en desastre. A las primeras maniobras reventaron las calderas del *Esmeralda*, con lo que quedó prácticamente inmovilizado a merced del *Huáscar* y de una batería terrestre. Carlos Condell, comandante del *Covadonga*, enfiló hacia el Sur, estrechamente perseguido por el *Independencia*.

El barco de Prat resistió por más de tres horas el combate y fue hundido a espolonazos, mientras disparaba todos sus cañones –cuyas balas ni siquiera rasguñaban el blindaje del monitor peruano– y mantenía su bandera al tope. El propio Prat murió heroicamente, intentando el abordaje del navío adversario.

Condell apegó su barco a la costa, mientras marchaba a su escaso andar de cuatro millas. Desde lo alto de la cofa, certeros tiradores mataban con disparos de fusil a la marinería peruana que servía la más amenazadora de las piezas de a 300. Navegando entre arrecifes, burlaba Condell a su enemigo, que intentó por dos veces espolonearlo a pesar del peligro que representaba el roquerío apenas sumergido. En un momento de su estremecedora carrera, el comandante chileno sintió que su nave tocaba a fondo, a pesar del escaso calado. «Aquí se fregaron», murmuró, y ordenó virar hacia atrás. El jefe perua-

no, encantado con esta maniobra aparentemente torpe que ponía la nave chilena a su alcance, arremetió con furia. Un instante después, el monitor peruano estaba sobre la roca, tumbado sobre un costado, semidestruido. La artillería chilena hizo lo demás. La dura victoria de Grau sobre la *Esmeralda* le costaba al Perú uno de sus dos mejores barcos, con lo que se convertía en desastre.

Alberto Blest Bascuñan («Ito»), hijo del novelista, recogió en una crónica publicada el 22 de mayo de 1887 en el periódico *La Epoca*, las encontradas emociones que las primeras noticias del combate de Iquique produjeron entre los chilenos de París. Desde los primeros días de la guerra hasta el atardecer del 23 de mayo de 1879, la Legación recibía muchísimas comunicaciones desde Chile, pero todas eran ordenando compras de materiales bélicos o encomendando gestiones diplomáticas. De las alternativas guerreras, ni una palabra.

Serían las seis de la tarde del día 23 de mayo; apurados todos en despachar la correspondencia urgente, no levantábamos cabeza. Reinaba el más profundo silencio cuando siento golpear, corro a la puerta y junto con ver el uniforme azul de los empleados del telégrafo francés, grito: «Parte, parte de Chile».

Precipítanse de las piezas vecinas el señor Blest Gana, el ministro, y mis queridos compañeros y amigos Carlos Morla Vicuña, primer secretario, y Carlos Zañartu, oficial de la Legación.

Le paso el cablegrama al señor Blest Gana, quien lo abre con ansiedad y lo examina cuidadosamente, diciéndonos: «El parte es de Chile, pero no nos ha sido enviado directamente; es nuestra legación en la Argentina la que nos transmite estas noticias».

Y luego da lectura al siguiente telegrama, el que no olvidaré mientras viva.

La voz del señor ministro, al principio entera y sonora, enronquece con las primeras palabras y apenas alcanzamos a oír las últimas líneas; tal era la emoción inmensa que se apoderó del señor Blest Gana al leernos lo que sigue:

«COMBATE IQUIQUE, HUÁSCAR, ESMERALDA, COVADONGA, INDEPENDENCIA, DESTROZADA ESMERALDA, PRENDE POLVORINES ESTALLANDO, COVADONGA ECHO PIQUE INDEPENDENCIA».

Pálido, don Alberto Blest Gana nos miró a todos, que atónitos y suspensos escuchábamos sin respirar aquella fatal lectura, y añadió: «es todo».

El narrador —que trata impersonalmente de «señor ministro» a su padre— sigue contando las tristes impresiones de esa tarde. Todos están deshechos. Don Alberto les pide que coman con él, para compartir la pena. Y reflexiona: «Ellos han dado la orden del día: ¡morir antes que rendirse!».

Una y otra vez, durante la cena y la velada, se comenta el telegrama. «Aquella frase: “*Covadonga* echó pique *Independencia*”, ¿qué podía significar para nosotros que sabíamos la importancia de las dos naves? No podía significar sino: “*Covadonga* echada a pique por *Independencia*”. Esto era lo racional, lo único lógico, lo único verosímil. Ver en el cablegrama lo contrario parecía un disparate. Había que resignarse. El combate de Iquique era un desastre espantoso, un golpe atroz para nuestras armas».

Así pasan los dos siguientes días: empequeñecidos, ensombrecidos por la tragedia. Es posible imaginarse, por el

cuidadoso relato de «Ito», el estado de ánimo del personal de la Legación y de sus familiares. ¿Cuántas veces leerían el cablegrama, y cuántas veces volverían a interpretar en la única forma verosímil la frase en que se escondía la victoria?

El día 25 fue nuestro verdadero 21 de mayo. Temprano recibimos de una casa inglesa con sucursal en Chile un parte diciendo: «FELICITACIONES AL SEÑOR MINISTRO POR EL TRIUNFO ALCANZADO EN IQUIQUE».

Cómo: ¿nosotros los chilenos éramos los vencedores? ¡No, no puede ser, debe haber una equivocación! Pero minutos después una casa chilena de Londres envía otro parte: «FELICITO DE TODO CORAZON AL SEÑOR MINISTRO POR EL GLORIOSO COMBATE DE IQUIQUE. LA COVADONGA SALVO».

La *Covadonga* en salvo. ¿Y nuestro parte?

Pocos instantes transcurren y nuevos telegramas de amigos ingleses, uno de ellos diciendo: «RECIBA EL SEÑOR BLEST GANA MIL FELICITACIONES. COVADONGA SALVADA. INDEPENDENCIA PERSIGUIENDOLA EN CALLO COMPLETAMENTE DESTRUIDA».

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Viva Chile!

Todos corren a difundir la buena nueva. La alegría es inmensa. Aquella noche, como la muy triste del 23, se reúnen los funcionarios y la familia Blest Bascuñán para cenar con don Alberto. «Las mismas personas, pero, ¡qué cambio! Cada cara revelaba felicidad, entusiasmo, y reinó una alegría inmensa durante la comida. Hubo un instante en que todos sufrimos nuevamente; fue cuando se bebió la copa en memoria de los héroes sublimes que inmortalizaban nuestras glorias. Pero teníamos el corazón demasiado lleno de alegría. Pronto se pasó

a otra cosa y todos los semblantes tomaron un aspecto feliz».

En Chile ocurría lo mismo: el combate de Iquique y el sacrificio de Prat se convertían en una consigna. La guerra estaba ganada desde ese momento.

El 30 de octubre de 1883 se firmó el Tratado de Paz entre Perú y Chile. Blest Gana habría podido descansar, pero no; tenía que atender, al instante, un asunto postergado por la guerra y que no admitía demora: el nombramiento de Arzobispo de Santiago.

En 1878 había fallecido, repentinamente, el jefe de la Iglesia chilena, don Rafael Valentín Valdivieso, eminente pastor y hombre público, cuya vigilante actitud había causado numerosos conflictos con el poder temporal. Como la Constitución de 1833 reconocía la catolicidad del Estado chileno, el gobierno proponía una terna al Vaticano para la provisión de los altos cargos eclesiásticos, y el Vaticano elegía de ella un nombre. Las autoridades nacionales escogieron, para encabezar la terna, a un sacerdote cuyo espíritu conciliador podría convertirlo en una buena carta en este delicado juego: don Francisco de Paula Taforó. Lo apoyaban radicales y liberales, pero Taforó no era un hombre grato para los grupos conservadores, que lo tachaban tal vez por los mismos méritos que lo hacían recomendable al gobierno. Añadían, además –con una falta de consideración muy propia de la época– que era hijo natural o ilegítimo. En oposición a Taforó, fue levantada la candidatura de un destacado religioso: don Joaquín Larraín Gandarillas, que fue obispo auxiliar del difunto Arzobispo.

Así llegó el asunto al Vaticano y don Alberto recibió el encargo de inclinar la balanza a favor de Taforó. Si no lograba su nombramiento para el Arzobispado de Santiago, debía

procurar que, al menos, fuese designado Vicario Apostólico, lo que equivalía a clavar una pica en Flandes y a hacer más fácil la decisión final, por el antecedente que tal vicaría importaba. Por su parte, los opositores a Taforó no perdieron tiempo: el prestigioso obispo don Hipólito Salas escribió al Sumo Pontífice una carta en latín, en la que señalaba los riesgos que el triunfo de la candidatura de Taforó podía significar para la Iglesia chilena.

Blest Gana debió realizar numerosos viajes a Roma para tratar la cuestión, antes, durante y después de la guerra. En dos ocasiones, logró que el Vaticano reabriera el asunto que ya consideraba fallado en contra del nombramiento de Taforó; obtuvo, asimismo, que la Santa Sede enviara a Chile a un Delegado Apostólico para conocer «de visu» el fondo del problema. Pero la actuación del Delegado, Monseñor del Frate, sólo complicó las cosas y contribuyó a la irritación, ya manifiesta, con que el gobierno participaba en el largo proceso. Entre tanto, un hábil delegado del clero, D. José Alejo Infante, demolía sistemáticamente los argumentos de Blest Gana en favor de Taforó. Finalmente, el Sumo Pontífice dio por terminado el asunto, rechazando el nombramiento de Taforó en una carta dirigida al Presidente Santa María en la que le manifestaba «que no podía admitir la designación del varón eclesiástico que había deseado fuere promovido a la sede vacante de Santiago» y le rogaba presentar el nombre de «otro varón que pueda gobernar con fruto la Iglesia metropolitana de esa República». El Presidente Santa María hizo entregar sus pasaportes a Monseñor del Frate, e inició una serie de medidas que podrían considerarse como represalias: las leyes de matrimonio civil, de cementerios laicos y la organización del

Registro Civil tuvieron ese origen. Por su parte, Taforó presentó ante el gobierno su irrevocable renuncia a la candidatura, y el problema sólo alcanzó una solución nueve años más tarde con el nombramiento de monseñor Mariano Casanova. En el interregno, se desempeñó como vicario de la Diócesis M. Joaquín Larraín Gandarillas.

Al finalizar la guerra, el gobierno estaba convencido –¡por fin!– de la importancia de un buen servicio diplomático. Se produjo una reorganización general que consistió, principalmente, en aumentar las representaciones del país y en reforzar las existentes. Las tareas de Blest Gana, divididas entre Inglaterra y Francia, fueron limitadas a este último país y se designó un Ministro especial para el Reino Unido. Poco más tarde, se creó una misión diplomática en Alemania y la Legación parisiense recibió algún refuerzo. Blest Gana debió temer la pérdida de su colaborador, Carlos Morla Vicuña, al que se le ofreció una Legación, pero éste prefirió renunciarla y servir modestamente en Francia, como contador de la representación diplomática chilena. En tales funciones le sorprendió la muerte, en 1901.

Las nuevas disposiciones aliviaron, sin duda, los trabajos del Ministro, que pudo volver la mirada a los originales, ya amarillentos, de la última novela que comenzara a redactar en la patria, y reiniciar las ediciones francesas de sus libros.

La relativa paz funcionaria fue interrumpida por un golpe familiar, siempre temido. Cuando se alejó de Chile en 1866, llevaba sobre sí una congoja: ¿Volvería a ver al padre, ya viejo, que quedaba en Santiago? O esta ausencia, como la anterior, le traería el desconsuelo de estar lejos en la hora última de su progenitor? Esta vez la separación también fue definitiva: el

doctor Guillermo C. Blest murió el 7 de febrero de 1884, en su casa veraniega de San Bernardo, sin que el hijo ilustre tuviera la fortuna de volverlo a ver.

Al natural dolor por esta pérdida, debió sumarse, en don Alberto, el melancólico sentimiento de la irremediable ausencia. Pero de las emociones del hombre que a los cincuenta y cuatro años y desde tierra extraña se imponía del triste suceso, no quedó más huella que el oficio con que agradece las condolencias del gobierno:

Con profunda emoción y con la más viva gratitud he leído la nota de V.S., fecha 19 de febrero último, en la que se sirve darme el pésame a nombre del gobierno por la gran pérdida que acabo de sufrir con el fallecimiento de mi venerado padre.

Los términos altamente lisonjeros con que V.S. tiene a bien recordar el anhelo que puso mi finado padre en ser útil a nuestro país como ciudadano y como hombre de ciencias serán un timbre de justo orgullo para sus descendientes, al par que un elevado testimonio de los nobles sentimientos en que se inspira el Gobierno al manifestar su aprecio por todo el esfuerzo hecho en favor de la prosperidad de la República.

Sírvase V.S. ser intérprete de mi sincero agradecimiento cerca de S.E. el Presidente y de los dignos colegas de V.S. por la delicada atención con que me han dispensado la honra de asociarse al duelo que hoy cubre mi hogar y reciba V.S. mismo, con la expresión de iguales sentimientos, las seguridades de mi más distinguida consideración.

«Lo demás es silencio», dice el compañero de Hamlet. Poco

amigo de efusiones y de hacer públicos sus sentimientos más profundos, Blest Gana medita en la soledad el doloroso destino de aquellos que al pasar de los años que en ellos se prolongan ven desaparecer del ámbito de sus vidas a los que fueron guías, compañeros, amigos en la gran aventura de existir. Apenas hace tres años y medio —en plena época de sus afanes de guerra— las noticias de la patria le informaron del fallecimiento de su hermano menor, Joaquín, el político de la familia, que también tuvo sus veleidades literarias. En los albores de su matrimonio perdió una hija, y no pasaron muchos años antes de que viera palidecer y luego extinguirse al heredero más directo de sus talentos de escritor, Alberto Blest Bascuñán, el «Ito» de los periódicos santiaguinos donde derrochaba su bohemia y su *mal du siècle*.

Don Alberto se traga estos dolores y vuelve tozudamente a la carga, como el hombre que está dispuesto a cumplir, hasta el último día, su misión de servicio en esta tierra. Retorna a las olvidadas reediciones. Durante 1884, la Librería de Ch. Bouret y luego la Librería de la viuda de Ch. Bouret publican *El pago de las deudas* y *El primer amor*. Por este tiempo, o muy poco después, intenta, además, llevar por lo menos una de sus obras a un público que no es el hispanoamericano, y así la librería Hachette publica una versión francesa de *El ideal de un calavera*, con un título torpe que no traduce directamente ni el de la obra en español ni la estampa de su dramático personaje: *L'ideal d'un mauvais sujet*. No hay noticias, desdichadamente, de cómo acogieron los lectores y los críticos franceses esta obra chilena que procuraba encarnar en su idioma. Si se le había de parangonar con la producción del realismo y del naturalismo galos, entonces en plena florescencia,

seguramente no podía salir muy bien parada: Balzac, Stendhal, Flaubert y el propio Zola excedían –sin duda– en virtudes literarias y en el manejo de la forma novelesca al creador chileno. Pero si se la consideró como testimonio de las maneras y el ambiente de una época en la historia sudamericana, pudo resistir la crítica con la fuerza de su valor documental.

El mandato del presidente Domingo Santa María llega a su fin en 1886. El gobernante chileno, viejo amigo de Blest Gana y admirador de su obra literaria y de su prodigiosa labor en esos veinte años de funciones diplomáticas, le testimonia su gratitud por los servicios prestados al país, pocos días antes de dejar el mando: «Esta carta es la última que he de dirigir a usted sobre negocios públicos, desde que, en días más, habré de dejar la Presidencia de la República. No sería perfectamente justo con usted si no le asegurase cuán vivo es mi agradecimiento por los empeñosos y acertados servicios que usted me ha prestado durante mi administración. Siempre le recordaré a usted con gratitud, y siempre me haré un deber en recomendar el celo con que usted se ha conducido en todos los negocios confiados a la Legación que usted desempeña».

Estos elogios son el réquiem de la gestión tan celebrada. Culminación de una obra, son también los últimos aplausos con que se saluda al actor antes de que caiga sobre sus actos la definitiva cortina. El 18 de septiembre de 1886 asume la presidencia don José Manuel Balmaceda, uno de los gobernantes más visionarios, progresistas y previsores que haya tenido el país. Nuevo presidente, nuevas influencias, nuevos círculos de poder. Blest Gana no es bien visto por los que rodean al mandatario. Uno de sus peores y más incomprensibles enemigos es el propio hermano del presidente: don José

Ezequiel Balmaceda. Es sorprendente el apasionamiento con que lo combate. Hay que reemplazarlo. ¿Por qué? Para don José Ezequiel estas preguntas no tienen importancia. Le sobran los motivos; cualquiera puede reemplazarlo: «Cualquiera será bien recibido sin más razón que ver a Blest que al fin deja el cargo».

Esta sola frase da la medida de su arbitrariedad. ¿De qué se le acusa? ¡Desaciertos, desaciertos! Todo está mal: las reparaciones del blindado *Blanco Encalada*, la larga permanencia en el cargo, los veinte años de ausencia. Está «deschilenizado»; ya no tiene contacto con su tierra, ni puede entender, a la distancia física y psicológica, lo que ocurre y lo que se piensa en Chile. Es increíble. Los ataques no pasan de ser vaguedades y frivolidades, manifestaciones de una antipatía personal irrazonada. El presidente escucha con extrema solicitud el concierto de críticas: el 30 de septiembre se las representa en larga carta al ministro en París. El detalle es curioso de observar: han pasado sólo doce días desde su asunción al poder, y ya tiene tiempo de preocuparse del Legado de Chile en Francia. El presidente Balmaceda era un hombre duro y resuelto: lo convencieron y procedió. No sirve de nada condenarlo a la distancia; sólo es posible reflexionar —y no sin dolor— en que si estos consejeros, tan implacables para juzgar al diplomático que contribuyó enérgicamente al triunfo de Chile en la guerra, hubieran ocupado su tiempo en prestar oídos al rumor de complot que hacía eco a cada medida del nuevo gobernante, habrían salvado a su patria de la peor de las guerras civiles y al presidente Balmaceda de una trágica muerte.

Blest Gana se defendió brillantemente.

No se me alcanza, en verdad, qué género de cuestiones son aquellas en que una persona de alguna inteligencia, que ha tomado una parte activa y no estéril en la política internacional de su país, no puede representar el espíritu y la tendencia exterior dominante en la nación, como dicen, según la estimada carta de usted, los que me niegan su confianza. (...) Todas las cuestiones difíciles que me ha tocado tratar en mi activa carrera pueden servirme a este propósito (...) todas ellas manifiestan que he tenido invariablemente la fortuna no sólo de interpretar con fidelidad la política gubernativa, encarnación de la tendencia exterior dominante en el país, puesto que tengo lleno el archivo oficial y el mío particular de comunicaciones que expresan la más completa aprobación de mis actos...

¿Deschilenizado?:

En cuanto a que un hombre se desnacionaliza porque reside muchos años fuera de Chile, usted me permitirá que no considere el cargo como apoyado en ningún fundamento sólido. Acaso podría decirse eso del que se mantiene muchos años alejado del suelo natal por puro gusto. Mas no es posible formular semejante acusación contra el que vive ocupado del servicio de su patria; que sigue con vivísimo interés su desarrollo; que le consagra todos sus instantes y que pone su grano de arena con infatigable celo en esa obra común de engrandecimiento nacional, que no puede ser completa si no tiene representantes activos y experimentados, repito *experimentados*.

Es de comprender su ira: ¡que se le acuse de deschilenizarse!

El desmentido ocupará dos largas novelas, en las cuales Chile está presente con tremenda fuerza, como lo estuvo siempre en su inteligencia y en su corazón.

La gratuidad del cargo es evidente, si se considera el conjunto de la obra desarrollada por Blest Gana en sus misiones exteriores, aunque –y esto es muy natural y fuera de duda– veinte años son un período muy largo en la historia de un hombre, y el novelista ha echado raíces en Francia sin perder, por ello, las que lo atan a su tierra.

Las demás acusaciones de don José Ezequiel sucumbirán bajo el peso del tiempo: el propio Balmaceda encomendará a Blest Gana futuras misiones, confiando en esa experiencia de la que éste hace razonable gala, y aun mucho tiempo después de su retiro los gobiernos del país seguirán solicitando su consejo y su presencia en materias internacionales. Sin embargo, en aquel doloroso momento de 1886, la batalla está perdida. La calurosa defensa del Legado no hace mella en los acusadores. El coro de diatribas continúa. Blest Gana comprende que ya no es hora de luchar. Hay que buscar una salida digna al conflicto, una salida que asegure, de paso, los días finales de su vida. El 24 de marzo de 1887 escribe al gobierno solicitando su retiro. Apoya el pedido en un certificado médico por el cual el profesor Hardy afirma que el diplomático *«est atteint depuis plusieurs années d'une dyspepsie gastro-intestinale laquelle a provoqué des accidents variés et particulièrement une anémie avec faiblesse générale»*.

Semanas más tarde llega la respuesta: se acoge su petición, se le jubila, pero –dice el canciller chileno– «deseamos continúe al frente de la Legación hasta nuevo aviso».

Típica deshumanización estatista: usted es combatido, es

puesto «en tela de juicio», es insultado –siquiera entre líneas–, es acusado de toda clase de dolos y malicias, pero, cuando llega el momento en que usted decide retirarse del amargo combate, entonces el Estado le exige que siga en su puesto mientras a él se le antoje, a despecho de todas las insidias y de todas las acusaciones que han justificado su retiro.

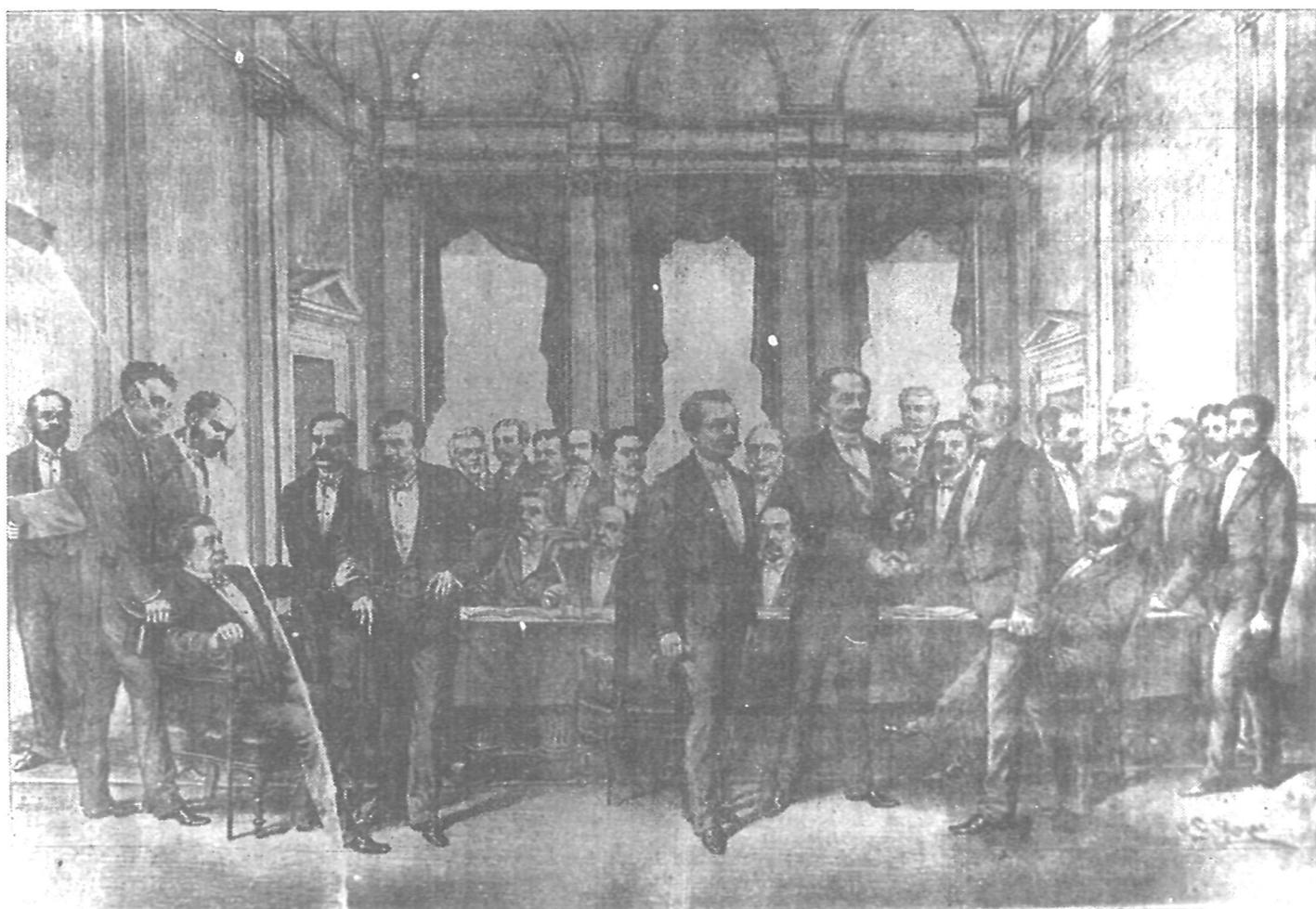
Blest Gana se mantuvo en su puesto hasta el 31 de diciembre de 1887. Había presentado sus cartas de retiro el 16 de ese mes, pero continuó en el servicio hasta dejar por completo enterado de los negocios pendientes a su sucesor, don Carlos Antúnez, y hacerle entrega de un archivo en perfecto orden.

Abandonaba la diplomacia sin que las amarguras de su largo ejercicio hubieran disminuido en un punto su profundo sentido del deber. Ahora podía meditar sobre el regreso a Chile, que posterga para el mes de enero pues su salud se lo impide en el instante.

¿Posterga el regreso? Es legítimo preguntarse si la idea de volver no fue sólo una ilusión caprichosamente sostenida. Al cabo de veintitrés años de ausencia, al cabo de dieciocho años de vivir en Francia, ¿podía atraerle bastante ese regreso al país donde ya muchos de sus amigos habían muerto, donde sólo quedaba un fragmento de su familia? París era la ciudad de sus hijos; era su hogar de un tiempo intenso y largo. La esperanza de volver tal vez fue una idea romántica, movida por alguna nostalgia muy propia de su espíritu tan acendradamente chileno. Pero el hecho práctico es que el regreso habría constituido otro desarraigo, quién sabe si más violento que el primero. Así, el proyectado viaje fue quedando atrás, convirtiéndose día a día en un nebuloso deseo. La patria ya era, definitivamente, el pasado.

NOTAS AL CAPITULO 7

- 1 Oficio del ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, D. Abdón Cifuentes, a Blest Gana, instruyéndolo sobre su misión en Roma, Citado por Raúl Silva Castro.



El Presidente José Manuel Balmaceda asume el mando. Dibujo de Luis Fernando Rojas en el diario *La Epoca*. (Colección Aristodemo Lattanzi)



Página del álbum de doña Carmen Gana. En el ángulo superior derecho se observan las firmas de Guillermo, Alberto y Joaquín Blest Gana.

CAPÍTULO 8:

«DURANTE LA RECONQUISTA» Y «LOS TRASPLANTADOS»

Al partir de su patria en el año 1866, Alberto Blest Gana llevaba en su equipaje, muy bien empaquetados y sellados, los originales de una novela. Era aquella de la que, un día, escribió a su amigo Lastarria: «Esta vez abandono los cuadros de costumbres y lanzo mi imaginación en el estudio de las pasiones inspiradas por ciertos hechos históricos...».

La mano del diplomático había apartado de sí la obra del novelista. Ahora era el momento de recuperarla del secreto de veinte años y traerla a la luz definitiva. Firmado el último despacho, vuelta la espalda a las oficinas modestas y bullentes de trabajo de la Legación, el novelista debió precipitarse con amor, no desprovisto de furia y despecho, en la que era su vocación más auténtica. En el silencio del escritorio, sumergido en la muchedumbre creada por su pluma, se reconfortaría de sus pasadas amarguras. Y, seguramente, un soplo de orgullo conmovió el corazón del viejo escritor cuando envió a su patria la noticia de su nueva obra: los que lo vencían en el terreno de la intriga burocrática habrían de contemplar cómo reverdecía su gloria en los menesteres literarios.

El diario *La Epoca* anunciaba en su edición del 9 de septiembre de 1888: «En el próximo vapor de Europa llegarán los originales de una novela que don Alberto Blest Gana envía a uno de sus deudos residentes en este puerto (se refiere a

Valparaíso, de donde venía la información), para que atienda a la publicación de ella».

El anuncio añadía: «La novela versa sobre asuntos ocurridos en tiempo de la Independencia, abarca un buen espacio de tiempo y consta de dos volúmenes. Aunque un diario ha hecho proposiciones para comprar la novela y publicarla en sus folletines, todavía no hay trato cerrado»¹.

No hubo trato ni llegó la obra. Al revisar los viejos originales, Blest Gana no se sintió satisfecho con su trabajo. Comenzó a reescribir pacientemente. Fue una larga tarea: sólo nueve años más tarde apareció bajo el sello de los Hermanos Garnier, libreros-editores parisienses, en dos tomos con más de mil cien páginas. Su título era probablemente el mismo de la primera versión: *Durante la Reconquista*.

Mientras se entregaba a la construcción de su novela, más amplia y rica en personajes, intrigas y aventuras, se ocupó de editar las obras de su primera época. Así, la librería de la viuda de Ch. Bouret produjo *La fascinación* (1891), *El ideal de un calavera* (1893) y *La aritmética en el amor* (1897), en tanto que en Chile se publicaba nuevamente *El pago de las deudas* (1895).

Pero la diplomacia sigue rondándolo: el mismo gobierno que lo presionó hasta provocar su jubilación, le ruega formar parte de la comisión que tendrá a su cargo la muestra chilena en la Exposición de París de 1889.

Dos años después asiste desde Francia a un acto dramático que conmueve a Chile: el Parlamento se subleva contra el presidente Balmaceda y —con el apoyo de la escuadra— desata una sangrienta revolución. Es el epílogo de un conflicto de poderes que lleva en su germen la vieja discusión entre dos

tipos de gobierno: presidencialismo o parlamentarismo. En otras ocasiones, los cabildeos políticos y los arreglos más o menos estables salvaron la situación. Pero ahora se enfrentan un Congreso hostil y un presidente que está dispuesto a luchar por sus poderes hasta las últimas consecuencias. De nada valen las mediaciones. Para Balmaceda, lo que está en juego es el principio de autoridad; para sus opositores, el presidente es un obcecado que se extralimita. El futuro dará la razón a Balmaceda: los estériles años de parlamentarismo que siguen al triunfo revolucionario y que terminan con un regreso al régimen presidencial casi cuarenta años después, convencieron tardíamente a muchos opositores de entonces.

La violencia del conflicto fue tremenda. En dos principales batallas, donde mueren los chilenos a millares, las fuerzas leales son vencidas. Balmaceda se refugia en la Legación argentina, mientras la turba saquea las casas de los gobiernistas. Al día siguiente de terminado su mandato, Balmaceda –convencido de que su presencia contribuye a aguzar los odios– se mata de un balazo en la sien. El disparo atrasa en muchos años la historia de Chile. Don Alberto no puede mirar con indiferencia los trágicos sucesos: es un patriota y le duele la desgracia de su lejano país. Además, su hermano Guillermo está entre los balmacedistas y sufre odiosa persecución.

Sumerge las angustias de aquella hora, sumadas a los dolores de la pérdida de su hijo Alberto (que murió, como anotamos más arriba, en 1888 y en Santiago), en el trabajo literario. Su mujer, doña Carmen Bascuñán, le insta con paciente exigencia: ella, secretaria y correctora de pruebas del marido escritor, sabe que ése es el mundo propio de don Alberto. El largo y tormentoso interregno de su actuación

diplomática es accidental dentro de la vida del novelista, aunque haya producido tantos bienes, de toda índole, al país. Ahora hay que volver al habitat natural: esa gran novela de la Independencia debe estar cuanto antes en manos de un público para el cual ya comienza a convertirse en leyenda el creador de Martín Rivas y de Abelardo Manríquez.

Por fin, en 1897, los Hermanos Garnier entregan con diferencia de pocos meses, la voluminosa historia, dedicada

A MI ESPOSA DOÑA CARMEN BASCUÑÁN DE BLEST GANA. HOY, DESPUÉS DE CUARENTA AÑOS DE UNIÓN INALTERABLE, CON EL PROFUNDO CARIÑO CON QUE TE HE CONSAGRADO MI EXISTENCIA DESDE EL PRINCIPIO DE LA JUVENTUD, TE DEDICO ESTE LIBRO. SE ME FIGURA QUE REUNIENDO NUESTROS NOMBRES EN SU PRIMERA PÁGINA, LO HAGO ENTRAR CON UN PRESAGIO DE BUENA SUERTE AL PELIGROSO CAMPO DE LA PUBLICIDAD.

Durante la Reconquista sobrepasa, muy lejos, las dimensiones interiores de las primeras obras. Más que una novela, es un enorme friso en que está representada una sombría etapa en la lucha de Chile por su libertad. La Reconquista es el período que va desde el desastre de los ejércitos patriotas en el sitio de Rancagua –y el consiguiente éxodo trasandino– hasta el regreso triunfal del Ejército Libertador bajo el mando de los generales O’Higgins y San Martín. Fueron cuatro años tremendos en que se ejerció una implacable dictadura por parte de los españoles, animada por el espíritu siniestro de San Bruno, excelente antecesor de la Gestapo. Perseguidos, humillados, encarcelados, asesinados, los patriotas padecieron toda suerte de infortunios bajo la férula del oficial de policía, celoso defensor de la Corona y verdaderamente genial en el arte de la

intriga y la represión. Fue necesario hacer milagros para sobrevivir y mantener vivo el fuego libertario. En las sombras nocturnas, en el refugio de las oscuras tabernas populares y los ranchos solitarios del campo hubo que fraguar, hora a hora, día a día, el arma espiritual que permitiera subsistir —en tan acosado medio— al germen de la rebeldía. Los enardecidos patriotas que llenaban los salones de ayer al conjuro de la revolución fueron dispersados. Muchos se plegaron al bando triunfante; entre éstos, los que constituían el alto mundo colonial y cuya influencia en la vida social santiaguina era de gran peso. Los pocos que tuvieron ánimo de resistir debieron abandonar los salones capitalinos y buscar refugio en el caserío de sus haciendas para esconder su devoción libertaria y ocultarse de los ojos del vigilante español. El pueblo, el mismo pueblo sonriente, fatalista y desfachatado que se comería las nueces de la barricada igualitaria treinta y siete años más tarde, asistía al brillante espectáculo del retorno godo y a la tragedia patriota murmurando entre dientes sus opiniones impublicables sobre el rey español y sus esbirros en Chile. Cuando llegaba el momento, el pueblo alzaba la voz y las armas.

Tras la pacífica apariencia de la aldea que era Santiago, en el silencio de sus callejuelas sin luces y de sus casonas cerradas a machamartillo, se movía todo un mundo vago y oculto de conspiradores. En el aire matinal de las tapadas que iban a la misa catedralicia y en la cortesana tertulia de las largas horas crepusculares, no afloraba el oculto mundo de los San Bruno y los Manuel Rodríguez (símbolos, respectivamente, de la represión goda y de la insurrección patriota). Los besamanos, las zalemas y las frases de ritual seguían como siempre, mientras bajo la apariencia de la bien vestida capa o a veces del femenino

manto que dejaba escapar entre sus encajes los destellos de una mirada o una sonrisa, se escondía la tormenta revolucionaria. ¿Cuántas veces un rostro resplandeciente comunicó la clave de una conjura? ¿Cuántas, una sonrisa equivalía a un aviso? ¿Cuántas, entre las finas evoluciones del minué, la contradanza y la cuadrilla, se tramó una cita, se acordó un asalto o se dispuso de la vida de un hombre?

El tema de la resistencia necesitaba su cantor, y hasta ahora no lo había tenido. Y ésta es la virtud de la inmensa novela de Blest Gana. ¿Personajes? Podemos citar a tantos: Abel Malsira y el roto Cámara, el coronel Laramonte, la bella Luisa Bustos, el general Osorio, el vulgar Callana, don Francisco Carpesano, las ridículas Catita y Cleta, la bellísima coqueta Violante de Alarcón, San Bruno, Manuel Rodríguez, la plebeya Marica, el mayor Robles, Juan Argomedo, Ña'Peta y Contreras, el bandido Neira, misiá Clarisa, el oidor Malespina, José Retamo, el cura Carreño, Lucho y Beno, y muchos otros. ¿Acciones? De todos los órdenes: coqueterías de salón, gallardos desfiles, procesiones, asaltos, asesinatos, asedios, traiciones y balazos por las espaldas para terminar. Un mundo, en suma.

Este es el gran mérito de Blest Gana. Pudo hacer una novela de amor con el atrayente triángulo constituido por Abel Malsira, Violante y Luisa Bustos, usando el telón de fondo de la época de la Reconquista. Pudo hacer una novela heroica enfrentando a San Bruno y a Manuel Rodríguez; pudo hacer una novela popular con el roto Cámara y sus semejantes; pudo hacer una reconstrucción de época con sólo relacionar oportunamente los variados cuadros sociales de su novela; pudo hacer una novela picaresca con el roto Cámara, Marica y una abundante cantidad de elementos apropiados al género; pudo

hacer una pieza épica que describiera la hazaña de cruzar los Andes con un ejército y rematara en Chacabuco y Maipo, las dos grandes batallas de la Independencia chilena. Pero, a sabiendas o por pura intuición novelística, hizo algo más que eso: describió la hazaña de un pueblo.

Con escasas reticencias puede afirmarse que en *Durante la Reconquista* no hay personajes, por lo menos a la manera usual: no hay protagonistas. Como en el Boris Godunov de Mussorgski, puede decirse que en esta obra el protagonista es el pueblo. Todo. En todos sus estratos y condiciones; pequeño o grande; noble o plebeyo; ignorante o culto, es el pueblo. Blest Gana no descuida ni menos abandona su vieja técnica de describir, tratando de ser todo lo exacto que le permitía su penetración psicológica, unas figuras humanas, y de retratar, con fidelidad fotográfica, los ambientes en que estas figuras se movían. Pero en su novela hay más: todo este mundo particular de los hombres y sus escenarios está envuelto en una totalidad que escapa a las perspectivas de detalles para precipitarse, caudaloso, en lo múltiple.

Cosa notable: no hay épica. El que busque en esta obra las emociones de corte cinematográfico o el gran panoramismo de las novelas históricas que mueven masas en torno de sucesos, en que la escena de tal batalla o de tal episodio constituye el punto cumbre, no hallará nada semejante en la obra de Blest Gana. Y no es porque esté escrita en tono menor y recogido (que no estaba en Blest Gana semejante disciplina), sino porque su adhesión a la realidad –a la realidad que le interesa, realidad sin pompa ni grandes acontecimientos– le impide presentar un cuadro que no sea el cotidiano, y la conducta diaria del héroe o los héroes descarta por sí misma la epopeya: son seres

capaces de ser héroes, según le dicten las circunstancias. Nada hay en ellos del «élan» romántico; por el contrario, su realidad les impone un marco de faenas cotidianas donde se puede ser heroico, pero con menos espectáculo.

En otras palabras, Blest Gana ha logrado captar la existencia diaria, cotidiana, vulgar, del hombre que vive una circunstancia histórica. Y esto elimina por completo las posibilidades gallardas, como ocurre en la realidad: el personaje –real o novelesco– no sabe en qué momento es personaje histórico.

Hay aventura, sí. Aventura que, en algunos momentos, alcanza la raya de lo picaresco que confunde el humor con el drama. Cuando se leen, en los vastos capítulos de *Durante la Reconquista*, las hazañas del roto Cámara, es como penetrar en el escenario del *Diablo Cojuelo* o en un extraño universo donde reinan a un tiempo –y encarnados en un solo ser– el soldado anónimo de las grandes batallas y la bellaquería de un Pedro Urdemales. Y en contraste con el individuo que se disimula en las sombras de los paredones con apariencia conventual de las casas coloniales y con el mensajero de la libertad –Manuel Rodríguez–, que cambia de apariencia con fabuloso arte mímico (aquí es fraile, allá es huaso, elegante santiaguino en una hora y borracho plebeyo en la siguiente), asistimos a los salones de la aristocracia capitalina y presenciamos el ir y venir, entre encajes y sedas, de la gente refinada que conversa y baila, procurando sentirse ajena al aire tenebroso de la revolución que medra en la penumbra y de la represión goda que acecha en las esquinas.

Casi no interesa el tenue hilo conductor que Blest Gana ha tendido a lo largo de la trama multiforme. La enamorada Luisa, el inestable Abel Malsira, la encantadora Violante (Circe en

esta historia sin Ulises), palidecen –con su particular drama– ante el conjunto colorido y tumultuoso que repleta el escenario. Sobresale la multitud, movediza y bullanguera, que se precipita hacia los primeros planos como si, en una tragedia griega, el Coro desplazara a los protagonistas.

Desde las primeras páginas, la muchedumbre –antes que los personajes– nos sale al encuentro:

Para admirar tanta pompa y galanura, el pueblo había acudido de los arrabales desde temprano: con sus ponchos multicolores, sus chupallas de pita o sus bonetes maulinos de pan de azúcar, los hombres; con sus rebozos de castilla, verdes y colorados, y sus polleras de vistosos colores, las mujeres. Poca gente decente, gente visible, como se decía más comúnmente entonces, transitaba por entre la plebe abigarrada. La corriente humana, a veces en líneas cortadas como camino de hormigas, o en bandas de unos pocos como gansos que caminan con gravedad al bebedero, se dirigía a la plaza por las diferentes calles que en ella desembocan. Pero hombres y mujeres iban, por lo general, silenciosos, sin la prisa que impulsa el interés y sin las voces y risotadas en que la alegría popular desahoga el fuego de su contento y el exceso tumultuoso de su robusta vitalidad. Sólo los muchachos, cohorte siempre alegre, metían bulla. A pesar de los cortinajes y de las banderas, a pesar de los arcos y de las flores, a pesar de la luz resplandeciente del sol que brillaba como una sonrisa del cielo, hubiérase dicho que una sombra de recogimiento se advertía en los semblantes, como si una preocupación oculta embargase en la turba plebeya la natural expansión del roto que se divierte. Miraba maquinalmente, apenas con curiosi-

dad, las galas de que la ciudad estaba vestida, y seguía esa turba entrando en la plaza, sin tumulto, con paso tardo, con aire desconfiado. Era porque la fiesta que se preparaba tenía para los más una significación siniestra. El pueblo sentía en ella algo ominoso, que hacía vibrar en él la cuerda del patriotismo desconsolado, en una de esas conmociones que se adueñan del alma de las multitudes, sin necesidad de propaganda ni fuerza extraña, por la electricidad misteriosa de un sentimiento común.

Es Santiago que presencia los honores oficiales al general Osorio, después de su triunfo sobre los chilenos en Rancagua.

Los vivas, los cohetes, las voces de Callana, el paso doble que tocaba la banda de música y el alborotarse de los caballos de la escolta formaban un ruido semejante al de los grandes vientos de temporal, que suelen barrer los árboles y hacer rodar al suelo, con fragor, las tejas de las casas de Santiago. Espantados de repente por los cohetes y con la grito del pueblo, los caballos de los carabineros, rompiendo la formación, vencieron la resistencia del freno y se estrellaron contra la muralla de cuerpos humanos formada en la bocacalle por los espectadores. Y huyó la turba despavorida, lanzando gritos de terror las mujeres, de burla los del populacho, que nunca perdona a un jinete el dejarse vencer por los bríos de su cabalgadura. Los ayes lastimeros de algunos a quienes los caballos habían estropeado resonaron sobre las demás voces y sobre la banda de músicos, que seguía tocando su cadenciosa marcha regular...

Todo esto ocurrió en brevísimos instantes. Un grito de espanto salió de la turba de amedrentados espectadores. Algunas devotas imploraban la misericordia divina, como

se hace en los temblores; los rotos lanzaban chuscadas contra los apurados jinetes. El peligro de las dos señoras y el joven era inminente, cuando un hombre del pueblo, desprendiéndose de un grupo cercano, se lanzó sobre los caballos con extraordinaria agilidad y, no pudiendo asir la rienda de los dos, dio al uno en la cabeza un feroz bofetón que le hizo cambiar de rumbo, y empuñó con rapidez inaudita las riendas del otro, hasta paralizar enteramente sus movimientos.

Los gritos de terror se convirtieron, entonces, en aplausos espontáneos y entusiastas.

Abel, reconociendo en su audaz salvador al mismo hombre del pueblo que poco antes le había hallado en la puerta de la catedral, murmuró entre dientes, con asombro:

—¡Manuel!

Es el guerrillero Manuel Rodríguez, que comparece en la novela con un rasgo de audacia. No necesita, para el novelista, descripción mayor: el hecho basta.

El motín de los patriotas recluidos en la cárcel de Santiago y su sangrienta e inútil represión son para Blest Gana otra oportunidad para describir con notable brillo los movimientos colectivos:

—¡Ríndanse, canallas!

Morgado les apuntaba con la pistola. San Bruno, sólo con su espada.

Un golpe de estupor paralizó algunos segundos el pensamiento de los conjurados. El fantasma de la traición se alzaba delante de ellos, cuando se creían ya completamente seguros. La traición como hecho consu-

mado, ineludible, tremendo, con torva realidad de catástrofe. Unos cuantos segundos para divisar el lívido gesto de la muerte, sin combate, sin misericordia, sin gloria. En la naturaleza viril de Malsira y de dos o tres de los que inmediatamente le rodeaban, esa vacilación de la naturaleza duró un suspiro y cedió en el acto, ante el instinto de conservación, a la explosiva pujanza de los valientes. Con cuchillo en mano, sin contar a sus enemigos, con la rabia del que se ve burlado, se abalanzaron sobre ellos. Morgado derribó a uno descargándole su arma a quemarropa, San Bruno eligió a don Alejandro como blanco de su furia. Levantando con rapidez su espada, le asestó un golpe en la cabeza. Alguna sangre brotó de la raíz del cabello; le tiñó de rojo el rostro. Rugiendo, Malsira lanzó una imprecación formidable, blandiendo su puñal. La desesperación y el ejemplo de los que así defendían su vida dieron a casi todos los otros patriotas un ímpetu de energía. Uniéndose a Malsira y sus compañeros, arremetieron como una masa compacta contra los tres oficiales, que no pudieron resistir la embestida. Algunos de los patriotas, don Alejandro entre ellos, alcanzaron a salir al corredor. Otros, los tímidos, puestos de rodillas, imploraban perdón.

—No hay que dejarlos escaparse —gritó San Bruno.

La tropa, formada en el corredor, frente a la puerta, tenía orden de no hacer fuego hasta oír la voz de mando. Tras las palabras de San Bruno, el mayor lanzó la orden:

—¡Fuego con ellos!

Algunos soldados dispararon sobre los que se habían escapado por los corredores. Los otros, en el mismo instante, defendían sus armas en una lucha de fuerzas. Los patriotas, con heroico empeño, tiraban para arrancárselas de las manos. Don Alejandro Malsira, lejos de

huir, había exclamado, dando el ejemplo:

—¡A quitarles las armas!

Cogiendo con las manos el fusil de un soldado, hacía desesperados movimientos para arrebatárselo. Pero al instante, San Bruno, a quien el empuje de los patriotas había desviado de su puesto, descargó un nuevo golpe sobre Malsira, y esta vez de estocada, por la espalda. Las manos del patriota soltaron su presa y el hombre, cual un toro tirado hacia atrás por un lazo, cayó como resbalando sobre los talones.

Simultáneamente con ese ataque, resonaban las imprecaciones de furor de los soldados, los alaridos de los que recibían bayonetazos y estocadas, los lamentos de los que imploraban perdón. Un coro desconcertado que llenaba el aire con su siniestra vocería. Los tiros disparados habían repercutido su eco alarmante hasta fuera de la cárcel. Las carreras en busca de los que habían conseguido perderse en la oscuridad aumentaban la confusión. Todo formaba un cuadro pavoroso y fantástico, como una visión de cerebro calenturiento.

Si las escenas multitudinarias dan el tono coral a la obra, no faltan en ella las descripciones de personajes que tanto seducían a Blest Gana, a veces detalladas hasta la minucia, a veces de grandes rasgos reveladores. Unas pocas líneas trazan la imagen de San Bruno:

En el marco de la puerta medio se apoyaba, sombrío y adusto, un hombre como de cuarenta años, de semblante pálido, de ojos penetrantes, a los que lo espeso de las cejas y lo estrecho de la frente, limitada por tupidos y rebeldes cabellos negros, daban un reflejo singular. El

uniforme del regimiento de Talaveras que vestía no alcanzaba a prestarle el aire marcial de un hombre de espada. La imaginación buscaba en torno de ese extraño personaje, en vez de ruido de las batallas, en que el famoso regimiento se había señalado por sus crueldades, el silencio forzado de los claustros. Su rostro, cuidadosamente afeitado, tenía la impasible rigidez del de un inquisidor que hace aplicar la tortura.

Escasas palabras le bastan, también, para hacer el retrato de Luisa, tierna vestal patriota:

El cabello castaño, bien plantado y abundoso, invadía en ángulo agudo el medio de la frente, estrechándola, y dibujaba a uno y otro lado su graciosa curva hacia las sienes. En su rostro nada era perfecto; pero los ojos tenían reflejos extraños, de voluntad levantada y serena, que sabe dominar las emociones y refrenar las traicioneras sugerencias de la imaginación. En los labios, más bien abultados que finos, imperaba la misma expresión de voluntad.

O para apuntar la sensual naturaleza de Violante, la soberbia española:

La bata, de fina tela, atada por un cordón a la cintura, caía con la gracia de las túnicas romanas, dejaba adivinar las graciosas curvas, modelaba con incierta precisión el seno libre, sin la rígida opresión del corsé.

Como la época que describe, todo en esta novela es trágico. Uno de sus críticos, don Pedro Nolasco Cruz, apuntó con

exactitud que «el señor Blest Gana, cuando necesita desembarazarse de los personajes, da en lo trágico y acude a la violencia: unos mueren fusilados o de resultas de enfermedades repentinas y mortales, otros se vuelven locos, otros se suicidan».

Raúl Silva Castro añade un recuento pavoroso: «Don Alejandro Malsira muere fusilado, su hija Trinidad muere de enfermedad repentina y su hijo Abel, fusilado como su padre; igual suerte corre, con Abel, su prima Luisa Bustos; Juan Argomedo es abandonado en una quebrada para que lo devoren los buitres; el ‘mayor’ Robles es fusilado; Ña Peta muere asesinada por Argomedo». Tremenda suma que, vista superficialmente, hace recordar los dramones del romanticismo comercial en los que apenas si escapa con vida el consueta. Pero si nos atenemos a las circunstancias de la época, es preciso reconocer que no era la violencia la medicina más rara. Y por otra parte, nada tiene de extraño que Blest Gana haya sucumbido a la costumbre novelística de su tiempo, que solía exterminar personajes en cantidad todavía mayor. Lo apreciable, lo digno, es el sello de nobleza y la parquedad emocional que, como norma, rodean los acontecimientos fatales tan abundantes en la obra. Es un buen administrador, aun de estas formas siniestras de la novela histórico-romántica. Y rara vez es incongruente: su manera de deshacerse de los personajes no suele dejar en el lector la sensación del escamoteo.

Durante la Reconquista fue saludada, en los años de su aparición, con un concierto de elogios, comenzando por un caluroso artículo de Diego Barros Arana en *Los Anales de la Universidad*, que celebró el «excelente resultado» de «su procedimiento literario», aunque –historiador al cabo– se

lamenta de la forma en que el autor desfigura el carácter de algunos personajes.

Eleodoro Astorquiza celebra, por su parte, aquello de que se lamenta Barros Arana: «No hay —expresa— novela más verdaderamente histórica que *Durante la Reconquista*, y ello, precisamente, a causa de la desfiguración de los personajes históricos y de la introducción de personajes no históricos, que son la mayoría».

Uno de estos personajes gloriosamente no históricos y, sin embargo, real, de una realidad patentísima e indiscutida, es el roto Cámara, nombre que hemos recordado tantas veces en este capítulo. Pertenece el roto Cámara a esa galería de personajes de Blest Gana que están a punto de ser arquetípicos, pero que no alcanzan el carácter de símbolos porque el autor tuvo el cuidado de convertirlos en buen depósito de una realidad ambiente: resume, en ellos mismos, una cantidad de rasgos específicos mezclados a otros absolutamente propios y personales, de lo cual resulta un carácter y no un símbolo. Cámara es un trasunto muy fiel de las virtudes populares chilenas: audaz, ladino, improvisador, falto de método, imaginativo, cazurro, desconfiado, fatalista y generoso. Carlos Vicuña Mackenna recuerda que le preguntaron cierta vez a Blest Gana por qué no había hecho morir a Cámara en el curso de una novela en que moría tanta gente y de manera violenta. Blest Gana respondió con una bella frase que manifiesta lo que él quiso hacer de una criatura novelesca: «No Cámara representa al pueblo chileno, y el pueblo chileno no muere: vive y vivirá siempre».

Muchos años después de la publicación de *Durante la Reconquista*, un crítico exigente (el mismo que comparaba con

las de un museo de cera las figuras novelescas de Blest Gana; Fernando Alegría) apuntó resueltamente: «Con un interesante fondo de intrigas políticas, de conflictos amorosos, de episodios históricos, Blest Gana va organizando su galería de héroes y villanos. Idealiza a los patriotas, a Manuel Rodríguez entre ellos, pero no denigra ciegamente al enemigo; por el contrario, lo presenta en serenas caracterizaciones y llega a describir semblanzas memorables como las de San Bruno, Osorio y Marcó del Pont. Dejándose guiar por un magnífico instinto de narrador, Blest Gana crea un personaje criollo, el roto Cámara, para simbolizar en él las virtudes combativas de la patria. Se le critica a *Durante la Reconquista* su sobrecogedora extensión, el detalle de sus muchas descripciones costumbristas, la complejidad exagerada de la trama. Todos estos defectos en nada desmerecen su valor señero: en ella tiene la literatura chilena su contribución maestra a la tradición del realismo romántico. Cierra además, y brillantemente, el ciclo histórico que se impusiera el autor a los comienzos casi de su carrera de novelista»².

Ricardo A. Latcham, que comentó largamente algunas novelas de Blest Gana, dejó en dos frases redondas su elogio de este libro: «El menos balzaciano, según algunos críticos, pero el más trabajado de su serie panorámica, el más pulido y el que expresa con más vigor su facundia creadora. En este vasto repertorio histórico –agrega–, el más perfecto desde el punto de vista de la técnica narrativa en Blest Gana, hay una superación insólita respecto a sus creaciones de la primera etapa».³

Acaso esa «superación insólita» sea fruto de los largos años de silencio durante los que el novelista rumió pacientemente, junto con las ansias de volver a su tarea de las letras, la exten-

sa y complicada trama, la forma coral de su máxima obra histórica.

El fantasma de la diplomacia sigue acosándolo y, por breves períodos, debe sustraerse a la tarea literaria, que había renovado con ahínco. En el año 1898 surge una nueva crisis entre los gobiernos de Chile y la Argentina, por la eterna discusión de los límites fronterizos. Chile recurre a su ex ministro en París para afianzar su posición internacional ante las principales cancillerías europeas, y Blest Gana viaja, sucesivamente, a Londres, Berlín y Roma para celebrar conversaciones destinadas a requerir los buenos oficios de esos gobiernos en apoyo del procedimiento arbitral mantenido hasta ese momento y a punto de suspenderse.

Una última misión, relacionada con la liquidación de la guerra de 1879, lo obliga a trasladarse a México, en 1901, formando parte –con Augusto Matte, Joaquín Walker Martínez y Emilio Bello Codecido– de la delegación chilena a la Segunda Conferencia Internacional Pan-Americana, celebrada en la capital azteca. Durante los preparativos de la Conferencia, los delegados chilenos y Blest Gana en particular sufren un rudo golpe: la repentina muerte de Carlos Morla Vicuña, viejo amigo y ex secretario del diplomático-escritor. Hombre ya de setenta y un años, y entristecido por la pérdida del confidente y asesor, Blest Gana se desempeña con brillo: el prestigio internacional de Chile sale robustecido de la conferencia que se suponía adversa, y don Alberto vuelve a su retiro con la rejuvenecedora sensación del triunfo.

Carlos Silva Vildósola –ilustre periodista chileno– recuerda la estampa de Blest Gana de esos tiempos: «Allí vi entrar una tarde a un caballero pequeño, de rostro delicado, en que la piel

tenía la tersura de unas mejillas infantiles, gran calva reluciente que limitaban cabellos muy albos como su grueso bigote y la perilla militar, vestido con una elegancia sobria, en cuyos ojos claros y ligeramente velados por una especie de ensueño había una palidez amable y que saludaba con igual afabilidad a todos»⁴.

También era plácida la vida del hogar, establecido con cierto lujo tranquilo, abierto cordialmente a los amigos y visitantes de la más diversa índole. El hogar reposaba enteramente en doña Carmen, que llevaba, aparte los afanes naturales de toda dueña de casa, todos los asuntos de dinero: el novelista desconfiaba de sus talentos administrativos y entregaba puntualmente su sueldo a la señora, que hacía de cuidadosa ministra de Hacienda. A lo largo de toda su existencia, Blest Gana conservó esa discreción que lo convierte en personaje difícil para el memorialista y más, todavía, para el buscador de datos sensacionales. Si el salón reunía a contertulios de diferentes edades y nacionalidades, pocos o ninguno podía gloriarse de pertenecer a la intimidad del escritor, celosamente guardada. Frío, si no hosco, y algo ausente, convivía con las amistades transeúntes, pero no daba más de sí que esa afabilidad que recuerda Silva Vildósola.

Mantén encendida –y era visible en sus conversaciones– la ilusión del regreso a Chile, siempre dilatada por cuestiones de dinero y, con mayor probabilidad, porque su familia estaba asimilada ya a Francia y a la vida de París. En su fuero interno probablemente nunca sintió posible el regreso, pero evocaba la patria con nostalgia y se mantuvo siempre al día en sus problemas políticos y económicos, y aun en el simple detalle del crecimiento que iba haciendo de Santiago una ciudad

moderna. Lo rodeaban a menudo –y ¡cuánto le molestarían!– los chilenos seducidos por el turismo parisiense y que lo consideraban entre las piezas históricas dignas de visitar en el *tour* francés. Era una reliquia, por cierto, menos ilustre y menos famosa que los monumentos de la Ciudad Luz y muchísimo menos entretenida que sus cabarets. Pero se le podía entrever en los salones de la colonia chilena u observar durante sus lentos paseos por el Bois en la época del buen tiempo. Cuando llegaba el invierno, el escritor –como las aves migratorias– emprendía viaje hacia el Sur y se refugiaba en Niza. También los turistas huían de las nieves y en la estación invernal se hacía el silencio, mientras los pájaros latinoamericanos partían a gastar el patrimonio de sus pueblos en otros ambientes más amables.

Blest Gana observaba esos vuelos. Los observaba en la doble perspectiva del chileno y del residente perpetuo en París. Con su mirada algo dormida, displicente, seguía las evoluciones del pequeño mundo rastacuero que aleteaba dándose contra las paredes de la ciudad más seductora del planeta, mientras representaba la parodia de una alegría. ¡Eran tan torpes, tan burdos! ¡Se consumían de tal manera en su vano hedonismo! ¡Qué hacer con ellos? Se les podía despreciar, sencillamente; cerrar las puertas del salón, darles las espaldas en el paseo, ignorar su estupidez ambulatoria y adinerada. O estudiar con frialdad su tragedia y testimoniarla.

Fiel a su vocación de costumbrista, Blest Gana hace el retrato de la desdichada gente. Pocos años antes que él lo había intentado otro literato chileno, don Alberto del Solar, en su libro *Rastaquouère*. Hay numerosas similitudes entre las obras de los tocayos escritores, pero don Alberto del Solar no era un

novelista experto, y él mismo confesaba que suplía la mediocridad de sus obras con el lujo de la presentación, que realmente era espléndida. Si algo de *Rastaquouère* pasó a la novela de Blest Gana, en buena hora, porque fue como una manera de sublimar un intento.

En julio de 1904, Blest Gana dio término a *Los trasplantados*, publicada el mismo año por la Librería de Garnier Hnos. Es una historia trágica, en la que figuran algunos de los caracteres más despiadados del repertorio blestganiano. Domingo Melfi, que la estudió con particular interés, expresa que «no ha salido de la pluma de un sudamericano una sátira más punzante y al propio tiempo más dolorida contra los que olvidan su tierra y pretenden fundirse en el seno de sociedades que nada tienen de común con ellos. El diplomático había visto con exceso, pero el escritor comprendía que en la transformación de la familia se operaba también la transformación de la sociedad que él había dejado, vigorosa y sana, aun en medio de las convulsiones revolucionarias, inevitables al fin, porque eran los síntomas de una vitalidad que buscaba el camino mejor para crear la nacionalidad»⁵.

La historia de Graciano Canalejas y su afrancesada familia ejemplifica la transformación peyorativa, como anota Melfi, aunque debe advertirse que no es ésta un fenómeno propiamente chileno, pues afecta por igual a casi todos los pueblos de Latinoamérica. Sin duda, el enriquecimiento súbito producido en Chile por la explotación de las salitreras contribuyó muchísimo al proceso degenerativo de una clase social hasta entonces adusta y casi espartana en sus costumbres. El dinero, ganado con pasmosa facilidad, se gastaba en europeizarse. Si la mayoría tuvo la habilidad de ir al Viejo Continente y volver trayendo de

allá algunas modas y no pocas fingidas nostalgias, otros sucumbieron a la tentación de fundirse en el seno de una sociedad que nada tenía en común con ellos, según la expresión de Melfi. El «trasplantado» Canalejas no pertenece a los nuevos ricos surgidos de la prosperidad chilena: Blest Gana apunta que su fortuna le viene de «granjerías, debidas al poder gubernativo». Instalado en París, se dedica a vivir en grande, mientras el hijo mayor procura sustentar esa opulencia desde Chile, administrando en la mejor forma posible los bienes de la familia. Pero el boato parisiense termina por consumir intereses y capital, y Canalejas comienza a verse en aprietos para sostenerlo.

Mientras duró el buen pasar, don Graciano casó con ricos emigrados latinoamericanos a dos de sus hijas. Queda la tercera, para la cual el padre arribista ha elegido a un príncipe, tronado como buen príncipe, dispuesto a enriquecer a la familia Canalejas con su parentesco nobiliario a cambio de una buena dote.

Las desdichas de la joven Mercedes, enamorada de un chileno pobre y forzada a casarse con el príncipe (cuya única fortuna conocida es una amante francesa), constituyen la trama central de la novela, simple pretexto para describir la vida artificial y absurda de los trasplantados y su batalla por figurar, por rozarse con la aristocracia, por vivir una existencia placentera y fácil. Blest Gana no economiza la crueldad y la ironía en el retrato de esta lucha estéril.

Los trasplantados detestan lo nacional y rehúyen cuanto delate su sencillo origen sudamericano. Pronuncian el español a la francesa y manifiestan un sagrado horror hacia las costumbres chilenas que todavía no han podido arrancar de la abuela vieja, la cocinera criolla y la juvenil Mercedes.

En ciertos días, cuando la familia comía afuera, Rufina, una sirvienta americana, preparaba en la chimenea de una de las piezas algún guiso nacional. Era entonces, entre las tres, una fiesta de reminiscencias. El vapor de la olla, como un incienso, les traía la devota ilusión de la patria, la trémula emoción del alma envuelta en lo pasado. Pero el violento olor de las legumbres y de las viandas en la cazuela inundaba también la gran escala de la casa, cuando don Graciano, su mujer y las dos chicas bajaban acicalados y perfumados a buscar el coche que los esperaba para conducirlos a alguna comida. De consuno, padres e hijas protestaban:

—¡Jesús! ¡Ya está mi madre con sus guisos de la tierra!
—exclamaba, levantando los brazos al cielo, don Graciano.

—¡Tienen razón en creernos salvajes! —decía Milagritos, pronunciando las *erres* a la francesa.

Pero no son estas *erres* arrastradas ni la vergüenza por la sabrosa y tradicional cazuela los más trágicos síntomas de estas pobres criaturas sin raíces. Un monólogo de Juan Gregorio Canalejas revela su aniquilamiento interior y da la clave profunda de la obra de Blest Gana:

—¡Ocuparme! ¿En qué? Nosotros, los trasplantados de Hispanoamérica, no tenemos otra función en este organismo de la vida parisiense que la de gastar plata... y divertirnos, si podemos. Somos los seres sin patria. Hemos salido de nuestro país demasiado jóvenes para amarlo, y nos hemos criado en éste como extranjeros, sin penetrarlo. Somos la espuma de esta corriente que se ilumina con el brillo de la fiesta parisiense y se va desvaneciendo como los globulillos de esa espuma sin

dejar rastro de su paso. Los trasplantados suceden a los trasplantados, sin formar parte de la vida francesa en su labor de progreso, sin asociarse a ella más que en su disipación y en sus fiestas. Inútiles aquí, e inútiles para su patria que miran con desdén, ¿dónde quiere usted que vaya un trasplantado a encontrar ocupación en este mundo que no lo toma a lo serio y lo mira sólo como un contribuyente traído a su riqueza? Nuestros padres, al dejar a su país para venir a educarnos a Europa con el ánimo de quedarse las más de las veces en estos mundos, nos condenan al ocio perpetuo, nos inutilizan para la vida de Hispanoamérica. ¿Cómo quiere usted que trabajemos en estas condiciones? No pudiendo trabajar, tenemos que ocupar nuestra actividad en divertirnos. Y ahí tiene usted por qué, abuelita, cuento con que me facilite usted unos doscientos o trescientos francos.

Esa es la historia que ha querido narrarnos. Si en otras de sus obras –en *El ideal de un calavera*, en *Martín Rivas*, en *Durante la Reconquista* y, más tarde, en *El loco Estero*– nos habló de la Historia, incorporándola a la acción de sus novelas como trozo documental y certificado de la autenticidad de su pintura de la vida chilena, en *Los trasplantados* se detiene en la historia –con minúscula– íntima, oscura, de una decadencia social.

NOTAS AL CAPITULO 8

- 1 Recogido por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 2 Fernando Alegría, *op. cit.*
- 3 Ricardo A. Latcham, *Blest Gana y la novela realista, op. cit.*
- 4 Carlos Silva Vildósola, «Retratos y recuerdos», citado por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 5 Domingo Melfi, *artículo citado.*

«EL LOCO ESTERO»: LA INFANCIA REVIVIDA

Mientras escribe *Los trasplantados*, prepara –mentalmente– otra obra. Después de esta novela amarga y angustiada, un regreso al frescor del pasado, de su pasado personal, un reverdecimiento de la niñez propia y de la juventud de la patria, un libro –el único– en el que pondrá algo de sí mismo, abandonando el pudor que hasta ahora lo ha obligado a ocultarse.

1909 es el año de *El loco Estero*, su gran despedida. Podemos imaginarlo en el escritorio de su casa de la Rue Christophe Colomb, la cabeza blanca, entornados los ojos, vuelta la mirada interior hacia el Chile de la infancia. Recuerda la casona colonial, situada enfrente del Cuartel de Artillería, casi a la altura del roquerío desierto que era el cerro Santa Lucía, a pocos pasos del Convento del Carmen Alto. Apenas separada de la suya y dentro del mismo predio, la casa de los Otero, dueños de la propiedad, y –en ella– el cuarto donde gemía el loco. Al fondo, en la huerta, los árboles frutales y la charla inagotable de los pájaros destacándose sobre el silencio de la tranquila ciudad.

Ya han transcurrido setenta años, pero sus recuerdos son tan vivos que no tiene problemas para evocar los días infantiles, iluminados por un acontecimiento inolvidable: el retorno de Bulnes a la cabeza del ejército chileno, vencedor de la guerra

contra la Confederación Peruano-Boliviana. Es tan rejuvenecedora la reminiscencia, son tan brillantes las imágenes, parece tan presente, tan de hoy, el instante ya lejano, que la palabra del narrador discurre con fluidez mientras doña Carmen toma el dictado con su letra firme y delicada.

No se preocupa, siquiera, de disimular los nombres: el doctor Guillermo Cunningham Blest se convierte en don Guillen Cunningham; sus dos hijos –futuros escritores–; Guillermo y Alberto, están apenas disfrazados en la novela tras los nombres de Guillén y Javier (este último, uno de los que recibió el novelista en la pila bautismal). «El mismo loco Estero –explica el autor en carta a Domingo Amunátegui Solar– no es otro que un señor Otero que vivía en Santiago, por los años 1839 a 1840, en estado de enajenación mental, en la casa de La Cañada arriba».

Como seguramente ocurrió en la realidad, los niños asisten desde lejos a la tragedia de este pobre hombre, ex oficial de las tropas subversivas vencidas en Lircay en los tiempos del presidente Ovalle y su ministro Portales. La intriga novelesca tejida alrededor de este curioso personaje es, sin duda, obra de la fantasía de Blest Gana, pero el marco social, las costumbres, el ambiente que la rodean proceden de los vivos y felices recuerdos que el escritor, casi octogenario, conserva con toda frescura.

En el largo y bien modulado preludeo de la obra, los niños son parte importante: los vemos en sus juegos, en su existencia sometida al dictado bondadoso de la madre o a la severidad del padre en el que se conjugan la adustez y la ternura; los observamos en estado de admiración ante las hazañas del Ñato Díaz (uno de los más atrayentes personajes que haya creado

Blest Gana), y en la iluminada espera que precede al gran día santiaguino: aquel en que el ejército hará su entrada triunfal.

Cuando la novela llega a su nudo, los niños desaparecen –no sin contribuir antes a la bien forjada intriga del Ñato Díaz, desaprensivo liberador del loco– para dejar espacio al héroe central.

La estampa de este héroe –el infatigable Díaz– fue moldeada, se supone, sobre la persona del revoltoso poeta Eusebio Lillo. Tomada o no del autor de la Canción Nacional Chilena, el Ñato parece escapar de las páginas del libro: imposible suponerlo sólo un producto de la inventiva novelesca. Al lector le ocurre lo que a los hijos de don Guillén: lo contempla, ríe con él, no sabe qué celebrar más, si la versatilidad de su alegre carácter o la profunda nobleza viril que se oculta en el ropaje bohemio de este muchacho que lo mismo encumbra volantes que desloma policías.

El aire alegre y juvenil, que es uno de los distintivos de esta obra encantadora, tiene también sus contrapartidas lóbregas. Blest Gana creó una serie de personajes que encarnan la vitalidad, la dicha de vivir: los niños; la vecina Deidamia, con su jugosa lozanía de alma y cuerpo; el tantas veces mencionado Ñato Díaz; el ex soldado Onofre Tapia, que semeja una reviviscencia del roto Cámara, de *Durante la Reconquista*. Frente a estas encarnaciones de la vida, de la buena y sencilla vida chilena del ochocientos, Blest Gana levantó una pequeña cohorte siniestra, en la cual se distingue su admirable don para crear torvos personajes femeninos. Doña Manuela Estero de Cortázar es un buen modelo de virtudes negativas: ella tiene encerrado al hermano, haciéndolo pasar por loco para arrebatarse la herencia; engaña a su marido, a vista de todo el mundo,

con un militarote influyente, el comandante Quintaverde; domina a su hermana Sinforosa y a su cuñado Linares, e impone a Deidamia, hija de éstos, un mal avenido noviazgo con otro militar, que luce entre sus galas la de haber participado en la guerra. Doña Manuela es una artista de la intriga, que añade a su talento natural una avasalladora vanidad. ¡Pobre Ñato Díaz, que tiene que habérselas con semejante fiera en sus sencillos amores con Deidamia!

Amarrado de por vida a este engendro que es doña Manuela, el pobre marido don Matías Cortázar arrastra su existencia de «testa coronada» oficiando de burócrata en un organismo público. La amargura de su vergüenza lo obliga a ocultarse del mundo. Solitario en su rincón oficinesco, mastica lentamente su indigna situación de cornudo. Refugiado en lo más profundo del huerto casero, halla compañía en la de dos solitarios de la literatura: *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, y *El chileno consolado*, de don Juan Egaña. ¡Buena falta le hacen los consuelos a este pobre don Matías!

Junto a este personaje crepuscular, don Julián Estero representa la soledad nocturna. Encerrado en su cuarto, sin más luz que la que permite una estrecha ventana con barrotes, gime y llora su miseria. Los lamentos vuelan, se disimulan en la brisa, sortean la tapia que divide la casa de los Estero de la que habitan los Cunningham y llegan a los oídos de los niños, agrandados por los ecos de la leyenda. Son seductores y misteriosos estos ayes, que transforman en castillo medieval la vecina casa y en espantable figura de tragedia al desdichado don Julián.

Blest Gana se estaba despidiendo de Chile. Allí, en su París que lo hospedaba desde hacía ya unos cuarenta años, revivía la

magia de sus sueños infantiles, recordaba, punto por punto, la tierra natal, la ciudad natal. Pensó tal vez, mientras escribía *El loco Estero*, en aquellos que lo acusaron de deschilenizarse. ¡Caramba! Si Chile existía en él, estaba en lo más íntimo de su ser. No es sólo fruto de buen memorialista un libro como el suyo. Ni de la invención novelesca, que puede reconstruir, con un poco de documentación oportuna, hasta «los últimos días de Pompeya». Para lograr este reverdecimiento, esta gozosa floración juvenil, no bastan la memoria ni el documento: es necesario que acontezca dentro del propio espíritu esta primavera que cosecha todos los jugos del pasado.

Que esta perfecta vivencia estaba acompañada de una memoria prodigiosa, lo ilustra un hecho singular: cuando volvían las tropas vencedoras, don José Zapiola, excelente músico, compuso un himno entusiasta: *La Canción de Yungay*. Todo el pueblo la coreaba. Fue el gran himno que recibió a los tercios triunfales. Blest Gana quiso citarlo en su libro, pero se encontró con que sus reminiscencias infantiles no coincidían con el texto usual –setenta años después– del cántico guerrero. Según sus recuerdos, los versos de José Zapiola decían:

Cantemos las glorias
del triunfo marcial
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungay.

Pero las versiones contemporáneas suprimían dos eses: «Cantemos la gloria...»

Don Alberto escribió a Chile; se desenterró la versión original y se pudo comprobar que la memoria del novelista

había sido más fiel que la del público, pues éste, con el tiempo, borró el incómodo plural.

No olvidaba, tampoco, las delicadezas de la cocina chilena que producía maravillas en las fiestas «de mantel largo». Así se la lee, y podríamos decir que se la ve y se la huele, en esta breve descripción del festín preparado por doña Manuela para su comandante Quintaverde:

En nada impresionó a Deidamia el esplendor de la mesa, que su madre y su tía le mostraban con orgullo. Embargados los sentidos por sus impresiones de la huerta, miraba con indiferencia la simétrica disposición en que estaban distribuidos los huevos chimbos, los huevos molles, los platos llenos de merengues, otros atestados de yemitas, las grandes hojarascas, las relucientes coronillas. Las dos señoras le hicieron admirar el castillo de naranjas confitadas, con su torre, de forma ajena a todo orden arquitectónico conocido, y su angelito de alcorza en la cúspide, en actitud de mostrar al cielo una minúscula bandera nacional. Más la halagaron los fruteros en que lucían algunas tempranas frutas de la estación, fresas y «duraznitos de la Virgen», el primor de su rosada frescura. Las transparentes jaleas semejaban enormes topacios tallados por algún lapidario fantástico. Un jamón acaramelado reflejaba la luz sobre su reluciente superficie pulida por la plancha. Los fiambres, de formas y de cualidades diversas, arrojaban su nota prosaica y apetitosa sobre la refinada apariencia de la repostería.

El aroma de las viandas, de los «primores» frutícolas, del complicado arte de la repostería criolla, no alcanza menor

gloria que la brisa primaveral y el límpido cielo andino en la escena de los volantines:

Poco a poco el volantín de las pintas rojas, merced al impulso de los movimientos que le comunicaba «tiranteando» el Colorín, llegó a encontrarse al lado de la estrella, amenazando darle una «coleada».

Sin esperar ese audaz ataque, el ñato largó cordel lentamente, para lograr que su estrella, colocándose más lejos y más abajo al mismo tiempo que el de las cuatro pintas, lo tomase por «encima» impidiéndole dar la «coleada». Al mismo tiempo evitó con sabia previsión que la estrella pudiera recibir un ataque a la espalda dado por el volantín del tuerto, que mañosamente le acechaba a la bajada. Pero el Colorín le largaba también el suyo. Durante algunos minutos los espectadores del patio vieron con ansiedad que la estrella y el de las cuatro pintas rojas se alejaban paralelamente, sin que pareciera frustrarse la amenaza de la «coleada». Las respiraciones se habían suspendido. Todos miraban al ñato, que palidecía ligeramente. A riesgo de que cayera la estrella sobre el volantín de la banda negra, Díaz siguió largando cordel. El de las cuatro pintas, como si se hubiese agotado su hilo, se detuvo. Con un «tiranteo» vigoroso su dueño le hizo dar una ladeada, buscando la cola de la estrella. Pero ésta había seguido alejándose y el volantín, lanzado en esa dirección, pasó sobre el cordel de la estrella. La voz de Díaz se hizo oír entonces, enérgica: —¡Corran, muchachos! ¡Ligero, ligero!

La «comisión» estaba así empeñada.

Los del cordel emprendieron una vigorosa carrera, alejándose de la roldana. Este impulso hizo subir la estrella con rapidez tal, que pareció ir a confundirse con

el azul del firmamento. El volantín de las cuatro pintas, rozando con su hilo al cordel de su adversaria, lejos de seguirla en su vuelo ascendente empezó a bajar. El Colorín le daba cuerda con el propósito de remontarlo después y tomar a la estrella por detrás. Pero la estrella seguía subiendo. El ñato, encendido el rostro y brillándole de animación los ojos, continuaba sus voces de mando (...) La estrella, en efecto, después de describir en el aire una extensa parábola, en la que cogió de paso al volantín de la banda negra, y a otro que por allí se hallaba, había empezado a remontarse, desafiando a sus enemigos con sonoros crujidos, que pudieron oír distintamente los de abajo. Estruendosos aplausos estallaron entonces entre los convidados, ante el cuadro que se les ofrecía a la vista. Cogidos en los garfios del cordel, los tres volantines, cautivos humildes, inofensivos ya, seguían a la estrella en su marcha triunfante...

Juego de los volantines en el cielo de Santiago, feliz imagen para el anciano que rememora, en París, una infancia prestigiada por la más pura fantasía. Al terminar la obra, Blest Gana debió sentirse remozado: una racha de oxígeno, de juventud, renovaba en sus venas la sangre ya cansada. Hélo aquí vuelto a la patria. El viaje que, físicamente, no pudo cumplir, se realiza hasta la saciedad en estas evocaciones. Suyo es el pasado, que arrebatada y cautiva, como la gran estrella del Ñato a los volantines rivales.

La intención del novelista quedó expresada en una carta a su pariente don Antonio Huneeus Gana:

Por el correo que le lleva a usted la presente, o por otro muy próximo, irá destinado a usted un ejemplar de la nueva novela que acabo de publicar y que se titula *El loco*

Estero. En ella encontrará usted la evocación de muchos de mis recuerdos de niñez, condensados y reunidos en algunos cuadros de las costumbres de aquellos tiempos que me parecen capaces de despertar el interés de mis lectores compatriotas. Eran todavía los tiempos de la civilización colonial, que cedían el paso a los de nuestra existencia de pueblo nuevo¹.

La obra reposó, según declaración del autor en la carta citada, durante más de un año en los cajones de su escritorio. Le gusta que sus escritos «maduren» y no se da mayor prisa por publicarlo, pues es «un escritor de vocación y no por lucro». Pero ya su fantasía ha volado a otro extremo y, con su habitual prolijidad, comienza a dar forma a otra novela: *Gladys Fairfield*, la última de sus producciones.

Es un pequeño libro, insignificante entre los suyos, pero lleva una marca que el escritor no podrá olvidar. Terminado de escribir durante una temporada invernal en Niza, lo trae de regreso a París, sin forjarse mayores ilusiones respecto de sus méritos. Una obra más en el montón que ya tiene desperdigado por esos mundos de Chile y Francia. La novela va a la imprenta. Queda la tediosa labor de corregir pruebas, en que tan útil y oficiosa le ha sido su mujer o el amigo Elías Zerolo, que desempeñaba esa función en la editorial de los hermanos Garnier. Vuelto a su hogar de la capital gala, don Alberto se propone darle los últimos toques, pero un fatal acontecimiento detiene su mano: tras una rápida enfermedad, muere su esposa doña Carmen.

Son muchos años de vida armoniosa y de mutuo apoyo los que se destruyen así, en un instante, con la desaparición de la compañera. Hace tiempo que don Alberto sólo vive para ella,

dejando apenas algo de su ternura para las hijas, crecidas ya y casadas, y para sus nietos que han venido a colorear su invierno. La muerte de la mujer es un punto final: nada hay que pueda interesarle desde ese momento, su vida se limitará de ahí en adelante a una tranquila espera del último minuto. Pensar ahora en *Gladys Fairfield* le parece imposible. Sin embargo, la memoria de la muerta lo ata al pequeño libro.

No lo habría publicado si los míos no me hubiesen recordado el interés que tomaba Carmelita en mis trabajos literarios y el empeño con que siempre me estimulaba a no abandonarlos. La obra tiene ahora para mí el mérito de haberla escrito toda en su presencia, en la hora de reloj que todas las mañanas le consagraba. Actualmente he empezado la corrección de pruebas. ¡Qué espantoso contraste para mi alma lacerada, entre el tiempo que empleo ahora en ese trabajo y los felices momentos del tiempo que empleé en escribirlo!².

Nace pues, esta *Gladys Fairfield*, más como testimonio de fidelidad a la memoria de la esposa muerta que como ilusión de novelista. La dedicatoria revela los sentimientos del anciano, viejo ya de ochenta años, que sufría el abandono provocado por la muerte:

EN ESTA HORA DE CRUEL QUEBRANTO TE DEDICO, QUERIDA ESPOSA, EL PRESENTE LIBRO; NO PORQUE LO JUZGUE DIGNO DE TU ADORADA MEMORIA SINO POR HABERLO ESCRITO DELANTE DE TUS OJOS, EN LA DULCE INTIMIDAD DE NUESTRO HOGAR, ¡TAN FELIZ AYER! Y HOY DESTROZADO PARA SIEMPRE POR EL SOPLO IMPLACABLE DE LA MUERTE.

Gladys Fairfield podría ser un capítulo más, una digresión, de *Los trasplantados*. La trama, sencillísima, presenta dos puntos culminantes, con algo parecido a eso que hoy llamamos «suspense» y que Blest Gana usaba con notable destreza en sus novelas.

Florencio Almafuerte, casado con mujer rica y fiera, conoce durante unas vacaciones en Suiza a un matrimonio norteamericano, los Fairfield. Entre Florencio y la joven y bellísima Gladys nace un espontáneo amor, que tratan de comunicarse –¡ah, la bella época!– por medio de encendidas miradas. Florencio, hombre muy hermoso y refinado, tiene un desafío con otro estadounidense que lo trató de afeminado. En el duelo, Florencio lleva la mejor parte. Gladys Fairfield, presa de angustia ante el encuentro, tiene la audacia de citar a su amigo en el departamento que ocupa en un lujoso hotel. El diálogo que allí acontece mata el romance: Florencio sólo ha buscado una aventura apasionada, y Gladys Fairfield, como buena norteamericana, persigue una solución estabilizadora: divorcio y matrimonio. La ordenada y burguesa proposición destruye así las ilusiones románticas, pero no las intrigas de la mujer de Florencio que, conocedora del idilio, capta algunas epístolas (estamos todavía en los años de la peligrosa comunicación epistolar) y se las remite, sin más, al marido de Gladys. Interviene aquí una prima de Florencio que, ante la tragedia que puede desencadenar la correspondencia cautivada por la celosa mujer, procede con encanto y energía... ante el cartero. Con llantos y dinero logra rescatar las cartas y todo termina en una paz octaviana.

El duelo y el rescate de las cartas son los puntos altos de esta novela. Pero, más que eso, interesa el aspecto anecdó-

tico oculto tras esta trama tan de época.

Está fuera de duda que el personaje en que se inspiró Blest Gana para crear su Florencio Almafuerte fue Florencio Blanco Gana, hijo del almirante Blanco Encalada y pariente cercano del novelista. Florencio Blanco Gana era hombre de real hermosura, muy refinado y bohemio, y dado a los lances amorosos en los que lo ayudaba muchísimo su bella estampa viril. Estas prendas le permitieron contraer matrimonio con Olga Vasileievna Trubetzkoi, rusa, viuda, madre de dos hijos, adinerada y mayor que él. La unión no tuvo nada de feliz: Florencio Blanco seguía apegado a su libre vida aventurera y la princesa Trubetzkoi, por su parte, estaba dominada por una increíble pasión por el dinero. Periódicamente, Blanco se disparaba y la Trubetzkoi se iba a un convento, de donde debía rescatarla el marido con el compromiso de pagar los gastos que demandaba la mantención del hogar. De esta manera, la económica princesa aseguraba para sus hijos el pecunio personal.

Almafuerte, el enamorado de Gladys Fairfield, no tiene de Blanco Gana más que la estampa. Los incidentes de la novela en nada se relacionan con la realidad matrimonial de los Blanco-Trubetzkoi, que no parece haberlos inspirado. Sin embargo, algunas tradiciones que datan de los tiempos de *Gladys Fairfield* hacen suponer que don Alberto utilizó en su obra un caso ocurrido en París y del cual fue testigo, aunque lejano. Según esa tradición, el protagonista del romance fue un mediocre escritor chileno casado con una riquísima dama argentina. El chileno conoció, realmente, a una hermosa norteamericana y se produjo el idilio tal como quedó descrito en la novela y con el mismo epílogo de la correspondencia

descubierta y enviada por la mujer celosa al marido de su rival. La hazaña de rescatar las cartas de manos del funcionario de Correos habría sido obra –según esta versión– de una hermana del conquistador, casada con otro distinguido almirante de la marina chilena, por esos tiempos en misión naval ante el gobierno francés.

Blest Gana dio, aquí, por terminada su tarea. «Me proponía haber formado un tomo con esa novela y otra que tenía principiada. La muerte de mi adorada Carmelita apagó toda inspiración en mi alma, y no he tenido valor para concluir el trabajo principiado. Las luces que el dolor apaga a mi edad no pueden volver a encenderse, hasta que el tiempo traiga de nuevo la serenidad al espíritu contristado».³

No, ya no habrá tiempo de alcanzar esa serenidad. De ahí en adelante es el crepúsculo definitivo. El escritor abandona voluntariamente su carrera; se ha vuelto más locuaz para referirse a su persona y a los dolores morales: «Nada podría haber escrito en los dos primeros años de mi viudez. Menos oprimido hoy mi ánimo, siento que no me faltaría inspiración para emprender algún trabajo que, sin duda, tendría por lo menos la virtud de hacer reaccionar mi espíritu contra el desaliento que lo domina. Pero para esto hay un obstáculo material que no puedo vencer, y es la anquilosis del nervio principal de la mano derecha. Yo, que he dictado sin ningún esfuerzo en mi larga carrera pública tantos y tantos volúmenes de correspondencia oficial, encuentro torpe y vulgar mi inteligencia cuando, por evitarme la fatiga de escribir, he querido dictar cosas de imaginación. Mi mano no puede seguir el vuelo y los caprichos de mi fantasía, si escribo yo, y encuentro ramplón y vulgar todo lo que dicto en esos casos. En tales

condiciones, no me atrevo a emprender ningún nuevo trabajo literario».

En vano su hija Blanca lo alienta y se ofrece de secretaria; la respuesta del anciano desconsolado es dura: nadie, sino su esposa, tomó dictados de sus obras; nadie la suplirá.

La casa de la Rue Christophe Colomb se cierra. El escritor se refugia en el Hotel Majestic. Ahí recibe, con su distinguida frialdad de siempre. Cuando el tiempo es malo o la salud está afligida, recibe en cama. Entre las coberturas del lecho sigue siendo un gran señor, correcto, acicalado, cuidadoso de sí mismo. Nada le entusiasma ya. Rechaza la idea de que el Estado edite sus obras en Chile, por una razón patriótica: no están los tiempos para que se gaste el dinero fiscal en obras «de literatura».

Una última congoja lo entristece: sobreviene la Primera Guerra Mundial, y su nieto Manaud de Batz reconoce filas. «La gran preocupación de la familia es la presencia del hijo de Carmen, Manaud, en la parte más activa del ejército. Este muchacho, que jamás se había separado de sus padres, ha empezado a distinguirse de un modo que manifiesta que en él revive el espíritu guerrero de sus antepasados. En menos de dos meses ha sido ascendido ya a sargento, por su conducta».

Uno recuerda la exclamación del tío: «¡Si es Gana, tiene que ser buen militar!»

La vida se desenvuelve monótona, silenciosa, con el sucesivo y acompasado tránsito de los veranos parisienses y los inviernos en Niza. Su espíritu duerme; busca distracción en las lecturas fáciles; espera, hace ya tiempo que espera; nada lo mueve, pero le duele esa inmovilidad que ya no puede desafiar.

«Soy un viejo frívolo –me decía–, yo no he podido perder

ese gusto por la novela, los cuentos, las obras de imaginación; pero ahora –añadió–, como tengo la cabeza tan llena de estos horrores de la guerra, no quiero leer libros tristes o que me obliguen a un esfuerzo mental, y usted se reirá cuando le diga que sólo leo novelas policiales; hay algunas muy bien escritas, especialmente en inglés».⁴

¡Pobre viejo, no frívolo, sino cansado de la larga batalla de existir! La lectura es su refugio, y tanto más refugio cuanto más atrayente y descuidada. Lee novelas policiales. Los misterios concebidos por los escritores ingleses –maestros del género– lo apartan de esa realidad que tiene un nombre: soledad del que llega, tras un largo camino, al desierto final.

NOTAS AL CAPITULO 9

- 1 Citada por Raúl Silva Castro, *op. cit.*
- 2 Carta a Antonio Huneus Gana, el 1º de diciembre de 1911.
- 3 Carta a su hermana María de la Luz.
- 4 **Carlos Silva Vildósola**, artículo citado.

EL AÑO FINAL

*M*il novecientos veinte. Un estremecimiento recorre la espina dorsal de Chile. Las multitudes dormidas desde los tiempos de la Colonia, despiertan. En las calles, en las plazas, en los desiertos norteños, bajo la lluvia perenne del sur, en el estirado y provinciano Santiago, en el revoltoso puerto de Valparaíso, en las caletas salitreras, en las estaciones perdidas en el desierto de donde se extrae el nitrato, el pueblo canta, el pueblo grita, el pueblo clama, el pueblo descubre una consigna tras largos años de silencio.

Ha surgido un hombre que conmueve a la sociedad chilena. En torno de él, los políticos ensayan la danza electoral, embargados por el efluvio del éxito. Mañana –¡por fin hay un mañana!– será el día de la redención, de la justicia. Ya no importa la sangre derramada. No importan los grilletes que aprisionaban los tobillos proletarios en las cárceles patronales del salitre. Un rugido se escucha, de punta a punta, en este país que va del Trópico a la nieve.

Un redentor asoma. Trae una palabra nueva que remece a las multitudes, que las hace –de repente– tener un rostro, una voz. Lo llaman «el León de Tarapacá», porque desde la provincia del salitre, su grito espanta al mundo burgués de los sombreros hongos y de las últimas levitas. ¡Qué clamor, qué griterío alrededor del profeta que anuncia la suprema re-

dención, la libertad, la justicia, el amor!

Sus partidarios cantan, y rugen también, como el héroe de esta epopeya de discursos inflamados. En el otro extremo de la escala social y política, un hombre tranquilo y desprovisto de imaginación trata de salvar los escasos restos del tradicionalismo que sobreviven al desastre. Es Barros Borgoño. Pero no. No hay esperanzas para él. Canta el pueblo, clama el pueblo. Ha escogido, como himno, una alegre canción mexicana. El *Cielito Lindo*:

Sí, ¡ay, ay, ay!
Burro Borgoño
Apróntate que Alessandri
Te baja el moño.

Alessandri recorre la pampa; recorre las ciudades; recorre los puertos, los campos. Su paso es avasallador. Inventa fórmulas, acopia refranes apropiados a su dinámico paso. El pueblo, ese pueblo ignorante, despreciado, moreno –la aristocracia es pálida–, políticamente afónico hasta ahora, es para él «la querida chusma». El bando opuesto, el de los aristócratas, los banqueros, los herederos del salitre, los dueños de las ovejas magallánicas y las empresas santiaguinas, los reyes de los salones, los dilapidadores de la riqueza chilena en Europa, los «trasplantados» de aquí y de allá –porque para ser trasplantado, no es necesario, a veces, salir del país– forinan una sola categoría ruin, que él define con una frase: «la canalla dorada».

Alessandri grita, inventa, copia. Se apodera de una expresión ya marchita, que pronunciara hace años un político

español: «El odio nada engendra; sólo el amor es fecundo». Le creen. Nadie conoce a Castelar.

La gente se amontona a su paso. Se ha convertido en semidiós, a despecho de su nariz que comienza a enrojecer y su figura tan redondamente burguesa. La gente llega a su puerta, lame las paredes de su casa; arranca terrones a las murallas para llevárselos como recuerdo. Es casi un «padrecito», como el padrecito Rasputín o el padrecito Stalin. Un día, la multitud apostrofa en tal forma reclamando la presencia del profeta del «cielito lindo», pidiendo preseas, dones, relicarios, que Alessandri se asoma al balcón, emocionado por la actitud casi idolátrica de la multitud. El griterío se eleva, histérico ya: es un bramido; un bramido de amor, de confianza, de esperanza. Alessandri se enternece. El pueblo llora. Alessandri quiere hacer algo, responder a esta súplica entusiasta que reclama dones, recuerdos. Entonces, sucumbiendo al hechizo de la muchedumbre, Alessandri arroja desde el balcón histórico, a ese pueblo clamoroso y acezante... el sobretodo de un amigo.

La víctima, según se dice, es Héctor Arancibia Laso, un político radical de larga historia, que nada tiene que ver con las efusiones multitudinarias que provoca el líder. No importa: el pueblo se distribuye la prenda en raras hostias de casimir y comulga con plena fe en el tribuno que, años más tarde, presidirá un gobierno de derecha.

Lejos de ahí, en París, Alberto Blest Gana se retira, una noche, cansado de las leves alternativas de su día de solitario. Poco tiene que esperar, poco que decir. El mundo de sus imaginaciones ya queda tan atrás, tan lejano...

¿Le hacen guardia, esa noche, Martín Rivas, Abelardo Manríquez, Fortunato Esperanzano, el loco Estero, los chicos

Cunningham? Duerme, con el pausado sueño del hombre que, al fin, comienza a intuir el reposo, a los noventa años.

Su testa blanca se reclina sobre el pecho apenas agitado. Sus cansados ojos se cierran definitivamente. Es el 8 de noviembre de 1920.

Cinco días más tarde, después de una ceremonia fúnebre en la Madelaine, sepultan sus restos en el cementerio del Père Lachaise.

Desde entonces están allí, perdidos entre la muchedumbre de los muertos parisienses. No tiene una estatua en su tierra, como no sea aquella que le alzan, día tras día, sus lectores.

Otros experimentan la extraña suerte de volver, después de muertos, a la patria que cantaron. Blest Gana sigue ausente, desterrado. Pero vivo, prodigiosamente vivo, entre los que hoy, todavía, siguen el torbellino de sus obras con profunda emoción.

BLEST GANA, EL FUNDADOR

*D*esde el 18 de septiembre de 1810, fecha en que se constituyó la Primera Junta de Gobierno, hasta el 8 de noviembre de 1920, en que falleció don Alberto Blest Gana, hay apenas ciento diez años de los cuales la vida de nuestro novelista ocupa noventa. Los largos servicios que prestó como oficial de ejército en su primera juventud; luego en el Ministerio de Guerra y en el profesorado de la Escuela Militar; más tarde como Intendente de Colchagua y, finalmente, en la carrera diplomática, vinculan al hombre y su patria de un modo excepcional. Con escasas ausencias, estuvo en su servicio desde 1847 (cuando viajó a Francia como oficial del Ejército chileno) hasta 1887 en que obtuvo su retiro. Pero a estos cuarenta años hay que agregar todavía las numerosas ocasiones en que, solicitado por el gobierno, tuvo que emprender misiones diplomáticas en París, Londres, Berlín, Roma y en la Segunda Conferencia Internacional Panamericana, reunida en Ciudad de México en 1901. Esta es su última gestión oficial.

Hay un elemento dramático que se desprende de estas observaciones cronológicas: de sus noventa años de existencia, don Alberto Blest Gana vivió los últimos cincuenta y cuatro fuera del país. Tan larga ausencia sin regreso debió serle particularmente dolorosa, pues el «amor al terruño» no era en su caso una simple y reiterada expresión: mantuvo vivas las

reminiscencias y las imágenes del Santiago semi colonial que contempló su juventud y que fue testigo de sus triunfos literarios. Seguramente acrecentó ese dolor la acusación de «deschilenizarse» que se le formuló en forma tan gratuita y liviana.

Si el diplomático supo responder con vehementes argumentos a esos ataques, el escritor hizo lo propio con sus mejores armas: las novelas en que evoca episodios históricos y escenas de costumbres. Es difícil encontrar dos obras tan profundamente chilenas como *Durante la Reconquista* y *El loco Estero*, ambas publicadas después de aquellas acusaciones. Don Alberto mantuvo vivo, alerta, su espíritu de chilenidad y las distancias en años y en kilómetros no disminuyeron la agudeza de su mirada, capaz de contemplar la imagen de la tierra patria sin que se le escapara detalle o le fallara su privilegiada memoria.

Por lo demás, tuvo siempre la certeza de que su presencia intelectual habría de superar no sólo la separación física, sino el descenso al olvido que acompaña con frecuencia a la muerte. Recordemos aquella carta en que el novelista se lamenta de su difícil situación económica y de la indiferencia oficial hacia la labor de los intelectuales. Se desliza en ella una breve expresión que revela, con más claridad que cualquier otro documento, la fe que el escritor tenía en la importancia de su obra y de su testimonio. Una docena de palabras le bastan: «Mientras los ciudadanos del porvenir me preparan la corona de la fama...»

En buenos cimientos se apoya tan altiva declaración. Blest Gana era consciente de que su labor literaria iniciaba una época en las letras nacionales. Atrás quedaba el pasado de folletinistas y aprendices, con la sola aparición de aquella trilogía constitui-

da por sus primeras grandes novelas. Sabía que era un fundador, como acertadamente lo señaló, muchos años después, el crítico Hernán Díaz Arrieta: «Blest Gana es en nuestra Historia un Padre de la Patria». Gran verdad. La literatura chilena está marcada por un *antes* y un *después* de Blest Gana. Aunque podamos señalar defectos estilísticos o de penetración psicológica en su caudalosa obra, lo cierto es que ella rompió los adocenados cauces, puso un punto final a las aventuras pseudo-literarias del sensacionalismo que prevalecía antes de su aparición en las letras. Y, todavía, hay que reconocer que después de él no fue empresa fácil igualarle y menos superarle. Abrió caminos: la novela social, la novela de costumbres, la novela psicológica o histórica tienen su punto de partida en la monumental labor de don Alberto. Con ella, la literatura logró su propia independencia. Realmente, un «Padre de la Patria», cuyos hijos forman legión. Sería largo e inútil citar nombres. Baste con mencionar a Orrego Luco, cuya presencia se insinúa en los umbrales ya traspasados por Blest Gana. Señalemos, además y para los afanes de futuros investigadores, el leve rastro aún no suficientemente estudiado de la serie de novelas que prolongan la línea iniciada con *Los trasplantados*. Ya mencionamos que, con anterioridad a esta obra y como preludiándola, un escritor intuitivo pero desprovisto de ingenio publicó una novela que anuncia, en cierto modo, lo que Blest Gana habría de dar en fruto. Pero don Alberto del Solar con su *Rastaquouère* se quedó en el engendro.

En la novela chilena de años posteriores el tema es recurrente. Lo hallaremos en Edwards Bello y *El chileno en Madrid* y *Criollos en París*. Más tarde en Fernando Alegría y su *Caballo de copas*; en Leonardo Espinoza y *Puerto engaño*; en

Carlos Morand y *Ohtumba*, y para mayor abundamiento en otros libros menores que nos hablan del drama de los «trasplantados».

Esta es una materia para explorar largamente, un mundo aún no recogido por los estudiosos, una «cala» que espera al investigador.

El cauce de la novela psicológica (aunque se le reproche a nuestro autor su escasa profundidad en tales materias) también fue abierto por él. Ya citamos el ejemplo de Orrego Luco. De ahí en adelante son muchos los que tuvieron, si no un modelo, una perspectiva con la obra de Blest Gana. Parece razonable la observación de aquel comentarista que señaló que la novela chilena tuvo que esperar hasta Eduardo Barrios para que aparecieran nuevamente verdaderos personajes en nuestra literatura. Cuando uno recorre las letras chilenas, rara vez da con seres vivos como Rivas, Manríquez, el roto Cámara, el ñato Díaz y otros tantos animadores de las páginas de este «Padre de la Patria». Con algunas excepciones, la novela chilena es una novela escasa en personajes. A pesar de todas las tachas que podemos señalarle, lo cierto es que Blest Gana creó tipos. No arquetipos, sino seres vivientes cuya realidad conmueve y despierta un espíritu solidario. Y esa es la *verdad* de los verdaderos personajes: si no logran encarnar, hacerse vivos para el lector, son solamente sombras, figuras de linterna mágica, incapaces de comunicarnos su realidad. Basta observar cómo se mueven, cómo actúan las criaturas de Blest Gana para apreciar que, aunque imperfectas y apenas definidas, tienen una fuerza interior que las obliga a *ser*. Y esto no es casualidad ni circunstancia: Blest Gana, intuitivo sobre todo, logró crear personajes y hacerlos sentir verdaderos. No son quiméricos. Son el fruto

de una admirable capacidad de ver y reconstruir. Y en esta labor de reconstruir tuvo la agudeza de apegarse a la realidad. De conocerlo, sus maestros franceses lo habrían celebrado. Para nosotros, no deben pesar la ausencia de sus aplausos, sino el hecho concreto de que este escritor abrió las vías hacia el fenómeno humano e hizo de la literatura un espejo y un eco de la experiencia vital, que nadie percibió antes que él, y que fue modelo para sus sucesores.

SOBRE DOS FECHAS VITALES

Habitualmente y siguiendo los datos proporcionados por Raúl Silva Castro en su monumental estudio biográfico y crítico, se han dado como fecha de nacimiento y muerte de don Alberto Blest Gana el 4 de mayo de 1830 y el 11 de noviembre de 1920, respectivamente.

Las indagaciones realizadas por el historiador y diplomático don José Miguel Barros, a quien sigo en esta nota, permiten hoy rectificar esas informaciones y establecer en forma hasta ahora definitiva, las reales fechas de ambos acontecimientos.

Para determinar la primera de ellas, Silva Castro se basó en una inscripción del Dr. Guillermo Cunningham Blest en la Biblia de la familia, hecha con posterioridad al 6 de marzo de 1851. En ella se lee: ALBERTO BLEST BORN MAY THE 4TH 1830. Es posible que la memoria traicionara al ya anciano doctor Blest. En cambio, en la partida de bautismo se indica que el niño fue bautizado el 16 de junio, cuando ya contaba dos días de edad. No hay razones para suponer que el matrimonio falseara un hecho tan normal y evidente y, por tanto, debemos reconocer el 14 de junio de 1830 como la real fecha de nacimiento de don Alberto Blest Gana.

En cuanto a la fecha de la muerte, ella queda establecida en el certificado de la Alcaldía del Premier Arrondissement de Paris que, de paso, confirma la del nacimiento. En dicho certificado se lee:

El ocho de noviembre de 1920, a las cinco horas, ha fallecido en la calle Castiglione 3, Alberto Francisco Javier Blest Gana,

nacido en Santiago (Chile) el 14 de junio de 1830, ex-Ministro de Chile en Francia, Comendador de la Legión de Honor, domiciliado en el dicho Santiago, hijo de Guillermo Blest y de María de la Luz Gana, esposos fallecidos, viudo de Carmen Bascuñán.

Dado el ocho de noviembre de 1920, a las trece horas, de acuerdo con la declaración de Nicolás Schneider, cuarenta años, empleado, domiciliado en la calle Sainte Croix de la Bretonnerie 3 y de Marcel Daël, cuarenta y nueve años, empleado, domiciliado en calle Drout 18 que, tras la lectura, firman con nosotros, Alexander Amedée Jolly, adjunto a la Alcaldía del primer arrondissement de Paris, caballero de la Legión de Honor.

BIBLIOGRAFIA DE ALBERTO BLEST GANA

(Nota: Se citan solamente las primeras ediciones de sus obras en forma de libro.)

1. *El primer amor*, Valparaíso, Imprenta y Librería El Mercurio, de S. Tornero y Cía., 1858, 94 pp.
2. *La fascinación*, Valparaíso, Imprenta y Librería El Mercurio, de S. Tornero y Cía., 1858, 67 pp.
3. *Engaños y desengaños*, Valparaíso, Imprenta y Librería El Mercurio, de S. Tornero y Cía., 1858, 190 pp. Dedicada a Guillermo Matta.
4. *Juan de Aria*, Valparaíso, Imprenta y Librería El Mercurio, de S. Tornero y Cía., 1859, 56 pp. Dedicada a José Antonio Donoso.
5. *La aritmética en el amor*, Valparaíso, Imprenta y Librería El Mercurio, de S. Tornero y Cía., 1860, 576 pp. Obra premiada por la Universidad de Chile.
6. *El pago de las deudas*, Valparaíso, Imprenta y Librería el Mercurio, de S. Tornero, 1861, 98 pp.
7. *Un drama en el campo, La venganza y Mariluán*, Santiago, Biblioteca de *La Voz de Chile*, Imprenta de *La Voz de Chile*. 1862, 251 pp.
8. *Martín Rivas*, Novela de costumbres político-sociales, Santiago, Biblioteca de *La Voz de Chile*, 1862, 197 pp.
9. *El ideal de un calavera*, Novela de costumbres, Santiago, Biblioteca de *La Voz de Chile*, Imprenta de *La Voz de Chile*, 1863, VI más 402 pp.
10. *De Nueva York al Niágara*, Santiago, Imprenta Nacional, 1867, 58 pp.

11. *Durante la Reconquista*, Novela histórica: París, Garnier Hnos., Libreros Editores, 1897, 2 t., 10 más 1.115 pp. Dedicada a su esposa, doña Carmen Bascuñán de Blest.
12. *Los trasplantados* París, Garnier Hnos. Libreros Editores, 1904, 2 t., 10 más 859 pp.
13. *El loco Estero*, recuerdos de la niñez, París, Garnier Hnos., Libreros Editores, 1909, 10 más 415 p. Dedicada a don Federico Santa María.
14. *Gladys Fairfield*, París, Casa Editorial de Garnier Hnos., 1912, 8 más 180 pp. Dedicada a la memoria de su mujer, doña Carmen Bascuñán de Blest.
15. *Una escena social*, Santiago, Editorial Excelsior, Imprenta y Librería, sin fecha. Editada por don Luis Ignacio Silva. Le sirve de prólogo un artículo de Guillermo Matta. 12 más 123 pp.
16. *El jefe de la familia y otras páginas*. Recopilación e introducción de Raúl Silva Castro, Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, 1956. Contiene: *El jefe de la familia*; dos artículos de costumbres publicados en *El Museo*, 1853; doce crónicas, en *la Semana*, 1859-1861; dos en *La Voz de Chile*, 1862; una en *El Correo del Domingo*, 1862; cinco en *El Independiente*, 1864; *Viaje a los Baños de Chillán*, publicado en tres números de *La Semana*, 1860; *De Nueva York al Niágara*; *De los trabajos literarios en Chile*, ensayo crítico, publicado en *La Semana*, 1859; *Literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella*, discurso leído en la incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, y reproducido en *La Revista del Pacífico*, 1861, 472 pp.

REFERENCIAS

Obras citadas o consultadas en este trabajo

- ALEGRIA Fernando, *Historia de la novela hispanoamericana*, Ediciones de Andrea, México, 1965.
- ALEGRIA Fernando, *La poesía chilena. Orígenes y desarrollo, del siglo XVI al XIX*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1954.
- ARANEDA Fidel, *El obispo Hipólito Salas*, Santiago, 1963.
- BULNES Gonzalo, *Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1955, 3 tomos.
- DIAZ ARRIETA Hernán, *Historia personal de la literatura chilena*, Empresa Editora Zig-Zag, 2ª edición, Santiago, 1962.
- DIAZ ARRIETA Hernán, Prólogo a *El ideal de un calavera*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1964.
- DIAZ ARRIETA Hernán, Prólogo a *El loco Estero*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, sin fecha.
- ENCINA Fco. A. y CASTEDO Leopoldo, *Resumen de la Historia de Chile*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1954, 3 tomos.
- LAGO Tomás, *Rugendas, pintor romántico de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.
- LATCHAM Ricardo A., *Crónica de varia lección*. Antología preparada por Alfonso Calderón y Pedro Lastra, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1965.
- MELFI Domingo, *Estudios de literatura chilena*, Editorial Nascimento, Santiago, 1938 1ª serie.
- MELFI Domingo, *El viaje literario*, Editorial Nascimento, Santiago, 1945.
- PEREZ ROSALES Vicente, *Recuerdos del pasado*, Biblioteca de Escritores de Chile, Santiago, 1910.
- PINOCHET DE LA BARRA Oscar, *Carmen Arriagada: Cartas de una mujer apasionada*, Editorial Universitaria, Santiago, 1990.
- RIQUELME Daniel, *La revolución del 20 de abril de 1851*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1966.
- SCARPA Roque Esteban, Prólogo a *Durante la Reconquista*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1963.
- SILVA CASTRO Raúl, *Alberto Blest Gana, estudio biográfico y crítico*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1941.

- SILVA CASTRO Raúl, *Alberto Blest Gana, estudio biográfico y crítico*, Segunda edición, refundida, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1955.
- SILVA CASTRO Raúl, *Ideas y confesiones de Portales*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1954.
- SILVA CASTRO Raúl, *Cartas chilenas*, Publicaciones de la Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1954.
- SILVA CASTRO Raúl, *Panorama literario de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1961.
- SILVA CASTRO Raúl, *Eusebio Lillo*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1964.
- SOTO Román, *Continuidad y cambio: ensayos sobre el héroe en la literatura chilena*, Universidad de Chile, Santiago, 1992.
- VALLEJO José Joaquín, *Obras*, Biblioteca de Escritores de Chile, Santiago, 1911.
- ZAPIOLA José, *Recuerdos de treinta años*, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, sin fecha.

INDICE

LA FUNDACION ALBERTO BLEST GANA	7
CAPITULO 1 Los primeros años	9
CAPITULO 2 Las novelas de juventud y el periodismo	41
CAPITULO 3 El concurso de la Universidad de Chile: triumfo de <i>La aritmética en el amor</i>	69
CAPITULO 4 <i>Martín Rivas</i> : la provincia que llega a Santiago	97
CAPITULO 5 <i>El ideal de un calavera</i> : el éxito opacado por una tragedia	135
CAPITULO 6 La catalepsia del escritor	161
CAPITULO 7 La actividad diplomática: Londres y París	171
CAPITULO 8 <i>Durante la Reconquista</i> y <i>Los trasplantados</i>	211
CAPITULO 9 <i>El loco Estero</i> : la infancia revivida	235
CAPITULO 10 El año final	251
CAPITULO 11 Blest Gana, el fundador	255
NOTA Dos fechas vitales	261
BIBLIOGRAFIA DE ALBERTO BLEST GANA	263
REFERENCIAS	265

OTROS TITULOS

LA INVENCION DE LA MEMORIA

Jorge Narváez

*MEMORIAS DE UN
CACIQUE MAPUCHE*

Pascual Coña

*FIGURAS LITERARIAS Y
RUPTURAS CULTURALES*

Leonidas Morales

*HISTORIA DEL
FERROCARRIL EN CHILE*

Piedad Alliende

*ESCENAS INEDITAS DE ALICIA
EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS*

Hernán Millas

*EL BANQUETE Y OTROS
CUENTOS*

Francisco Rivas Larraín

*CONVERSACIONES CON
LA POESIA CHILENA*

Juan Andres Piña



90 años, casi un siglo de nuestra historia, es lo que Hernán Poblete Varas recrea en estas páginas, escritas con infatigable amenidad. Desde la asunción de Portales, en 1830, hasta la aclamación de Alessandri -el «León de Tarapacá»- en 1920, vamos recorriendo uno a uno los grandes episodios de la vida política e intelectual de la nación, siguiendo la obra y la existencia de nuestro ilustre escritor, Alberto Blest Gana, el «Padre de la Patria de la Literatura Chilena». Un libro para todos quienes quieran indagar en nuestra cultura, como asimismo para estudiosos y críticos de la literatura chilena, quienes hallarán aquí un valioso material de estudio e investigación.



9 789561 602854 >



colección
testimonio